



N.K. JEMISIN

LOS CIEN MIL REINOS

Dioses y mortales. Poder y amor.
Muerte y venganza. Ella lo heredará todo.

Yeine de Darr es una exiliada del bárbaro norte. Pero al morir su madre en extrañas circunstancias, es convocada a la majestuosa ciudad del Cielo. Allí, para su asombro, descubre que es una de las posibles heredera al trono. Pero la corona de los Cien Mil Reinos no es un premio fácil de conseguir y Yeine se ve implicada en una cruenta lucha por el poder.

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [Apéndice 1](#)
- [Apéndice 2](#)
- [Apéndice 3](#)
- [Agradecimientos](#)
- [notes](#)
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -

Los Cien Mil Reinos

N.K. Jemisin

Título original: *The Hundred Thousand Kingdoms*

© N. K. Jemisin, 2010

© de la traducción, Manuel Mata, 2011

© Minotauro, 2011

ISBN: 978-84-450-7806-8

Ya no soy como antes. Ellos me han hecho esto, me han abierto las entrañas y me han arrancado el corazón. Ya no sé quién soy. Debo tratar de recordar.

Mi pueblo cuenta historias sobre la noche en que nací. Dicen que mi madre cruzó las piernas mientras trabajaba y luchó con todas sus fuerzas para no dejarme salir al mundo. Nací de todos modos, claro. No se puede negar la naturaleza. Sin embargo, no me sorprende que lo intentara.

Mi madre era la heredera de los Arameri. Un día se celebró un baile para la pequeña nobleza, una de esas cosas que ocurren una vez por década como triste dádiva para su autoestima. Mi padre se atrevió a pedirle que bailara. Ella se dignó asentir. A menudo me he preguntado lo que le diría y lo que haría aquella noche para enamorarla de tal modo que acabara por abdicar de su posición para estar a su lado. De esta materia prima están hechos los grandes cuentos, ¿no? Puro romanticismo. En los cuentos, las parejas así viven felices para siempre. Pero los cuentos no dicen lo que sucede cuando se hace eso y se ofende a la familia más poderosa del mundo.

Pero estoy divagando. ¿Quién era yo? Ah, sí.

Me llamo Yeine. Entre mi pueblo soy Yeine dau ella Kinneth tai wer Somen kanna darre, lo que quiere decir que soy la hija de Kinneth y que mi tribu, en el seno del pueblo darre, es la de Somen. En estos tiempos, las tribus no significan gran cosa, pero antes de la Guerra de los Dioses eran más importantes.

Tengo diecinueve años. Soy, o fui, la caudillo de mi pueblo, su *ennu*. Para los Arameri, que es como decir para la raza de amn, de la que proceden, soy la baronesa Yeine Darr.

Transcurrido un mes desde la muerte de mi madre, recibí un mensaje de mi abuelo, Dekarta Arameri, en el que me invitaba a visitar el hogar de la familia. Las invitaciones de los Arameri no se rechazan, así que me puse en camino. Tardé casi tres meses enteros en viajar desde el continente del Alto Norte hasta Senm, cruzando el mar de la Penitencia. A pesar de la relativa pobreza de Darr, hice el trayecto con todo lujo, primero en un palanquín y un navío, y luego en un carruaje, con mi propio cochero. No fue decisión mía. El Consejo de los Guerreros de Darr, desesperado por recuperar el favor de los Arameri a través de mí, pensó que aquellos lujos me ayudarían. Es bien sabido que los amn respetan las demostraciones de riqueza.

De esta guisa llegué a mi destino en pleno solsticio de invierno. Y cuando el cochero se detuvo en una colina a las afueras de la ciudad, en teoría para abreviar a los caballos (pero más bien porque era de allí y le gustaba ver las caras de asombro que ponían los extranjeros al verlo), puse los ojos por primera vez sobre el corazón de los Cien Mil Reinos.

En el Alto Norte hay una rosa famosa. (Esto no es una digresión.) Se llama la rosa faldialta. Además de que, al abrirse, sus pétalos despiden un brillo de un blanco perlado, es frecuente que le crezca junto a la base del tallo una segunda flor, incompleta. En su forma más apreciada, la faldialta despliega una capa de grandes pétalos que cubren el suelo. Y así ambas, la cabeza, donde están las semillas y la falda, extienden su gloria por arriba y por debajo.

Lo que vi era la ciudad conocida como el Cielo. En el suelo, extendida sobre una pequeña montaña o una colina de gran tamaño, rodeada por altas murallas que defienden filas de edificios, de un blanco resplandeciente, por decreto de los Arameri. Sobre la ciudad, más pequeño pero también más brillante, oscurecidas ocasionalmente las perlas de sus ventanales por pequeñas nubes, se encontraba el palacio. También éste se llamaba el Cielo y seguramente fuese más digno del nombre. Yo sabía que la columna se encontraba allí, la columna de imposible delgadez que sustentaba la colosal estructura, pero desde tan lejos no alcanzaba a verla. El palacio flotaba sobre la ciudad, unido a ella en espíritu, ambos tan etéreos en su belleza que su contemplación quitaba el aliento.

La rosa faldialta no tiene precio, porque es muy difícil que llegue a florecer. Las variedades más famosas proceden de una fuerte endogamia. Se originó como una deformidad que algún jardinero astuto decidió aprovechar. El aroma original de la flor, dulce para nosotros, resulta al parecer repugnante para los insectos. Por consiguiente, hay que polinizar las flores a mano. La flor secundaria agota los nutrientes esenciales para la fertilidad de la planta. Las semillas son muy raras y por cada una que se convierte en una faldialta perfecta, otras diez se transforman en plantas tan horribles que deben destruirse.

Al llegar a las puertas del Cielo (el palacio) tuve que dar media vuelta, aunque no por la razón que esperaba. Mi abuelo no estaba presente, al parecer. Había dejado instrucciones para cuando llegara.

El Cielo es la casa de los Arameri. Allí nunca se hacen negocios. Esto se debe a que, oficialmente, no gobiernan el mundo. Es el Consortium de los nobles quien lo hace, con la benevolente colaboración de la Orden de Itempas. El Consortium se reúne en el Salón, un edificio monumental —de paredes blancas, claro está— que se levanta en medio de un grupo de construcciones oficiales al pie del palacio. Es un lugar impresionante y lo sería aún más si no estuviera alojado a la elegante sombra del Cielo.

Entré y me anuncié a los funcionarios del Consortium, que respondieron con una sorpresa profunda pero muy discreta. Ordenaron a uno de ellos —un ayudante de muy baja categoría, según pude deducir— que me escoltara hasta la cámara central, donde la sesión del día andaba ya muy avanzada.

Como miembro de la pequeña nobleza que era, sabía que tenía derecho a participar en las reuniones del Consortium, pero nunca me había parecido necesario hacerlo. Aparte de los gastos y los meses de viaje necesarios para llegar hasta allí, Darr era, simplemente, demasiado pequeño, demasiado pobre y demasiado insignificante para tener alguna influencia, incluso sin tener en cuenta la afrenta cometida por mi madre. Por lo general, la gente considera al Alto Norte un lugar atrasado y sólo sus estados más grandes tienen el prestigio o el dinero suficientes para que su voz se oiga entre nuestros nobles pares. De modo que no me sorprendió descubrir que el asiento que me estaba reservado en el seno del Consortium —en una zona apartada, detrás de un pilar— lo ocupaba en aquel momento un delegado adicional de una de las naciones del continente de Senm. Sería una terrible descortesía, balbució el joven ayudante con nerviosismo, desalojar de allí a aquel hombre, que, además de

su avanzada edad, sufría de las migrañas. ¿No me importaría permanecer en pie? Y como venía de pasar largas horas encajonada en el interior de un carruaje, accedí con sumo gusto.

Así que el ayudante me acompañó a un lado de la cámara del Consortium, desde donde se disfrutaba de una buena vista de las sesiones. La cámara estaba magníficamente decorada, con mármol blanco y maderas ricas y oscuras que imaginé habrían salido de los bosques de Darr en tiempos mejores. Los nobles —unos trescientos en total— ocupaban cómodas sillas en el suelo de la cámara o en bancadas que se elevaban por encima de él. Los ayudantes, pajes y escribas, listos para ir en busca de documentos o realizar los recados que se les solicitaran, aguardaban en la periferia, donde estaba yo. A la cabeza de la cámara, el supervisor del Consortium presidía sobre un elaborado podio, desde donde señalaba a los miembros cuando expresaban su deseo de tomar la palabra. Al parecer, en aquel momento se estaban discutiendo los derechos relativos al agua en un desierto situado en alguna parte. El asunto implicaba a cinco países. Ninguno de los participantes en la conversación hablaba fuera de turno. Nadie perdía los estribos. No había comentarios venenosos ni insultos velados. Todo resultaba muy ordenado y diplomático, a pesar del tamaño de la congregación y del hecho de que la mayoría de los presentes estaban acostumbrados a hablar entre los suyos cuando les placía.

Una de las razones para este comportamiento tan extraordinariamente cortés residía en un plinto situado detrás del podio del supervisor: la estatua a tamaño natural del Padre Celestial, en una de sus manifestaciones más conocidas: *La apelación a la razón de los mortales*. No era fácil hablar fuera de lugar bajo aquella mirada severa. Pero más represiva aún, sospecho, era la mirada también severa del hombre que se sentaba detrás del supervisor en un palco elevado. Desde mi posición no alcanzaba a verle bien, pero era de avanzada edad, lucía ricas vestiduras y estaba flanqueado por un joven de cabellos rubios, una mujer de pelo negro y un puñado de partidarios.

No era muy difícil deducir su identidad, a pesar de que no llevaba corona, no lo acompañaba guardia alguna que pudiera verse y ni él ni ninguno de los miembros de su séquito tomaron la palabra durante toda la sesión.

—Hola, abuelo —murmuré para mí y le sonreí desde el otro lado de la sala a pesar de que sabía que no podía verme. Los pajes y escribas me miraron de manera extraña durante el resto de la tarde.

Me arrodillé ante mi abuelo con la cabeza inclinada y rodeada por risas sofocadas.

No, espera.

Hubo tres dioses una vez.

Sólo tres. Ahora hay docenas, puede que centenares. Se reproducen como los conejos. Pero antes había sólo tres, los más poderosos y gloriosos de todos: el dios del día, el dios de la noche y la diosa del crepúsculo y el alba. O de la luz, la oscuridad y las sombras intermedias. O del orden, el caos y el equilibrio. Nada de esto importa porque uno de ellos murió, el otro quedó reducido a un estado de muerte en vida y el tercero es el único que todavía importa.

Los Arameri extraen su poder del dios que aún vive. Lo llaman el Padre Celestial, Itempas el Brillante, y los antepasados de mi familia eran sus sacerdotes más devotos. Los recompensó entregándoles un arma tan poderosa que ningún ejército podía oponérseles. Utilizaron esta arma —o armas, más bien— para convertirse en los amos del mundo.

Eso está mejor. Ahora sí.

Me arrodillé ante mi abuelo con la cabeza inclinada, y con el cuchillo en el suelo.

Estábamos en el Cielo, adonde habíamos llegado tras la sesión del Consortium gracias a la magia de la Puerta Vertical. Inmediatamente después de mi llegada me convocaron a la sala de audiencias de mi abuelo, muy parecida a una sala del trono. Su forma era aproximadamente circular, porque el círculo es la forma sagrada para Itempas. El techo abovedado hacía parecer más altos a los miembros de la corte. Y no era necesario, porque los amn son un pueblo de gente espigada, comparada con los míos. Altos, pálidos y siempre hieráticos, como representaciones escultóricas de seres humanos y no criaturas de carne y hueso.

—Ilustrísimo señor de los Arameri —dije—. Es un honor estar en vuestra presencia.

Había oído unas risillas al entrar en la estancia. En aquel momento volvieron a sonar, amortiguadas por el ruido de manos, pañuelos y abanicos. Me recordaron a una bandada de aves posada en las copas de los árboles.

Sentado frente a mí se encontraba Dekarta Arameri, rey sin corona del mundo. Era viejo. Puede que el hombre más viejo que jamás hubiese visto, aunque como, por lo general, los amn viven más que mi pueblo, puede que esto no fuese demasiado sorprendente. Su fino cabello había encanecido por completo y estaba tan encorvado y demacrado que la silla de piedra elevada en la que se sentaba —silla que nadie llamaba nunca «trono»— parecía tragárselo.

—Nieta —dijo él, y todas las risillas cesaron al punto. Se hizo un silencio tan pesado que parecía que se pudiera sostener con las manos. El que había hablado era el jefe de la familia Arameri y su palabra era ley. Nadie esperaba que me reconociera como pariente, y yo la que menos.

—Levántate —dijo—. Deja que te eche un vistazo.

Mientras lo hacía, recogí mi cuchillo, dado que nadie se lo había llevado. El silencio se prolongó. No soy muy interesante de ver. Puede que lo fuese si hubiera recibido los rasgos de mis dos pueblos en una combinación más atractiva: la altura de los amn con las curvas de los darre, quizá, o una densa y lisa cabellera darre con el color pálido de los amn. Mis ojos sí son amn: de color verde desleído, más inquietantes que hermosos. Por lo demás, soy menuda y vulgar, con una tez del color de la madera del bosque, y un cabello que es una maraña. Como no tengo otro modo de domarlo, lo llevo corto. A veces me confunden con un muchacho.

Al prolongarse el silencio, vi que Dekarta fruncía el ceño. En aquel momento reparé en una especie de marca extraña que llevaba en la frente: un círculo negro y perfecto, como si alguien hubiera sumergido en tinta una moneda y la hubiera presionado contra su carne. El círculo tenía un cabrio a cada lado.

—No te pareces nada a ella —dijo al fin—. Pero supongo que tampoco importa. ¿Viraine?

Esta última pregunta estaba dirigida a un hombre que se encontraba entre los cortesanos más próximos al trono. Por un instante pensé que se trataba de otro anciano, pero entonces vi que me equivocaba: aunque su cabello era de un blanco casi cegador, no debía de superar las cuatro décadas. También él llevaba una marca negra, aunque menos elaborada que la de Dekarta: en su caso sólo estaba el círculo negro.

—No es un completo desastre —dijo el aludido mientras cruzaba los brazos—. No se puede hacer nada con su apariencia. Dudo que hasta el maquillaje sirva de algo. Pero si se la viste de manera civilizada, podrá al menos transmitir... nobleza. —Entornó la mirada y sentí que me diseccionaba pieza a pieza. Mi mejor vestido darre, un largo chaleco de piel de civeta y unas polainas hasta los muslos, provocó un suspiro suyo como respuesta (ya me había fijado en que llamaba la atención al entrar en el Salón, pero no me había dado cuenta de que la cosa fuera tan mala). Estudió mi rostro durante tanto tiempo que comencé a preguntarme si debía enseñar los dientes.

Pero fue él quien lo hizo, con una sonrisa.

—Su madre la ha instruido. Fijaos en que no muestra temor ni resentimiento, ni siquiera ahora.

—Nos servirá, entonces —dijo Dekarta.

—¿Para qué, abuelo? —pregunté. La tensión de la sala se hizo aún más densa, expectante, a pesar de que él me había llamado «nieta» antes. Había corrido cierto riesgo al atreverme a utilizar con él la misma familiaridad. A veces los hombres poderosos se muestran susceptibles con cosas extrañas. Pero mi madre, en efecto, me había instruido bien, y sabía que merecía la pena arriesgarme para afianzar mi posición a los ojos de la corte.

El rostro de Dekarta Arameri no varió un ápice. Era imposible de interpretar para mí.

—Como heredera mía. Voy a nombrarte hoy mismo.

El silencio se hizo tan duro como la piedra de la silla de mi abuelo.

Pensé que podía estar bromeando, pero nadie se rió. Eso fue lo que terminó de convencerme: las expresiones de completo asombro y horror que afloraban a los rostros de los cortesanos mientras miraban a su señor. Salvo el que se llamaba Viraine. Éste me observaba a mí.

Pensé que se esperaba alguna respuesta de mí.

—Ya tenéis herederos —dije.

—No es tan diplomática como debería —comentó Viraine en tono seco.

Dekarta ignoró el comentario.

—Es cierto, hay otros dos candidatos —me dijo—. Mis sobrinos, Scimina y Relad. Tus primos segundos.

Había oído hablar de ellos, claro. Como todo el mundo. Siempre estaba corriendo el rumor de que uno de ellos sería el heredero, aunque nadie sabía con certeza cuál. Que fueran los dos era una posibilidad que no se me había ocurrido.

—Si me permitís un comentario, abuelo —dije con todo el cuidado posible, a pesar de que era imposible tener cuidado en aquella conversación—, contándome a mí, ya habría dos herederos de sobra.

Eran los ojos los que hacían parecer tan viejo a Dekarta, comprendería mucho más tarde. No sé de qué color habían sido originalmente. La edad los había desteñido y recubierto con una película que los hacía parecer casi blancos. Había varias vidas en aquellos ojos y ninguna de ellas feliz.

—Es cierto —dijo—. Es decir, el número justo para una competición interesante, creo.

—No lo entiendo, abuelo.

Levantó la mano en un gesto que, en su día, habría sido elegante. Pero ahora su mano estaba aquejada de fuertes temblores.

—Es muy sencillo. He nombrado tres herederos. Uno de vosotros será el que me suceda. Los otros dos, sin duda, se matarán entre sí o caerán a manos del vencedor. En cuanto a la identidad del que viva y de los que mueran... —Se encogió de hombros—. Os toca a vosotros decidirlo.

Mi madre me había enseñado que nunca debía mostrar temor, pero las emociones no se dejan acallar con tanta facilidad. Comencé a sudar. Sólo había sido el objetivo de un asesino una vez en mi vida. Ventajas de ser la heredera de un país diminuto y pobre. Nadie quería mi puesto. Pero allí habría otros dos que sí lo querían. La riqueza del señor Relad y de la señora Scimina excedía mis sueños más absurdos. Se habían pasado la vida entera luchando entre sí con el objetivo de gobernar el mundo. Y de pronto aparecía yo, una desconocida, sin recursos ni apenas amigos, para unirme a la guerra.

—No habrá decisión —dije. Y me enorgullece decir que no me tembló la voz al hacerlo—. Ni competición. Me matarán enseguida y luego reanudarán su enfrentamiento.

—Es posible —dijo mi abuelo.

No se me ocurría nada que decir para salvarme. Estaba loco, era evidente. ¿Por qué otra razón iba a convertir el gobierno del mundo en el premio de una competición? Si perdía la vida al día siguiente, Relad y Scimina destrozarían el mundo en mil pedazos. La matanza no terminaría en décadas. Y, desde su punto de vista, yo podía ser perfectamente una idiota. Si por alguna jugada imposible del destino lograba apoderarme del trono, cabía la posibilidad de que arrojara a los Cien Mil Reinos a una espiral de decisiones equivocadas y sufrimiento. El anciano tenía que saberlo.

No se puede discutir con la locura. Pero a veces, con un poco de suerte y con la bendición del Padre Celestial, se puede llegar a entenderla.

—¿Por qué?

Asintió como si hubiera estado esperando mi pregunta.

—Tu madre me privó de un heredero al abandonar nuestra familia. Así pagará su deuda.

—Lleva cuatro meses en la tumba —repliqué—. ¿De verdad queréis vengaros de una muerta?

—Esto no tiene nada que ver con la venganza, nieta. Es una cuestión de deber. —Hizo un gesto con la mano izquierda y otro cortesano se apartó de la multitud. A diferencia del primero, y de la mayoría de los cortesanos cuyos rostros alcanzaba a ver, la marca del rostro de éste era una media luna dirigida hacia abajo, como un exagerado ceño. Al arrodillarse frente al estrado donde descansaba la silla de Dekarta, su trenza rojiza, que llevaba hasta la cintura, cayó por encima de su hombro hasta hacerse un ovillo en el suelo.

—No espero que tu madre te enseñara tu deber —dijo Dekarta desde detrás del recién llegado—. Ella renunció al suyo para casarse con ese salvaje de lengua de seda. Yo lo permití, en una muestra de indulgencia que he lamentado muchas veces. Así que aplacaré esos remordimientos trayéndote de nuevo al rebaño, nieta. Que vivas o mueras es irrelevante. Eres una Arameri y, como el resto de nosotros, vives para servir.

Hizo un gesto al hombre del cabello rojo.

—Prepárala lo mejor que puedas.

Eso fue todo. El pelirrojo se levantó, se me acercó y murmuró que debía seguirle. Así terminó mi primer encuentro con mi abuelo y comenzó mi primer día como Arameri. Los que siguieron aún fueron peores.

La capital de mi país se llama Arrebaia. Es un lugar de piedra antigua, cuyas paredes cubiertas de enredaderas la protegen de bestias que ya no existen. Hemos olvidado cuándo se fundó, pero lleva al menos dos mil años siendo nuestra capital. La gente allí camina con lentitud y habla con suavidad, puede que por respeto a las generaciones que han hollado aquellas calles antes que ellos, o puede que porque no les guste el bullicio.

El Cielo —ahora me refiero a la ciudad— sólo tiene quinientos años. La construyeron después de que se abatiera un desastre sobre la anterior capital de los Arameri. Esto la convierte en una adolescente entre las ciudades... y una adolescente maleducada y grosera, por cierto. Mientras mi carruaje marchaba por el centro de la ciudad, los de otros pasaban a nuestro lado con gran estrépito de ruedas y cascotes. Todas las aceras estaban abarrotadas de gente atareada que avanzaba a trompicones, sin hablar. Todos parecían tener prisa. El aire rebosaba de olores conocidos, como el de los caballos y el agua estancada, entre otros indefinibles, algunos de ellos acres y otros enfermizamente dulzones. No había nada verde a la vista.

¿Por dónde iba...?

Ah, sí. Los dioses.

No me refiero a los dioses que quedan en los cielos, que son leales a Itempas el Brillante. Porque también hay otros que no le son leales... Quizá no debería llamarlos dioses, dado que nadie los venera ya. (¿Cómo se define «dios»?) Debe de haber un nombre mejor para lo que son. ¿Prisioneros de guerra? ¿Esclavos? ¿Cómo los llamé antes...? ¿Armas?

Armas. Sí.

Se dice que están en algún lugar del Cielo, cuatro en total, atrapados en recipientes tangibles y guardados bajo llaves, tanto físicas como mágicas. Puede que duerman en ataúdes de cristal y los despierten de vez en cuando para sacarles brillo y engrasarlos. Puede que se los enseñen a los invitados de honor.

Pero a veces, a veces, sus amos los reclaman. Y entonces se desencadenan nuevas y extrañas plagas. De cuando en cuando, la población entera de una ciudad desaparece de la noche a la mañana. En una ocasión aparecieron pozos humeantes de bordes dentados donde hasta entonces se levantaba una cordillera.

No es prudente odiar a los Arameri. Así que odiamos a sus armas, porque a las armas no les importa.

El cortesano que me acompañaba se llamaba T'vri y se presentó como el dispensero del palacio. Una parte de su linaje estaba a la vista, pero aun así insistió en contarme el resto: era un mestizo como yo, mitad amn y mitad ken. Los ken son los habitantes de una isla del lejano Oriente. Son navegantes famosos. La extraña tonalidad rojiza de su cabello la había heredado de ellos.

—La amada esposa de Dekarta, la dama Ygreth, murió trágicamente joven hace más de cuarenta años —me explicó. Hablaba con viveza mientras caminábamos por los pasillos blancos del Cielo. No parecía especialmente conmovido por la triste historia de la muerte—. Kinneeth sólo era una niña por aquel entonces, aunque ya resultaba evidente que al crecer se convertiría en una heredera más que capacitada, así que supongo que Dekarta no sintió la acuciante necesidad de volver a casarse. Cuando ella... eh, abandonó la familia, el señor recurrió a los hijos de su fallecido hermano. Por entonces eran cuatro. Relad y Scimina eran los más jóvenes. Gemelos. Es un rasgo familiar. Por desgracia, su hermana mayor sufrió un desgraciado accidente. O al menos ésa es la versión oficial.

Yo me limitaba a escuchar. Era una lección tan útil como sobrecogedora sobre mis nuevos parientes. Supongo que por eso T'vri había decidido contármelo. También me había informado sobre mis nuevos privilegios, obligaciones y títulos, al menos de manera sucinta. A partir de entonces me llamaría Yeine Arameri, no Yeine de Darr. Tendría nuevas tierras que gobernar y riquezas inimaginables. Se esperaba de mí que asistiera con regularidad a las sesiones del Consortium y que, cuando lo hiciese, me sentase en el palco privado de los Arameri. Tenía permiso para alojarme en el Cielo, bajo el cálido abrazo de mi familia materna, y no volvería a ver mi hogar.

Hablar de la familia dio pie a T'vri para seguir contándome la historia de la suya.

—Su hermano mayor era mi padre, muerto por su propia causa. Sentía fascinación por las mujeres jóvenes. Muy jóvenes. —Hizo una mueca, aunque me dio la sensación de que había oído la historia tantas veces que en realidad ya no le importaba—. Por desgracia para él, mi madre ya había alcanzado la edad suficiente para concebir. Dekarta lo hizo ejecutar cuando la familia de ella se opuso a la unión. —Suspiró y se encogió de hombros—. Los hombres de noble cuna podemos hacer muchas cosas, pero... vaya, hay normas. A fin de cuentas, fuimos nosotros los que establecimos una edad mínima para el consentimiento. Ignorar nuestras propias leyes habría sido una ofensa a los ojos del Padre Celestial.

Sentí deseos de preguntarle qué podía importar algo como eso cuando a Itempas el Brillante no parecía preocuparle ninguna otra de las cosas que hacían los Arameri, pero me contuve. Sus palabras ya contenían un deje de seca ironía. Sobraban los comentarios.

Con una enérgica eficiencia que habría hecho sentir celos a mi práctico abuelo, T'vri hizo que me tomaran medidas para encargarme un nuevo guardarropa, me concertó una cita con las peluqueras y me asignó unos aposentos, y todo ello en el plazo de una sola hora. Luego hicimos un rápido recorrido por la zona, en cuyo transcurso T'vri parloteó sin cesar mientras caminábamos por pasillos revestidos de mica blanca, madreperla o cualquier otro material brillante, fuera el que fuese, del que estaba hecho el palacio.

Más o menos a esas alturas dejé de escucharlo. De haberle prestado atención, probablemente habría obtenido buena información sobre los personajes más destacados en la jerarquía de palacio, las luchas de poder, los rumores más sabrosos y mil cosas más. Pero mi mente seguía presa del asombro, tratando de asimilar demasiadas novedades a la vez. Él era la menos importante de ellas, así que lo dejé fuera.

Supongo que se dio cuenta, pero no pareció importarle. Finalmente llegamos a mis nuevos aposentos. Una de las paredes estaba cubierta por ventanales del techo al suelo, desde los que se disfrutaba de una vista asombrosa de la ciudad y la campiña circundante... muy, muy abajo. Me quedé mirando el paisaje, boquiabierto, con una expresión de pasmo que habría provocado un rapapolvo de mi madre de haber seguido con vida. Estábamos tan arriba que ni siquiera alcanzaba a distinguir la gente de las calles.

T'vri dijo algo que, sencillamente, no escuché, así que lo repetí. Esa vez lo miré.

—Esto —dijo mientras señalaba la marca de su frente. La marca de la media luna.

—¿Qué pasa?

Repitió sus palabras una tercera vez, sin demostrar ni el menor rastro de la exasperación que imagino que sentía.

—Tenemos que ir a ver a Viraine para que pueda aplicaros el sello de sangre en la frente. A estas alturas ya estará libre de sus responsabilidades cortesanas. Luego podréis descansar para la velada.

—¿Por qué?

Se me quedó mirando un momento.

—¿Vuestra madre no os habló de ello?

—¿De qué?

—De los enefadeh.

—¿Cómo?

La expresión que cruzó su rostro fue una mezcla de piedad y consternación a partes iguales.

—La señora Kinneth no os preparó en absoluto, ¿verdad? —Antes de que yo tuviera tiempo de pensar en una respuesta, continuó—: Los enefadeh son la razón por la que llevamos los sellos de sangre, dama Yeine. Nadie puede pasar la noche en el Cielo sin uno. No es prudente.

Aparté mis pensamientos de lo extraño que me sonaba mi nuevo título.

—¿Por qué no es prudente, señor T'vri!

Se estremeció.

—T'vri! a secas, por favor. El señor Dekarta ha decretado que recibáis una marca de purasangre. Perteneceis al linaje central. Yo sólo soy un mestizo.

No sabía si se me había escapado algún dato importante o no me había dicho nada sobre aquello. O varios datos importantes, más bien.

—T'vri. Supongo que eres consciente de que nada de lo que dices tiene ningún sentido para mí.

—Imagino que no. —Se pasó una mano por el cabello. Era el primer indicio de incomodidad que mostraba—. Pero tardaría demasiado en explicároslo. Queda menos de una hora para la puesta de sol.

Supuse que aquélla era otra de las normas que los Arameri insistían debían respetarse, aunque no se me ocurría por qué.

—Muy bien, pero... —Fruncí el ceño—. ¿Qué pasa con mi cochero? Me está esperando en el antepatio.

—¿Esperando?

—No creía que fuese a quedarme.

T'vri! movió la mandíbula para tragarse la respuesta sincera que había estado a punto de dar, fuera la que fuese. En su lugar lo que dijo fue:

—Mandaré que vayan a decirle que puede marcharse, con una pequeña bonificación por las molestias. No lo necesitaréis. Aquí tenemos criados de sobra.

Los había visto durante el recorrido: figuras silenciosas y eficientes que recorrían los pasillos del Cielo ataviadas de blanco de la cabeza a los pies. Un color muy poco práctico para gente cuyo principal cometido era limpiar, pensé, pero yo no gobernaba allí.

—Ese cochero ha recorrido el continente entero a mi lado. ¿No pueden darle una habitación para una noche? Ponedle una de esas marcas y que luego se marche por la mañana. Es una cuestión de simple cortesía.

—Sólo los Arameri pueden llevar el sello de sangre, mi señora. Es permanente.

—Sólo... —De repente lo entendí—. Pero ¿es que la servidumbre forma parte de la familia en este lugar?

La mirada que me lanzó no era de amargura, aunque quizá debería haberlo sido. A fin de cuentas, ya me había dado varios indicios: las correrías de su padre, su condición de dispensero, un criado de elevada categoría, pero criado al fin y al cabo. Era tan Arameri como yo, pero sus padres nunca se habían desposado. Los estrictos adoradores de Itempas no miraban con buenos ojos a los hijos ilegítimos. Y su padre nunca había sido el favorito de Dekarta.

Como si pudiera leerme los pensamientos, T'vri! dijo:

—Como dijo el señor Dekarta, dama Yeine, todos los descendientes de Shahar Arameri vivimos para servir. De un modo u otro.

Había muchas historias escondidas bajo sus palabras. ¿A cuántos parientes nuestros habían obligado a abandonar su casa y el futuro que pudieran tener en ella para acudir a aquel lugar a fregar suelos o limpiar verduras? ¿Cuántos, nacidos allí, no habían podido salir en su vida? ¿Qué les pasaba a los que intentaban escapar?

¿Me convertiría yo en uno de ellos, como T'vri!?

No. T'vri! no era importante, no representaba una amenaza para quienes aspiraban a heredar el poder de la familia. Yo no tendría tanta suerte.

Me tocó la mano con algo que deseé fuese compasión.

—Vamos. No está lejos.

En sus pisos superiores, el Cielo parecía tener ventanas por todas partes. Incluso, algunos de los pasillos tenían techos de vidrio transparente o cristal, aunque lo único que permitían ver era el cielo y las numerosas y redondeadas torres del palacio. El sol no se había puesto aún —su curva inferior acababa de tocar el horizonte hacía unos minutos—, pero T'vri! caminaba con paso más vivo que antes. Ahora yo prestaba más atención a los criados con los que nos encontrábamos, en busca de los pequeños detalles que caracterizaban el linaje que compartíamos. Había unos cuantos: muchos pares de ojos verdes, cierta estructura de la cara (de la que yo carecía por completo, pues había heredado la de mi padre) o una tendencia al cinismo (aunque puede que esto fuese cosa de mi imaginación). Más allá de esto, eran tan dispares como T'vri! y yo, aunque la mayoría de ellos parecía amn o de alguna raza senmita. Y todos llevaban la marca en la frente. Ya me había fijado antes, pero no le había prestado más atención, tomándola por una moda. Algunos, pocos, tenían formas de triángulo o diamante, pero la mayoría exhibía una simple línea negra.

No me gustaba su forma de mirarme, con ojos que parpadeaban un instante y luego se apartaban.

—Dama Yeine. —T'vri! se detuvo unos pasos por delante al notar que me había retrasado. Había heredado las largas piernas de su sangre amn. Yo no y había sido un día agotador—. Os lo ruego, tenemos poco tiempo.

—De acuerdo, de acuerdo —dije, demasiado cansada para seguir molestándome en ser diplomática. Pero no reanudó la marcha y al cabo de un instante vi que se había puesto tenso y dirigía la mirada hacia el pasillo por el que debíamos continuar.

Había un hombre ante nosotros.

Lo llamo «hombre» porque en aquel momento es lo que me pareció. Se encontraba en una galería desde la que se dominaba nuestro pasillo. Se lo veía perfectamente enmarcado entre las paredes y el arco del techo. Deduje que había llegado hasta allí por un pasillo perpendicular. Su cuerpo aún miraba en aquella dirección, pero había quedado parado a mitad. Sólo su cabeza se había vuelto hacia nosotros. Por algún truco de las sombras, no podía verle la cara, pero aun así sentía el peso de sus ojos sobre mí.

Apoyó una mano en la barandilla con deliberada parsimonia.

—¿Qué sucede, Naha? —dijo una voz de mujer cuyo eco resonaba débilmente por el pasillo. Un momento después apareció su propietaria. A diferencia del hombre, pude verla con toda claridad: una espigada beldad amn, de cabello de alabastro, rasgos patricios y regia gracia. Reconocí por su melena que era la mujer que se sentaba junto a Dekarta en el Salón. Llevaba uno de esos vestidos a los que sólo una figura amn puede hacer justicia, largo, fino y ceñido al talle, de un color intenso y sanguino.

—¿Qué ves? —preguntó con la mirada clavada en mí, a pesar de que sus palabras estaban dirigidas a él. Levantó las manos y pude ver que había algo en sus dedos, una delicada cadenita de plata. La cadena descendía en el aire y luego volvía a ascender. Comprendí que estaba unida al hombre.

—Tía —dijo T'vriil con un tono cauteloso que me permitió comprender al instante quién era ella. La dama Scimina, mi prima y rival por el trono—. Estáis preciosa esta tarde.

—Gracias, T'vriil —respondió ella sin que sus ojos abandonaran mi rostro un instante—. ¿Y quién es ella?

Hubo una pequeñísima pausa. La expresión tensa del rostro de T'vriil reveló que estaba tratando de pensar una respuesta no comprometedora. Algún rasgo de mi propia naturaleza —en mi tierra, sólo las mujeres débiles dejan que los hombres las protejan— me impulsó a dar un paso adelante e inclinar la cabeza.

—Me llamo Yeine de Darr.

Su sonrisa reveló que ya lo había deducido. No podía haber muchos darre en el palacio.

—Ah, sí. Alguien te mencionó después de la audiencia de mi tío de hoy. Eres la hija de Kinneth, ¿verdad?

—Así es. —En Darr la malicia de su dulce y falsamente educado tono me habría hecho sacar el cuchillo. Pero aquello era el Cielo, el sagrado palacio de Itempas el Brillante, señor del orden y la paz. Allí no se hacían tales cosas. Miré a T'vriil para que nos presentara.

—La dama Scimina Arameri —dijo. No tragó saliva ni demostró nerviosismo alguno, aunque vi que sus ojos volaban entre mi prima y el hombre inmóvil. Esperé a que me presentara también al hombre, pero no lo hizo.

—Ah, sí —dije sin molestarme en imitar el tono de Scimina. Mi madre había intentado varias veces enseñarme a fingir amabilidad con gente por la que no sentía simpatía, pero yo era demasiado tarde para eso—. Saludos, prima.

—Si nos disculpáis... —dijo T'vriil a Scimina casi en el mismo instante en que se cerró mi boca—. Estoy enseñándole el palacio a la dama Yeine...

El hombre que había junto a Scimina eligió aquel momento para volver a respirar con bocanadas temblorosas. Su cabello, largo, negro y lo bastante denso como para provocar los celos de cualquier varón darre, le cayó sobre el rostro hasta ocultárselo del todo. Su mano apretó la barandilla con más fuerza.

—Un momento, T'vriil. —Scimina examinó a su acompañante con detenimiento y luego levantó la mano como para cogerle la barbilla por debajo de aquella cortina de cabello. Hubo un clic y Scimina apartó un collar de plata delicado e ingeniosamente articulado.

—Lo siento, tía —dijo T'vriil, sin molestarse ya por disimular su temor. Me agarró la mano con fuerza—. Viraine nos espera y ya sabéis lo mucho que detesta...

—Espera, te digo —repuso Scimina, fría de repente—. Si no quieres que olvide lo útil que has sido hasta ahora, T'vriil. Un buen criado... —Miró de soslayo al hombre del pelo negro y esbozó una sonrisa indulgente—. Cuántos buenos criados hay aquí en el Cielo... ¿No te parece, Nahadoth?

Nahadoth era su nombre, pues. Algo en él me resultaba vagamente familiar, aunque no alcanzaba a recordar dónde lo había oído antes.

—No lo hagáis —dijo T'vriil—. Scimina...

—No lleva marca —respondió Scimina—. Ya conoces las normas.

—¡Esto no tiene nada que ver con las normas y lo sabéis! —dijo T'vriil con cierta vehemencia. Pero ella lo ignoró.

Lo sentí entonces. Creo que lo había sentido desde que el hombre había vuelto a respirar: una trepidación en la atmósfera. Un jarrón vibró cerca de allí. No hubo ninguna causa visible para aquello, pero de algún modo lo supe: en algún lugar, en un plano invisible, una parte de la realidad estaba abriéndose. Haciendo espacio para algo nuevo.

El hombre del pelo negro levantó la cabeza y me miró. Estaba sonriendo. Al ver de pronto su cara y encontrarme con aquellos ojos llenos de locura, supe de pronto quién era. Lo que era.

—Escuchadme —dijo T'vriil, la voz tensa junto a mi oído. Yo era incapaz de apartar los ojos de los de la criatura de pelo negro—. Debéis llegar hasta Viraine. Ahora sólo un purasangre puede ordenarle que se detenga y Viraine es el único que... ¡Oh, por el amor de los demonios, miradme!

Se colocó en mi campo de visión y dejé de ver aquellos ojos. Se oía un suave murmullo. Scimina, que hablaba en voz baja. Parecía estar dando instrucciones, lo que provocaba un peculiar paralelismo con T'vriil, que hacía lo mismo delante de mí. Yo apenas oía a ninguno de ellos. Estaba aterida de frío.

—El estudio de Viraine está dos pisos por encima. Hay cámaras de ascenso en las intersecciones, cada tres pasillos... Buscad un hueco situado entre jarrones de flores. Sólo... tenéis que entrar en uno de ellos y pensar «arriba». La puerta estará justo delante. Mientras haya luz en el cielo tenéis una oportunidad. Vamos. ¡Corred!

Me empujó y retrocedí dando un traspiés. Tras de mí se alzó un aullido inhumano, como las voces de cien lobos, cien jaguares y cien vientos invernales, todos ellos ávidos de mi carne. Entonces se hizo un silencio más aterrador aún.

Y corrí. Corrí. Corrí.

Bien.

Hubo una vez tres dioses. El que todavía importa mató a uno de los que no y arrojó al otro a una prisión infernal. Los muros de esa prisión eran de sangre y huesos, las ventanas con barrotes estaban hechas con ojos. Los castigos incluían el sueño, el dolor, el hambre y las demás exigencias incesantes de la carne mortal. Entonces esta criatura, atrapada en su tangible recipiente, fue entregada a los Arameri para que la guardaran, junto con tres de sus divinos hijos. Tras el horror de esa encarnación en carne mortal, ¿qué diferencia podía suponer la mera esclavitud?

De niña aprendí de los sacerdotes de Itempas el Brillante que este dios caído estaba hecho de pura maldad. En tiempos de los Tres, sus seguidores habían practicado un siniestro y salvaje culto en el que se llevaban a cabo violentas celebraciones a medianoche, en las que se idolatraba la locura como sacramento. De haber sido él quien hubiera ganado la guerra entre los dioses, afirmaban los sacerdotes con tono calamitoso, probablemente la humanidad ya no existiría.

—Así que sed buenos —añadían siempre— o vendrá a buscaros el Señor de la Noche.

Huí del Señor de la Noche por pasillos de luz. Alguna propiedad de la materia prima de la que estaba hecha la sustancia del Cielo hacía que emitiera una suave luminiscencia blanca ahora que se había puesto el sol. Treinta pasos por detrás de mí corría el dios de la oscuridad y el caos. En la única ocasión en que me atreví a mirar atrás, vi que el delicado brillo del pasillo remitía hasta trocarse en una garganta de tinieblas tan profunda que bastaba con mirarla para que dolieran los ojos. No volví a hacerlo.

No podía ir en línea recta. Hasta el momento lo único que me había salvado era la ventaja que llevaba y el hecho de que el monstruo que corría tras de mí parecía incapaz de moverse más rápido que un mortal. Pero aun así, sus piernas eran más largas que las mías.

Así que doblaba en casi todos los recodos y aprovechaba las paredes para frenar mi carrera y, de un empujón, volver a acelerar. Tal como lo digo podría parecer que era algo deliberado por mi parte, pero no es así. Si hubiera podido razonar en medio del pavor que me dominaba, tal vez hubiese conservado una noción general de la dirección en la que corría. Pero en mi estado me encontraba irremisiblemente perdida.

Por suerte, donde fallaba la razón, el pánico ciego la reemplazaba a las mil maravillas.

Al ver uno de los huecos que había descrito T'vriI, me arrojé de cabeza hacia él y me pegué a la pared del fondo. Me había dicho que pensara «arriba», lo que activaría el hechizo y me llevaría al piso superior del palacio. Pero lo que hice fue pensar: «FUERA, FUERA, FUERA», sin darme cuenta de que la magia también cumpliría esta orden.

Quando el cocho me llevó desde el Salón al palacio del Cielo, las cortinas del carruaje estaban cerradas. El cocho se limitó a llevarme hasta un punto concreto y a detenerse. Sentí un hormigueo en la piel. Un momento después, cuando me abrió la puerta, estábamos allí. Ni se me ocurrió pensar que la magia me había llevado a través de casi un kilómetro de materia sólida en un mero parpadeo.

En aquel momento volvió a ocurrir. El pequeño hueco, cuya luz había comenzado a apagarse al acercarse el Señor de la Noche, pareció estirarse de repente y su entrada se alejó y alejó de manera imposible mientras yo permanecía inmóvil. Tras un instante de tensión contenida, me vi catapultada hacia allí, como si me lanzaran con una honda. Las paredes se me vinieron encima. Grité y me cubrí el rostro con las manos mientras pasaban a través de mí. Y entonces todo se detuvo.

Bajé los brazos lentamente. Antes de que tuviera tiempo de recobrar lo bastante la serenidad como para preguntarme si me encontraba en el mismo hueco o en otro idéntico, un niño asomó la cabeza por la entrada, miró a su alrededor y me vio.

—Vamos —dijo—. Deprisa. No tardará mucho en encontrarnos.

La magia de los Arameri me había llevado hasta una enorme estancia del Cielo. Atontada, observé el espacio frío y desnudo que nos rodeaba mientras corríamos por él.

—La palestra... —dijo el niño, que corría por delante de mí—. A algunos de los purasangres les gusta jugar a que son guerreros. Por aquí.

Me volví y me pregunté si no habría algún modo de bloquearla para que el Señor de la Noche no pudiera seguirnos.

—No, no funcionará —dijo el muchacho al ver adónde dirigía la mirada—. Pero el propio palacio inhibe su poder en noches como ésta. Solamente puede usar sus sentidos para cazarte —«¿En lugar de qué?», pensé—. En una noche de luna llena tendrías problemas. Pero esta noche es sólo un hombre.

—Eso no era un hombre —dije. Mi voz sonó aguda y temblorosa a mis propios oídos.

—Si eso fuera cierto, no estarías corriendo por tu vida en estos momentos. —Y no lo bastante deprisa, al parecer. El muchacho me cogió la mano y tiró de mí para que corriera más. Volvió la cabeza para mirarme y pude vislumbrar un rostro anguloso y de pómulos altos que algún día sería bien parecido.

—¿Adónde me llevas? —Mi capacidad de raciocinio estaba volviendo, aunque lentamente—. ¿Con Viraine?

Dejó escapar un resoplido desdeñoso. Salimos de la palestra y volvimos a los laberínticos pasillos blancos.

—No seas tonta. Vamos a escondernos.

—Pero ese hombre... —Nahadothl. Ya recordaba dónde había oído el nombre. «Nunca lo susurres en la oscuridad —decían los cuentos para niños— si no quieres que responda.»

—Ah, conque ahora es un hombre, ¿no? Únicamente tenemos que mantenernos por delante de él y todo irá bien. —El muchacho dobló una esquina, más ágilmente que yo. Lo seguí lo mejor que pude. Sus ojos volaban por el pasillo, buscando algo—. No te preocupes. Yo hago esto todos los días.

No sonaba demasiado prudente.

«Q-quiero ir con Viraine», traté de decir con autoridad, pero además de que seguía aterrorizada, estaba sin aliento.

La respuesta del muchacho fue detenerse, pero no por mi causa.

—¡Aquí! —dijo mientras apoyaba la mano sobre una de las perlinas paredes—. ¡Atadíe!

La pared se abrió.

Fue como ver las olas del mar. La superficie tornasolada se apartó de sus manos formando unas ondas regulares y detrás de ella apareció una apertura, un agujero, una puerta. Tras el muro había una cámara estrecha de forma extraña, no exactamente una habitación. Cuando terminó de abrirse lo suficiente para que pasáramos los dos, me empujó a su interior.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—El espacio intermedio del palacio. Todos esos pasillos curvos y salas redondas... Hay otro medio palacio entre ellos, que nadie utiliza... salvo yo. —Se volvió hacia mí y esbozó una sonrisa pícaro—. Podemos descansar un rato.

Yo estaba empezando a recobrar el aliento. Pero con él me vino una debilidad provocada por las emociones que acababa de vivir. Las ondas de la pared se habían vuelto a cerrar tras de mí y ahora volvía a ser tan sólida como antes. Me apoyé en ella, primero cautelosamente y luego con gratitud. Entonces examiné a mi salvador.

No era mucho más bajo que yo. Tendría unos nueve años y su aspecto espigado y un poco desgarrado era el de alguien que está creciendo a toda velocidad. No era amn, no tenía la tez tan oscura como la mía ni los ojos felinos del pueblo de los tema. Los suyos eran turbios y cansados... como los míos y los de mi madre. Puede que su padre hubiera sido también un Arameri transterrado.

También estaba examinándome. Al cabo de un momento, su sonrisa se hizo aún más grande.

—Soy Sieh.

Dos sílabas.

—¿Sieh Arameri?

—Sieh a secas. —Con la blanda y carnosa elegancia de un niño, estiró los brazos por encima de la cabeza—. No pareces gran cosa.

Estaba demasiado cansada para ofenderme.

—He descubierto que resulta útil —respondí— que me subestimen.

—Sí. Ésa siempre es una buena estrategia. —Se puso serio de repente—. Acabará por encontrarnos si no seguimos moviéndonos. ¡En!

Di un respingo, sobresaltada por su grito. Pero Sieh estaba mirando hacia arriba. Un momento después, una pelota infantil de color amarillo cayó en sus manos.

Levanté la mirada, estupefacta. Un túnel de sección triangular y paredes lisas ascendía durante varios pisos. No vi ningún sitio del que pudiera haber salido la pelota. Desde luego no flotaba sobre nosotros nadie que pudiera habérsela lanzado.

Miré al muchacho, embargada por una súbita y aterradora sospecha.

Al ver mi cara, Sieh se echó a reír y dejó la pelota en el suelo. Luego se sentó sobre ella con las piernas cruzadas. La pelota permaneció perfectamente inmóvil bajo sus posaderas hasta que estuvo cómodo y entonces empezó a ascender. Se detuvo a poca distancia del suelo y permaneció allí flotando. El niño que no era un niño estiró una mano hacia mí.

—No te haré nada —dijo—. Te estoy ayudando, ¿no?

Me limité a mirarle la mano, mientras pegaba la espalda a la pared.

—Podría haber corrido en círculo, ¿sabes? Llevarte con él.

Eso era cierto. Al cabo de un momento le cogí la mano. Al sentir su apretón se disiparon mis últimas dudas. Su fuerza no era la de un niño.

—Enseguida estaremos —dijo. Y entonces, como si yo fuera un conejo que se lleva a rastras, comenzamos a ascender por el pozo.

Hay otra cosa que recuerdo de mi infancia. Una canción que decía... ¿Cómo era? Ah, sí. «Bufón, bufón / robaste el sol para gastar una broma. / ¿De verdad vas a montarte en él? / ¿Dónde vas a esconderlo? / Junto a la orilla del río...»

No era nuestro sol, parece ser.

Sieh abrió dos techos y otro muro antes de dejarme al fin sobre una zona del espacio intermedio tan grande como la cámara de audiencias del abuelo Dekarta. Pero no fueron las dimensiones del lugar las que me dejaron boquiabierta.

Había más esferas flotantes en su interior, docenas de ellas. Poseían una asombrosa variedad —las había de todas las formas, tamaños y colores— y giraban lentamente mientras flotaban por el aire. No parecían más que juguetes infantiles. Pero entonces examiné una de ellas de cerca: unas nubes arremolinadas giraban en su superficie.

Sieh se acercó flotando con una expresión que era una mezcla de ansiedad y orgullo mientras yo caminaba entre sus juguetes. La esfera amarilla se había detenido cerca del centro de la sala. Las demás giraban a su alrededor.

—¿A que son bonitas? —me preguntó mientras yo contemplaba una diminuta, de mármol rojo. Una gran masa nubosa (¿una tormenta?) engulló el hemisferio más próximo a mí. Aparté los ojos de ella con cierto esfuerzo para mirar a Sieh. Saltaba sobre sus talones, impaciente por recibir una respuesta—. Es una buena colección.

«Bufón, bufón, robaste el sol para gastar una broma.» Y, al parecer, porque era bonito. Los Tres habían engendrado muchos hijos antes del fin de la guerra. Sieh era inconmensurablemente anciano, era otra de las letales armas de los Arameri, pero aun así no me veía capaz de destruir la tímida esperanza que veía en sus ojos.

—Son todas preciosas —asentí. Era cierto.

Esbozó una sonrisa radiante y volvió a cogerme de la mano, no para llevarme a ninguna parte, sólo por pura simpatía.

—Creo que a los demás les gustará —dijo—. Incluso a Naha, una vez que se calme. Hacía mucho tiempo que no teníamos un mortal aquí para hablar.

Sus palabras eran enigmas entrelazados sin significado alguno para mí.

¿Los demás? ¿Naha? ¿Una vez que se calme?

Volvió a reírse de mí.

—Lo que más me gusta es tu cara. No demuestra demasiada emoción. ¿Es un rasgo darre o es por la educación de tu madre? Pero cuando demuestras alguna emoción, todo el mundo puede verla.

Mi madre me había dicho lo mismo hacía algún tiempo.

—Sieh... —Tenía centenares de preguntas, pero no sabía por dónde empezar. Una de las esferas, verde y sencilla, de polos blancos y brillantes, daba vueltas y vueltas. No me pareció una anomalía hasta que me di cuenta de que Sieh se ponía tenso al verla. Fue entonces cuando mis propios instintos, con retraso, me enviaron una advertencia.

Al volverme, Nahadoth estaba detrás de nosotros.

En aquel instante, mi mente y mi cuerpo quedaron paralizados, y podría haberme atrapado perfectamente. Se encontraba sólo a unos pasos.

Pero no se movió ni dijo nada, así que nos quedamos allí, mirándonos. Su rostro era como la luna, pálido y un poco titilante. Discerní lo básico de sus facciones, pero ninguna de ellas se grabó en mi mente, aparte de una sensación de abrumadora belleza. Su cabello largo y negro flotaba a su alrededor como un humo negro, cuyos zarcillos se ensortijaban y movían por propia voluntad. Su capa —puede que también parte de su cabello— parecía agitada por un viento inexistente. No recordaba haber visto que la llevara antes, en la galería.

La locura aún acechaba en su rostro, pero ahora era una locura más templada, no el salvajismo animal y furibundo de antes. Otra cosa —soy incapaz de llamarla «humanidad»— vibraba por debajo.

Sieh se adelantó, pero se cuidó mucho de interponerse entre nosotros.

—¿Estás ya con nosotros, Naha?

Nahadoth no respondió. De hecho, ni siquiera parecía ver a Sieh. Los juguetes de éste, advertí con las partes de mi mente que no estaban paralizadas, enloquecían al acercarse él. Sus lentas y gráciles órbitas cambiaban: algunas se alejaban en direcciones diferentes, otras quedaban paralizadas en el sitio y algunas de ellas ganaban velocidad. Una se partió en dos y cayó rota al suelo ante mis ojos. Nahadoth dio un paso al frente y otras esferas salieron volando sin control.

Ese paso bastó para arrancarme de mi parálisis. Retrocedí trastrabillando y habría echado a correr de haber sabido cómo se abrían las paredes.

—¡No corras! —La voz de Sieh restalló sobre mí como un latigazo. Me quedé helada.

Nahadoth volvió a adelantarse hasta quedar tan cerca de mí que pude ver cómo lo recorría un minúsculo estremecimiento. Flexionó los dedos. Abrió la boca. Luchó un instante. Habló:

—P-predecible Sieh. —Tenía una voz profunda, pero sorprendentemente humana. Yo me esperaba un gruñido bestial.

Sieh se encorvó. Volvía a ser un niño malhumorado.

—No creí que nos cogieras tan pronto. —Ladeó la cabeza mientras estudiaba el rostro de Nahadoth—. Estás aquí, ¿no?

—Puedo verlo —susurró el Señor de la Noche. Sus ojos estaban clavados en mi rostro.

Para mi sorpresa, Sieh asintió como si supiera lo que significaban aquellos desvaríos.

—Yo tampoco me lo esperaba —dijo en voz baja—. Pero puede que ahora te acuerdes. A ésta la necesitamos. ¿Lo recuerdas? —Dio un paso hacia delante y buscó su mano.

No vi moverse esa mano. Estaba mirando el rostro de Nahadoth. Lo único que vi fue el destello de rabia ciega y homicida que afloró a sus facciones y, un instante después, una de sus manos atenazó la garganta de Sieh. Éste no tuvo ni tiempo de gritar antes de que lo levantara del suelo, pataleando y sin poder respirar.

Durante un instante, el asombro me impidió reaccionar.

Entonces me enfurecí.

Sentí que ardía de rabia, y también de locura, porque sólo de este modo se puede explicar lo que hice entonces. Saqué el cuchillo y grité:

—¡Déjalo en paz!

Era como si un conejo amenazara a un lobo. Pero, para mi total asombro, el Señor de la Noche me miró. No dejó a Sieh en el suelo, pero parpadeó. Y con la rapidez de aquel parpadeo, la locura lo abandonó, reemplazada por una expresión de perplejidad y creciente asombro. La mirada de un hombre que acaba de descubrir un tesoro bajo un montón de estiércol. Pero siguió asfixiando a Sieh.

—¡Suéltalo! —Me agaché y cambié de posición tal como mi abuela darre me había enseñado. Me temblaban las manos, pero no por el miedo, sino por aquella loca y violenta furia justiciera. Sieh era un niño—. ¡Ya está bien!

Nahadoth sonrió.

Salté. El cuchillo alcanzó su pecho y se hundió profundamente en él antes de alojarse en el hueso con un impacto tan brusco que me arrancó la empuñadura de la mano. Durante un instante estuve apoyada en su pecho, tratando de apartarme. Para mi asombro, era sólido, cálido, de carne y hueso a pesar del vibrante poder que contenía. Y mi asombro aumentó aún más al ver que su otra mano me atenazaba la muñeca con la fuerza de un grillete. Increíblemente veloz, a pesar del cuchillo que tenía en el corazón.

Con la fuerza de aquella mano podría haberme pulverizado la muñeca. Pero se limitó a sujetarme. Su sangre, más caliente que mi rabia, me empapó la mano. Levanté la mirada: sus ojos eran cálidos, delicados, desesperados. Humanos.

—Hace tanto que te espero... —dijo el dios con un hilo de voz. Me besó.

Y se desplomó.

Cuando el Señor de la Noche cayó al suelo, arrastró a Sieh consigo y casi a mí. Ignoraba por qué yo seguía con vida. Los relatos sobre las armas de los Arameri abundan en episodios donde masacran ejércitos enteros. En ninguno de ellos aparecen muchachas de pueblos bárbaros que les hacen frente.

Para gran alivio mío, Sieh se levantó al instante apoyándose en los codos. Parecía encontrarse bien, aunque los ojos se le abrieron como platos al ver el cuerpo inmóvil de Nahadoth.

—¡Mira lo que has hecho!

—No... —Yo temblaba con tal fuerza que era casi incapaz de hablar—. No lo pretendía. Iba a matarte. No podía... —Tragué saliva— permitírselo.

—Nahadoth no habría matado a Sieh —dijo otra voz tras de mí. A mis nervios no les gustó esa sorpresa. Di un respingo y llevé la mano a mi cuchillo, pero éste ya no se encontraba en su vaina. Una mujer apareció en medio del silencioso avance de los juguetes de Sieh. Lo primero que me llamó la atención fue que era enorme, como las grandes naves marinas de los ken. Y su porte era también como el de una de esas naves, monumental, poderoso y de una asombrosa elegancia. No había un gramo de grasa en su cuerpo. No podía decir de qué raza era, porque no había ninguna raza conocida cuyas hembras fuesen tan increíblemente grandes.

Se arrodilló junto a Sieh para ayudarlo. También él estaba temblando, aunque de emoción.

—¿Has visto lo que ha hecho? —preguntó a la recién llegada. Señaló a Nahadoth. Estaba sonriendo.

—Sí, lo he visto. —Después de dejar a Sieh en pie, la mujer se volvió hacia mí y me observó durante un momento. De rodillas era más alta que Sieh de pie. Llevaba ropa sencilla, una blusa larga y unos pantalones grises y un pañuelo del mismo color alrededor del pelo. Puede que fuese la presencia predominante del gris en su aspecto, tras el implacable negro del Señor de la Noche, pero había algo en ella que se me antojaba dotado de una delicadeza esencial.

—No hay mayor guerrero que una madre que protege a sus hijos —dijo la mujer—. Pero Sieh no es tan frágil como tú, dama Yeine.

Asentí lentamente. No quería parecer idiota. No era la lógica lo que había impulsado mis actos.

Sieh se acercó y me dio la mano.

—Gracias de todos modos —dijo con timidez. La fea marca de color morado que rodeaba su cuello estaba desapareciendo ante mis ojos.

Todos nos volvimos hacia Nahadoth. Estaba sentado sobre sus posaderas, tal como había caído, con el cuchillo clavado hasta la empuñadura en el pecho y la cabeza inclinada. Con un pequeño suspiro, la mujer de gris se le acercó y extrajo el cuchillo. A mí me había parecido que se hundía en el hueso, pero ella hizo que el gesto de sacarlo pareciese un juego de niños. Examinó el arma, sacudió la cabeza y por fin me la ofreció por la empuñadura.

Me obligué a aceptarla y al hacerlo volví a mancharme las manos con sangre de dios. Creo que ella sujetaba la hoja con más fuerza de la necesaria porque mi mano temblaba sin control. Pero una vez que vio que la asía con mayor firmeza, sus dedos resbalaron por la hoja hacia abajo. Cuando la tuve de nuevo en mi poder, me di cuenta de que no sólo no había ni rastro de sangre en ella, sino que tenía una forma distinta —curva ahora— y estaba perfectamente afilada.

—Encaja mejor contigo —dijo la mujer mientras respondía a mi mirada con un cabeceo solemne.

Sin pensar, quise guardar el arma en su funda. No tendría que haber encajado en la vaina. Pero lo hizo. También ésta había cambiado.

—Así que te gusta, Zhakka. —Sieh se pegó a mí, me rodeó la cintura con los brazos y apoyó su cabeza sobre mi pecho. Por muy inmortal que fuese, había en él una inocencia tal que no hice nada por apartarlo. Al sentir que mi brazo lo envolvía, exhaló un profundo suspiro de satisfacción.

—Sí —dijo la mujer sin ningún disimulo. Se inclinó hacia delante y miró de cerca el rostro de Nahadoth—. ¿Padre?

Esta vez no salté. No podía hacerlo, con Sieh apoyado en mí, pero él sintió cómo me ponía tensa.

—Shhh —dijo mientras me acariciaba la espalda. El contacto no fue lo bastante infantil como para resultar realmente tranquilizador. Un momento después, Nahadoth se movió.

—Has vuelto —dijo Sieh al tiempo que enderezaba la espalda con una sonrisa radiante. Aproveché el momento para apartarme de Nahadoth. Sieh se apresuró a cogerme la mano con la máxima ternura.

—No pasa nada, Yeine. Ahora es distinto. Estás a salvo.

—No te va a creer —dijo Nahadoth. Hablaba como un hombre que acaba de salir de un profundo sueño—. Ya no se fiará de nosotros.

—No es culpa tuya. —Sieh no parecía contento—. Sólo tenemos que explicárselo y lo entenderá.

Nahadoth me miró. Esto bastó para hacerme estremecer de nuevo, a pesar de que parecía que la locura lo había abandonado realmente. Tampoco estaba allí la otra mirada, la que tenía cuando su mano ensangrentada me había cogido de la mano y había susurrado palabras suaves y anhelantes. Y aquel beso... No. Lo había imaginado. Tenía que ser así, puesto que el Señor de la Noche, ante mí en aquel momento, se mostraba distante, regio incluso de rodillas, y desdeñoso. Me recordaba muchísimo a Dekarta.

—¿Lo entenderás? —me preguntó.

Incapaz de controlarme, retrocedí otro paso como respuesta. Nahadoth sacudió la cabeza, se levantó y dio las gracias con un gesto elegante a la mujer a la que Sieh había llamado Zhakka. A pesar de que ella era mucho más alta, resultaba indudable quién era el superior y quién la subordinada.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Nahadoth—. Viraine estará buscándola. Márcala y acabemos con esto. —Zhakka asintió y se me acercó. Retrocedí por tercera vez, atemorizada por la intensidad de su mirada.

Sieh me soltó y se interpuso entre nosotros, como una mosca enfrentándose a un perro. Apenas le llegaba a la mujer por la cintura.

—No es así como íbamos a hacerlo. Dijimos que intentaríamos convencerla.

—Eso ya no es posible —dijo Nahadoth.

—¿Y qué le impedirá entonces hablarle a Viraine de nosotros? —Sieh puso los brazos en jarras. Zhakka se había detenido para esperar

pacientemente a que se resolviera la disputa. Yo me sentía olvidada y totalmente insignificante. Y lo más probable es que hiciese bien, habida cuenta de que me encontraba en presencia de tres dioses. Porque el término «antiguos» dioses, sencillamente, no parecía pertinente.

Algo que no llegaba a ser una sonrisa se dibujó en el rostro de Nahadoth.

—Si se lo cuentas a Viraine, te mataremos. —Su mirada volvió a Sieh—. ¿Satisfecho?

Supongo que estaba cansada. Después de todas las amenazas de aquella tarde, ni siquiera me encogí.

Sieh frunció el ceño y sacudió la cabeza, pero dejó libre el camino a Zhakka.

—Esto no era lo planeado —dijo un poco malhumorado.

—Los planes cambian —dijo Zhakka. Entonces se plantó delante de mí.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté. Por alguna razón, a pesar de su tamaño, no me asustaba tanto como Nahadoth, ni de lejos.

—Marcarte la frente con un sello —respondió—. Un sello invisible. Interferirá con el que pretende ponerte Viraine. Parecerás uno de ellos, pero en realidad serás libre.

—¿Es que ellos... —¿Todos los Arameri estaban marcados con sellos? ¿A eso se refería?— no lo son?

—No más que nosotros, por mucho que crean lo contrario —dijo Nahadoth. Por un momento volvió a estar allí, un retazo de la ternura que había visto antes en él. Entonces me dio la espalda—. Apresúrate.

Zhakka asintió y me tocó la frente con la yema de un dedo. Sus puños eran tan grandes como platos llanos. Su dedo me quemó como un hierro candente al tocarme. Grité y traté de apartar el dedo de un golpe, pero levantó la mano antes de que pudiera hacerlo. Había terminado.

Sieh, olvidado su malhumor, examinó la zona y asintió con el aire de un experto.

—Servirá.

—Llévala con Viraine, entonces —dijo Zhakka. Inclínó la cabeza en un gesto de cortés despedida y se volvió para reunirse con Nahadoth.

Sieh me cogió de la mano. Estaba tan confundida y perpleja que no me resistí cuando me llevó hacia la más próxima de las paredes del espacio intermedio. Pero sí que volví la cabeza una última vez para ver cómo se alejaba el Señor de la Noche.

Mi madre era la mujer más hermosa del mundo. No lo digo porque sea su hija, ni tampoco por su estatura y gracia, o por aquel cabello que parecía la luz del sol entre las nubes. Lo digo por su fuerza. Puede que sea mi sangre darre, pero a mis ojos, la fuerza siempre ha sido la marca de la belleza.

Mi pueblo no fue bueno con ella. Nadie decía nada delante de mi padre, pero a veces, cuando caminábamos por Arrebaia, oía los murmullos. «Ramera amn.» «Furcia de piel blanca como el hueso.» Escupían al suelo tras su paso para lavar de las calles su infecta presencia. Era una Arameri. Pero, a pesar de todo, ella siempre mantuvo su dignidad y nunca mostró otra cosa que educación a las personas que jamás le dispensaron ninguna a ella. Mi padre —uno de los pocos recuerdos claros que sobre él conservo— decía que esto la hacía mejor que ellos.

No sé muy bien por qué me viene esto ahora a la memoria, pero estoy segura de que, por alguna razón, es importante.

Sieh me hizo correr tras salir del espacio intermedio, así que llegué al estudio de Viraine sin aliento.

Fue el propio Viraine el que abrió la puerta, a la tercera llamada impaciente de Sieh. Parecía irritado. Era el hombre de pelo blanco de la audiencia de Dekarta, el que me había descrito diciendo: «No es un completo desastre.»

—¿Sieh? ¿Qué demonios...? Ah. —Me miró y enarcó las cejas—. Sí, ya me parecía que T'vriil tardaba demasiado. El sol se ha puesto hace una hora.

—Scimina le ha echado a Naha encima —dijo Sieh. Me miró. Pero el juego ha terminado, ya que has conseguido llegar, ¿sabes? Aquí estás a salvo.

Ahí estaba mi explicación, pues.

—Eso dijo T'vriil... —Me volví a mirar el pasillo, como si aún siguiera asustada. No me costó mucho fingir.

—Scimina le habrá dado instrucciones específicas —dijo Viraine, supongo que con la intención de tranquilizarme—. Sabe cómo es en ese estado. Pasad, dama Yeine.

Se hizo a un lado y entré en la cámara. Aunque no hubiera estado al borde del agotamiento, me habría detenido allí, porque la estancia en la que me encontraba no se parecía a ninguna otra que hubiera visto. Era muy larga y ovalada y tenía sus dos paredes más largas totalmente cubiertas por ventanales. A cada lado había sendas hileras de mesas de trabajo. Vi libros, frascos y artilugios incomprensibles en cada una de ellas. A lo largo de la pared opuesta había unas jaulas, algunas de las cuales contenían conejos y pájaros. El centro de la cámara lo ocupaba un enorme orbe blanco, colocado sobre un plinto bajo. Era tan alto como yo y totalmente opaco.

—Por aquí —dijo Viraine mientras indicaba una de las mesas. Había dos banquillos frente a ella. Se sentó en uno y dio unas palmaditas sobre el otro. Me disponía a seguirlo, pero entonces titubeé.

—Me temo que estoy en desventaja, mi señor.

Por un momento puso cara de sorpresa, pero entonces sonrió y respondió con media reverencia informal y no del todo burlona.

—Ah, sí. Qué modales. Soy Viraine, el escribano del palacio. Y un pariente vuestro, de alguna manera... demasiado lejana y enrevesada como para determinarla, a pesar de lo cual el señor Dekarta ha creído conveniente abrirme las puertas de la Familia Central. —Dio unos golpecitos en el círculo negro de su frente.

Los escribanos: eruditos amn que estudiaban la lengua escrita de los dioses. Aquel escribano en concreto no se parecía nada a los ascetas de ojos fríos que yo había imaginado. Para empezar, era más joven, puede que unos pocos años más que mi madre. Desde luego su edad no justificaba la chocante blancura de su cabello. Puede que fuese como T'vriil y yo, en parte amn y en parte alguna raza más exótica.

—Un placer —dije—. Pero no puedo por menos que preguntarme para qué necesita un escribano el palacio. ¿Para qué estudiar a los dioses cuando los dioses de verdad están al alcance de la mano?

Me pareció que la pregunta lo complacía. Tal vez poca gente le preguntase por su trabajo.

—Bueno, para empezar, no pueden hacerlo todo y estar en todas partes al mismo tiempo. En este palacio hay centenares de personas que utilizan la magia a pequeña escala de manera cotidiana. Si tuviéramos que llamar a los enefadeh cada vez que necesitáramos algo, se harían muy pocas cosas. Por ejemplo, el ascensor por el que habéis llegado a este piso del palacio. O el aire. En condiciones normales, a tanta distancia del suelo, sería frío y tan escaso que resultaría casi irrespirable. La magia convierte el palacio en un lugar habitable.

Me senté con lentitud en el banquillo y observé la mesa que tenía delante. Los objetos que contenía estaban perfectamente ordenados: varios pinceles finos, un plato de tinta y un pequeño bloque de piedra pulida, con un extraño y complicado carácter, repleto de puntas y adornos, grabado en una de sus caras. Era tan extraño, tan irritante para el ojo, que no pude mirarlo demasiado tiempo. El impulso de apartar la vista formaba parte de lo que era, pues era la lengua de los dioses. Un sello.

Viraine se sentó frente a mí, mientras Sieh, sin que nadie lo invitara, ocupaba un asiento al otro lado de la mesa y apoyaba la barbilla sobre

los brazos cruzados.

—Además —continuó Viraine— hay ciertas cosas que ni siquiera los enefadeh pueden realizar con su magia. Los dioses son criaturas peculiares, increíblemente poderosas en su esfera de influencia, por decirlo así, pero limitadas fuera de ella. Nahadoth carece de poder durante el día. Sieh no puede estar quieto y calmado a menos que esté ocupado en algo. —Miró a Sieh, quien nos regaló a ambos una sonrisa de inocencia—. En muchos aspectos los mortales somos más... versátiles, a falta de un término mejor. Más completos. Por ejemplo, ninguno de ellos puede crear o prolongar la vida. El simple acto de tener hijos, algo que está al alcance de una desgraciada camarera o un descuidado soldado, es un poder que ellos perdieron hace milenios.

Por el rabillo del ojo vi que desaparecía la sonrisa de Sieh.

—¿Prolongar la vida? —Había oído rumores sobre lo que hacían los escribas con sus poderes, rumores espantosos, perversos. De repente me acordé de que mi abuelo era muy, muy viejo.

Viraine asintió, con un parpadeo provocado por la desaprobación de mi tono.

—Es el gran objetivo de nuestra investigación. Algún día puede que lleguemos a alcanzar la inmortalidad... —Al ver el espanto que se dibujaba en mi cara, sonrió—. Aunque no es un objetivo carente de controversia.

Mi abuela siempre había dicho que los amn eran un pueblo antinatural. Aparté la mirada.

—T'vrl me ha dicho que ibais a marcarme.

Sonrió, esta vez claramente divertido por mi puritanismo de bárbara.

—Ajá.

—¿Qué hace esa marca?

—Impide que los enefadeh os maten, entre otras cosas. Ya habéis visto cómo pueden llegar a ser.

Me pasé la lengua por los labios.

—Ah. Sí. No... no sabía que anduvieran... —Hice un gesto vago, sin saber cómo decir lo que quería expresar sin ofender a Sieh.

—¿Por ahí sueltos...? —preguntó éste, aparentemente muy animado. Había una expresión perversa en sus ojos. Mi incomodidad lo hacía disfrutar.

Me encogí.

—Sí.

—Su forma mortal es su prisión —dijo Viraine, ignorando a Sieh—. Y todos los moradores del Cielo, sus carceleros. Itempas el Brillante los condenó a servir a los descendientes de Shahar Arameri, su suma sacerdotisa. Pero como los descendientes de Shahar se cuentan ahora por millares... —Hizo un gesto hacia las ventanas, como si el mundo entero fuese un solo clan. O puede que sólo se refiriese al Cielo, el único mundo que tenía importancia para él—. Nuestros antepasados decidieron imponer una organización más ordenada. La marca confirma a los ojos de los enefadeh que somos Arameri. Sin ella no os obedecerían. Además especifica vuestra posición en el seno de la familia. Lo que a su vez indica el grado de poder que tenéis sobre ellos.

Cogió un pincel, pero en lugar de mojarlo en la tinta, alargó la mano hacia mi rostro y me apartó el cabello de la frente. Sentí que se me ponía el corazón en un puño al ver que me examinaba. Estaba claro que era un experto. ¿No vería la marca de Zhakka? Durante un instante pensé que lo había hecho, porque sus ojos descendieron hasta los míos y los miraron fijamente un instante. Pero al parecer, los dioses habían hecho bien su trabajo, porque al cabo de un momento, Viraine me soltó el pelo y comenzó a agitar la tinta.

—T'vrl me ha dicho que la marca es permanente —dije, más que nada para calmar mi nerviosismo. El líquido negro parecía tinta corriente, aunque el bloque con la marca del sello no era, resultaba evidente, un simple tintero de piedra.

—Salvo que Dekarta ordene que se borre, en efecto. Es como un tatuaje, sólo que indoloro. Os acostumbraréis a ella.

No es que me apeteciese demasiado llevar una marca permanente, pero no era tan estúpida como para protestar.

—¿Por qué los llamáis «enefadeh»? —pregunté para distraerme.

La expresión que cruzó el rostro de Viraine fue fugaz, pero aun así la reconocí por instinto: cálculo. Acababa de realizar ante él una asombrosa demostración de ignorancia y pretendía hacer uso de ella.

En un gesto despreocupado, señaló con el pulgar a Sieh, quien observaba subrepticamente los objetos que había sobre la mesa de Viraine.

—Así es como se llaman ellos. A nosotros nos parece una etiqueta conveniente, nada más.

—¿Y por qué no...?

—¿Por qué no los llamamos «dioses»? —Viraine sonrió levemente—. Eso sería una ofensa a los ojos del Padre Celestial, nuestro único dios verdadero, y a los de aquellos de sus hijos que se mantuvieron leales a él. Pero tampoco podemos llamarlos «esclavos». A fin de cuentas, abolimos la esclavitud hace siglos.

Cosas como ésa eran las que hacían que la gente odiara a los Arameri, que los odiara de verdad, no sólo que sintieran envidia de su poder o resentimiento por su ligereza a la hora de utilizarlo. Siempre encontraban mil maneras de mentir sobre las cosas que hacían. Era una mofa del sufrimiento de sus víctimas.

—¿Y por qué no llamarlos lo que son? —pregunté—. Armas.

Sieh me miró durante un instante con una expresión tan neutra que era imposible en un niño.

El rostro de Viraine se encogió delicadamente.

—Habláis como una auténtica bárbara —dijo, y la sonrisa de su rostro no hizo nada por aminorar el insulto—. Lo que debéis entender, dama Yeine, es que al igual que nuestra antepasada Shahar, los Arameri somos, primero y por encima de todo, servidores de Itempas el Padre Celestial. En su nombre hemos impuesto la edad de la Luz al mundo. Paz, orden, iluminación... —Extendió las manos—. Los servidores de Itempas no utilizan ni necesitan armas. Herramientas, en cambio...

Ya había oído suficiente. Ignoraba cuál era su posición respecto a la mía, pero estaba cansada, confusa y lejos de casa, y si mis modales de bárbara me servían para llegar antes al final de aquel día, los usaría de buen grado.

—Entonces, ¿«enefadeh» significa «herramienta»? —inquirí—. ¿O es solo «esclavo» en otra lengua?

—Significa «Los que recordamos a Enefa» —dijo Sieh. Había apoyado la barbilla en el puño. Los objetos de la mesa de Viraine parecían estar igual que antes, pero yo estaba segura de que les había hecho algo—. Era la diosa a la que mató Itempas hace tiempo. Fuimos a la guerra contra él para vengarla.

Enefa. Los sacerdotes nunca pronunciaban su nombre.

—La Traidora... —murmuré sin pensarlo.

—No traicionó a nadie —repuso Sieh.

La mirada que le dirigió Viraine fue tan seria como imposible de interpretar.

—Cierto. Difícilmente se podría llamar traición a los actos de una ramera, ¿verdad?

Sieh emitió un siseo. Durante un parpadeo hubo algo inhumano en su rostro, algo peligroso y salvaje, pero entonces volvió a ser un niño que se bajaba del banco temblando de furia. Pensé que iba a sacarle la lengua, pero el odio que se veía en sus ojos era demasiado antiguo para eso.

—Me reiré cuando hayas muerto —dijo en voz baja. Al oírlo se me pusieron los pelos de punta, porque su voz era la de un adulto, rebosante de malicia—. Reclamaré tu corazón como juguete y lo usaré durante cien años para darle patadas. Y cuando finalmente sea libre, maldeciré a tus descendientes durante siglos, para que todos sus hijos sean como yo.

—Y ésa, dama Yeine, es la razón por la que usamos los sellos de sangre —dijo—. Por muy tonta que pareciera la amenaza, era sincera hasta la última de sus palabras. El sello le impide ponerla en práctica, pero aun así la protección es limitada. La orden de un Arameri de rango superior o alguna estupidez por vuestra parte podría haceros vulnerable.

Fruncí el ceño al acordarme del momento en que T'vriil me había instado a ir en busca de Viraine. «Ahora sólo un purasangre puede ordenarle que se detenga.» Mientras que T'vriil era un... ¿cómo lo había dicho él mismo? Un mestizo.

—¿Alguna estupidez por mi parte? —pregunté.

Viraine me lanzó una mirada dura.

—Deben cumplir cualquier afirmación imperativa que salga de vuestra boca. Pensad en la cantidad de afirmaciones de este tipo que realizamos descuidada o figurativamente sin pensar en sus posibles consecuencias. —Al ver que fruncía el ceño, puso los ojos en blanco—. A la gente corriente le encanta decir cosas como «¡Que me parta un rayo!». ¿Nunca lo habéis dicho en un momento de enfado? —Asentí lentamente y él se inclinó hacia mí—. Como es natural, el sentido implícito de la frase no es otro que «menuda sorpresa», o algo así, pero también puede entenderse de manera literal.

Hizo una pausa para ver si lo había entendido. Al ver que me estremecía, asintió y se recostó en su asiento.

—Así que no habléis con ellos salvo que tengáis que hacerlo —dijo—. Y ahora, vamos a... —Alargó la mano hacia el tintero, que se volcó en el mismo instante en que lo rozaron sus dedos. Soltó una maldición. De algún modo, Sieh había logrado meter un pincel por debajo. La tinta se derramó sobre la mesa como...

Como...

Y... entonces Viraine me tocó la mano.

—¿Lady Yeine? ¿Estáis bien?

Así fue como sucedió, sí. La primera vez.

Parpadeé.

—¿Cómo?

Volvió a sonreír, todo amabilidad condescendiente de nuevo.

—Ha sido un día complicado, ¿verdad? Bueno, esto no llevará mucho tiempo. —Había limpiado la tinta derramada y, al parecer, aún quedaba suficiente para continuar—. Si no os importa apartaros el pelo de la frente...

No me moví.

—¿Por qué ha hecho esto el abuelo Dekarta, escriba Viraine? ¿Por qué me ha hecho venir?

Alzó las cejas, como si la misma respuesta lo sorprendiera.

—No conozco sus pensamientos. No tengo la menor idea.

—¿Está senil?

Gimió.

—Verdaderamente sois una salvaje. No, no está senil.

—Entonces, ¿por qué?

—Acabo de deciros...

—Si quisiera matarme, sólo tendría que ordenar que me ejecutaran. Cualquier excusa serviría, si es que se molestaba en inventarse una. O podría hacer lo que hizo con mi madre. Un asesinato en plena noche. Envenenarme mientras dormía.

Esto sí logró sorprenderlo. Se quedó muy quieto. Sus ojos se cruzaron con los míos durante un momento y luego se apartaron.

—Yo no presentaría las pruebas a Dekarta si fuera vos.

Al menos no había intentado negarlo.

—No necesito pruebas. Una mujer sana y fuerte de poco más de cuarenta años no muere mientras duerme. Hice que un curandero examinara el cuerpo. Tenía una marca, una minúscula incisión, en la frente. Sobre la... —Me detuve un instante, al comprender de repente algo que nunca me había parado a pensar—. Sobre la cicatriz que tenía en la frente, justo aquí. —Me llevé una mano a la mía, en el punto donde estaría mi sello Arameri.

Viraine me miró fijamente, silencioso y muy serio.

—Si un asesino Arameri dejó una marca visible, una marca que vos esperabais encontrar, dama Yeine, es que entendéis mejor los propósitos de Dekarta que cualquiera de nosotros. ¿Por qué creéis vos que os ha traído?

Sacudí la cabeza lentamente. Durante todo el viaje hasta el Cielo, lo había sospechado. Dekarta estaba furioso con mi madre y odiaba a mi padre. No podía haber ninguna razón legítima para aquella invitación. En el fondo esperaba que me ejecutaran, y eso si tenía suerte. Puede que antes me torturaran, quizá en los mismos peldaños del Salón. Mi abuela había sentido miedo por mí. De haber existido alguna esperanza de escapar, me habría aconsejado que huyera. Pero no se puede huir de los Arameri.

Y las mujeres darre no huyen de la venganza.

—Esta marca... —dije al fin—. ¿Me ayudará a sobrevivir aquí?

—Sí. Los enefadeh no os harán nada, salvo que cometáis alguna estupidez. En cuanto a Scimina, Relad y otros peligros... —Se encogió de hombros—. Bueno, la magia sólo puede hacer lo que puede hacer.

Cerré los ojos y recorrí en mi memoria el rostro de mi madre por enésima vez. Había muerto con lágrimas en los ojos, quizá porque sabía lo que yo tendría que afrontar.

—Comencemos, entonces —dije.

Aquella noche, mientras dormía, soñé con él.

Es una desagradable noche de tormenta.

Sobre las nubes, el cielo comienza a iluminarse con la cercanía del alba. Bajo las nubes, esto no supone la menor diferencia en la iluminación del campo de batalla. Las mil antorchas que arden entre un centenar de miles de soldados dan luz más que suficiente. Y también está la suave luz de la cercana capital.

(No es el Cielo que conozco. La ciudad se extiende sobre una llanura aluvial, no sobre una colina, y el palacio se oculta en su corazón, en lugar de flotar por encima de ella. Yo no soy yo.)

—Una fuerza considerable —dice Zhakkam a mi lado.

O Zhakkam más bien, ahora lo sé, diosa de la batalla y el derramamiento de sangre. En lugar del pañolón que suele llevar al cuello, luce un yelmo casi igualmente ceñido. Lleva una armadura de rutilante plata, cuya superficie es un glorioso campo de sellos grabados e incomprensibles dibujos que despiden luz rojiza, como si estuvieran ardiendo. Hay allí un mensaje escrito en la lengua de los dioses. Siento el agujoneo del significado de unos recuerdos que no debería poseer, que intentan llegar hasta mí, pero al final fracasan.

—Sí —digo, y mi voz es masculina, aunque aguda y nasal. Me reconozco como Arameri. Siento mi poder. Soy el jefe de la familia—. Me habría sentido ofendido si se hubieran presentado con un soldado menos.

—Entonces, si no estás ofendido con ellos, quizá podrías parlamentar —dice una mujer a mi lado. Posee una belleza severa: su pelo es de color bronce y lleva un par de enormes alas emplumadas, plegadas a la espalda. Kurue, llamada la Sabia.

Me siento arrogante.

—¿Parlamentar? No merece la pena perder el tiempo con ellos.

(Creo que no me gusta este otro yo.)

—¿Entonces qué?

Me vuelvo para mirar a los que tengo detrás. Sieh está sentado en cuclillas sobre su esfera flotante de color amarillo. Tiene la barbilla apoyada sobre el puño. Está aburrido. Detrás de él acecha una presencia humeante y hostil. No me había dado cuenta de que se ha colocado detrás. Me observa como si hubiera estado imaginando mi muerte.

Me fuerzo a sonreír, pues no deseo que sepa hasta qué punto me inquieta.

—¿Qué me dices, Nahadoth? ¿Cuánto hace que no tienes la ocasión de divertirme un poco?

Lo he sorprendido. Me agrada saber que puedo hacerlo. Invade su rostro una avidez que resulta aterradora de contemplar, pero no le he dado ninguna orden, así que aguarda.

Los demás también están sorprendidos, pero de manera menos grata. Sieh se endereza y me mira con malos ojos.

—¿Has perdido la cabeza?

Kurue es más diplomática.

—Esto no es necesario, señor Harker. Zhakkam o yo misma podemos ocuparnos de ese ejército.

—O yo —dice Sieh, dolido.

Miro a Nahadoth y pienso en las historias que se contarán cuando se corra la voz de que lancé al Señor de la Noche sobre quienes habían osado desafiarme. Es la más poderosa de mis armas, pero nunca he presenciado una demostración significativa de su capacidad. Siento curiosidad.

—Nahadoth —digo. Su inmovilidad y el poder que ostento sobre él son embriagadores, pero sé que no debo perder la cabeza. Conozco las historias transmitidas de generación en generación por anteriores jefes de la familia. Es importante transmitir las órdenes exactas y nada más. Él es muy retorcido.

—Ve al campo de batalla y encárgate de ese ejército. No les permitas avanzar hasta esta posición ni llegar al Cielo. —Casi me olvido, pero me apresuro a añadir—: Y que yo no resulte muerto al hacerlo.

—¿Eso es todo? —pregunta.

—Sí.

Sonríe.

—Como desees.

—Eres un necio —dice Kurue, abandonando la diplomacia. Mi otro yo la ignora.

—Mantenedlo a salvo —dice Nahadoth a sus hijos. Sigue sonriendo mientras se encamina al campo de batalla.

El enemigo es tan numeroso que no puedo ver hasta dónde llegan sus ejércitos. Al acercarse caminando a su primera línea, Nahadoth parece diminuto. Impotente. Humano. Puedo oír, como un eco sobre la llana extensión de la llanura, las risas de algunos de los soldados. Los oficiales, que ocupan el centro de la línea, están en silencio. Saben lo que es.

Nahadoth extiende los dos brazos hacia los lados y sendas espadas grandes y curvas aparecen en sus manos. Corre hacia la línea como un reguero negro y la perfora como una flecha. Los escudos se parten. Las armaduras y las espadas se rompen. Los miembros salen volando. Los enemigos mueren por docenas. Aplaudo y me río.

—¡Qué espectáculo más soberbio!

A mi alrededor, los demás enefadeh están tensos y asustados.

Nahadoth pasa como una guadaña a través del ejército hasta llegar a su centro. Nadie puede hacerle frente. Cuando finalmente se

detiene, dejando un círculo de muertos a su alrededor, los soldados enemigos se pisotean unos a otros tratando de escapar. No alcanzo a verlo bien desde donde me encuentro, a pesar de que el humo negro de su aura parece haberse vuelto más denso en los minutos que han transcurrido.

—Va a salir el sol —dice Zhakkam.

—No lo bastante pronto —responde Kurue.

En el centro del ejército hay un ruido. No, no es un ruido, es una vibración. Como un impulso, sólo que hace vibrar el mundo entero.

Y entonces una estrella de color negro, con un destello como el de una bengala, cobra vida en el corazón del ejército enemigo. No se me ocurre otro modo de describirla. Es una esfera de tinieblas tan concentradas que brilla, tan rebosante de poder que la tierra gime y se abomba debajo de ella. Se forma un abismo que comienza a irradiar profundas grietas. Los enemigos caen en su interior. No puedo oír sus gritos porque la estrella negra se traga hasta el último sonido. Se traga sus cuerpos. Se lo traga todo.

La tierra comienza a temblar de manera tan violenta que caigo sobre las manos y las rodillas. Hay un rugido hueco y cada vez más fuerte a mi alrededor, por todas partes. Al mirar en derredor descubro que hasta el mismo aire resulta visible cuando pasa a mi lado, succionado por el foso y el voraz horror en el que se ha convertido Nahadoth. Kurue y los demás están junto a mí, murmurando en su lengua para contener los vientos y las demás fuerzas terribles que ha desencadenado su padre. Gracias a eso estamos a salvo, rodeados por una burbuja de calma, pero nada más lo está. Sobre nosotros las mismas nubes se han abombado y comienzan a caer hacia la estrella como tragadas por un embudo. El ejército enemigo ha desaparecido. Lo único que queda es la tierra en la que nos encontramos, el continente a su alrededor y el planeta debajo de él.

Finalmente comprendo mi error: como sus hijos están protegiéndome, Nahadoth es libre para devorar todo lo demás.

Tengo que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para superar mi propio y asfixiante terror.

—¡Detente! —grito—. ¡Nahadoth, detente! —Las palabras se pierden en el viento aullante. Está obligado a obedecer mis órdenes por una magia aún más poderosa que él mismo, pero sólo si puede oírlas. Puede que pretenda obligarme a salir, o puede, simplemente, que esté demasiado absorto en la gloria de su propio poder, que esté solazándose en el caos que es su misma naturaleza.

El pozo que tiene debajo entra en erupción cuando el dios de la oscuridad alcanza la roca fundida. Un tentáculo de lava ardiente se levanta y revolotea alrededor de la negrura antes de ser tragado también él. Un tornado arriba, un volcán debajo y, en el corazón de todo ello, la estrella negra, cada vez más grande.

Es, de un modo terrible, la cosa más hermosa que he visto en toda mi vida.

Al final nos salva el Padre Celestial. Las nubes desgarradas revelan un cielo veteado de rayos y, en el mismo instante en que siento que las piedras que hay bajo mis manos comienzan a temblar, listas para salir volando, el sol asoma por encima del horizonte.

La estrella negra se desvanece.

Algo —carbonizado, grimoso, no lo bastante parecido a un ser humano para describirse como un cuerpo— flota en lugar de la estrella durante un instante y luego cae hacia la lava. Sieh maldice y vuela como una flecha en su esfera amarilla. Ha salido de la burbuja, pero la burbuja ya no es necesaria. El aire es caliente y está enrarecido a mi alrededor. Cuesta respirar. Ya se pueden ver las nubes de tormenta que se forman en el horizonte y se acercan presurosas para llenar el vacío.

La capital... cerca de aquí... Oh. Oh, no.

Veo los esqueletos destrozados de algunos edificios. El resto ha sido devorado. Parte de la tierra se ha hundido en el carbonizado foso rojo. El palacio estaba allí.

Mi esposa. Mi hijo.

Zhakkam me mira. Hay demasiado de soldado en ella para que muestre su desprecio, pero sé que lo siente. Kurue me ayuda a levantarme, también su rostro está vacío al mirarme. «Esto es obra tuya», dicen sus ojos.

Lo pensaré una y otra vez en mi duelo.

—Sieh lo ha cogido —dice Zhakkam—. Tardará años en recuperarse.

—No tenía ningún sentido convocar un poder de tal magnitud —suelta Kurue—. En forma humana no.

—Eso no importa —digo. Y, por una vez, tengo razón.

La tierra no ha dejado de temblar. Nahadoth ha destrozado algo muy dentro de ella. Ésta fue una vez una tierra muy hermosa, el asiento perfecto para la capital de un imperio universal. Ahora está en ruinas.

—Sacadme de aquí —susurro.

—¿Adónde? —pregunta Zhakkam. Mi hogar ya no existe.

Estoy a punto de decir: «A cualquier parte», pero no soy completamente idiota. Estas criaturas no son tan volátiles como Nahadoth, ni tampoco tan vengativas, pero tampoco son amigas mías. Un error colosal por día es suficiente.

—A Senm —digo—. A la tierra de los amn. La reconstruiremos allí.

Así que se me llevan. Bajo mis pies, durante los días siguientes, el continente termina de hacerse pedazos y se hunde en el mar.

Yeine. —Mi madre, envenenada por los celos, me aferra la mano. Sostengo la empuñadura de una daga que se me ha clavado en el pecho. Una sangre más caliente que la furia me empapa la mano. Se inclina para besarme—. Estás muerta.

Mientes, zorra de amn, ramera blanca como los huesos. Os veré a ti y a toda tu raza de embusteros hundidos en las más negras profundidades de mí misma...

Hubo otra sesión del Consortium la mañana siguiente. Al parecer, era la temporada más laboriosa del año, cuando la cámara se reunía a diario durante varias semanas para encargarse de los asuntos fiscales, antes de dar paso a una dilatada pausa invernal. T´vriil llegó temprano para despertarme, cosa que no resultó nada fácil. Al levantarme sentí un vago dolor en los pies, así como en las magulladuras que me había hecho al huir de Nahadoth la tarde pasada. Había dormido como si estuviera muerta, exhausta tanto emocional como físicamente.

—Dekarta asiste a casi todas las sesiones cuando su salud se lo permite —me explicó T´vriil mientras me vestía en la habitación contigua. El sastre había obrado un milagro desde el día anterior y disponía de un armario entero con la clase de vestidos que se consideraban apropiados para una mujer de mi condición. Debía de ser muy hábil: en lugar de limitarse a adaptar el estilo propio de los espigados amn, me había escogido una selección de faldas y vestidos más apropiados para una mujer de menor estatura, como yo. Eran mucho más decorativos y mucho menos prácticos que los que estaba acostumbrada a utilizar, aparte de que tenían la mala costumbre de constreñirme en los sitios más insólitos. Me sentía ridícula. Pero una Arameri no podía permitirse el lujo de parecer una salvaje —por mucho que lo fuera—, así que pedí a T´vriil que le transmitiera al sastre mi gratitud por su esfuerzo.

Entre la ropa extranjera y el severo círculo negro de mi frente, apenas me reconocía en el espejo.

—Relad y Scimina no tienen obligación de asistir... y no suelen hacerlo —dijo T´vriil. Se había acercado para someterme a un discreto examen mientras yo permanecía frente al espejo. Y a juzgar por su gesto de aprobación, estaba satisfecho con lo que veía—. Pero todo el mundo los conoce, mientras que vos sois la novedad. Dekarta ha pedido específicamente que acudáis hoy, para que todos puedan ver a la más reciente de sus herederas.

Lo que significaba que no tenía elección. Suspiré y asentí.

—Dudo que eso haga muy felices a los nobles —dije—. Antes de todo este embrollo era demasiado insignificante para que me prestaran ninguna atención. Supongo que no les gustará tener que mostrarse amables conmigo ahora.

—Supongo que tenéis razón —dijo T´vriil con un tono que evidenciaba que el tema le traía sin cuidado. Cruzó la habitación hasta los ventanales y se asomó mientras yo me enfrentaba con mi indómito cabello en el espejo. Pero mi aprensión era sólo producto de los nervios. Lo cierto es que nunca había tenido mejor aspecto.

—A Dekarta no le gusta perder el tiempo con la política —continuó T´vriil—. Considera que la Familia Central está por encima de eso. Así que, como es natural, los nobles que quieren algo suelen abordar a Scimina o a Relad. Y ahora os abordarán a vos.

Estupendo. Suspiré y me volví hacia él.

—Supongo que no habrá ninguna posibilidad de que me deshereden si me veo implicada en uno o dos escándalos, ¿verdad? Quizá podrían desterrarme a algún atrasado país del norte...

—Los más probable es que acabarais como mi padre —dijo con un encogimiento de hombros—. Es como suele responder la familia a los escándalos.

—Oh. —Por un momento me sentí incómoda por haberle recordado su tragedia, pero entonces me di cuenta de que no le importaba.

—En cualquier caso, Dekarta parece decidido a que asistáis. Supongo que si causáis muchos problemas, se limitará a ordenar que os encierren y luego os lleven a la ceremonia de sucesión cuando llegue el momento. Aunque, por lo que yo sé, así es como suele suceder.

Esto me sorprendió.

—¿No lo sabes con certeza?

—¿Habláis de la ceremonia? —Sacudió la cabeza—. Sólo los miembros de la Familia Central tienen derecho a asistir. Pero no se ha celebrado ninguna desde hace cuarenta años... desde la ascensión de Dekarta.

—Ya veo. —Dejé apartada esta información para considerarla más adelante—. De acuerdo, veamos. En el Salón, ¿hay algún noble del que debería cuidarme? —Al ver la mirada sarcástica que me lanzaba, añadí—: ¿Alguno en especial?

—Descubriréis eso antes que yo —dijo—. Imagino que tanto vuestros aliados como vuestros enemigos se presentarán sin perder tiempo. De hecho, tengo la sospecha de que, a partir de ahora, todo va a suceder bastante deprisa. Bueno, ¿estáis lista?

No lo estaba. Y me moría de ganas de interrogarlo por su último comentario. ¿Las cosas iban a suceder más deprisa que hasta ahora? ¿Tal cosa era posible?

Pero mis preguntas tendrían que esperar.

—Estoy lista.

Así que salimos de mis aposentos y T´vriil volvió a llevarme por los pasillos blancos. Mis habitaciones, como las de la mayoría de los purasangres, estaban en el último piso de las dependencias principales del Cielo, aunque tenía entendido que también había aposentos y cámaras dentro de las torres. Había otro Portal Vertical en aquel piso, más pequeño, para uso exclusivo de los purasangres. Al contrario que el del patio central, éste tenía más de un destino posible. Al parecer, estaba conectado con una serie de oficinas situadas en la ciudad. De este modo, los purasangres podían ocuparse de sus negocios en la ciudad sin que les lloviera o les nevara encima... o sin que los vieran en público, cuando no lo deseaban.

No había nadie más por allí.

—¿Mi abuelo ha bajado ya? —pregunté al detenernos junto al Portal. Al igual que el Portal principal y los ascensores, era un mosaico de baldosas negras con la forma de uno de los sellos de los dioses. Éste en concreto no parecía otra cosa que una enorme grieta en el suelo,

irradiada hacia el exterior, una semejanza a una telaraña, una semejanza que me hizo apartar la mirada más deprisa que de costumbre.

—Probablemente —respondió él—. Le gusta llegar temprano. Y ahora recordad, dama Yeine: no debéis hablar en el Consortium. Los Arameri se limitan a aconsejar a los nobles y sólo Dekarta tiene derecho a dirigirse a ellos. Cosa que no hace a menudo. Ni siquiera debéis hablarle a él mientras estéis allí. Vuestro cometido es observar y dejar que os observen.

—¿Y que... me presenten?

—¿Formalmente? No, eso sucederá más adelante. Pero os verán, no temáis. Dekarta no tendrá que decir una sola palabra.

Y con eso, asintió, y yo pisé el mosaico.

Tras una borrosa y aterradora transición, me encontré en una preciosa estancia de mármol, de pie sobre un mosaico de ébano. Tres ayudantes del Consortium —no tan jóvenes esta vez, ni tan sorprendidos— aguardaban a poca distancia para recibirme y escoltarme. Los seguí por un pasillo envuelto en sombras y una rampa alfombrada hasta el palco privado de los Arameri.

Dekarta estaba sentado en el lugar que le correspondía. Ni siquiera se volvió cuando llegué. Scimina se encontraba a su derecha, también sentada. Volvió la mirada y me sonrió. Conseguí no detenerme en el sitio y lanzarle una mirada de hostilidad, aunque tuve que hacer un enorme esfuerzo. Pero era muy consciente de la presencia de los nobles en el Salón, reunidos en pequeños grupos que aguardaban el comienzo de la sesión. Vi no pocas miradas disimuladamente dirigidas al palco. Nos estaban observando.

Así que incliné la cabeza ante Scimina a modo de saludo. Lo que no pude hacer fue devolverle la sonrisa.

Había dos sillas desocupadas a la izquierda de Dekarta. Supuse que la más cercana era para mi primo, el todavía desconocido Relad, así que me dirigí a la otra. Pero entonces reparé en un movimiento de la mano de mi abuelo. Sin mirarme, me indicaba que me aproximase. De modo que finalmente me decanté por el asiento más cercano. Y justo a tiempo, porque en aquel momento el supervisor pidió orden en la sala.

Esta vez presté más atención a lo que sucedía. La sesión progresaba región por región, comenzando por las naciones senmitas. Cada región tenía un representante, un noble nombrado por el Consortium para hablar en su propio nombre y en el de las tierras vecinas. Sin embargo, esta representación distaba mucho de ser homogénea y yo no terminaba de comprender los criterios que la regían. La ciudad del Cielo, por ejemplo, tenía un representante, mientras que todo el continente del Alto Norte contaba con dos. Esto último no me sorprendió —nunca habían tenido el Alto Norte en gran estima—, pero lo primero sí, puesto que ninguna otra ciudad tenía un representante propio. Hasta tal punto era importante el Cielo.

Pero entonces, a medida que avanzaba la sesión, me di cuenta de que lo había entendido mal. Al prestar más atención a los edictos que presentaba y apoyaba el representante del Cielo, me di cuenta de que no hablaba únicamente en nombre de la ciudad del Cielo, sino también del palacio del mismo nombre. Comprensible, aunque injusto. Dekarta ya dominaba el mundo entero. El Consortium existía sólo para encargarse del desagradable y enrevesado trabajo de su gobierno cotidiano, con el que no se podía molestar a los Arameri. Todo el mundo lo sabía. ¿Qué interés tenía contar con una representación en un cuerpo ejecutivo que, para empezar, era poco más que un títere?

Pero puede que siempre sea así con el poder: nunca se tiene demasiado.

Los representantes del Alto Norte me resultaron más interesantes. No los conocía en persona, aunque recordaba haber oído quejas sobre ellos en el Consejo de los Guerreros de Darr. La primera de ellos, Wohi Ubm —creo que su apellido era una especie de título— procedía de la nación más grande del continente, una tierra apacible y rural llamada Rue que había sido uno de los aliados más importantes de Darr antes del matrimonio de mis padres. Desde entonces, toda la correspondencia que les enviábamos permanecía sin abrir. Desde luego, aquella mujer no hablaba por mi pueblo. Vi que me miraba de reojo varias veces a medida que avanzaba la sesión con una expresión de suma incomodidad. De haber sido yo una mujer más bella, habría encontrado graciosa su intranquilidad.

La otra norteña era Ras Onchi, una venerable anciana que hablaba en nombre de los reinos orientales y las islas más cercanas. Pasada ya hacía tiempo la edad de su retiro, no hablaba demasiado y se rumoreaba que estaba un poco senil, pero era una de las pocas nobles de la asamblea que me miró directamente durante toda la sesión. Su pueblo estaba emparentado con el mío y tenía costumbres similares, así que le devolví la mirada en señal de respeto, cosa que pareció complacerla. Hizo un minúsculo gesto con la cabeza en un momento en que Dekarta miraba en otra dirección. No me atreví a responder a su gesto con tantos ojos encima de mí, observando hasta el menor de mis movimientos, pero igualmente me intrigó.

Y entonces llegó el final de la sesión y el supervisor tañó la campana que ponía fin a los trabajos del día. Traté de no suspirar de alivio, porque la sesión se había prolongado cuatro horas. Tenía hambre, necesitaba desesperadamente ir al baño y deseaba levantarme y estirar las piernas. Sin embargo, siguiendo el ejemplo de Dekarta y Scimina, sólo me levanté cuando lo hicieron ellos y salí caminando con su misma parsimonia y con cabeceos educados, dirigidos a la horda de ayudantes que acudía para escoltarnos.

—Tío —dijo Scimina mientras regresábamos a la sala del mosaico—, tal vez a la prima Yeine le interese visitar el Salón. No creo que haya tenido la ocasión de ver gran cosa de él hasta ahora.

Una sugerencia tan paternalista era lo último que me hubiera hecho ir a visitar el Salón.

—No, gracias —dije con una sonrisa forzada—. Pero sí que me gustaría saber dónde están los baños.

—Oh... Por aquí, dama Yeine —dijo uno de los ayudantes al tiempo que se hacía a un lado y me indicaba con un gesto que fuera tras él.

Hice una pausa al ver que Dekarta continuaba hacia delante sin dar la menor señal de habernos oído a Scimina o a mí. Conque así eran las cosas. Incliné la cabeza ante mi prima, que también se había detenido.

—No hace falta que esperes por mí.

—Como quieras —dijo, y se volvió elegantemente para ir tras Dekarta.

Seguí al ayudante por el pasillo más largo de la ciudad, o al menos así me lo pareció a mí, porque ahora que me había puesto en pie, mi vejiga había intensificado sus protestas. Cuando finalmente llegamos a la pequeña estancia —cuya puerta decía «privado» en senmita, cosa que yo interpreté como «sólo para los invitados de mayor alcurnia»— tuve que recurrir a toda mi fuerza voluntad para no correr, olvidando del todo mi dignidad.

Una vez aliviada, cuando estaba iniciando el complejo proceso de reajustarme la ropa interior amn, oí que se abría la puerta de los baños. «Scimina», pensé y contuve tanto un acceso de fastidio como un atisbo de inquietud.

Pero al salir del excusado, para mi sorpresa, era Ras Onchi la que se encontraba junto a la puerta, obviamente esperándome.

Durante un momento barajé la idea de permitir que se manifestara mi confusión, pero al final opté por no hacerlo. En su lugar, incliné la cabeza y dije en nirva —la lengua común del norte desde mucho antes de que los Arameri impusieran el senmita en el mundo—:

—Buenas tardes, tiíta.

Esbozó una sonrisa casi desdentada. Su voz, sin embargo, rebosaba fuerza cuando contestó:

—Buenas tardes —dijo en la misma lengua—. Aunque no soy tía tuya. Eres una Arameri y yo no soy nada.

Hice una mueca sin poder evitarlo. ¿Qué se responde a algo así? ¿Qué dirían los Arameri? No quería saberlo. Para romper la incomodidad

del momento, pasé junto a ella y comencé a lavarme las manos.

Me observó en el espejo.

—No os parecéis mucho a vuestra madre.

La miré con el ceño fruncido. ¿A qué venía eso?

—Eso me han dicho.

—Nos ordenaron que no habláramos con ella ni con vuestro pueblo —dijo en voz queda—. A Wohi y a mí, y al predecesor de Wohi. Las palabras salieron de la boca del supervisor, pero su inspiración... —Sonrió—. ¿Quién sabe? Pensé que tal vez quisierais saberlo.

Aquello comenzaba a parecer una conversación totalmente distinta. Me enjuagué las manos, cogí una toalla y me volví hacia ella.

—¿Tienes algo que decirme, tía?

Ras se encogió de hombros y se encaminó a la puerta. Al volverse, una gargantilla que llevaba reflejó la luz. Era un colgante extraño, con forma de nogal o cerezo de oro en miniatura. No había reparado en él hasta entonces porque estaba medio escondido bajo una cadenita que colgaba de su cuello. Sin embargo, uno de los eslabones se le había enganchado en la ropa y el colgante había asomado. Sin darme cuenta aparté la mirada de ella para observarlo.

—No tengo nada que decirnos que no sepáis ya —dijo mientras se alejaba—. Si sois una Arameri, claro.

La seguí con una mirada ceñuda.

—¿Y si no?

Se detuvo en la puerta, se volvió y me dirigió una mirada cargada de astucia. Sin pretenderlo, enderecé la espalda para que tuviera mejor opinión de mí. Tal era su apostura.

—Si no sois Arameri —dijo al cabo de un instante—, volveremos a hablar.

Y con esto se marchó.

Volví a salir al Cielo, sola y con la sensación de encontrarme más fuera de lugar que nunca.

Me habían encomendado la supervisión de tres países, me recordó T'vriil aquella tarde cuando vino para continuar con mi acelerada educación sobre la vida de los Arameri.

Cada uno de ellos era más grande que mi Darr. Además, cada uno de ellos contaba con gobernantes muy competentes, lo que significaba que tenía muy poco que hacer en relación con su administración. Me pagaban con regularidad un estipendio por contar con el privilegio de mi supervisión, cosa que, imagino, les provocaba un profundo resentimiento y que a mí me hizo instantáneamente más rica de lo que nunca había soñado.

También me entregaron un objeto mágico, un orbe plateado que, a una orden mía, mostraría la faz de cualquier persona que yo solicitara. Si tocaba el orbe de un modo determinado, el rostro aparecería ante mí, flotando en el aire como una especie de espíritu decapitado. En el pasado había recibido algún mensaje por un medio parecido —así fue como recibí la invitación de mi abuelo Dekarta— y me resultaban inquietantes. Sin embargo, eso me permitiría comunicarme con los señores de mis tierras cuando lo deseara.

—Quisiera organizar un encuentro con mi primo, el señor Relad, lo antes posible —dije después de que T'vriil terminara de enseñarme a manejar el orbe—. No sé si será más amigable que Scimina, pero el hecho de que aún no haya intentado asesinarme me da esperanzas.

—Esperad —musitó T'vriil.

Eso no sonaba muy prometedor. Sin embargo, yo ya tenía una estrategia a medio formar en la cabeza y quería ponerla en práctica. El problema era que no conocía las reglas de aquel juego sucesorio de los Arameri. ¿Cómo se podía «ganar» cuando el propio Dekarta no escogía? Relad conocía la respuesta a aquella pregunta, pero ¿la compartiría conmigo, teniendo en cuenta que no tenía nada que ofrecerle a cambio?

—Transmítele mi invitación cuando te sea posible —dije—. Entre tanto, puede que sea prudente que me reúna con otros personajes influyentes en el palacio. ¿A quién me sugerirías?

T'vriil reflexionó un instante y luego abrió las manos.

—Ya conocéis a todos los importantes, salvo a Relad.

Me lo quedé mirando.

—Eso no puede ser verdad.

Sonrió sin alegría.

—El Cielo es al mismo tiempo muy grande y muy pequeño, dama Yeine. Hay otros purasangres, sí, pero la mayoría de ellos dedica su tiempo a entregarse a toda clase de caprichos. —Se mantuvo impasible y yo me acordé de la cadena y el collar de plata que Scimina le había puesto a Nahadoth. Su perversidad no me sorprendía, puesto que había oído rumores mucho peores sobre lo que sucedía tras los muros del Cielo. Lo que me sorprendía era que se atreviese a tales juegos con un monstruo como aquél—. Los pocos purasangres, mestizos y descendientes de mestizos que se molestan en realizar trabajos legítimos suelen estar lejos del palacio —continuó—, supervisando los intereses comerciales de la familia. La mayoría de ellos no albergan ninguna esperanza de ganarse el favor de Dekarta. Lo dejó muy claro al nombrar como posibles herederos a los hijos de su hermano, en lugar de a cualquiera de ellos. Los que permanecen aquí son los cortesanos, unos aduladores y unos pedantes en su mayor parte, con títulos tan impresionantes como desprovistos de poder real. Dekarta los desprecia, así que lo mejor es que no les prestéis la menor atención. Aparte de eso, no hay más que sirvientes.

Lo miré de soslayo.

—Puede ser útil conocer a algunos sirvientes.

Esbozó una sonrisa desprovista de toda modestia.

—Tal como he dicho, dama Yeine, ya conocéis a todas las personas que importan. Aunque será un placer para mí concertar encuentros con todo el que queráis.

Me estiré, todavía un poco tiesa por las largas horas en el Salón. Al hacerlo me dolió uno de mis cardenales, lo que me recordó que tenía otras cosas de que preocuparme, aparte de problemas tan prosaicos.

—Gracias por salvarme la vida —dije.

T'vriil se rió entre dientes con un atisbo de ironía, aunque parecía complacido.

—Bueno, tal como habéis sugerido... puede ser útil tener influencia en determinados lugares.

Incliné la cabeza para demostrarle que reconocía mi deuda.

—Si está en mi mano ayudarte en cualquier cosa, no dudes en pedirlo.

—Como vos digáis, dama Yeine.

—Yeine.

Titubeó.

—Prima —dijo en su lugar y me dirigió una última sonrisa mientras salía de mis aposentos. Lo cierto es que era un diplomático de primera.

Supongo que resultaba indispensable para alguien en su posición.

Entré en el dormitorio y allí me detuve.

—Pensé que no iba a marcharse nunca —dijo un sonriente Sieh, sentado encima de mi cama.

Aspiré lenta y profundamente.

—Buenas tardes, señor Sieh.

Hizo un mohín, se dejó caer hacia delante y me miró con los brazos cruzados.

—No te alegras de verme.

—Me pregunto qué he hecho para merecer tanta atención por parte de un dios de los juegos y los trucos.

—No soy un dios, ¿te acuerdas? —dijo con semblante ceñudo—. Sólo un arma. La palabra es mucho más apropiada de lo que piensas,

Yeine, y a los Arameri les fastidia oírlo. No me extraña que te consideren una bárbara.

Me senté en la silla que tenía junto a la cama.

—Mi madre solía decirme que era demasiado tosca —le dije—. ¿A qué has venido?

—¿Es que necesito una razón? Quizá es que me gusta estar cerca de ti.

—Me sentiría honrada si eso fuera cierto —dije.

Se rió con ganas y sin contenerse.

—Pues lo es, Yeine, lo creas o no. —Se puso en pie y empezó a dar saltos sobre la cama. Por un instante fugaz me pregunté si alguien habría intentado darle unos azotes alguna vez.

—¿Pero...? —Estaba convencida de que había un pero.

Se detuvo al cabo de su tercer salto y se volvió a mirarme con una sonrisa maliciosa.

—Pero no es la única razón de que haya venido. Me han mandado los demás.

—¿Por qué razón?

Bajó de la cama de un salto, se acercó a la silla, apoyó sus manos sobre mis rodillas y se inclinó sobre mí. Seguía sonriendo, pero, una vez más, había algo indefinible en su sonrisa que no era infantil. Nada infantil.

—Relad no va a aliarse contigo.

Sentí que se me encogían las tripas de incomodidad. ¿Había estado allí desde el principio, escuchando mi conversación con T'vri? ¿O mi estrategia de supervivencia resultaba demasiado obvia?

—¿Estás seguro?

Se encogió de hombros.

—¿Para qué iba a hacerlo? No le sirves de nada. Bastante tiene con enfrentarse a Scimina. No puede permitirse distracciones. El momento, el de la sucesión me refiero, está muy próximo.

Yo también sospechaba aquello. Estaba casi convencida de que era la razón de mi presencia allí. Probablemente por eso la familia mantuviera un escriba en la casa, para asegurarse de que Dekarta no moría antes de lo previsto. Incluso puede que ésa fuese la razón de la muerte de mi madre, tras veinte años de libertad. A Dekarta no le quedaba mucho tiempo para atar los cabos sueltos.

De improviso, Sieh se sentó a horcajadas sobre mi regazo. Arrugué el semblante por la sorpresa y volví a hacerlo al sentir que me abrazaba y apoyaba la cabeza sobre mi hombro.

—¿Qué estás...?

—Por favor, Yeine —susurró. Sentí que sus manos se cerraban alrededor de la tela de mi guerrera, en los costados. El gesto era tan similar al de un niño que busca cariño que, sin poder evitarlo, me relajé. Él suspiró y se me pegó aún más a mí, disfrutando de mi tácita aceptación.

Y así me quedé, inmóvil, preguntándome muchas cosas.

Pensaba que se había quedado dormido, pero entonces preguntó:

—Kurue... Mi hermana Kurue, nuestra líder si es que tenemos un líder, te invita a reunirte con ella.

—¿Para qué?

—Estás buscando aliados.

Lo aparté. Volvió a sentarse sobre mis rodillas.

—¿Qué quieres decir? ¿Me estáis ofreciendo vuestra ayuda?

—Podría ser. —Su mirada astuta había vuelto—. Tendrás que reunirte con nosotros para averiguarlo.

Entorné los ojos y adopté lo que esperaba que fuese una mirada intimidante.

—¿Por qué? Tal como tú mismo has dicho, no sirvo de nada. ¿Qué podéis ganar aliándoos conmigo?

—Tienes algo muy importante —dijo, muy serio de repente—. Algo que podríamos obligarte a darnos... Pero no queremos hacerlo. No somos Arameri. Has demostrado ser digna de respeto, así que vamos a pedirte que nos lo des voluntariamente.

No pregunté lo que querían. Era su argumento de negociación: me lo dirían si me reunía con ellos. Pero sentía una curiosidad devoradora, unida a una gran emoción, porque sabía que tenía razón. Los enefadeh serían aliados poderosos y muy bien informados, incluso en su estado de sometimiento. Pero no me atrevía a mostrar mi desesperación. Sieh no era ni de lejos tan infantil ni tan neutral como pretendía.

—Consideraré vuestra propuesta —dije con la voz más digna que pude emplear—. Dile a la señora Kurue de mi parte que le daré una respuesta en no más de tres días, por favor.

Con una carcajada, Sieh saltó de vuelta a la cama. Se hizo un ovillo sobre ella y me sonrió.

—Kurue te va a odiar. ¡Pensaba que correrías a aceptar su propuesta y tú la haces esperar!

—Una alianza concertada por temor o con precipitación no puede durar mucho —dije—. Necesito entender mejor mi posición antes de hacer nada que pueda reforzarla o debilitarla. Seguro que los enefadeh son conscientes de ello.

—Yo sí —respondió—. Pero Kurue es sabia y yo no. Ella siempre hace lo más inteligente. Yo lo más divertido. —Se encogió de hombros y bostezó—. ¿Puedo venir a dormir contigo de vez en cuando?

Abrí la boca, pero al final me contuve. Era tan convincente en su papel de niño que había estado a punto de responder que sí sin pensarlo.

—No estoy segura de que eso sea apropiado —dije al fin—. Eres mucho mayor que yo y, al mismo tiempo, es evidente que eres un niño. Por cualquiera de las dos razones, sería un escándalo.

Sus cejas subieron casi hasta la altura de su cuero cabelludo. Entonces rompió a reír, dando vueltas sobre sí mismo mientras se agarraba el torso con las manos. Estuvo riéndose así durante largo rato. Finalmente, un poco molesta, me levanté y me dirigí a la puerta para llamar a un servidor y pedir la comida. Encargué comida para dos por educación, aunque ignoraba qué y cuándo comen los dioses.

Al volverme, Sieh había dejado de reírse. Estaba sentado en el borde de la cama y me observaba con aire pensativo.

—Podría ser mayor —dijo en voz baja—. Si lo prefieres así, me refiero. No tengo por qué ser un niño.

Me quedé mirándolo sin saber si sentir lástima, asco o ambas cosas a la vez.

—Prefiero que seas lo que eres —dije.

Su expresión se tiñó de solemnidad.

—Eso no es posible. Al menos mientras esté en esta prisión. —Se tocó el pecho.

—¿Mi...? —Pero no quería llamarlos «mi familia»—. ¿Los demás te piden que seas mayor?

Sonrió. Era, y eso resultaba lo peor de todo, una sonrisa sumamente infantil.

—Normalmente lo contrario.

Ganó el asco. Me llevé una mano a la boca y me volví. No importaba lo que pensase Ras Onchi. Nunca dejaría que me llamaran Arameri, nunca.

Suspiró, se me acercó, me rodeó con los brazos desde atrás y apoyó la cabeza sobre mi hombro. No entendía su constante necesidad de tocarme. No es que me importase, pero hizo que me preguntase a quién abrazaría cuando yo no estuviese cerca. Me pregunté qué precio le exigirían a cambio.

—Yo ya era muy anciano cuando tu raza comenzó a hablar y a utilizar el fuego, Yeine. Esos pequeños tormentos no significan nada para mí.

—Ésa no es la cuestión —dije—. Sigues siendo... —Intenté dar con la palabra apropiada. «Humano» podía tomársela como un insulto.

Sacudió la cabeza.

—Sólo la muerte de Enefa me duele y eso no fue obra de ningún mortal.

En aquel momento, un profundo y sordo estremecimiento recorrió el palacio. Se me puso la carne de gallina. En el baño, algo tintineó un instante y luego se detuvo.

—La puesta de sol —dijo Sieh. Parecía contento mientras se enderezaba y se acercaba a una de las ventanas. Al oeste, el cielo estaba cubierto por varias capas de nubes y teñido de todos los colores del espectro—. Mi padre regresa.

«¿Adónde habrá ido?», me pregunté, pero me distrajo otro pensamiento. El monstruo de mis pesadillas, la bestia que me había perseguido por aquellos pasillos, había engendrado a Sieh.

—Ayer trató de matarte —dijo.

Sieh desechó el comentario con un gesto de la cabeza y dio una palmada que me sobresaltó.

—*En. Naiasouwamehikach.*

Pronunció aquellas palabras, incomprensibles para mí, con un tintineo cantarín, y durante un instante, mientras el sonido aún perduraba en el aire, mi percepción cambió. Cobré conciencia de los tenues ecos de cada sílaba al rebotar, solaparse y fundirse contra las paredes de la sala. Sentí cómo se transformaba el aire cuando lo atravesaron aquellos sonidos. Sentí cómo penetraban en las paredes a través del suelo. Cómo se transmitían por ellas hasta la columna que sustentaba el Cielo. Y cómo descendían por ella hasta la tierra.

Y entonces el sonido se vio arrastrado por la tierra mientras ésta avanzaba dando vueltas como un niño adormilado y volábamos alrededor del sol a través de los ciclos de las estaciones y, a nuestro alrededor, las estrellas daban vueltas acrobáticas con elegancia...

Pestañeeé, sorprendida momentáneamente de encontrarme aún en el cuarto. Pero entonces lo entendí. Las primeras décadas de la historia del arte de los escribas estaban repletas de muertes, las muertes de sus fundadores, hasta que decidieron restringirse a la forma escrita de aquella lengua. Ahora me asombraba que hubieran llegado siquiera a intentarlo. Una lengua cuyo significado no dependía tan sólo de la sintaxis, la pronunciación y el tono, sino de la situación de uno en el universo en un momento dado... ¿Cómo podían haber pensado que podían llegar a dominarla alguna vez? Era algo que no estaba al alcance de ningún mortal.

La esfera amarilla de Sieh salió de la nada y voló hasta sus manos.

—Ve a ver y luego vuelve a buscarme —ordenó, y lanzó la esfera hacia un lado. Rebotó contra una pared cercana y desapareció—.

Transmitiré tu mensaje a Kurue —dijo mientras se dirigía hacia la pared que había junto a mi cama—. Considera nuestra oferta, Yeine, pero no tardes mucho en hacerlo, ¿quieres? El tiempo pasa muy rápido para tu raza. Dekarta habrá muerto antes de que te enteres.

Dijo algo a la pared y ésta se abrió ante él. Al otro lado había un nuevo espacio intermedio. Lo último que vi, antes de que volviera a cerrarse, fue su sonrisa.

Desde mi ventanal del Cielo parecía que pudieran verse los Cien Mil Reinos enteros. No era así, claro, y yo lo sabía. Los escribas han demostrado que el mundo es redondo. Pero era fácil imaginar que era así. Había tantas luces parpadeantes, como estrellas sobre la tierra...

Sin embargo, era imposible no embriagarse con aquella vista. Es básico saber apreciar la belleza, aunque derive del mal.

Como Arameri, se esperaba de mí que no mostrara favoritismos hacia mi patria y sopesase con ecuanimidad las necesidades de todas las naciones. Pero, como es natural, no lo había hecho. En cuanto se marcharon T'vri y Sieh, me había puesto en contacto con los países a los que ahora supervisaba y les había sugerido —plenamente consciente de que la sugerencia de una heredera Arameri no es una sugerencia— que pensasen en reanudar las relaciones comerciales con Darr. En los duros años transcurridos tras la huida de mi madre del bastión de los Arameri no había existido oficialmente un embargo comercial. De haber existido, podríamos haber protestado ante el Consortium o buscado el modo de contrarrestarlo. Pero todos los países que pretendían granjearse el favor de nuestros señores habían optado por ignorar la existencia de Darr, simple y llanamente. Los contratos se rompieron, las obligaciones financieras no se acataron y las demandas se sobreseyeron. Hasta los contrabandistas nos evitaban. Nos convertimos en parias.

Los localizaría, uno a uno.

Sin embargo, al cabo de un rato caí en la cuenta de que me estaban observando.

—Estás despierta.

No habría servido de nada echar a correr. Así que dije:
—Buenas noches, señor Nahadoth. —Me enorgulleció que mi voz no temblara.

—¿A qué debo el honor de esta visita?

—Quería verte —dijo.

—¿Por qué?

No era ni el violento monstruo que me había dado caza al principio ni el ser fríamente superior que había amenazado con matarme después. No era capaz de interpretarlo, pero había en aquel momento una ternura en él que sólo había vislumbrado durante un instante. Cuando me agarró la mano, sangró sobre mí y me honró con un beso.

Quería preguntarle por ello, pero el recuerdo me era demasiado perturbador. Así que, en su lugar, lo que pregunté fue:

—¿Por qué tratasteis de matarme ayer?

—No te habría matado. Scimina me ordenó que te dejara con vida.

Esto resultaba curioso y más perturbador aún.

—¿Por qué?

—Supongo que porque no quería que murieras.

Estaba acercándome peligrosamente al punto de la exasperación.

—¿Y qué me habríais hecho entonces, si no pretendíais matarme?

—Hacerte daño.

Esta vez me alegré de que no entrase en detalles.

Tragué saliva.

—¿Como hiciste con Sieh?

Hubo una pausa y se volvió. La luz de la luna, medio llena, entraba por el ventanal que había sobre él. Su rostro tenía el mismo brillo tenue y pálido. No dijo nada, pero de repente lo entendí: no recordaba haberle hecho nada a Sieh.

—Así que realmente sois diferentes —dije. Me rodeé con los brazos. La habitación se había quedado helada y yo sólo llevaba una fina camisa y unos pantalones finos para dormir—. Sieh mencionó algo sobre eso y también T'vriil. «Mientras hay luz en el cielo...»

—De día soy humano —respondió el Señor de la Noche—. De noche... soy algo más parecido a mi auténtico yo. —Abrió las manos—. La transición se produce al anochecer y al amanecer.

—Y os convertís en... eso. —Me cuidé mucho de no decir «un monstruo».

—Una mente humana, imbuida con el poder y los conocimientos de un dios, aunque sólo sea durante pocos momentos, no suele reaccionar bien.

—Y, sin embargo, Scimina puede darte órdenes incluso en medio de esa locura...

Asintió.

—La voluntad de Ittempas es superior a todo lo demás. —Hizo una pausa y de improviso sus ojos se hicieron muy claros para mí—. Si no me quieres aquí, ordéneme que me vaya.

Piénsalo: un ser inmensamente poderoso está a tu disposición. Debe obedecer hasta el menor de tus caprichos. ¿No sería casi irresistible la tentación de disminuirlo, de humillarlo y de hacerle sentir menos poderoso obligándolo a someterte ante ti?

Yo creo que sí.

Sí, desde luego que lo sería. —Preferiría saber por qué has venido —dije—. Pero no voy a obligarte a explicármelo.

—¿Por qué no? —Había algo peligroso en su voz. ¿Estaba enfadado? ¿Porque tenía poder sobre él y optaba por no utilizarlo? ¿Le preocupaba que lo hiciera?

La respuesta a su pregunta acudió al instante a mi mente: porque estaría mal. Pero no me atreví a decirlo. La respuesta no era del todo cierta, en realidad. Había entrado en mi habitación sin que se lo pidiera, lo que habría sido una grosería en cualquier parte. De haber sido humano, no habría vacilado un instante en echarlo de allí.

No. Humano no... De haber sido libre.

Pero no lo era. Viraine me lo había explicado mejor la noche pasada, mientras pintaba el sello sobre mi piel. Las órdenes que diera a los enefadeh debían ser sencillas y precisas. Tenía que evitar las metáforas y los vulgarismos y, por encima de todo, pensar bien todo lo que les dijera, para no desencadenar consecuencias involuntarias. Si, por ejemplo, decía algo como: «Nahadoth, sal de aquí», el Señor de la Noche sería libre para abandonar, no sólo mi habitación, sino el palacio entero. El Padre Celestial se daría cuenta de ello y únicamente Dekarta podría llamarlo de regreso. O, si decía: «Cállate, Nahadoth», quedaría mudo hasta que yo misma o cualquier otro Arameri de sangre pura revocara la orden.

Y si alguna vez cometía la imprudencia de decir: «Nahadoth, haz lo que te plazca», me mataría. Porque matar a los Arameri lo complacía. Según Viraine, había sucedido muchas veces a lo largo de los siglos (un servicio, según él, puesto que, por lo general, de este modo se eliminaba a los Arameri estúpidos antes de que tuvieran tiempo de reproducirse o pudieran avergonzar más a la familia).

—No voy a darte órdenes porque estoy considerando la oferta de alianza realizada por la señora Kurue —dije al fin—. Una alianza debe basarse en el respeto mutuo.

—El respeto es irrelevante —respondió—. Soy tu esclavo.

Sin poder evitarlo, arrugué el gesto al oír aquella palabra.

—Yo también soy prisionera aquí.

—Una prisionera cuyas órdenes debo cumplir sin excepción. Discúlpame si no me embarga la simpatía por ti.

No me gustó el sentimiento de culpa que desencadenaron sus palabras en mi interior. Puede que por eso perdiera los estribos y hablara sin poder contenerme.

—Eres un dios —le espeté—. Eres una bestia asesina a la que ya han lanzado una vez contra mí. Puede que tenga poder sobre ti, pero sería una idiota si creyera que por eso estoy a salvo. Me parece mucho más sensato mostrar cortesía, pedir lo que quiera y esperar tu cooperación.

—Pide. Y luego ordena.

—Pediré. Y si respondes que no, aceptaré la respuesta. Eso también forma parte del respeto.

Guardó silencio largo rato. En aquel silencio volví a repetir mis palabras en mi cabeza y recé para no haber dejado ningún resquicio que él pudiera aprovechar.

—No puedes dormir... —dijo.

Parpadeé, confundida, y entonces caí en la cuenta de que era una pregunta.

—No. La cama... la luz.

Nahadoth asintió. De repente las paredes se oscurecieron y la luz se fue apagando hasta que la habitación quedó envuelta en sombras, sin otra iluminación que la que procedía de la luna, las estrellas y las luces de la ciudad. El Señor de la Noche era una sombra oscura recortada contra las ventanas. Había extinguido incluso el pálido fulgor de su rostro.

—Me has ofrecido tu cortesía —dijo—. Te ofrezco mi colaboración a cambio.

No pude sino tragar saliva al recordar el sueño de la estrella negra. Si era cierto —me lo había parecido, pero ¿quién podía decirlo, en el caso de un sueño?—, Nahadoth estaba más que capacitado para destruir el mundo, incluso en aquel estado disminuido. Sin embargo, fue su sencillo gesto de apagar las luces lo que me sobrecogió. Supongo que estaba tan cansada que eso me importaba más que nada en el mundo.

—Gracias —acerté a decir al fin—. Y ahora... —No había modo sutil de decirlo—. ¿Podrías marcharte? Te lo ruego.

Ahora era una silueta solamente.

—Todo cuanto ocurre en la oscuridad, yo lo veo —dijo—. Cada susurro, cada suspiro, los oigo. Aunque me marche, una parte de mí

permanecerá aquí. No puedo evitarlo.

Más adelante me perturbarían estas palabras. Por el momento, sentí gratitud.

—Será suficiente —dije—. Gracias.

Inclinó la cabeza y luego se desvaneció... No de una vez, como había hecho Sieh, sino por espacio de varias exhalaciones. Incluso cuando ya no podía seguir viéndole, sentía su presencia, pero al final hasta eso terminó por desaparecer. Me sentí, con razón o sin ella, sola.

Volví a meterme en la cama y estaba dormida en cuestión de minutos.

Hay una historia del Señor de la Noche que sí permiten los sacerdotes.

Hace mucho tiempo, antes de la guerra entre los dioses, el Señor de la Noche bajó a la tierra en busca de solaz. Encontró una dama en una torre, la mujer de un gobernante, encerrada y sola. No le costó mucho seducirla. Tiempo después, la mujer dio luz a un hijo. No era de su esposo. No era humano. Era el primero de los demonios y después de que naciera, y otros como él, los dioses se dieron cuenta de que habían cometido un terrible error. Así que dieron caza a su propia progenie y acabaron hasta con el más pequeño de ellos. La mujer, a la que su marido había echado de casa y se había quedado sin su hijo, murió congelada y sola en un bosque nevado.

Mi abuela me contó una versión distinta del cuento. Tras la muerte del niño-demonio, el Señor de la Noche volvió a buscar a la mujer y le suplicó que lo perdonara por lo que había hecho. Para expiar sus culpas levantó una nueva torre, le entregó grandes riquezas que le permitieron vivir cómodamente y fue a visitarla de vez en cuando para asegurarse de que estaba bien. Pero ella nunca lo perdonó y al final acabó quitándose la vida de pura tristeza.

La lección de los sacerdotes: cuidado con el Señor de la Noche, pues su placer es la ruina de los mortales. La lección de mi abuela: cuidado con el amor, sobre todo el del hombre equivocado.

La mañana siguiente vino una criada para ayudarme a vestirme y arreglarme. Me resultaba ridículo. Aun así, parecía lógico tratar de comportarse como una Arameri, así que me mordí la lengua mientras ella correteaba muy atareada a mi alrededor. Me abroché los botones y me arreglé la ropa con todo esmero, como si de algún modo eso pudiera hacerme parecer más elegante, y luego me cepilló el corto cabello y me ayudó a maquillarme. Con esto último sí que necesitaba su ayuda, puesto que las mujeres darre no utilizamos cosméticos. No pude evitar una punzada de consternación cuando dio la vuelta al espejo y me mostró con toda aquella pintura. No tenía mal aspecto. Solamente era... extraño.

Debí de fruncir el ceño en exceso, porque la criada se puso nerviosa y comenzó a hurgar en la gran bolsa que había traído consigo.

—Tengo justo lo que necesito —dijo y sacó algo que al principio tomé por una máscara festiva. Desde luego lo parecía, con aquella estructura de alambre para los ojos unida a una varilla revestida de satén. Pero en sí la máscara era peculiar y parecía hecha con sólo un par de objetos emplumados de brillante color azul, como los ojos de la cola de un pavo real.

Entonces parpadearon. Tras un momento de sobresalto, miré mejor y vi que no eran plumas.

—Todas las damas de alta cuna las utilizan —dijo la criada con entusiasmo—. Ahora mismo están de moda. —Se llevó la estructura a la cara y colocó los ojos azules sobre los suyos, grisáceos y bastante bonitos. Parpadeó, bajó el marco... y, de repente, tenía unos ojos de color azul, rodeados por unas pestañas negras de exótico grosor. Me la quedé mirando con la boca abierta y entonces me di cuenta de que los ojos que miraban vacíos desde el marco eran ahora de color gris y tenían las pestañas bastante vulgares de la propia criada. Volvió a ponerse el antifaz ante la cara y sus ojos regresaron a su lugar.

—¿Lo veis? —Me ofreció el antifaz. Me fijé en que tenía unos minúsculos símbolos negros, apenas visibles, grabados a lo largo de la varilla —. El azul os iría de perlas con ese vestido.

Retrocedí, embargada por una repulsión tan grande que tardé varios segundos en recuperar el habla.

—¿D-de quién eran esos ojos?

—¿Cómo?

—Los ojos, los ojos. ¿De dónde han salido?

La criada me miró como si le hubiera preguntado de dónde había salido la luna.

—No lo sé, mi señora —dijo tras una pausa incómoda—. Puedo preguntarlo, si queréis.

—No —dije apenas con un susurro—. No es necesario.

Le di las gracias por su ayuda, alabé su habilidad y le hice saber que no volvería a necesitar ayuda para vestirme mientras durara mi estancia en el Cielo.

Poco después llegó otra criada con noticias de T'vri: tal como esperaba, Relad había rechazado mi solicitud de encontrarnos. Como era día de fiesta, el Consortium no se reunía, así que pedí el desayuno y una copia de los últimos informes financieros sobre los países que me habían asignado.

Mientras estudiaba los informes ante un plato de pescado crudo y fruta cocida —no es que me disguste la comida amn, pero nunca parecen saber lo que deben cocinar y lo que deben dejar crudo— se presentó Viraine. Para comprobar cómo me iba, según dijo, pero yo no había olvidado mi anterior presentimiento de que quería algo de mí. Esta vez se hizo más intenso al verle pasear por la habitación.

—Es interesante ver que os tomáis tanto interés en las tareas del gobierno —dijo mientras yo apartaba un fajo de documentos—. A la mayoría de los Arameri no les interesa siquiera la economía básica.

—Yo gobierno... gobernaba un país pobre —dije mientras cubría los restos de mi desayuno con una servilleta—. Nunca he podido permitirme ese lujo.

—Ah, sí. Pero habéis tomado medidas para remediar esa pobreza, ¿no? Se lo he oído comentar a Dekarta esta mañana. Habéis ordenado a los reinos que se os han asignado que reanuden las relaciones comerciales con Darr.

Me detuve con la taza de té a medio camino de la boca.

—¿Está vigilando lo que hago?

—Vigila a todos sus herederos, dama Yeine. En estos tiempos tiene pocos entretenimientos, aparte de ése.

Pensé en el orbe mágico que me habían dado, con el que había podido comunicarme con mis países la pasada noche. Me pregunté si sería muy difícil crear un orbe que no alertara a la persona a la que estaban observando.

—¿Ya tenéis secretos que ocultar? —Levantó las cejas ante mi silencio, divertido—. ¿Visitantes en mitad de la noche, citas secretas, conspiraciones?

La mentira nunca ha sido uno de mis talentos. Por suerte, cuando mi madre se dio cuenta de ello, decidió enseñarme tácticas alternativas.

—Ésa parece ser la costumbre por aquí —dije—. Aunque aún no he intentado asesinar a nadie. Ni tampoco he convertido el futuro de nuestra civilización en una competición celebrada para mi divertimento.

—Si os preocupan esas menudencias, mi señora, no duraréis mucho tiempo por aquí —dijo Viraine. Se sentó en una silla delante de mí y entrelazó los dedos—. ¿Queréis un consejo de alguien que una vez fue también nuevo en este lugar, como vos?

—Será un placer escucharos, escriba Viraine.

—No os involucrés con los enefadeh.

Consideré si debía mirarlo fijamente o fingir ignorancia y preguntarle qué quería decir. Opté por lo primero.

—Parece que le gustáis a Sieh —dijo—. A veces le pasa. Es afectuoso como un niño. Puede divertir o exasperar. Es muy fácil cogerle cariño. No lo hagáis.

—Soy consciente de que no es realmente un niño.

—¿Y también de que, a lo largo de los años, ha matado a tanta gente como Nahadoth?

Sin poder evitarlo, arrugué el rostro. Viraine sonrió.

—Es un niño, cuidado, no por su edad, sino por su naturaleza. Actúa por impulsos. Posee una creatividad de niño... y también una crueldad de niño. Y es hijo de Nahadoth en cuerpo y alma. Pensad en eso, mi señora... El Señor de la Noche, encarnación viva de todo cuanto tememos y despreciamos los que servimos al Brillante. Sieh es su primogénito.

Lo pensé. Pero curiosamente, la imagen que acudió con mayor claridad a mis pensamientos fue la completa satisfacción de Sieh cuando lo rodeé con el brazo aquella primera noche. Más tarde comprendería que ya había comenzado a amar a Sieh, posiblemente en aquel mismo momento. Una parte de mí estaba de acuerdo con Viraine: amar a una criatura así no era una simple estupidez, era algo rayano en el suicidio. Pero aun así lo hice.

Viraine vio que me sobrecogía. Con perfecta solicitud, se me acercó y me tocó el hombro.

—No estáis rodeada únicamente de enemigos —dijo con delicadeza, y tan desconcertada me encontraba que por un instante sus palabras me consolaron de verdad.

—Parece que a T'vriil también le gustáis... Aunque eso no me sorprende, dado su pasado. Y también me tenéis a mí, Yeine. Era amigo de vuestra madre antes de que se marchara del Cielo. También podría serlo vuestro.

Si no hubiera pronunciado estas últimas palabras, tal vez lo hubiera considerado un amigo.

—Gracias, escriba Viraine —dije. Por una vez, gracias a los dioses, mi naturaleza darre no afloró. Traté de parecer sincera. De no demostrar mi momentánea aversión y mis sospechas. Y, a juzgar por su expresión de satisfacción, lo conseguí.

Después de que se marchara, pasé largo tiempo sentada en silencio, pensando.

Poco después se me ocurriría que Viraine me había prevenido contra Sieh, no contra Nahadoth.

Necesitaba saber más sobre mi madre.

Viraine me había dicho que era su amigo. Todo lo que sabía sobre mi madre era una mentira. La extraña mezcla de solicitud e indiferencia de Viraine, su actitud insensible y su falso consuelo... No. Mi madre siempre había valorado a la gente que se mostraba honesta en su comportamiento con los demás. No podía imaginarla mostrándose amigable con alguien como Viraine y mucho menos ofreciéndole su amistad.

Pero no sabía dónde podía empezar a investigar. La fuente de información más evidente era el propio Dekarta, pero no sentía el menor deseo de pedirle detalles íntimos sobre el pasado de mi madre delante del Salón entero. En cambio, un encuentro privado... Sí. Bastaría con eso.

Pero aún no. Al menos hasta que entendiese mejor para qué me había hecho venir al Cielo.

Después de eso me quedarían los demás miembros de la Familia Central, algunos de los cuales tenían edad de sobra para recordar los tiempos en los que mi madre era su heredera. Sin embargo, la advertencia de T'vriil resonaba en mis pensamientos. Cualquier miembro de la Familia Central que hubiera sido auténtico amigo de mi madre, estaba fuera de la ciudad, ocupándose de los negocios de la familia, sin duda para mantenerse lejos y a salvo del nido de víboras que era la vida en el Cielo. Nadie que la recordara me hablaría con sinceridad. Eran gente de Dekarta... o de Scimina, o de Relad.

Ah, ahí había una posibilidad. Relad.

Había declinado mi propuesta de vernos. El protocolo dictaba que no volviera a intentarlo, pero el protocolo era una pauta, no una ley absoluta y en el seno de una familia el protocolo adoptaba la forma que querían sus miembros. Puede que un hombre acostumbrado a tratar con alguien como Scimina valorara un enfoque más directo. Fui a buscar a T'vriil.

Lo encontré en una espacioso y pulcro despacho situado en uno de los pisos inferiores del palacio. Las paredes refulgían allí abajo, a pesar de que hacía un día muy luminoso. Esto se debía a que los pisos inferiores estaban bajo la mole principal de la edificación y, como consecuencia de ello, envueltos en una sombra permanente. No pude por menos que advertir que en aquella zona sólo se veían criados. La mayoría de ellos tenía el sello de sangre que parecía una sencilla barra negra. Parientes lejanos, sabía ahora gracias a las explicaciones de Viraine. Separados por seis o más generaciones de la Familia Central.

T'vriil estaba repartiendo instrucciones entre su personal cuando llegué. Me detuve junto a la puerta y escuché sin demasiada atención, sin interrumpir ni dar a conocer mi presencia, mientras le decía a una joven:

—No. No habrá otra advertencia. Cuando llegue la señal, sólo tendrás una oportunidad. Si sigues cerca del pozo en ese momento... —No dijo nada más.

El siniestro silencio que se extendió detrás de sus palabras fue lo que finalmente captó mi atención. Aquéllas no parecían unas instrucciones corrientes sobre limpiar las habitaciones o traer la comida con más diligencia. Me acerqué a la puerta para oír mejor y fue entonces cuando uno de los hombres de T'vriil me vio. Debió de hacerle alguna señal a éste, porque al instante se volvió hacia mí. Me miró por espacio de un momento y entonces les dijo a los suyos:

—Gracias. Eso es todo.

Me aparté para dejar que los servidores vaciaran el cuarto, cosa que hicieron con una celeridad y en un silencio que no me resultaron nada sorprendentes. T'vriil me había parecido desde el primer momento de los que llevan el timón con firmeza. Una vez vacía la estancia, se inclinó para darme la bienvenida y cerró la puerta tras de nosotros como deferencia a mi condición.

—¿En qué puedo ayudaros, prima? —preguntó.

Sentía deseos de preguntarle por aquel pozo, fuera lo que fuese, y aquella señal, fuera lo que fuese, y por qué su personal tenía aspecto de acabar de asistir al anuncio de una ejecución. Pero era evidente que prefería no hablar de ello. Con movimientos ligeramente forzados me indicó que me sentara delante de su mesa y me ofreció vino. Vi que su mano temblaba al servirlo, pero al darse cuenta de que lo estaba observando, dejó la jarra en la mesa.

Me había salvado la vida. Sólo por eso le debía un mínimo de cortesía. Así que me limité a preguntar:

—¿Dónde crees que podría estar el señor Relad en este momento?

Abrió la boca para responder, pero entonces hizo una pausa con el ceño fruncido. Me di cuenta de que consideraba la idea de tratar de disuadirme y finalmente se decantaba en su contra. Cerró la boca y dijo:

—En el solarío, probablemente. Pasa allí la mayor parte de su tiempo libre.

Me había mostrado el lugar el día antes, durante el recorrido del palacio. Los niveles más elevados del Cielo culminaban en una serie de plataformas y torres casi etéreas, ocupadas en su mayoría por los aposentos de los purasangres. El solarío era una de sus atracciones: una vasta cámara con techumbre de vidrio ocupada por plantas tropicales, asientos y cuevas de factura artística, estanques para bañarse y... otras cosas. T'vriil no me había dejado entrar durante la visita, pero atisé un movimiento entre la vegetación y alcancé a oír un grito de inconfundible ardor. No insistí en visitar el lugar, pero parecía que ahora no tendría alternativa.

—Gracias —dije mientras me levantaba.

—Esperad —dijo, y rodeó la mesa. Hurgó en los cajones un momento y al incorporarse llevaba un pequeño frasco de cerámica bellamente

pintado en la mano. Me lo ofreció.
—Tal vez esto os ayude —dijo—. Podría comprarse lo que quisiera, pero le gusta que lo sobornen.
Me guardé el frasco en el bolsillo y la información en la memoria. Sin embargo, lo sucedido inspiraba una nueva pregunta:
—T'vri!l, ¿por qué me estás ayudando?
—Eso querría yo saber —respondió con una voz que, de repente, sonaba muy fatigada—. Es evidente que no me conviene. Ese frasco me costó un mes de sueldo. Lo guardaba para cuando necesitara un favor de Relad.
Ahora era rica. Tomé nota mentalmente de que debía encargar tres frascos y enviárselos en señal de gratitud.
—¿Por qué entonces?
Me miró largo rato, supongo que tratando de encontrar la respuesta él mismo. Finalmente suspiró.
—Porque no me gusta lo que os están haciendo. Porque sois como yo... Honradamente, no lo sé.
Como él. ¿Una extraña? Lo habían criado allí y su conexión con la Familia Central era tan sólida como la mía, pero a los ojos de Arameri nunca sería un auténtico Arameri. ¿O quería decir que era, aparte de él, la única persona decente y honorable de aquel lugar? Si es que él lo era..
—¿Conociste a mi madre? —le pregunté.
Puso cara de sorpresa.
—¿A la señora Kinneth? Yo era un niño cuando se marchó con vuestro padre. No puedo decir que la recuerde muy bien.
—¿Y qué recuerdas?
Se apoyó en el borde de la mesa y, con los brazos cruzados, comenzó a pensar. A la luz que desprendían las paredes del Cielo su cabello trenzado brillaba como una cuerda de cobre, un color que poco tiempo antes me habría resultado antinatural. Ahora vivía entre los Arameri y trataba con dioses. Mi visión de las cosas había cambiado.
—Era preciosa —dijo—. Bueno, todos los miembros de la Familia Central lo son. Lo que no les da la naturaleza lo compensan con la magia. Pero ella tenía algo más. —Frunció el ceño—. Sin embargo, siempre parecía un poco triste. Nunca la vi sonreír.
Yo recordaba la sonrisa de mi madre. Era más frecuente en vida de mi padre, pero algunas veces también sonreía para mí. Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta y tosí para disimularlo.
—Supongo que era amable contigo. Siempre le gustaron los niños.
—No —dijo T'vri!l con expresión sobria. Imagino que se había percatado de mi momento de debilidad, pero era demasiado diplomático para mencionarlo—. Se portaba con educación, desde luego, pero yo no era más que un mestizo criado por los servidores. Habría sido raro que nos tratara con amabilidad, o con interés.
Volví a fruncir el ceño sin poder evitarlo. En Darr, mi madre siempre se aseguraba de que los hijos de nuestros sirvientes recibieran regalos en todos sus cumpleaños y en las ceremonias de consagración a la luz. En los calurosos y secos veranos de Darr, dejaba que los sirvientes descansaran en nuestro jardín, que era algo más fresco. Al administrador lo trataba como a un miembro más de la familia.
—Yo era un niño —volvió a decir T'vri!l—. Si queréis un testimonio más fiel, deberíais hablar con criados más viejos.
—¿Me recomiendas a alguien?
—Cualquiera de ellos hablará con vos. En cuanto al que podría recordar mejor a vuestra madre... No sabría decir. —Se encogió de hombros. No era exactamente lo que esperaba, pero al menos era algo que podría investigar más adelante.
—Gracias de nuevo, T'vri!l —dije, y salí en busca de Relad.

A los ojos de un niño, su madre es una diosa. Puede ser espléndida o terrible, benévola o colérica, pero en cualquier caso es digna de todo su amor. Estoy convencida de que éste es el mayor poder del universo.

Mi madre...

No, aún no.

En el solarío, la atmósfera era cálida, húmeda y fragante, gracias a los árboles en flor. Por encima de las copas se levantaba una de las torres del Cielo, la central y más alta, cuya entrada debía de estar en algún lugar entre las sinuosas veredas del lugar. Al contrario que el resto de las torres, ésta se estrechaba enseguida hasta convertirse en una punta de pocos pasos de diámetro, demasiado estrecha para albergar aposentos o cámaras de gran tamaño. Es posible que fuese meramente decorativa.

Si mantenía los ojos entornados, podía ignorar su presencia e imaginar casi que me encontraba en Darr. Los árboles no eran los mismos. Demasiado altos, demasiado finos y demasiado separados unos de otros. En mi tierra, los bosques eran tupidos, húmedos y oscuros como misterios, y estaban llenos de enmarañadas enredaderas y pequeñas y esquivas criaturas. Sin embargo, los sonidos y los olores eran lo bastante similares como para apaciguar mi sentimiento de nostalgia. Me quedé allí hasta que el sonido de unas voces cercanas me apartó de mis ensoñaciones.

O las espantó, más bien: una de las voces era la de Scimina.

No podía entender sus palabras, pero se encontraba muy cerca, oculta detrás de los matorrales y los árboles. La vereda de guijarros blancos que había bajo mis pies discurría en aquella dirección y supuse que cualquiera que estuviese allí me vería llegar desde lejos.

A los infinitos infiernos con las buenas formas, decidí.

Mi padre había sido un gran cazador antes de su muerte. Me había enseñado a arrastrar los pies al caminar por los bosques para minimizar el crujido del follaje. Y sabía también que debía caminar encorvada, puesto que la naturaleza del hombre le hace reaccionar a los movimientos que se producen a la altura de sus ojos, mientras que los que tienen lugar por encima o por debajo de él suelen pasar inadvertidos. Si me hubiera encontrado en un bosque de darre, habría trepado al árbol más cercano, pero no era fácil subirse a aquellos finos troncos desnudos. Así que tendría que ir agachada.

Una vez cerca —lo bastante como para oír, pero no tanto como para arriesgarme a que me vieran— me agazapé al pie de un árbol para escuchar.

—Vamos, hermano, tampoco es tanto, ¿verdad? —Era la voz de Scimina, cálida y zalamera. Al oírla me estremecí sin poder evitarlo, de miedo y de rabia. Me había azuzado a un dios, como si fuese un perro entrenado, para divertirse. Hacía mucho tiempo que no odiaba a nadie con tanta intensidad.

—Cualquier cosa que pidas tú es demasiado —dijo una nueva voz. Masculina, grave, con tono malhumorado.

—Ya conoces a esas razas oscuras, hermano. No tienen paciencia ni raciocinio. Siempre están resentidos por cosas que sucedieron hace generaciones... —Me perdí el resto de sus palabras. También oía pisadas que primero caminaban hacia mí y luego en dirección contraria. Cuando hacía esto último, era difícil entenderla—. Solamente quiero que tu pueblo firme el acuerdo de abastecimiento. Nos beneficiará a ambos.

—Eso, mi dulce hermana, es una mentira. Nunca me ofrecerías nada que me beneficiara. —Un suspiro de cansancio, un murmullo que no

entendí y luego—. Vete de aquí, me dicho. Me duele la cabeza.

—No me extraña, dadas tus costumbres. —La voz de Scimina había cambiado. Seguía siendo elegante, suave y agradable, pero había perdido la calidez por completo ahora que se había convencido de que Relad no iba a darle lo que pretendía. Me asombró que un cambio tan sutil pudiera hacerla parecer tan distinta—. Muy bien. Volveré cuando te encuentres mejor... Por cierto, ¿conoces a nuestra nueva prima?

Contuve la respiración.

—Ven aquí —dijo Relad. Comprendí al instante que estaba hablando con otra persona, quizá un criado. Era impensable que utilizara aquel tono perentorio con Scimina—. No. Pero me he enterado de que has intentado asesinarla. ¿Te parece prudente?

—Sólo estaba jugando. No pude resistirme. Es una criaturilla tan seria... ¿Sabes que realmente cree que está aquí para disputarnos el puesto del tío?

Me puse tensa. Y, al parecer, Relad también, pues Scimina añadió:

—Ah, ¿no te habías dado cuenta?

—No lo sabes con seguridad. El viejo quería a Kinneth. Y la chica no es nada para nosotros.

—En serio te digo que deberías leer más sobre la historia de la familia, hermano. El patrón... —Y se alejó. Era frustrante. No me atreví a acercarme más porque solamente una fina capa de hojas y ramas me separaba de ellos. A tan poca distancia, hasta me oirían respirar si prestaban atención. Mi única ventaja era que estaban absortos en su conversación.

Se intercambiaron algunos comentarios más, la mayoría de los cuales se me escaparon. Entonces, Scimina suspiró.

—Bueno, haz lo que creas mejor, hermano, y yo haré lo mismo, como siempre.

—Buena suerte. —¿Ese lacónico deseo era sincero o sarcástico? Me lo preguntaría más adelante, pero había algo en el tono que apuntaba a lo primero. No podía asegurarlo sin verlo, no obstante.

—Lo mismo digo, hermano. —Oí como se alejaban rápidamente sus tacones sobre las piedras del camino.

Permanecí un buen rato donde estaba, esperando a que se calmaran mis nervios antes de marcharme. Y también mis pensamientos, aunque éstos tardaron más, pues no paraban de darle vueltas a lo que había oído. «Realmente cree que está aquí para disputarnos el puesto del tío.» ¿Eso quería decir que no era así? Al parecer, Relad creía que sí, pero incluso él se preguntaba lo mismo que yo: ¿por qué me había traído Dekarta al Cielo?

Una pregunta que debía dejar para más adelante. Las cosas por orden. Me levanté y me dispuse a desandar lo andado por la maleza... pero antes de que pudiera conseguirlo, las ramas se abrieron a menos de cinco pasos de distancia y entró un hombre con paso tambaleante. Rubio, alto, bien vestido, con la marca de purasangre... Relad. Me quedé helada, pero era demasiado tarde. Estaba a plena vista, sorprendida con las manos en la masa. Pero, para mi sorpresa, no me vio. Se acercó a un árbol, se bajó los pantalones y comenzó a descargar la vejiga entre suspiros y gemidos.

Me quedé mirándolo, sin saber qué era lo que más me repugnaba: si su decisión de orinar en público, donde otros podrían olerlo durante días, su estado de total abandono o mi propio descuido.

Sin embargo, aún no me había descubierto. Podría haber vuelto al lugar en el que estaba antes y ocultarme detrás de un árbol. Posiblemente no me habría visto. Pero tal vez se hubiera presentado una oportunidad. Seguramente, un hermano de Scimina sería capaz de apreciar la audacia en su más reciente rival.

Así que esperé a que terminara y se abrochara la ropa. Se volvió para irse y probablemente no me habría oído si yo no hubiera escogido aquel momento para carraspear.

Sobresaltado, se volvió y me miró con ojos parpadeantes y nublados durante varios segundos, sin que ninguno de los dos rompiera el silencio.

—Primo —dije al fin.

Exhaló un prolongado suspiro que resultaba difícil de interpretar. ¿Estaba enfadado? ¿Resignado? Puede que las dos cosas.

—Ya veo. Así que estabas escuchando.

—Sí.

—¿Es esto lo que os enseñan en vuestras junglas?

—Entre otras cosas. Pensé que debía aprovecharme de mis talentos, dado que nadie se ha molestado en enseñarme cómo hacen las cosas los Arameri. De hecho, esperaba que pudieras ayudarme con eso.

—Ayudarte yo... —Comenzó a reírse, pero entonces sacudió la cabeza—. Ven, entonces. Puede que seas una bárbara, pero yo quiero sentarme como un hombre civilizado.

Un inicio prometedor. Parecía más cuerdo que su hermana, lo que no era demasiado complicado. Aliviada, lo seguí por el follaje hasta el claro. Era un lugar pequeño y lleno de encanto, tan meticulosamente preparado que habría parecido natural de no ser por su imposible perfección. Una roca de gran tamaño, labrada con la forma perfecta para servir de silla, dominaba uno de los lados. Relad, que ya no se sostenía demasiado bien en pie, se dejó caer sobre ella con un fuerte suspiro.

Al otro lado del claro, enfrente del asiento, había un estanque, demasiado pequeño para albergar a más de dos personas con comodidad. Una joven aguardaba allí sentada: preciosa, desnuda, con el símbolo de la barra negra en la frente. Una criada, pues. Nuestros ojos se cruzaron un instante y luego apartó la mirada, con elegante falta de expresión.

Otra joven —ataviada con un traje tan diáfano y revelador que lo mismo podría haber estado desnuda—, acurrucada cerca del asiento de Relad, sostenía una copa y una botella de cristal tallado sobre una bandeja. Al verla no me sorprendió que hubiera tenido que ir a aliviarse: la botella, que no era en absoluto pequeña, estaba casi vacía. Lo asombroso era que Relad todavía pudiese andar derecho.

No tenía dónde sentarme, así que junté las manos a la espalda y aguardé en un diplomático silencio.

—Muy bien —dijo Relad. Cogió la copa y la escudriñó como si estuviera buscando manchas en él. Obviamente, estaba usada—. En el nombre de todos los demonios conocidos, ¿qué quieres?

—Como ya he dicho, primo, ayuda.

—¿Y por qué razón iba a ayudarte yo?

—Quizá podríamos ayudarnos mutuamente —respondí—. No tengo la menor intención de convertirme en la sucesora de mi abuelo. Pero estaría más que dispuesta a apoyar a otro candidato en las circunstancias adecuadas.

Cogió la botella para servirse un trago, pero la mano le temblaba de tal modo que derramó una tercera parte del líquido. Un derroche. Tuve que combatir el deseo de quitársela de las manos y llenar la copa como era debido.

—No me sirves de nada —dijo al fin—. Únicamente te interpondrías en mi camino. O, peor aún, me harías vulnerable ante ella. —Ninguno de los dos necesitaba que se le aclarara a quién se refería con ese «ella».

—Ha venido aquí a tratar de un asunto totalmente distinto —dije—. ¿Crees que es casualidad que haya decidido mencionarme? A mí me

parece que una mujer no habla de un rival con otro... salvo que pretenda enfrentarlos entre sí. Puede que nos perciba a ambos como amenazas.

—¿Amenazas? —Se echó a reír y luego apuró la copa de lo que fuese aquello. A esa velocidad era imposible que lo hubiera saboreado—. Dioses, eres tan estúpida como fea. ¿Y el viejo cree realmente que puedes ser rival para ella? No puedo creerlo.

Sentí que me acaloraba, pero había oído cosas peores a lo largo de mi vida. No perdí los estribos.

—No me interesa ser su rival. —Lo dije con voz más tensa de lo que me habría gustado, pero dudo mucho que se diera cuenta—. Lo único que quiero es salir con vida de este condenado lugar.

La mirada que me lanzó me hizo sentir enferma. No era de cinismo, ni siquiera de burla. Sólo era espantosamente prosaica. «Nunca saldrás de aquí —decían aquella mirada, aquellos ojos vacíos y aquella sonrisa cansada—. No tienes ninguna posibilidad.

Pero en lugar de pronunciar estas palabras, Relad respondió con una gentileza que me inquietó aún más que su desprecio.

—No puedo ayudarte, prima. Pero te ofreceré un consejo, si quieres escucharlo.

—Será un placer, primo.

—El arma predilecta de mi hermana es el amor. Si amas a alguien o a algo, ten cuidado. Ahí es donde te atacará.

Fruncí el ceño, un poco confundida. No había tenido amantes dignos de mención en Darr y no había engendrado hijos. Mis padres ya estaban muertos. Quería a mi abuela, claro está, y también a mis tíos, mis primos y unos pocos amigos, pero no entendía cómo...

Ah. Sí, era tan transparente como el agua una vez que te parabas a pensarlo. El propio Darr. No era uno de los territorios de Scimina, pero ella era Arameri. No había nada más allá de su alcance. Tendría que encontrar el modo de proteger a mi pueblo.

Relad sacudió la cabeza como si estuviera leyéndome los pensamientos.

—No puedes proteger las cosas que amas, prima... Eternamente, no. Completamente, no. Tu única defensa es no amar.

Fruncí el ceño.

—Eso es imposible. —¿Cómo podía vivir así un ser humano?

Sonrió de un modo que me provocó escalofríos.

—Bueno. En todo caso te deseo suerte.

Llamó a las mujeres con un gesto. Ambas se levantaron y se acercaron a su asiento para aguardar su próxima orden. Entonces caí en la cuenta: las dos eran altas, distinguidas, muy bellas a la manera angulosa y estilizada de las amn y de cabello azabache. No es que se parecieran demasiado a Scimina, pero las semejanzas eran innegables.

Relad las contempló con tal amargura que, por un momento, me inspiró lástima. Me pregunté a qué ser amado habría perdido. Y también me pregunté cuándo había decidido que me era tan poco útil como yo a él. Era mejor luchar sola que confiar en aquel cascarón vacío con forma de hombre.

—Gracias, primo —dije mientras inclinaba la cabeza. Y lo dejé a solas con sus fantasías.

De camino a mi cuarto, me detuve en los aposentos de T'vri y le devolví el frasco de cerámica. Lo guardó sin pronunciar palabra.

Hay una enfermedad que llaman «la muerte ambulante». Provoca temblores, fiebres terribles, inconsciencia y, en sus últimas fases, un comportamiento maniático de un tipo muy especial. La víctima siente la compulsión de levantarse del lecho y caminar. Caminar a cualquier parte, aunque sólo sea de un lado a otro de su habitación. Y camina mientras la fiebre crece tanto que la piel se le agrieta y comienza a sangrar. Camina mientras el cerebro muere. Y luego sigue caminando aún un poco más.

Ha habido numerosos brotes de muerte ambulante a lo largo de los siglos. La primera vez que apareció hubo miles de víctimas, porque nadie sabía cómo se propagaba. Si nadie se lo impide, los infectados caminan hasta donde se puede encontrar gente sana. Infectan el lugar con su sangre y mueren, y así se transmite la enfermedad. Ahora lo sabemos. Levantamos un muro en cualquier lugar tocado por la muerte ambulante y cerramos nuestros corazones a los gritos de las personas sanas atrapadas en su interior. Si siguen vivas a las pocas semanas, las dejamos salir. Algunos sobreviven. No somos tan crueles.

A nadie se le escapa que la enfermedad únicamente se ceba en los trabajadores. Los sacerdotes los nobles, los eruditos, los mercaderes adinerados... No es sólo que tengan guardias y recursos suficientes para encerrarse en sus ciudadelas y templos. En los primeros años no había cuarentena y aun así no morían. Salvo que hubieran ascendido hacia poco desde las filas de las clases bajas, eran inmunes.

Como es lógico, una plaga como ésta no puede ser natural.

Cuando la muerte ambulante llegó a Darr, un poco antes de que yo naciera, nadie esperaba que mi padre la contrajera. Pertenecíamos a la nobleza menor, pero éramos nobles. Pero mi abuelo paterno había sido un simple plebeyo, como sabía cualquier darre, un apuesto cazador que había llamado la atención de mi madre. Al parecer, a la enfermedad le bastaba con eso.

Sin embargo... mi padre sobrevivió.

Ya recordaré luego por qué es relevante esto.

Aquella noche, al salir del baño para meterme en la cama, me encontré a Sieh comiéndose mi cena y leyendo uno de los libros que me había traído de Darr. No me importó lo de la cena. Lo del libro...

—Me gusta —dijo el dios mientras me lanzaba una mirada vaga a modo de saludo—. Nunca había leído poesía darre. Es curioso... Después de hablar contigo pensé que todos los darre eran francos, directos. Pero aquí cada verso está lleno de dobles significados. Quienquiera que escribiera esto tenía una mente que pensaba en círculos.

Me senté en la cama para cepillarme el pelo.

—Normalmente se considera un gesto de educación el pedir permiso antes de invadir la privacidad de otros.

No dejó el libro a un lado, pero al menos lo cerró.

—Te he ofendido. —En su rostro apareció una expresión reflexiva—. ¿Cómo lo he conseguido?

—El poeta era mi padre.

Su rostro demostró sorpresa.

—Es un buen poeta. ¿Por qué te molesta que otros lean su obra?

—Porque es mía. —Llevaba muerto una década. Un accidente de caza. Un modo muy masculino de morir... pero aún me hacía daño pensar en él. Bajé el cepillo y contemplé los negros rizos atrapados en las cerdas. Rizos amn, como mis ojos aman. Algunas veces me preguntaba si mi padre me consideraba fea, como tantos otros darre. De ser así, ¿se debería a mis facciones amn... o a que no parecía más amn, a que era como mi madre?

Sieh me miró largo rato.

—No pretendía ofenderte. —Se levantó y volvió a dejar el libro sobre mi pequeño estante.

Sentí que algo en mi interior se relajaba, pero continué cepillándome para disimularlo.

—Me sorprende que te preocupe —dijo—. Los mortales mueren constantemente. Debéis de hartaros de bailar alrededor de nuestro pesar.

Sonrió.

—Mi madre también está muerta.

La Traidora que no había traicionado a nadie. Nunca había pensado en ella como la madre de alguien.

—Además, trataste de matar a Nahadoth por mí. Eso es algo digno de respeto. —Se movió para sentarse sobre mi tocador. Sus posaderas se hicieron sitio entre mis escasos cosméticos. Al parecer, su respeto sólo llegaba hasta cierto punto.

—Bueno, ¿qué quieres?

Me sobresalté. Sonrió.

—Te alegraste de verme hasta que viste lo que estaba leyendo.

—Ah.

—¿Y eso?

—Me preguntaba... —De repente me sentía idiota. ¿Cuántos problemas tenía en aquel momento? ¿Por qué estaba obsesionándome por los muertos?

Sieh enderezó la espalda, cruzó las piernas y esperó. Suspiré.

—Me preguntaba si podías contarme lo que sepas sobre... sobre mi madre.

—¿No sobre Dekarta, Scimina o Relad? ¿Ni tan siquiera quieres saber cosas de mi insólita familia? —Ladeó la cabeza y sus pupilas duplicaron su tamaño en un simple instante. Me lo quedé mirando, momentáneamente distraída por aquello—. Qué interesante. ¿A qué se debe?

—Hoy he conocido a Relad. —Traté de encontrar las palabras para explicarme mejor.

—Menuda pareja, ¿eh? Scimina y él. No sabes las historias que podría contarte sobre su pequeña guerra...

—No quiero oírlas —dije con tono demasiado cortante. No quería que supiera lo mucho que me había preocupado el encuentro con Relad. Me esperaba que Relad fuera como otra Scimina, pero la amarga y ebria realidad era peor. ¿Me volvería como él si no escapaba pronto del

Cielo?

Sieh guardó silencio. Posiblemente leía hasta el último de mis pensamientos en mi rostro. Así que no me sorprendió del todo que apareciera una mirada calculadora en sus ojos, acompañada por una sonrisa lánguidamente perversa.

—Te contaré lo que pueda —dijo—. Pero ¿qué me darás tú a cambio?

—¿Qué quieres?

Su sonrisa se esfumó, reemplazada por una expresión de total seriedad.

—Ya te lo he dicho antes. Déjame dormir contigo.

Me lo quedé mirando. Sacudí la cabeza rápidamente.

—No como duermen los hombres con las mujeres. —De hecho, la idea parecía repugnarle—. Soy un niño, ¿recuerdas?

—No eres un niño.

—Para ser un dios sí. Nahadoth nació antes que el tiempo mismo. A su lado, mis hermanos y yo no somos más que bebés. —Volvió a cambiar de postura. Esta vez se rodeó las rodillas con los brazos. Parecía terriblemente joven y terriblemente vulnerable. Pero yo no era ninguna tonta.

—¿Por qué?

Exhaló un suave suspiro.

—Simplemente me gustas, Yeine. ¿Es que tiene que haber una razón para todo?

—Comienzo a pensar que contigo sí.

Frunció el ceño.

—Bueno, pues no la hay. Ya te lo he dicho: hago lo que quiero, todo lo que me agrada, como los niños. No hay lógica en ello. Acéptalo o no, como quieras. —Dicho esto, apoyó la barbilla sobre una rodilla y desvió la mirada. Era la viva imagen de un niño enfurruñado.

Suspiré y traté de pensar si decirle que sí me haría vulnerable a algún truco enefadeh o a alguna artimaña Arameri. Pero entonces me di cuenta de que nada de eso importaba.

—Supongo que debería sentirme halagada —dije, y suspiré.

Animado al instante, Sieh saltó sobre mi cama, apartó el edredón y dio unas palmaditas en mi lado de la cama.

—¿Puedo cepillarte el pelo?

No pude contener una carcajada.

—Eres una criatura muy, muy, extraña.

—La inmortalidad acaba por resultar muy, muy, aburrida. Te sorprendería lo interesantes que pueden parecer las pequeñas cosas de la vida cotidiana al cabo de varios milenios.

Me acerqué a la cama, me senté y le ofrecí el cepillo. Sólo le faltó ronronear al cogerlo, pero no lo solté.

Sonrió.

—Tengo la sensación de que están a punto de tirarme a la cara mi propio acuerdo.

—No. Pero yo diría que lo razonable, al tratar con un embaucador, es exigir que él cumpla primero con su parte del trato.

Se echó a reír y soltó el cepillo para darse una palmada en la pierna.

—Qué graciosa eres. Me gustas más que todos los demás Arameri.

No me gustaba que me considerara una Arameri. Pero...

—¿Más que mi madre? —pregunté.

Se puso serio, se me acercó de nuevo y se apoyó sobre mi espalda.

—Ella me gustaba bastante. No solía darnos órdenes. Solamente cuando tenía que hacerlo. Aparte de eso, nos dejaba en paz. Es lo que suelen hacer los que son inteligentes, con notables excepciones como Scimina. No tiene mucho sentido entablar lazos personales con tus armas.

Tampoco me gustaba oír una descripción tan despectiva de las motivaciones de mi madre.

—Tal vez lo hiciera por principios. La mayoría de los Arameri abusan de su poder sobre vosotros. No está bien.

Apartó la cabeza de mi hombro y me miró un instante, divertido. Luego volvió a apoyarla.

—Puede que fuese eso.

—Pero no lo crees.

—¿Quieres la verdad, Yeine? ¿O quieres consuelo? No, no creo que nos dejase en paz por principios. Creo que, simplemente, Kinneth tenía otras cosas en la cabeza. Se veía en sus ojos. Una obsesión.

Fruncí el ceño al recordarlo. Había una obsesión en sus ojos, sí, una especie de determinación sombría e inflexible. Y también había destellos de otras cosas, sobre todo cuando creía que no la estaban observando. Codicia. Remordimiento.

Yo imaginaba sus pensamientos cuando, a veces, me dirigía aquella mirada. «Haré de ti mi instrumento, mi herramienta para vengarme de ellos», quizá, aunque tenía que haber sabido lo ridícula que era una idea semejante. O quizá: «Al menos, aquí tengo la oportunidad de modelar un mundo, aunque sólo sea el de una niña.» Y ahora que había visto cómo eran el Cielo y los Arameri, se me ocurrió una nueva posibilidad: «Te criaré cuerda.»

Pero si ya tenía aquella mirada cuando vivía en el Cielo, mucho antes de mi nacimiento, es que no tenía absolutamente nada que ver conmigo.

—En su caso no había competencia, ¿verdad? —pregunté—. Era la única heredera.

—No la había. Nadie dudó nunca que Kinneth sería la próxima jefa del clan. Al menos hasta el día en que anunció su abdicación. —Sieh se encogió de hombros—. E incluso después de aquello, al menos durante algún tiempo, Dekarta albergó la esperanza de que cambiara de idea. Pero entonces sucedió algo, y se podía palpar el cambio en el aire. Era un día de verano, pero la furia de Dekarta era como hielo sobre metal.

—¿Qué día?

Sieh no respondió durante un instante. Repentinamente supe, de una forma instintiva que ni entendí ni cuestioné, que iba a mentirme. O, al menos, a ocultarme parte de la verdad.

—El día que ella regresó al palacio... —Hablaban con más lentitud de lo habitual, meditando de manera evidente cada palabra antes de pronunciarla—. Más o menos un año después de casarse con tu padre. Dekarta ordenó que los pasillos estuvieran vacíos cuando llegó. Para que no tuviera que avergonzarse. Todavía entonces se preocupaba por ella. Y se reunieron a solas por la misma razón, para que nadie supiera lo que decían. Pero todos sabíamos lo que él esperaba.

—Que iba a volver. —Cosa que, por suerte, no había hecho, porque en caso contrario puede que yo no hubiera llegado a nacer.

Pero ¿para qué había vuelto, entonces?

Era lo que tenía que averiguar a continuación.

Le ofrecí a Sieh el cepillo. Lo cogió, se sentó en cuclillas y comenzó a peinarme con mucha delicadeza.

Durmió desparrado, ocupando la mayor parte de la amplia cama. Yo había esperado que se acurrucara contra mí, pero al parecer le bastaba con tener parte del cuerpo en contacto conmigo: una pierna y una mano esta vez, sobre mi propia pierna y mi estómago. No me molestaban su presencia ni sus suaves ronquidos. Pero sí, una vez más, el resplandor casi diurno de las paredes.

A pesar de ello, logré quedarme dormida. Debía de estar muy cansada. Transcurrido un rato, cuando desperté y abrí los ojos legañosos, descubrí que la habitación se había quedado a oscuras. Como para mí eso era la normal, no le di la menor importancia y volví a quedarme dormida. Pero por la mañana recordaría algo, un sabor en el aire, como lo había definido Sieh. Aquel sabor era algo con lo que tenía poca experiencia, aunque lo conocía del mismo modo que un niño conoce el amor o un animal el miedo. Los celos, aunque sean entre un padre y un hijo, son una realidad de la naturaleza.

Aquella mañana, al volverme, me encontré con que Sieh estaba despierto y sus verdes ojos nublados de remordimiento. Se levantó sin decir palabra, me sonrió y se desvaneció. Supe que no volvería a dormir conmigo.

Después de que se marchara Sieh me levanté temprano con la intención de buscar a T'vril antes de ir al Salón. Aunque me había dicho que ya conocía a todas las personas que importaban, se refería a la lucha por la sucesión. En lo tocante a mi madre, esperaba que alguien pudiera tener más información sobre la noche de su abdicación.

Pero doblé a la izquierda donde tendría que haber doblado a la derecha y el ascensor no me llevó hasta donde debía, y en lugar de llegar al despacho de Viraine, me encontré en la entrada del palacio, frente al patio en el que había comenzado la aventura más desagradable de mi vida. Y Dekarta se encontraba allí.

Cuando tenía cinco o seis años, mis tutores ítempanos me enseñaron cómo era el mundo.

—Está el universo, gobernado por los dioses —me dijeron—. Su jefe es ltempas el Brillante. Y luego está el mundo, donde gobierna el Consortium Nobiliario, bajo la tutela de la familia Arameri. Dekarta, el señor de los Arameri, es su jefe.

Más tarde le dije a mi madre que aquel señor Arameri debía de ser un hombre muy grande.

—Lo es —dijo, y ése fue el fin de la conversación.

No fueron sus palabras lo que se me grabó en la mente, sino su manera de decirlas.

El patio principal del Cielo es lo primero que ven los visitantes, así que está pensando para impresionarlos. Aparte de la Puerta Vertical y de la entrada al palacio —un túnel cavernoso formado por arcos concéntricos, alrededor del cual se alza la impresionante molde del propio Cielo—, también está el Jardín de los Cien Mil y el Muelle. Como es lógico, nada atraca en él, puesto que sobresale del patio principal a una altura de casi ochocientos metros. Tiene una barandilla elegante, más o menos a la altura de la cintura de un hombre. No impediría saltar a alguien que quisiera suicidarse, pero supongo que sirve para transmitir cierta sensación de seguridad a los demás.

Dekarta se encontraba al pie del Muelle, acompañado de Viraine y algunos otros. El grupo estaba a cierta distancia y aún no me habían visto. Me habría dado la vuelta y regresado al palacio de no haber reconocido a una de las figuras que los acompañaban. Zhakkarn, la diosa guerrera.

Esto hizo que me detuviera. Los demás presentes eran cortesanos de Dekarta. Recordaba vagamente a algunos, que había conocido el primer día. Otro hombre, ni de lejos tan elegante como el resto, se había adentrado unos pasos en el Muelle, como si quisiera disfrutar de la vista... pero estaba temblando. Se apreciaba incluso desde mi posición.

Dekarta dijo algo y Zhakkarn levantó una mano, donde apareció de repente una resplandeciente pica plateada. Apuntó con ella al hombre y dio tres pasos hacia delante. La punta de la pica flotaba, firme como una roca a pesar del viento, a pocos centímetros de la espalda del desconocido.

Éste avanzó un paso y luego miró hacia atrás. El viento le agitaba el cabello formando una nube etérea alrededor de su cabeza. Parecía amn, o de alguna de las razas emparentadas con ésta. Pero reconocí su manera de comportarse y sus ojos violentos y desafiantes. Un hereje, un enemigo del Brillante. En su tiempo hubo ejércitos enteros de ellos, pero ahora quedaban muy pocos, ocultos en sus escondrijos, donde veneraban a sus caídos dioses en secreto. Éste debía de haber cometido algún error.

—No podréis mantenerlos encadenados eternamente —dijo. El viento arrastró sus palabras hacia mí y más lejos, como una tentación para mis oídos. Al parecer, la magia protectora que mantenía el aire del Cielo cálido y en calma no funcionaba en el Muelle—. ¡Ni siquiera el Padre Celestial es infalible!

Dekarta no respondió nada, aunque se inclinó hacia delante y le susurró algo a Zhakkarn. El hombre del Muelle se puso tenso.

—¡No! ¡No puedes! ¡No puedes! —Se volvió y trató de pasar junto a Zhakkarn y su pica, con los ojos clavados en Dekarta.

Zhakkarn se limitó a mover la punta de su arma y el hombre se ensartó en ella.

Solté un grito y me llevé las manos a la boca. La entrada del palacio amplificó el sonido. Dekarta y Viraine se volvieron hacia mí. Pero entonces sucedió algo que hizo enmudecer mi grito: el hombre comenzó a chillar.

El sonido de su voz me atravesó como a él la pica de Zhakkarn. Encorvado alrededor de la pica, aferrado a su asta, el cuerpo comenzó a estremecerse con más fuerza aún que antes. Entonces comprendí que otra fuerza, aparte del grito, lo hacía estremecer, al ver que su pecho empezaba a brillar al rojo vivo alrededor de la punta del arma. Comenzó a salirle humo de las mangas, del cuello, de la boca y de la nariz. Pero lo peor eran sus ojos, que evidenciaban que era consciente de lo que estaba sucediendo. Sabía lo que le estaba pasando, lo sabía y eso lo hacía desesperar, y esa desesperación formaba parte de su sufrimiento.

Huí. Que el Padre Celestial me ayude, no pude soportarlo. Entré corriendo en el palacio y me oculté detrás de una esquina. Pero ni siquiera eso me ayudó, porque seguía oyéndole gritar, gritar, gritar, mientras se quemaba por dentro, más y más cada vez, hasta que creí que me volvería loca y no podría oír nada más el resto de mi vida.

Gracias a todos los dioses, incluso a Nahadoth, finalmente terminó.

No sé cuánto tiempo pasé allí acurrucada, con las manos en los oídos. Al cabo de un tiempo me di cuenta de que ya no estaba sola y levanté la cabeza. Dekarta, apoyado pesadamente sobre un bastón de madera oscura que bien podía proceder de los bosques de Darr, se encontraba allí observándome, con Viraine a su lado. Los demás cortesanos se habían dispersado por el pasillo. Zhakkarn no estaba a la vista.

—Bueno —dijo Dekarta con voz rebosante de sorna—. Al fin vemos la verdad. Es la cobardía de su padre la que fluye con más fuerza por sus venas, no el valor de los Arameri.

Esto transformó mi espanto en furia. Me erguí violentamente.

—Los darre fueron guerreros famosos una vez —dijo Viraine antes de que yo pudiera condenarme diciendo algo. A diferencia de Dekarta, su expresión era neutra—. Pero siglos bajo el pacífico gobierno del Cielo han civilizado incluso las razas más salvajes, mi señor y no podemos culparla por ello. Dudo que haya visto una ejecución antes de ahora.

—Los miembros de nuestra familia deben ser más fuertes —dijo Dekarta—. Es el precio que pagamos por nuestro poder. No podemos ser

—Como las razas azules, por muy equivocados que estuviéramos para salvar el cuello. Debemos ser como ese hombre, por muy equivocados que estuviéramos. —Señaló en dirección al Muelle, o dondequiera que estuviera ahora el cadáver del hereje—. Como Shahar. Debemos estar dispuestos a morir, y a matar, por nuestro señor Itempas. —Sonrió. Al verlo se me puso la carne de gallina—. Quizá debería dejar que te ocupes del siguiente, nieta.

Estaba demasiado alterada y demasiado furiosa para tratar siquiera de controlar la aversión de mi rostro.

—¿Qué fuerza hace falta para matar a un hombre desarmado? ¿O para ordenar a otro que lo mate? —Sacudí la cabeza. El aullido aún repicaba en mis oídos—. Eso era crueldad, no justicia.

—¿De veras? —Para mi sorpresa, Dekarta pareció pensarlo seriamente—. Este mundo pertenece al Padre Celestial. Eso es irrefutable. Cogimos al hombre distribuyendo libros prohibidos, libros en los que se negaba esta realidad. Y cada uno de los lectores de esos libros, cada buen ciudadano que leyó esa blasfemia y no quiso negarla, se sumó a ese engaño. Ahora hay criminales entre nosotros, decididos a robarnos, no el oro, sino nuestras mismas vidas, nuestros corazones. Nuestras mentes. Nuestra cordura y nuestra paz. —Suspiró—. La auténtica justicia sería aniquilar su nación entera, cauterizar la infección antes de que se propague. Pero en lugar de hacerlo, he ordenado que ejecuten a todos los miembros de la facción, sus esposas y sus hijos. Sólo aquellos para los que la redención ya es imposible.

Me quedé mirándolo, demasiado horrorizada para decir nada. Ahora sabía por qué se había vuelto el hombre para clavarse la pica. Ahora sabía adónde había ido Zhakkam.

—El señor Dekarta le ofreció una alternativa —añadió Viraine—. Saltar habría sido más sencillo. Por lo general, los vientos arrojan los cuerpos contra la columna de sustentación del palacio, así que nada llega a tocar el suelo. Es... más rápido.

—Y vosotros... —Sentía deseos de cubrirme de nuevo los oídos con las manos—. ¿Y vosotros os llamáis «servidores de Itempas»? Sois bestias salvajes. ¡Sois demonios!

Dekarta sacudió la cabeza.

—Soy estúpido por seguir esperando algo de ti. —Dio la vuelta y comenzó a alejarse por el pasillo. Viraine fue tras él, listo para ayudarlo si tropezaba. Se volvió hacia mí una vez. Dekarta ni eso.

Me aparté de la pared de un empujón.

—¡Mi madre fue más fiel al Brillante de lo que vosotros podríais llegar a ser nunca!

Dekarta se detuvo y durante un segundo sentí temor, al comprender que había ido demasiado lejos. Pero no se volvió.

—Es cierto —dijo Dekarta en voz muy baja—. Tu madre no habría mostrado la menor misericordia.

Siguió su camino. Yo volví a apoyarme en la pared y no pude dejar de temblar durante largo rato.

Aquel día no fui al Salón. No podría haber permanecido allí sentada junto a Dekarta, fingiendo indiferencia, mientras en mi mente resonaban aún los gritos del hereje. No era una Arameri y nunca lo sería, así que ¿qué sentido tenía actuar como ellos? Además, de momento tenía otras cosas de que preocuparme.

Cuando entré en el despacho de T'vril estaba ocupado con unos documentos. Antes de que pudiera levantarse para saludarme, puse una mano sobre su mesa.

—Las pertenencias de mi madre. ¿Dónde están?

Cerró la boca y luego volvió a abrirla para hablar.

—Sus aposentos están en la séptima torre.

Esta vez me tocó a mí hacer una pausa.

—¿Sus aposentos están intactos?

—Dekarta lo ordenó así cuando se marchó. Cuando quedó claro que no volvería... —Abrió las manos—. Mi predecesor apreciaba demasiado su vida para sugerir que se vaciaran. Lo mismo que yo. —Luego añadió, tan diplomático como siempre—: Ordenaré que alguien os lleve hasta allí.

Los aposentos de mi madre.

El sirviente me había dejado allí sola sin que tuviera que ordenárselo. Cuando se cerró la puerta, se hizo un silencio total. Unos óvalos de luz tapizaban el suelo. Las gruesas cortinas no se habían agitado al entrar yo. Los hombres de T'vril no tocaban el lugar, así que ni siquiera bailaban motas de polvo bajo la luz. Si contenía la respiración, casi podía creer que me encontraba dentro de un retrato y no en un lugar real.

Avancé un paso. Estaba en la antesala. Una cómoda, un sofá, una mesa para tomar el té o para trabajar... Algunos toques personales, aquí y allá: cuadros en la pared, una esculturas sobre pequeñas baldas, un precioso altar tallado al estilo senmita. Todo muy elegante.

Nada recordaba a ella.

Recorrí el lugar. Un baño a la izquierda. Más grande que el mío, pero es que a mi madre siempre le había encantado bañarse. Recordé las veces en que me sentaba con ella entre las burbujas, y cómo me reía al ver que se apilaba el pelo sobre la cabeza y empezaba a hacer muecas...

No. Mejor que no siguiera por ahí si no quería desesperarme.

El dormitorio. La cámara era un enorme óvalo, dos veces más grande que la mía, blanca y cubierta de almohadones por todas partes. Varios vestidos, un tocador, una chimenea con su repisa. Esto último era puro ornamento, dado que en el Cielo el fuego no era necesario. Otra mesa. También allí había toques personales: botellitas primorosamente ordenadas sobre la cómoda, con las predilectas de mi madre delante. Varias macetas con plantas, enormes y frondosas después de tantos años. Retratos en las paredes.

Éstos llamaron mi atención. Me acerqué a la repisa para ver mejor el más grande de ellos, un cuadro enmarcado de una hermosa mujer amn. Vestía con refinamiento y su apostura revelaba una educación mucho más refinada que la mía, pero había algo en su expresión que me intrigaba. Su sonrisa era la más tenue de las curvas y aunque sus ojos estaban dirigidos hacia el observador, parecían perdidos más que enfocados. ¿Soñaba despierta? ¿O estaba preocupada por algo? El artista lo había captado con maestría.

El parecido entre mi madre y ella era asombroso. Debía de ser mi abuela, pues, la trágicamente fallecida esposa de Dekarta. No me extrañaba que pareciese preocupada si había tenido que entrar en esta familia.

Me volví para contemplar la habitación entera.

—¿Dónde estabas en este lugar, madre? —susurré en voz alta. Mis palabras no rompieron la quietud. Allí, en aquel momento cerrado y congelado, yo era una simple observadora—. ¿Eras la madre que recuerdo o una Arameri?

Aquello no tenía nada que ver con su muerte. Sólo era algo que tenía que saber.

Comencé a registrar el apartamento. Lo hice con cuidado porque no soportaba la sensación de estar saqueando el lugar. Además de ofender a los criados, me parecía que sería una falta de respeto hacia mi madre. A ella siempre le había gustado el orden.

El sol ya se había puesto cuando finalmente encontré un cofrecillo en el camarín del cabecero de su cama. Ni siquiera había reparado en su existencia hasta que apoyé la mano en el borde y noté la junta. ¿Un escondrijo? El cofrecillo estaba abierto y contenía un montón de papeles

doblados y enrollados. Ya había extendido las manos hacia ellos cuando vislumbré la letra de mi padre en uno de los pergaminos.

Me temblaban las manos al sacar el cofrecillo del camarín. Dejé un cuadrado perfecto de denso polvo sobre el suelo del interior. Al parecer, los criados no habían limpiado allí. Puede que tampoco ellos, como yo, se hubiesen dado cuenta de que el cabecero se abría. Tras soplar el polvo de los documentos superiores, recogí la primera hoja plegada.

Una carta de amor de mi padre a mi madre.

Saqué todos los papeles, los examiné y los ordené por fechas. Eran cartas de amor, de él a ella, y también algunas de ella a él. Representaban cerca de un año de las vidas de mis padres. Tragué saliva, hice acopio de fuerzas y comencé a leer.

Una hora después me detuve, me tendí sobre la cama y lloré hasta quedarme dormida.

Cuando desperté, la habitación estaba a oscuras.

Y no tenía miedo. Una mala señal.

—No deberías vagar por el palacio a solas —dijo el Señor de la Noche.

Me incorporé. Estaba sentado en la cama, junto a mí, con la mirada en la ventana. La luna estaba alta y brillante tras una masa imprecisa de nubes. Debía de llevar horas dormida. Me froté la cara y dije, en un acceso de temeridad:

—Me gustaría pensar que tenemos un acuerdo, señor Nahadoth.

Mi recompensa fue su sonrisa, aunque no se volvió hacia mí.

—Respeto. Sí. Pero hay otros peligros en el Cielo, aparte de mí.

—Por algunas cosas merece la pena correr el riesgo. —Miré la cama. Las cartas descansaban allí, junto con otros pequeños objetos que había sacado del pequeño cofre: un saquito de flores secas; un mechón de cabello negro que debía de haber sido de mi padre; un papelillo enrollado que contenía varios versos tachados con la letra de mi madre y un pequeño colgante de plata en un fino cordel de cuero. Los tesoros de una mujer enamorada. Recogí el colgante e intenté de nuevo determinar lo que podía ser, y de nuevo sin éxito. Era como un grumo de pequeño tamaño, tosco y aplanado, con dos extremos puntiagudos que le daban forma oblonga. En cualquier caso, me resultaba familiar.

—Un hueso de fruta —dijo Nahadoth. Ahora estaba observándome, de reojo.

Sí, es lo que parecía, un hueso de albaricoque, quizá, o de ginkgo. Recordé entonces dónde había visto algo similar: en oro, alrededor del cuello de Ras Onchi.

—¿Por qué...?

—La fruta muere, pero en su interior se esconde la chispa de una vida nueva. Enefa poseía poder sobre la vida y sobre la muerte.

Fruncí el ceño, confundida. Puede que el fruto plateado fuese el símbolo de Enefa, como el anillo de jade blanco era el de Itempas. Pero ¿por qué iba mi madre a guardar un símbolo de Enefa? O, más bien, ¿por qué iba mi padre a regalárselo?

—Era la más fuerte de nosotros —murmuró Nahadoth. Se había vuelto de nuevo hacia el cielo nocturno, aunque era evidente que sus pensamientos estaban en un sitio totalmente distinto—. Si Itempas no hubiera utilizado veneno, nunca podría haberla matado. Pero ella confiaba en él. Lo amaba.

Bajó los ojos y esbozó una sonrisa delicada, pesados, para sí.

—Claro que yo también...

Estuvo a punto de caérseme el colgante.

Esto es lo que me enseñaron los sacerdotes:

Al principio había tres grandes dioses. Itempas el Brillante, señor del Día, destinado por el sino, el Maelstrom o cualquier otro inefable designio a gobernar. Todo fue bien hasta que Enefa, su ambiciosa hermana, decidió que quería gobernar en su lugar. Convenció a su hermano Nahadoth para que la ayudara y junto con parte de su divina progenie, trataron de derrocarlo. Itempas, más poderoso que sus dos hermanos juntos, les infligió una aplastante derrota. Mató a Enefa, castigó a Nahadoth y a los rebeldes y estableció una paz aún mayor, porque sin tener que preocuparse de su oscuro hermano y su salvaje hermana, era libre de traer luz y orden de verdad a toda la creación.

Pero...

—¿V-veneno?

Nahadoth suspiró. Tras él, su cabello se agitaba sin cesar, como unas cortinas sacudidas por la brisa nocturna.

—Creamos las armas nosotros mismos en nuestros tratos con los humanos, aunque no nos dimos cuenta de ello hasta más adelante.

«El Señor de la noche descendió a la tierra buscando solaz...»

—Los demonios —susurré.

—Los humanos convirtieron esa palabra en un epíteto. Los demonios eran tan bellos y perfectos como nuestros propios hijos divinos.... pero mortales. Su sangre, introducida en nuestros cuerpos, enseñaba a nuestra sangre a morir. Era el único veneno capaz de lastimarnos.

«Pero la amante del Señor de la noche nunca lo perdonó.»

—Así que les disteis caza.

—Temimos que se entremezclaran con los humanos y que transmitieran su mácula a los descendientes, hasta que la raza humana entera se volviese letal para nosotros. Pero Itempas mantuvo a uno de ellos con vida, escondido.

Asesinar a tus propios hijos... Me estremecí. Así que la historia de los sacerdotes era cierta. Sin embargo, podía sentir la vergüenza de Nahadoth, el dolor que no lo abandonaba. Lo que significaba que la versión de mi abuela también era cierta.

—Así que el señor Itempas utilizó ese... veneno para derrotar a Enefa cuando ella lo atacó.

—Ella no lo atacó.

Náuseas. El mundo empezó a dar vueltas en mi cabeza.

—Entonces... ¿por qué...?

Bajó la mirada. El cabello le cayó sobre el rostro y sentí que volvía tres noches atrás en el tiempo, a nuestro primer encuentro. La sonrisa que curvó sus labios en aquel momento no era de locura, pero contenía tal amargura que bien podría haberlo sido.

—Se pelearon —dijo— por mí.

Durante medio instante, algo cambió dentro de mí. Miré a Nahadoth y no lo vi como la poderosa, impredecible y letal entidad que era.

Lo deseé. Deseé seducirlo. Controlarlo. Me vi desnuda sobre la hierba verde, con los brazos y las piernas alrededor de Nahadoth mientras él se estremecía sobre mí, atrapado e impotente en los placeres de mi carne. Mío. Me vi acariciar su cabello, negro como la medianoche, y levantar

la mirada hacia mis propios ojos y sonreír de condescendencia y posesiva satisfacción.

Rechacé la imagen y la sensación casi tan pronto como aparecieron en mi mente. Pero era otra advertencia.

El Maelstrom que nos engendró era lento —dijo Nahadoth. Si había sentido mi repentina turbación, no dio muestras de ello—. Yo nací primero y luego Itempas. Durante incontables eternidades, él y yo estuvimos solos en el universo, primero como enemigos, luego como amantes. A él le gustaba así.

Traté de no pensar en los relatos de los sacerdotes. Traté de no preguntarme si también él estaría mintiendo... aunque sus palabras transmitían una sensación de veracidad que resonaba dentro de mí a un nivel casi inconsciente. Los Tres eran más que hermanos: eran fuerzas de la naturaleza, opuestas y al mismo tiempo inextricablemente vinculadas. Yo, mera niña y mortal que nunca había tenido un verdadero amante, no podía ni empezar a entender su relación. Pero me sentía obligada a intentarlo.

—Y cuando apareció Enefa... ¿Itempas la vio como una intrusa?

—Sí. A pesar de que, antes de ella, ambos sentíamos que estábamos incompletos. Estábamos hechos para ser tres, no dos. Y a Itempas tampoco le agradaba eso.

En ese momento, Nahadoth me miró de soslayo. A la sombra proyectada por mi cuerpo, el impreciso contorno de su rostro cobró de repente una singular perfección de líneas y rasgos que me dejó sin respiración. Nunca había visto nada tan hermoso. Al instante comprendí por qué Itempas había asesinado a Enefa para quedárselo.

—¿Te divierte saber que podemos ser tan egoístas y orgullosos como los humanos? —Su voz había cobrado un tono más incisivo. Apenas me di cuenta. No podía apartar los ojos de su rostro—. Os hicimos a nuestra imagen y semejanza, ¿recuerdas? Todos nuestros defectos son vuestros.

—No —respondí—. Lo que me sorprende son... las mentiras que me han contado.

—Habría esperado que los darre supieran preservar mejor la verdad. —Se inclinó hacia mí lenta y sutilmente. Había algo de depredador en su mirada... y yo, hipnotizada, era una presa fácil para él—. A fin de cuentas, no todas las razas humanas veneran a Itempas por decisión propia. Habría esperado que al menos sus *ennu* conservaran la antigua sabiduría.

Y yo también. Cerré el puño alrededor del plateado hueso. La cabeza me daba vueltas. Sabía que la mía había sido una raza de herejes en el pasado. Por eso los amn nos llamaban a los que éramos como nosotros «razas oscuras». Sólo habíamos aceptado al Brillante para salvarnos cuando los Arameri nos amenazaron con la aniquilación. Pero lo que Nahadoth estaba insinuando era que algunos de los miembros de mi raza conocían desde el principio la verdadera razón de la Guerra de los Dioses y me la habían ocultado... No. Eso no podía ni quería creerlo.

Siempre había habido rumores sobre mí. Dudas. Mi cabello amn, mis ojos amn... Mi madre amn, que podía haberme inculcado sus costumbres Arameri. Había luchado mucho para ganarme el respeto de mi pueblo. Y creía que lo había conseguido.

—No —susurré—. Mi abuela me lo habría contado....

¿No?

—Cuántos secretos te rodean... —murmuró el Señor de la noche—. Cuántas mentiras, igual que velos... ¿Quieres que te despoje de ellas? —Su mano me tocó en la cadera. Sin querer, di un respingo. Su nariz acarició la mía y su aliento me rozó los labios—. Me deseas.

De no haber estado temblando, habría empezado a hacerlo en aquel momento.

—N-no.

—Cuántas mentiras... —Con la última palabra, su lengua asomó entre sus labios y acarició los míos.

Fue como si cada músculo de mi cuerpo se pusiera en tensión. Incapaz de controlarme, se me escapó un sollozo. Volví a verme sobre la hierba verde, debajo de él, atrapada por él. Me vi en una cama, la misma cama en la que me sentaba en aquel momento. Vi cómo me poseía en la cama de mi madre, con rostro salvaje y movimientos violentos, y me di cuenta de que ni lo poseía ni lo controlaba. ¿Cómo había llegado a imaginar que podía hacerlo alguna vez? Él me utilizaba mientras yo, impotente, lloraba de dolor y de deseo. Era suya y él me devoraba, se daba un banquete con mi cordura, la hacía mil pedazos sangrantes y los engullía uno a uno. Me destruiría y disfrutaría inmensamente de ello desde el primer segundo hasta el último.

—Oh, dioses... —susurré sin reparar en lo irónico de mi juramento. Alargué los brazos y enterré las manos en su aura negra para apartarlo de mí. Sentí el frío aire de la noche y creí que mis manos seguirían avanzando sin encontrar nada. Pero entonces toparon con carne sólida, un cuerpo cálido, ropa... Me aferré a esta última para no olvidar la realidad y el peligro. Casi no pude resistir la tentación de atraerlo hacia mí—. No lo hagas, por favor. Por favor, oh, dioses, por favor, no lo hagas.

Seguía pegado a mí, amenazante. Su boca aún rozaba la mía, noté que sonreía.

—¿Es una orden?

Estaba temblando de miedo, de deseo y de esfuerzo. Esto último dio finalmente sus frutos y logré apartar mi rostro del suyo. Su fresco aliento me acarició el cuello y sentí que descendía por todo mi cuerpo, como la más íntima de las caricias. Nunca había deseado tanto a un hombre, nunca, en toda mi vida. Y nunca había tenido tanto miedo.

—Por favor —volví a decir.

Me besó muy suavemente en el cuello. Traté de no gemir, pero fracasé miserablemente. Lo deseaba tanto que me dolía. Pero entonces suspiró, se levantó y se acercó a la ventana. Los zarcillos negros de su poder permanecieron sobre mí un instante más. Había estado casi sepultada en su oscuridad. Pero cuando se alejó, los zarcillos me soltaron —a regañadientes, se diría— y volvieron a posarse en la permanente inquietud de su aura.

Me rodeé a mí misma con los brazos. Me preguntaba si alguna vez dejaría de temblar.

—Tu madre era una auténtica Arameri —dijo Nahadoth.

Esto se llevó mi deseo con la misma violencia que una bofetada.

—Fue todo lo que quería Dekarta y más —continuó—. Sus objetivos nunca fueron los mismos, pero en todos los demás aspectos, fue digna hija de su padre. Aún la quiere.

Tragué saliva. Me temblaban tanto las piernas que no me puse en pie, pero enderecé la espalda, porque me había encorvado involuntariamente.

—Entonces, ¿por qué la mató?

—¿Crees que fue él?

Abrí la boca para exigir una explicación. Pero antes de que pudiera hacerlo, se volvió hacia mí. A la luz de las ventanas, su cuerpo era una mera silueta, con la excepción de sus ojos. Se veían claramente, negros como el ónice, refulgentes de conocimiento y malicias sobrenaturales.

—No, pequeño peón —dijo el Señor de la Noche—. Pequeña herramienta. No más secretos, hasta que exista una alianza. Es por tu seguridad y también por la nuestra. ¿Quieres conocer los términos? —No sé cómo pero me di cuenta de que sonreía—. Sí, creo que debes

conocerlos. Queremos tu vida, dulce Yeine. Si nos la ofreces, tendrás todas las respuestas que buscas... y también la oportunidad de vengarte. Eso es lo que quieres en realidad, ¿no? —Una risilla suave y cruel—. Eres más Arameri de lo que cree Dekarta.

Comencé a temblar de nuevo, pero en esta ocasión no era de miedo.

Como la otra vez, su cuerpo empezó a desvanecerse. Su imagen desapareció mucho antes que su presencia. Cuando ya no pude sentirlo más, guardé las pertenencias de mi madre y ordené el cuarto para que nadie pudiera saber que había estado allí. Quería guardarme el hueso plateado, pero no se me ocurría un sitio más seguro para ocultarlo que el compartimiento donde había permanecido décadas sin que nadie lo descubriera. Así que lo dejé en su escondite, junto con las cartas.

Una vez recogido todo, regresé a mi habitación. Tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no hacerlo corriendo.

T'vri me dijo que a veces el Cielo devora a la gente. Lo construyeron los enefadeh, a fin de cuentas, y vivir en una casa levantada por un grupo de dioses furiosos ha de entrañar algunos riesgos. En las noches en que la luna es negra y las estrellas se ocultan detrás de las nubes, los muros de piedra dejan de brillar. Itempas el Brillante es impotente entonces. La oscuridad no dura demasiado —unas horas como mucho— pero mientras lo hace, la mayoría de los Arameri permanecen en sus cuartos y hablan en voz baja. Si deben desplazarse por los pasillos del Cielo lo hacen rápida y furtivamente, vigilando siempre sus pasos. Porque veréis, de manera totalmente aleatoria, los suelos se abren de repente y se tragan a los incautos. Quienes los buscan se adentran en los espacios intermedios que hay debajo, pero los cuerpos nunca aparecen.

Sé que es cierto. Y, lo que es más importante...

Sé adónde han ido a parar los desaparecidos.

—Háblame de mi madre, por favor —le dije a Viraine.

Levantó la mirada del artilugio en el que estaba trabajando. Era como una telaraña de metal articulado y cuero. No había forma de deducir su propósito.

—T'vri me ha contado que os envió a sus aposentos anoche —dijo mientras cambiaba de posición en el banquillo para mirarme. Tenía una expresión pensativa—. ¿Qué estáis buscando?

Tomé nota: T'vri no era totalmente de fiar. Pero tampoco me sorprendió. Sin duda tenía sus propios planes.

—La verdad.

—¿No creéis a Dekarta?

—¿Lo creerías tú?

Se rió entre dientes.

—Tampoco tenéis razón para creerme a mí.

—No tengo razones para creer a nadie en esta apestosa madriguera amn. Pero ya que no puedo marcharme, no tengo más alternativa que reptar por el fango.

—Oh, vaya. Habláis casi como ella. —Para mi sorpresa, parecía complacido por mi grosería. De hecho sonrió, aunque no sin cierto aire de condescendencia—. Aunque sois demasiado tosca. Demasiado directa. Los insultos de Kinneth eran tan sutiles que no te dabas cuenta de que te había llamado chusma hasta horas después.

—Mi madre nunca insultaba a nadie si no tenía una buena razón. Qué harías para provocarla...

Hizo una pausa momentánea, pero advertí con satisfacción que se le borraba la sonrisa de la cara.

—¿Qué queréis saber? —preguntó.

—¿Por qué ordenó Dekarta que asesinaran a mi madre?

—La única persona que podría responder a esa pregunta sería el propio Dekarta. ¿Tenéis previsto hablar con él?

Más tarde o más temprano lo haría. Pero dos pueden jugar al juego de responder las preguntas con más preguntas.

—¿A qué vino aquí aquella última noche? La noche en que Dekarta comprendió al fin que nunca regresaría.

Había esperado ver sorpresa en el rostro de Viraine. Lo que no esperaba era la fría furia que apareció siguiéndole los talones.

—¿Con quién habéis estado hablando? ¿Con los criados? ¿Con Sieh?

A veces, la verdad puede desequilibrar a tu rival.

—Con Nahadoth.

Su rostro se encogió en una mueca y luego entornó los ojos.

—Ya veo. Os matará, ¿sabéis? Es su pasatiempo predilecto, jugar con cualquier Arameri lo bastante estúpida como para tratar de domarlo.

—Scimina...

—... no tiene la menor intención de domarlo. Cuanto más monstruoso se vuelve, más feliz es ella. Según he oído, dejó a la última idiota que se enamoró de él repartida por todo el patio.

Recordé los labios de Nahadoth sobre mi garganta y traté de contener un escalofrío, sin conseguirlo del todo. La muerte como consecuencia de acostarme con un dios no era algo que me hubiera parado a pensar, pero no me sorprendía. Las fuerzas de los hombres mortales tienen sus límites. Se agotan y tienen que dormir. Pueden ser buenos amantes, pero incluso los mejores caminan a ciegas. Por cada caricia que hace volar la cabeza de una mujer, dan diez que la devuelven a tierra firme.

Nahadoth me haría volar hasta las nubes y me mantendría allí. Me arrastraría incluso más allá, a la oscuridad fría y sin aire que era su auténtico territorio. Y si me asfixiaba allí, si mi carne se quemaba o se me quebraba la mente... En fin. Viraine tenía razón: no podría culpar a nadie más que a mí misma.

Esbocé una sonrisa de arrepentimiento. Quería que viese mi temor.

—Sí, lo más probable es que Nahadoth me mate... si los Arameri no lo hacéis antes. Pero si eso te preocupa, podrías ayudarme respondiendo a mis preguntas.

Permaneció en silencio durante un largo momento, sus pensamientos insondables tras la máscara de su rostro. Por fin volvió a sorprenderme levantándose de su mesa de trabajo y acercándose a uno de los enormes ventanales. Desde allí se podían ver la ciudad entera y las montañas que se levantaban más allá.

—No puedo decir que recuerde muy bien aquella noche —dijo—. Fue hace veinte años. Acababa de llegar al Cielo, enviado por el Colegio de los Escribas.

—Cuéntame lo que recuerdes, por favor —dije.

Los escribas aprenden varias lenguas mortales cuando son niños, antes de iniciar el aprendizaje de la lengua de los dioses. Esto les ayuda a

comprender la naturaleza flexible de los idiomas, pues hay muchos conceptos en algunas lenguas a los que otras no pueden ni aproximarse. Así es como funciona la lengua de los dioses: permite la conceptualización de lo imposible. Y por eso nunca te puedes fiar de los mejores escribas.

—Aquella noche llovía. Lo recuerdo porque es raro que la lluvia alcance el Cielo. Por lo general, las nubes más pesadas quedan por debajo de nosotros. Pero Kinneeth se empapó en el corto trecho que había entre su carruaje y la entrada. Dejó un reguero de agua en el suelo de todos los pasillos por los que anduvo.

Lo que quería decir que la había visto pasar, pensé. O había estado escondido en un pasillo lateral mientras ella pasaba, o la había seguido tan de cerca que no había dado tiempo al agua a secarse. ¿No había dicho Sieh que Dekarta ordenó que los pasillos estuvieran vacíos aquella noche? Viraine debió de desobedecer la orden.

—Todos sabían por qué había venido. O creían saberlo. Nadie había esperado que aquel matrimonio durara demasiado. Parecía imposible que una mujer tan fuerte, una mujer criada para gobernar, renunciara a todo por nada. —En el reflejo del cristal, Viraine levantó la mirada hacia mí—. No os ofendáis.

Para ser un Arameri, era casi una disculpa.

—Tranquilo.

Sonrió delicadamente.

—Pero fue por él, ¿sabéis? La razón por la que vino aquella noche. Su marido, vuestro padre. No vino para reclamar su posición, sino porque él había contraído la muerte ambulante y quería que Dekarta lo salvara.

Lo miré fijamente. Me sentía como si me acabara de abofetear.

—Hasta lo trajo consigo. Uno de los servidores del patio miró dentro del carruaje y lo vio allí, sudoroso y febril, probablemente en la tercera fase. El viaje debió de agotarlo físicamente y acelerar el curso de la enfermedad. Ella se lo jugó todo por él.

Tragué saliva. Sabía que mi padre había contraído la enfermedad en algún momento. Sabía también que mi madre había huido del Cielo en la cúspide de su poder, expulsada por el delito de enamorarse de un ser indigno de ella. Pero que ambos acontecimientos estuvieran relacionados...

—Así que lo consiguió, entonces.

—No. Cuando se marchó para volver a Darr, estaba muy enfadada. Y a Dekarta jamás lo he visto tan furioso como entonces. Pensé que habría muertes. Pero se limitó a ordenar que borrarán el nombre de Kinneeth de los pergaminos familiares, no sólo como heredera suya, cosa que ya se había hecho, sino como simple Arameri. Me ordenó que quemara su sello de sangre, cosa que se puede hacer a distancia y que yo hice. Incluso hubo un anuncio público. Fue la comidilla durante mucho tiempo: la primera vez que se desheredaba a un purasangre en... siglos.

Sacudí la cabeza lentamente.

—¿Y mi padre?

—Hasta donde yo sé, seguía enfermo cuando se marcharon.

Pero mi padre había sobrevivido a la muerte ambulante. No era algo insólito, aunque sí muy raro, sobre todo entre aquellos que habían llegado a la tercera fase.

¿Habría cambiado Dekarta de idea? Si se lo hubiera ordenado, los médicos del palacio habrían salido tras aquel carruaje y lo habrían hecho volver. Hasta podría haber ordenado a los enefadeh que...

Espera.

Espera.

—Así que por eso vino —dijo Viraine. Se volvió junto a la ventana y me miró, muy serio—. Por él. No por ninguna gran conspiración ni por ningún misterio. Cualquier criado que lleve aquí el tiempo suficiente podría habérselo dicho. ¿Por qué me lo habéis preguntado a mí?

—Porque pensé que podrías contarme más que un criado —respondí. Traté de mantener la voz controlada para que no se diera cuenta de mis sospechas—. ¿Te parece motivo suficiente?

—¿Y por eso os habéis mostrado tan amable? —Sacudió la cabeza y suspiró—. Bueno, me alegra ver que habéis heredado algunas cualidades Arameri.

—En este lugar parecen útiles.

Respondió ladeando la cabeza de manera sarcástica.

—¿Algo más?

Me moría de ganas de saber más, pero no por él. Sin embargo, no quería parecer precipitada.

—¿Piensas como Dekarta? —le pregunté, sólo para prolongar la conversación—. ¿Que mi madre habría sido más severa con ese hereje?

—Oh, desde luego. —Parpadeé con sorpresa y él sonrió—. Kinneeth era como Dekarta, uno de los pocos Arameri que se tomaba en serio nuestra condición de elegidos de Itempas. Para los impíos era la muerte encarnada. O, en realidad, para cualquiera que amenazara la paz... o su poder. —Sacudió la cabeza, con una sonrisa que se había teñido de nostalgia—. ¿Creéis que Scimina es mala? Scimina carece de visión. Vuestra madre tenía un propósito.

Estaba disfrutando de nuevo, leyendo la incomodidad de mi rostro como si fuese uno de sus sellos. Puede que aún fuese lo bastante joven como para verla a través de los ojos fascinados de la infancia, pero todas las descripciones de mi madre que había oído desde mi llegada al Cielo no encajaban con mis recuerdos. Yo recordaba a una mujer gentil, cálida y llena de ironía. Podía ser implacable, oh, sí, como correspondía a la esposa de cualquier gobernante, y más en las circunstancias del Darr de aquel tiempo. Pero oírla alabada por Dekarta y comparada con Scimina en términos favorables... Ésa no era la misma mujer que me había criado. Era otra, con el nombre y el pasado de mi madre, pero con un alma totalmente distinta.

Viraine estaba especializado en magias que podían afectar al espíritu. «¿Le hiciste algo a mi madre?», sentí deseos de preguntar. Pero ésa habría sido una explicación demasiado sencilla.

—Estáis perdiendo el tiempo, ¿sabéis? —dijo. Hablaba en voz baja y su sonrisa se había esfumado durante mi largo silencio—. Vuestra madre está muerta. Vos aún seguís viva. Deberíais dedicar más tiempo a tratar de seguir así y menos a intentar reuniros con ella.

¿Era eso lo que estaba haciendo?

—Buenos días, escriba Viraine —dije, y me marché.

Entonces me perdí, figurativa y literalmente hablando.

Por lo general, el Cielo no es un lugar en el que sea fácil perderse. Todos los pasillos parecen iguales, sí. A veces, los ascensores se confunden y llevan a sus pasajeros a donde querrían estar en lugar de donde deben estar (cosa que, según me han dicho, resulta especialmente

problemática para los miembros enamorados). Sin embargo, normalmente los pasillos están repletos de sirvientes deseosos de ayudar a cualquiera que lleve un sello de purasangre.

No pedí ayuda. Sabía que era una estupidez, pero una parte de mí no quería que me dijeran adónde ir. Las palabras de Viraine me habían herido profundamente, y mientras caminaba por los pasillos daba vueltas a esas heridas en mis pensamientos.

Era verdad que había descuidado la competición por la sucesión para investigar sobre mi madre. La verdad no le devolvería la vida, pero a mí podía costármela. Puede que Viraine tuviera razón y mi comportamiento reflejase tendencias suicidas. Había pasado menos de una estación desde la muerte de mi madre. En Darr, el tiempo y la familia me habrían ayudado a pasar el duelo, pero la invitación de mi abuelo lo había interrumpido en seco. Allí, en el Cielo, ocultaba mi pesar... pero eso no quería decir que fuese menor.

En este estado mental me detuve y me encontré en la biblioteca del palacio.

T'vrii me la había mostrado durante mi primer día en El Cielo. En circunstancias normales me habría dejado asombrada. La biblioteca ocupaba un espacio más grande que el templo Sar-enna-nem de mi tierra. Contenía más libros, pergaminos, tablillas y esferas de los que hubiera visto en mi vida entera. Pero desde mi llegada al Cielo necesitaba un tipo de información más peculiar y los conocimientos acumulados de los Cien Mil Reinos no podían ayudarme.

Sin embargo... por alguna razón, en aquel momento me sentía atraída por aquel lugar.

Mientras caminaba por el vestíbulo de la biblioteca no se oía otro ruido que el tenue eco de mis pisadas. El techo, sustentado por enormes pilares redondos y un laberinto de estanterías igualmente altas, era tres veces más alto que un hombre. Tanto los pilares como las estanterías estaban cubiertos de estantes repletos de libros y pergaminos, algunos de ellos accesibles sólo por las escaleras que se veían en cada rincón. Aquí y allá había mesas y sillas, donde podías sentarte cómodamente y leer durante horas.

Sin embargo, no parecía haber nadie, cosa que me sorprendió. ¿Tan acostumbrados estaban los Arameri al lujo que incluso un tesoro de semejante calibre ya no les inspiraba asombro? Me detuve para examinar un muro de volúmenes tan gruesos como mi propia cabeza y entonces me di cuenta de que no entendía una sola palabra. El senmita, la lengua de amn, se había convertido en el idioma universal desde el triunfo de los Arameri, pero a la mayoría de los países todavía se les permitía utilizar su propia lengua mientras también enseñaran el senmita. Aquellos libros parecían en temano. Pasé a la siguiente pared: kentrí. Probablemente, por alguna parte hubiese una estantería en darre, pero yo no tenía la menor idea de dónde empezar a buscar.

—¿Os habéis perdido?

Di un respingo y, al volverme, vi que una anciana amn, baja y rolliza, a escasos pasos de distancia, asomaba desde detrás de un pilar. No había reparado en su presencia. A juzgar por la mirada poco amistosa de su rostro, también ella debía creerse sola en la biblioteca.

—No... —Entonces me di cuenta de que no sabía qué decir. No había venido con ningún fin concreto. Por responder algo, dije—: ¿Hay alguna estantería en darre? O si no, ¿dónde están los libros en senmita?

Sin decir palabra, la anciana señaló justo detrás de mí. Al volverme vi que había tres estantes de libros en mi lengua natal.

—Los libros en senmita están al otro lado de la esquina.

Sintiéndome la mujer más necia del mundo, hice un gesto de agradecimiento con la cabeza y me volví para estudiar los libros en darre. Estuve mirándolos durante varios minutos antes de darme cuenta de que la mitad era poesía y la otra mitad compendios de historias que llevaba toda la vida oyendo. Nada útil.

—¿Estáis buscando algo en concreto? —La mujer se encontraba justo a mi lado. Me sobresalté un poco, porque no la había oído llegar.

Pero al oír su pregunta me di cuenta de que sí que había algo que podía encontrar allí.

—Información sobre la Guerra de los Dioses —respondí.

—Los textos religiosos están en la capilla, no aquí. —Si tal cosa es posible, su expresión se hizo aún menos amistosa. Puede que fuese la bibliotecaria, en cuyo caso tal vez la hubiera ofendido. Estaba claro que la biblioteca ya recibía suficientemente pocas visitas como para que, encima, la confundieran con otro sitio.

—No busco textos religiosos —me apresuré a decir con la esperanza de aplacarla—. Quiero... fuentes históricas. Recuentos de bajas. Diarios, cartas, interpretaciones de los estudiosos... Cualquier cosa que date de la época.

La mujer me observó con la mirada entornada durante un instante. Era la única adulta con la que me había encontrado en el Cielo a la que superase en estatura, cosa que quizá me hubiera alegrado un poco de no ser por la patente hostilidad de su rostro. Me asombraba su reacción, porque vestía con el mismo uniforme blanco y sencillo que la mayoría de los sirvientes. Por lo general, bastaba con ver la marca de purasangre de mi frente para que manifestaran una cordialidad rayana en el servilismo.

—Hay algunas cosas como ésa —dijo—. Pero cualquier relato completo de la Guerra habría sido censurado de arriba abajo por los sacerdotes. Puede que queden algunas fuentes intactas en colecciones privadas. Se dice que el señor Dekarta guarda en sus habitaciones las más valiosas.

Tendría que haberlo imaginado.

—Me gustaría ver cualquier cosa que tengáis. —Nahadoth había conseguido despertar mi curiosidad. No sabía nada de la Guerra de los Dioses que no me hubieran enseñado los sacerdotes. Tal vez, si leía las historias por mí misma, pudiera extraer alguna verdad de las mentiras.

La anciana frunció los labios, pensativa, y luego me indicó con un gesto seco que la siguiera.

—Por aquí.

La seguí por los sinuosos corredores, más sobrecogida a medida que cobraba conciencia de las auténticas dimensiones del lugar.

—Esta biblioteca debe de contener todo el conocimiento del mundo.

Mi severa acompañante resopló.

—Apenas unos cuantos milenios, de algunos enclaves concretos de la humanidad, nada más. Y además expurgado, recortado, clasificado y retorcido al gusto de los poderosos.

—Hasta el conocimiento manipulado contiene algo de verdad, si se sabe leer con cuidado.

—Eso sólo es cierto cuando se sabe que el conocimiento está manipulado antes de empezar. —Tras doblar un último recodo, se detuvo. Había llegado a una especie de nexo en medio de aquel laberinto. Frente a nosotros había una serie de librerías dispuestas de espaldas las unas a las otras para formar una titánica columna de seis lados. Cada una de ellas tenía dos metros largos de anchura y era lo bastante sólida como para sustentar el techo, situado a más de siete metros de altura. En conjunto, la estructura rivalizaba con el tronco de un árbol centenario—. Ahí está lo que buscáis.

Di un paso hacia la columna y entonces me detuve, indecisa de pronto. Al volverme descubrí que la anciana me observaba con una mirada tan aguda que resultaba desconcertante. Sus ojos eran del color del peltre de baja calidad.

—Disculpadme —dije, impulsada por algún instinto—. Hay mucha información aquí. ¿Por dónde me sugeriríais que empezara?

Frunció el ceño y respondió:

—¿Cómo queréis que lo sepa? —Dicho lo cual se volvió y desapareció entre las librerías antes de que yo tuviera tiempo de recuperarme de tan patente grosería.

Pero tenía preocupaciones más importantes que una bibliotecaria gruñona, así que me volví de nuevo hacia la columna. Elegí una estantería al azar y comencé mi cacería revisando los lomos en busca de títulos que parecieran interesantes.

Dos horas después —en el suelo, con libros abiertos y pergaminos a mi alrededor— sucumbí a la exasperación. Con un gruñido, me dejé caer sobre el círculo de libros, cosa que seguramente habría enfurecido a la bibliotecaria de haberlo visto. Los comentarios de la anciana me habían inducido a creer que encontraría pocas menciones a la Guerra de los Dioses, pero no era el caso. Había testimonios oculares completos del conflicto. Había narraciones de narraciones y análisis críticos de aquellas narraciones. La información era tan abundante, de hecho, que, aunque hubiera empezado a leer aquel día y hubiera continuado haciéndolo sin descanso, me habría llevado meses acabar con todo.

Y por mucho que lo intentara, era incapaz de separar el trigo de la paja. Todas las narraciones citaban la misma sucesión de acontecimientos: el debilitamiento del mundo, en el que todas las criaturas vivientes —desde los árboles de los bosques hasta los hombres jóvenes— habían enfermado y comenzado a morir. La tormenta de tres días. La desintegración y reconstitución del sol. Al tercer día los cielos se calmaron e Itempas se manifestó para explicar el nuevo orden del mundo.

Lo que faltaba eran los sucesos que habían desembocado en la guerra. Ahí se veía que los sacerdotes habían estado muy atareados, pues no encontré ninguna descripción de las relaciones entre los dioses antes de la guerra. No se mencionaban costumbres ni creencias de tiempos de los Tres. Y los pocos textos que llegaban a tocar el tema se limitaban a citar lo que Itempas el Brillante había contado a la primera Arameri: Enefa fue instigadora y villana, Nahadoth cómplice consciente y el señor Itempas héroe traicionado y luego triunfante. Y yo había perdido más tiempo.

Me froté los cansados ojos y pensé si debía intentarlo de nuevo al día siguiente o rendirme de una vez. Pero mientras reunía fuerzas para levantarme, algo me llamó la atención en el techo. Desde mi posición, podía ver el punto en el que se unían dos de las estanterías que formaban la columna. Sólo que en realidad no estaban unidas. Había una distancia de casi veinte centímetros entre ellas. Intrigada, me levanté y miré mejor. Parecía, lo mismo que antes, una serie de enormes estantes cargados de libros, ordenados en un círculo sin separación alguna entre sí.

¿Otro de los secretos del Cielo? Me puse en pie.

El truco era de una asombrosa simplicidad, una vez que uno miraba bien. Las estanterías estaban hechas de una madera pesada y oscura, de color negro en su estado natural. Probablemente darre, pensé después. En su día, nuestra madera había tenido fama en el mundo entero. Entre las separaciones se veían las partes traseras de otras librerías, hechas de la misma madera negra. Como los bordes de las estanterías separadas eran negros y las estanterías del interior eran del mismo color, los espacios que las separaban eran prácticamente invisibles, incluso a poca distancia. Pero una vez que sabías que estaban allí...

Me asomé por la abertura más cercana y vi un espacio amplio, con suelos de baldosa blanca, delimitado por las estanterías. ¿Habría tratado alguien de ocultarlo? Pero no tenía demasiado sentido. Era un truco tan sencillo que mucha gente debía de haber encontrado la columna interior antes que yo. Esto sugería que su objetivo no era ocultar, sino confundir, prevenir que los paseantes casuales encontraran lo que había dentro de la columna. Sólo quienes conocieran el truco, o pasaran el tiempo suficiente buscando información, lo descubrirían.

Volví a recordar las palabras de la anciana: «Eso sólo es cierto cuando se sabe que el conocimiento está manipulado antes de empezar.» Sí. Estaba a plena vista, si uno sabía dónde debía buscar.

La abertura era estrecha. Por una vez di gracias por tener un cuerpo de muchacho, pues me permitió pasar entre las estanterías. Pero entonces tropecé y estuve a punto de desplomarme, porque una vez dentro de la columna, vi lo que ocultaba realmente.

Y entonces oí una voz, sólo que no era una voz, y me preguntó:

—¿Me amas?

Y yo respondí:

—Ven y te lo mostraré.

Y abrí los brazos. Vino y me abrazó con fuerza y no vi el cuchillo en su mano. No, no era un cuchillo. Nosotros no necesitábamos esas cosas. No, el cuchillo vino luego, y el sabor de la sangre fue intenso y extraño en mi boca mientras levantaba los ojos hacia su terrible, terrible mirada...

Pero ¿qué significaba que primero me hubiera hecho el amor?

Me pegué a la pared opuesta e intenté recuperar el aliento y pensar, a pesar del ardiente terror, las inexplicables náuseas y la devoradora ansia de llevarme las manos a la cabeza y chillar.

El último aviso, sí. Normalmente no soy tan tonta, pero debéis entenderlo. Eran demasiadas cosas a la vez.

—¿Necesitáis ayuda?

Mi mente se aferró a la voz de la vieja bibliotecaria con la avidez de la víctima de un naufragio. Menuda visión debí de ser al revolverme hacia ella, bamboleándome sobre los pies, con la boca abierta, la expresión de aturdimiento y las manos estiradas como sendas garras delante de mí.

La anciana, que se encontraba en medio de una de las aberturas, me observaba impasible.

Con esfuerzo, cerré la boca, bajé las manos y abandoné como pude la extraña postura encorvada que había adoptado. Seguía temblando por dentro pero estaba empezando a recuperar una semblanza de dignidad.

—No... no —alcancé a decir al cabo de un momento—. No. Estoy... bien.

En lugar de responder, se limitó a observarme. Le habría dicho que se marchara, pero mis ojos se sentían atraídos irremisiblemente hacia la cosa que me había dejado en aquel estado.

Desde detrás de un estante, el Brillante Señor del Orden me observaba. No era más que una representación pictórica, un grabado en relieve al estilo de amn, pan de oro grabado sobre un contorno cincelado en una losa de mármol blanco. Sin embargo, el artista había logrado captar a Itempas con pasmoso realismo. Se erguía en una elegante pose de guerrero, de figura amplia y potente musculatura, con las manos apoyadas en la empuñadura de una enorme espada recta. Había visto representaciones suyas en los libros de los sacerdotes, pero no como aquella. Ellos lo pintaban más delgado y con los rasgos más finos, como un amn. En sus retratos siempre estaba sonriendo y nunca tenía una expresión de tal frialdad.

Eché las manos hacia atrás para enderezarme... y sentí más mármol debajo de mis dedos. Esta vez, al volverme, la sorpresa no fue tan grande. Casi esperaba lo que me encontré: una figura esbelta y sensual recreada sobre obsidiana grabada y tachonada de pequeños diamantes, brillantes como estrellas. Sus manos, extendidas a los costados, casi se perdían entre la esplendente capa formada por su cabellera y su poder.

No podía ver el ¿exultante?, ¿aullante?, rostro de la criatura, pues estaba inclinado hacia arriba y dominado por una enorme boca abierta de par en par. Pero lo conocía igualmente.

Salvo que... Fruncí el ceño, confusa, y alargué una mano hasta lo que podía ser un pliegue de la ropa o un pecho redondeado.

—Itempas lo obligó a adoptar una única forma —dijo la anciana en voz muy baja—. Cuando era libre, era todas las cosas hermosas y terribles a un tiempo.

Nunca había oído una descripción más atinada.

Pero había una tercera placa a mi derecha. La vi por el rabillo del ojo. La había visto desde el mismo momento en que me había deslizado entre las estanterías. Y había evitado mirarla, por razones que no tenían nada que ver con mi razón y sí con lo que ahora, desde las profundidades del núcleo irracional de mis instintos, sospechaba.

Me obligué a volverme hacia la tercera placa, mientras la anciana me observaba.

Comparada con sus hermanos, la imagen de Enefa era modesta. Recatada. Tallada en mármol gris aparecía sentada de perfil, ataviada con un traje sencillo, con el rostro vuelto hacia el suelo. Sólo al observarla con más detenimiento se advertían las sutilezas. Su mano sostenía una pequeña esfera, un objeto reconocible de inmediato para cualquiera que hubiera visto alguna vez el planetario de Sieh (y ahora entendía por qué su colección era tan valiosa para él). La postura, tensa de presta energía, sugería que estaba más bien agazapada. Los ojos, a pesar de la posición inclinada de la cabeza, miraban de reojo al observador. Había algo en su expresión que resultaba... no seductor. Era demasiado directa para eso. Tampoco receloso. Más bien... calculador. Sí. Te miraba y, a través de ti, medía todo cuanto veía.

Levanté una mano temblorosa hacia su rostro. Más redondeado que el mío y más hermoso, pero con las mismas líneas que siempre había visto en los espejos. El cabello era más largo, pero los rizos eran los mismos. El artista había recreado los iris con jade verde pálido. Si la piel hubiera sido marrón en lugar de estar hecha de mármol... Tragué saliva mientras sentía que mis temblores se recrudecían.

—No pretendíamos decírtelo aún —dijo la anciana. Había llegado a mi lado, a pesar de que era demasiado rolliza para pasar por aquella abertura. Y lo habría sido, de haber sido humana—. Ha sido pura casualidad que decidieras venir a la biblioteca precisamente ahora. Supongo que podría haber encontrado el modo de conseguir que te fueras a otra parte, pero... —Más que verlo, me pareció oír que se encogía de hombros—. Más tarde o más temprano lo habrías averiguado.

Resbalé hasta el suelo y me acurruqué junto a la pared de Itempas, como si él pudiera protegerme. Me sentía helada, y mis pensamientos chillaban y correteaban de un lado a otro. Al hacer aquella primera y crucial conexión había perdido la capacidad de hacer otras.

«Así es la locura», comprendí.

—¿Vas a matarme? —le susurré a la anciana. No llevaba marca en la frente. No me había dado cuenta de ello, acostumbrada aún a su ausencia y no a su presencia. En mi sueño había tenido un aspecto distinto, pero ahora la reconocía: Kurue la Sabia, líder de los enefadeh.

—¿Por qué iba a hacer eso? Nos ha costado demasiado crearte. —Una mano cayó sobre mi hombro. Sufrí un espasmo—. Pero loca no nos sirves de nada.

Así que no me sorprendió que la oscuridad se cerrara sobre mí. Me relajé y, embargada por la gratitud, dejé que me envolviera.

Había una vez una...
 Había una vez una...
 Había una vez una...
 Basta. Esto es indigno.

Había una vez una jovencita que tenía dos hermanos mayores. El primero era oscuro, salvaje y majestuoso, aunque un poco grosero. El otro poseía todo el brillo de todos los soles que jamás han existido y era muy severo y digno. Eran mucho mayores que ella y estaban muy unidos, a pesar de que en el pasado habían luchado con saña.

—Éramos jóvenes y estúpidos —decía el segundo hermano siempre que la niña le preguntaba por ello.

—El sexo era más divertido —decía el primero.

Comentarios como aquél hacían que el segundo hermano se enojara, razón por la que, lógicamente, los hacía el primero. Así era como la niña había llegado a conocerlos y a amarlos a ambos.

Es una aproximación, claro. Es lo que vuestras mentes mortales pueden comprender.

Así transcurrió la infancia de la niña pequeña. Ninguno de ellos tenía padres, así que la niña se crió sola. Bebía un líquido brillante cuando tenía sed y se tendía en sitios suaves cuando estaba cansada. Cuando tenía hambre, el primer hermano le enseñaba cómo extraer sustento de las energías que necesitaba y cuando se aburría, el segundo hermano le refería todo el conocimiento que había existido. Así fue como conoció los nombres. El lugar en el que vivían se llamaba EXISTENCIA, frente al lugar del que venían, que era una masa grande y furiosa de nada llamada MAELSTROM. Los juguetes y la comida que ella conjuraba se llamaban POSIBILIDAD. ¡Era una sustancia deliciosa! Con ella podía crear cuanto quisiera, incluso cambiar la naturaleza de EXISTENCIA, aunque muy pronto aprendió a preguntar antes de hacer esto, porque el segundo hermano se enfadaba cuando alteraba las reglas y procesos que con tanto cuidado él había ordenado. Al primer hermano le daba igual.

Con el tiempo comenzó a suceder que la niña pequeña pasaba más tiempo con el primer hermano que con el segundo, porque a éste no parecía caerle tan bien como al otro.

—Es difícil para él —dijo el primer hermano cuando ella protestó—. Hemos estado mucho tiempo aquí solos los dos. Ahora has llegado tú y eso lo cambia todo. Y a él no le gustan los cambios.

Esto ya lo había deducido sola la niña pequeña. Y por esto peleaban sus hermanos con tanta frecuencia, porque al primer hermano le encantaban los cambios. A veces, se cansaba de EXISTENCIA y la transformaba, o le daba la vuelta para ver el otro lado. El segundo hermano se enfurecía con él siempre que lo hacía y el primero se reía de su furia y, antes de que la niña pequeña tuviera tiempo ni de parpadear, el uno saltaba encima del otro y empezaban a romper y destrozar cosas, hasta que algo cambiaba y se aferraban el uno al otro, jadeando, y siempre que sucedía esto la niña pequeña esperaba pacientemente a que terminaran para que pudieran volver a jugar con ella.

Con el tiempo, la niña pequeña se convirtió en una mujer. Había aprendido a vivir con sus dos hermanos, cada uno a su manera, a bailar salvajemente con el primero y a aprender la disciplina con el segundo. Pero ahora comenzó a seguir su propio camino, más allá de las peculiaridades de ellos. Se había interpuesto entre sus hermanos durante sus batallas, había luchado con ellos para medir sus fuerzas y los había amado cuando la lucha se transformó en regocijo. Incluso, sin que ellos se enterasen, se había atrevido a crear sus propias y distintas EXISTENCIAS, donde a veces fingía que no tenía hermanos. Allí podía moldear la POSIBILIDAD dándole nuevas y asombrosas formas y significados que estaba convencida de que a ninguno de sus hermanos se les habrían ocurrido por sí solos. Con el tiempo fue volviéndose muy experta en esto y sus creaciones la complacían tanto que las llevaba consigo al volver al reino en el que vivían sus hermanos. Al principio lo hacía de manera sutil, con gran cuidado para que encajaran en los ordenados espacios y disposiciones del segundo hermano, para no ofenderlo.

Pero el primer hermano, fascinado como siempre por todo lo nuevo, le instó a ir más allá. Sin embargo, la mujer había descubierto que había desarrollado cierta predilección por el orden del segundo hermano. Incorporó las sugerencias del primer hermano, pero lo hizo de manera gradual, con un propósito, observando cómo cada minúsculo cambio desencadenaba otros y a veces alimentaba el crecimiento de maneras inesperadas y maravillosas. En otras ocasiones, los cambios lo destruían todo y la obligaban a empezar desde cero. Lamentaba la pérdida de sus juguetes, de sus tesoros, pero siempre volvía a empezar. Al igual que la oscuridad del primer hermano y la luz del segundo, aquello era un don que sólo ella podía dominar. El impulso de hacerlo era tan esencial para ella como la respiración y formaba parte de ella tanto como su propia alma.

El segundo hermano, una vez que superó su enfado por sus intromisiones, le preguntó por ello.

—Se llama «vida» —respondió ella. Le gustaba el sonido de la palabra. Él sonrió, complacido, porque ponerle nombre a algo era dotarlo de orden y propósito, y comprendía que ella lo había hecho en señal de respeto hacia él.

Pero fue al primer hermano al que acudió para llevar a cabo su experimento más ambicioso. Tal como esperaba, se mostró encantado de participar, pero para su sorpresa, también le ofreció una sobria advertencia.

—Si funciona, cambiará muchas cosas. Te das cuenta, ¿no? Nada en nuestras vidas volverá a ser igual. —El primer hermano hizo una pausa para asegurarse de que lo había entendido y entonces, de repente, ella lo hizo. Al segundo hermano no le gustaban los cambios.

—Nada puede permanecer igual eternamente —dijo ella—. No nos crearon para permanecer inmutables. Hasta él debe darse cuenta de ello.

El primer hermano se limitó a suspirar y no dijo nada más.

El experimento funcionó. La nueva vida berreaba, se agitaba y profería vehementes protestas, pero era preciosa en su forma inacabada y la mujer supo que lo que había hecho estaba bien. Llamó a la criatura «Sieh» porque así era como sonaba el ruido del viento. Y llamó a la categoría de criaturas a la que pertenecía «hijos», lo que quería decir que tenían el potencial de crecer por sí solos hasta convertirse en algo y también que

podían crear más como ellos.

Y como siempre sucede con la vida, este pequeño cambio desencadenó muchos, muchos otros. El más profundo de ellos fue algo que la mujer no esperaba: se convirtieron en una familia. Durante algún tiempo, todos fueron felices con esto. Incluso el segundo hermano.

Pero no todas las familias perduran.

Así que hubo amor, una vez.

Más que amor... Y ahora hay más que odio. Los mortales carecen de palabras para expresar lo que sentimos los dioses. Ni los dioses tienen palabras para estas cosas.

Pero el amor no desaparece así como así, ¿verdad? Por muy intenso que sea el odio, siempre queda algo de amor por debajo.

Sí. Horrible, ¿verdad?

Cuando el cuerpo sufre un ataque, a menudo reacciona con fiebre. Los ataques contra la mente pueden tener el mismo efecto. Así que estuve en cama, temblando e inconsciente, durante casi tres días.

Algunos momentos de este tiempo aparecen en mi mente como retratos, algunos de ellos en color y otros en diversos matices del gris. Una solitaria figura de pie junto a la ventana de mi dormitorio, enorme y vigilante con inhumana atención. Zhakkarn. Tras un parpadeo, la misma imagen regresa en negativo: la misma figura, enmarcada por paredes brillantes y blancas, y un rectángulo negro de noche al otro lado de la ventana. Un parpadeo y hay otra imagen: la anciana de la biblioteca inclinada sobre mí, mirándome detenidamente a los ojos. Zhakkarn está detrás, vigilando. Una hebra de conversación, desconectada de toda imagen.

—Si muere...

—Empezaremos de nuevo. ¿Qué son unas décadas?

—Nahadoth no estará contento.

Una risotada áspera y triste.

—Posees un don para los eufemismos, hermana.

—Sieh tampoco.

—Eso es culpa de Sieh. Le dije a ese pequeño estúpido que no se encariñara demasiado.

Un momentáneo silencio cargado de reproche.

—No hay nada estúpido en la esperanza.

Otro silencio como respuesta, aunque éste parece levemente teñido de vergüenza.

Una de las imágenes de mi cabeza es distinta de las demás. Ésta vuelve a ser oscura, pero también las paredes se han oscurecido y una sensación preside la imagen, la de un peso y una presión ominosos y una rabia sorda y creciente. Esta vez, Zhakkarn se encuentra lejos de la ventana, cerca de una pared.

Tiene la cabeza inclinada en señal de respeto. Al fondo se puede ver la figura de Nahadoth, que me observa en silencio. Su rostro se ha transformado de nuevo y de pronto entiendo que por eso Itempas sólo puede controlarlo hasta cierto punto. Debe cambiar. Él es el Cambio. Podría dejarme ver su furia, pues su peso se siente en el mismo aire y hace que se me pongan los pelos de punta. Pero permanece impávido. Su piel se ha tornado de un marrón cálido, sus ojos son varias capas de negro plegadas sobre sí mismo y sus labios despiertan en mí el deseo de probar una fruta suave y madura. El rostro perfecto para seducir a solitarias jóvenes darre... aunque funcionaría mejor si hubiera algún calor en la mirada.

No dice nada que yo recuerde. Cuando la fiebre remite al fin y despierto, se ha ido y el peso de su rabia se ha levantado... aunque nunca llega a desaparecer del todo. Esto es otra cosa que Itempas el Brillante tampoco puede controlar.

El amanecer.

Me incorporé en la cama. Me sentía pesada y mareada. Zhakkarn, que seguía cerca de la ventana, volvió la cabeza hacia mí.

—Has despertado. —Al volverme, vi que Sieh estaba en una butaca junto a la cama, hecho un ovillo. Extendió los miembros con la facilidad de una criatura carente de huesos, se me acercó y me tocó la frente—. La fiebre ha remitido. ¿Cómo te sientes?

Respondí con la primera idea coherente que mi mente fue capaz de formar.

—¿Qué soy?

Bajó los ojos.

—Se... se supone que no debo decírtelo.

Aparté las mantas y me levanté. La sangre se me subió a la cabeza y sufrí un fugaz mareo, pero cuando pasó pude ir al baño tambaleándome.

—No quiero veros por aquí cuando haya terminado —dije sin volverme del todo.

Ni Sieh ni Zhakkarn respondieron. En el baño pasé unos momentos de agonía inclinada sobre la pila, sin saber si vomitar, aunque la vaciedad de mi estómago terminó por resolver el asunto. Me temblaban las manos mientras me bañaba, me secaba y bebía directamente del grifo. Salí del baño desnuda y al volver a mi dormitorio descubrí sin demasiada sorpresa que los dos enefadeh seguían allí. Sieh estaba ahora sentado al borde de la cama y parecía joven y preocupado. Zhakkarn no se había movido de la ventana.

—Debes articular las palabras como una orden —dijo— si realmente quieres que nos vayamos.

—Me da igual lo que hagáis. —Encontré ropa interior y me la puse. Saqué el primer traje del armario, un vestido amn, elegante y rectilíneo, con un diseño concebido para disimular mi escasez de curvas. Cogí dos botas desparejadas y me senté para ponérmelas.

—¿Adónde vas? —preguntó Sieh. Me tocó el brazo con ansiedad. Lo sacudí como habría hecho para espantar un insecto y retrocedió—. Ni siquiera lo sabes, ¿verdad? Yeine...

—Vuelvo a la biblioteca —dije, aunque había elegido al azar, porque lo que había dicho él era cierto. No tenía otro destino en mi cabeza que irme lejos de allí.

—Yeine, sé que estás disgustada...

—¿Qué soy? —Me puse en pie con una bota en la mano y me volví hacia él. Se le arrugó el semblante, posiblemente porque me incliné hacia delante y le grité las palabras a la cara—. ¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué soy, los dioses te maldigan?! ¡¿Qué...?!

—Tu cuerpo es humano —me interrumpió Zhakkarn. Ahora fui yo la que hizo una mueca. Se encontraba junto a la cama, observándome con la misma expresión impasible que de costumbre, aunque había algo sutilmente protector en su manera de permanecer detrás de Sieh—. Tu mente es humana. Lo único que ha cambiado es el alma.

—Eso significa que eres la misma mujer que siempre has sido. —Sieh parecía abatido y resentido a un tiempo—. Una mujer humana normal

y corriente.

—Me parezco a ella.

Zhakkarn asintió. Como si estuviera hablando del tiempo.

—La presencia del alma de Enefa en tu cuerpo ha tenido su influencia.

Me estremecí. Volví a sentirme enferma. Había algo en mi interior que no era mío. Me froté los brazos y contuve el impulso de utilizar las uñas.

—¿Podéis sacarla?

Zhakkarn parpadeó y tuve la sensación de que, por primera vez, había logrado sorprenderla.

—Sí. Pero tu cuerpo se ha acostumbrado a dos almas. Podría no sobrevivir a tener sólo una.

Dos almas. De algún modo, era mejor. Al menos no era una cosa animada exclusivamente por una fuerza ajena a mí. Al menos, en mi interior había algo mío.

—¿Podéis intentarlo?

—Yeine... —Sieh buscó mi mano, pero pareció cambiar de idea al ver que yo retrocedía un paso—. Ni siquiera nosotros sabemos lo que pasaría si extrajéramos esa alma. Al principio pensamos que, simplemente, su alma consumiría la tuya, pero es evidente que eso no ha sucedido.

Debí de poner cara de confusión.

—Aún sigues cuerda —dijo Zhakkarn.

Algo en mi interior estaba devorándose. Estuve a punto de desplomarme sobre la cama y pasé unos instantes con la mente en blanco. Al momento siguiente me levanté y comencé a caminar con una leve cojera provocada por la bota que me faltaba. No podía permanecer inmóvil. Me froté las sienes y me tiré del pelo mientras me preguntaba cuánto tiempo más permanecería cuerda con tales pensamientos en mi cabeza.

—Y sigues siendo tú —se apresuró a añadir Sieh mientras me seguía a cierta distancia—. Eres la hija que Kinneth habría tenido. No tienes los recuerdos ni la personalidad de Enefa. No piensas como ella. Eso quiere decir que eres fuerte, Yeine. Eso viene de ti, no de ella.

Solté una violenta carcajada. Sonó como un sollozo.

—¿Cómo lo sabes?

Se detuvo, con los ojos temblorosos y llenos de tristeza.

—Si fueras como ella —dijo—, me querías.

También yo me detuve y dejé de respirar por un momento.

—Y a mí —dijo Zhakkarn—. Y a Kurue. Enefa amaba a todos sus hijos, incluidos aquellos que al final la traicionaron.

Yo no amaba a Zhakkarn ni a Kurue. Exhalé el aliento que había estado conteniendo.

Pero había empezado a temblar de nuevo, aunque en parte era de hambre. La mano de Sieh acarició la mía a modo de tentativa. Al ver que esta vez no la retiraba suspiró, me agarró y me llevó hasta la cama para que me sentara.

—Podrías haberte pasado la vida entera sin saberlo —dijo mientras alargaba un brazo para acariciarme el pelo—. Te habrías hecho mayor y te habrías enamorado de algún mortal, puede que hubieras tenido hijos a los que también habrías querido y habrías muerto en tu lecho como una ancianita desdentada. Es lo que queríamos para ti, Yeine. Y es lo que habrías tenido si Dekarta no te hubiera convocado. Eso nos obligó a actuar.

Me volvía hacia él. Tan de cerca, el impulso era imposible de resistir. Le puse una mano sobre la mejilla y me incliné para besarlo en la frente. Pareció sorprendido, pero entonces esbozó una sonrisa tímida y sentí cómo se caldeaba su piel bajo la palma de mi mano. Le devolví la sonrisa. Viraine tenía razón: era muy fácil encariñarse con él.

—Cuéntamelo todo —susurré.

Arrugó el rostro como si hubiera recibido un golpe. Puede que la magia que lo obligaba a obedecer las órdenes de los Arameri tuviera algún efecto físico. Puede que incluso fuese dolorosa. Sea como sea, un dolor de otro tipo apareció en sus ojos al comprender que había dado la orden deliberadamente.

Pero no había sido específica. Podría habérmelo contado todo: la historia del universo desde el momento de su creación, el número de los colores del arco iris, las palabras que hacen que la carne mortal se agriete como la piedra... Le había dejado esa libertad.

Pero me contó la verdad.

Un momento. Algo sucedió antes de eso. No quiero confundir las cosas. Lo siento, no es fácil pensar. Fue la mañana después de haber encontrado el hueso de fruta plateado, tres días antes. ¿No es así? Antes de que fuese a ver a Viraine, sí. Aquella mañana me levanté, me preparé para ir al Salón y, al abrir la puerta, me encontré con... un sirviente que me esperaba.

—Un mensaje para vos, señora —dijo con expresión de inmenso alivio. No sé cuánto tiempo había pasado allí fuera. En el Cielo, los criados sólo llamaban a la puerta cuando se trataba de algo urgente.

—¿Sí?

—El señor Dekarta no se encuentra bien —dijo—. No se reunirá con vos en la sesión del Consortium, en caso de que decidáis asistir.

T'vri'l ya me había contado que la salud de Dekarta determinaba su presencia en las sesiones, a pesar de lo cual el mensaje me sorprendió. El día antes parecía encontrarse perfectamente. Y también me sorprendía que se hubiera molestado en avisarme. Pero tampoco pasé por alto la última parte: una sutil reprimenda por haberme saltado la sesión el día anterior. Reprimí un acceso de fastidio antes de responder:

—Gracias. Por favor, transmítele mis mejores deseos de una pronta recuperación.

—Sí, señora. —El sirviente hizo una reverencia y se marchó.

Así que me dirigí a la puerta de los purasangres y me hice transportar al Salón. Como esperaba, Relad no se encontraba allí. Como temía, Scimina sí. Volvió a saludarme con una sonrisa, a la que yo respondí con un mero cabeceo y luego nos sentamos juntas, en silencio durante las dos horas siguientes.

Aquel día, la sesión fue más breve de lo habitual porque sólo había un asunto en el orden del día: la anexión de una pequeña nación isleña, Irt, por parte de un reino más grande llamado Uthr. El arquero, antiguo señor de Irt —un hombre regordete y pelirrojo que me recordaba vagamente a T'vri'l— había venido a presentar una protesta. Al parecer, el rey de Uthr, sin preocuparse por este desafío a su autoridad, sólo había enviado a un representante: un muchacho que no parecía mucho mayor que Sieh, también pelirrojo. Tanto los irti como los uthre eran ramas de la raza de los ken, un hecho que, al parecer, no había contribuido a fomentar sus buenas relaciones.

La base de la reclamación del arquero residía en el hecho de que los uthre no habían presentado ninguna petición para iniciar la guerra. Itempas el Brillante aborrecía el caos de la guerra, así que los Arameri la controlaban estrictamente. La ausencia de la petición significaba que los irti no habían sido avisados de las intenciones hostiles de sus vecinos, ni habían tenido tiempo de armarse ni derecho a defenderse de cualquier modo que hubiera podido causar muertos. Sin la petición, cualquier soldado enemigo abatido se habría considerado un asesinato y el brazo de la ley de la Orden Itempa habría podido actuar contra los responsables. Como es natural, los uthre tampoco podían matar legalmente y no lo habían hecho. Se habían limitado a marchar sobre la capital irtina con fuerzas invencibles, a obligar a arrodillarse (literalmente) a sus defensores y a echar a patadas al arquero.

Mis simpatías estaban con los irti, aunque estaba claro que su petición no tenía muchas esperanzas de prosperar. El joven uthre defendió la agresión de su pueblo con un argumento muy sencillo:

—No eran lo bastante fuertes para proteger sus tierras frente a nosotros. Ahora son nuestras. Es preferible que ostente el poder un gobernante fuerte a uno débil, ¿no?

Y a esto se reducía todo el asunto. La justicia no era tan importante como el orden y los uthre habían demostrado su capacidad de mantener el orden de manera muy sencilla: apoderándose de Irt sin derramar una sola gota de sangre. Así lo verían los Arameri y también la Orden y no me imaginaba que el Consortium se atreviera a llevarles la contraria.

Al final, como todo el mundo esperaba, no lo hicieron. La petición de los irti resultó rechazada. Nadie propuso siquiera sanciones contra Uthr. Se quedarían con el botín que habían obtenido, porque obligarles a devolverlo era demasiado complicado.

Cuando se anunció el resultado de la votación, no pude contener una mueca de indignación. Scimina me miró de reojo y dejó escapar una especie de suave y desdenoso resoplido que me recordó dónde me encontraba. Al instante sofoqué toda emoción de mi rostro.

Una vez terminó la sesión, mientras las dos bajábamos la escalera, mantuve los ojos clavados al frente para no tener que mirarla y me desvié hacia el baño para no tener que volver al Cielo en su compañía. Pero entonces dijo:

—Prima —y no me quedó alternativa más que detenerme y ver qué demonios quería—. Cuando hayas tenido tiempo de instalarte cómodamente en el palacio, ¿querías venir a almorzar conmigo? —Sonrió—. Así podremos conocernos mejor.

—Si no te importa —dije con tono calmado— preferiría que no.

Se echó a reír de manera encantadora.

—¡Ya veo que Viraine decía la verdad! Bueno, pues si no vienes por cortesía, puede que te atraiga la curiosidad. Tengo noticias sobre tu patria, prima, noticias que estoy convencida de que te interesarán mucho. —Se volvió y echó a andar hacia la puerta—. Te veré dentro de una hora.

—¿Qué noticias? —exclamé tras ella, pero no se detuvo ni se volvió.

Aún tenía los puños cerrados cuando llegué al baño, razón por la que reaccioné tan mal al ver a Ras Onchi sentada en una de las sillas acolchadas del vestíbulo. Me detuve y me llevé una mano a la espalda, en busca de un cuchillo que no se encontraba allí. Había decidido atármelo al muslo, por debajo de la falda, porque no era costumbre entre los Arameri ir armados en público.

—¿Ya habéis descubierto lo que debe saber un Arameri? —preguntó antes de que tuviera tiempo de recuperarme.

Hice una pausa y luego cerré firmemente la puerta del baño.

—Aún no, tía —dije al fin—. Y no es probable que llegue a hacerlo, dado que no soy una verdadera Arameri. Quizá puedas decírmelo tú y dejarte de acertijos.

Sonrió.

—Qué darre sois, impaciente y lenguaraz. Vuestro padre se habría sentido orgulloso.

Sentí un momentáneo sofoco de confusión. Aquello se parecía demasiado a un halago. ¿Era su manera de hacerme saber que se

encontraba de mi lado? Llevaba a Enefa alrededor del cuello...

—En realidad no —dije lentamente—. Mi padre era un hombre paciente y de cabeza fría. El temperamento lo heredé de mi madre.

—Ah. Pues seguro que os sirve bien en vuestro nuevo hogar.

—Me sirve bien en todas partes. Y ahora, ¿tienes la bondad de contarme qué pasa aquí?

Suspiró y la sonrisa se le borró de la cara.

—Sí. No tenemos mucho tiempo. Perdonadme, mi señora. —Con un esfuerzo que hizo crujir a sus rodillas y a mí poner una mueca de lástima, se puso en pie. Me pregunté cuánto tiempo llevaría allí sentada. ¿Me esperaba después de cada sesión? Una vez más lamenté haberme saltado la sesión del día anterior.

—¿No os preguntáis por qué Uthr no presentó una petición para hacer la guerra? —preguntó.

—Imagino que porque no la necesitaba —respondí sin entender a qué venía aquello—. Es casi imposible conseguir que se apruebe una petición como ésa. Los Arameri no han permitido una guerra desde hace cien años o más. Así que los uthre se lo jugaron a la carta de la conquista incruenta y, por suerte para ellos, les salió bien.

—Sí. —Ras hizo una mueca—. Habrá más «anexiones» de éstas ahora que los uthre le han demostrado al mundo cómo se hace. «La paz ante todo: ésa es la senda del Brillante.»

Me asombró la amargura de su tono. Si la hubiera oído un sacerdote, la habrían arrestado por herejía. Y si hubiera sido otro Arameri... Me estremecí al imaginar su diminuta figura caminando por el Muelle con la lanza de Zhakkarn a la espalda.

—Cuidado, tía —dije en voz baja—. No llegarás a una edad muy avanzada si sigues diciendo cosas como ésa en voz alta.

Se rió con suavidad.

—Es cierto. Tendré más cuidado. —Se puso seria—. Pero pensad en esto, mi señora no Arameri. Puede que los uthre no se molestaran en presentar su petición porque otra petición ya había sido aprobada. Discretamente, mezclada con otros edictos aprobados por el Consortium en los últimos meses.

Fruncí el ceño, helada.

—¿Otra petición?

Asintió.

—Como vos misma habéis dicho, hace un siglo que no se aprueba una petición, así que sería imposible que se aprobaran dos en tan poco tiempo. Y puede que los uthre supieran que había otra petición con más posibilidades de éxito, puesto que servía a los fines de alguien provisto de gran poder. A fin de cuentas, algunas guerras son inútiles sin muertes.

Me la quedé mirando, demasiado sorprendida para ocultar mi confusión y mi consternación. Una petición de guerra aprobada habría sido la comidilla de la nobleza antera. El Consortium habría tardado semanas en discutirla, y no digamos aprobarla. ¿Cómo podía salir adelante sin que medio mundo se enterara de ello?

—¿Quién? —pregunté. Pero estaba empezando a sospecharlo.

—Nadie sabe quién patrocina la petición, ni cuáles son los reinos implicados, sea el invasor o el invadido. Pero Uthr comparte su frontera oriental con Tema. Uthr es pequeño, aunque ahora no tanto, pero su familia real y la Tríada Temana comparten vínculos familiares y de amistad que se remontan a varias generaciones en el tiempo.

Y Tema, comprendí con un escalofrío retardado, era uno de los reinos administrados por Scimina.

Scimina, pues, era la responsable de aquella petición de guerra. Y había logrado que su aprobación pasara inadvertida, lo que era una auténtica obra maestra de la intriga política. Puede que ayudar a Uthr a conquistar Irth formase parte de lo acordado. Pero eso dejaba en el aire dos preguntas cruciales: ¿por qué lo había hecho? ¿Y qué reino sería pronto víctima de un ataque?

La advertencia de Relad: «Si amas a algo o a alguien, ten cuidado.»

Las manos y la boca se me quedaron secas. De repente, sentía grandes deseos de ir a hablar con Scimina.

—Gracias —le dije a Ras. Mi tono era más agudo de lo habitual. Mi mente ya estaba en otra parte, volando a gran velocidad—. Haré buen uso de la información.

Asintió y se alejó cojeando, aunque no antes de darme unas palmaditas en el hombro al pasar. Yo estaba demasiado absorta en mis pensamientos para despedirme, pero en el último momento me recuperé y me volví, al mismo tiempo que ella abría la puerta para salir.

—¿Qué debe saber un Arameri, tía? —pregunté. Era algo en lo que había estado pensando desde nuestro primer encuentro.

Se detuvo y me miró.

—Cómo ser cruel —dijo en voz muy baja—. Cómo usar las vidas como el dinero y empuñar la muerte como un arma. —Bajó los ojos—. Vuestra madre me dijo esto una vez. Nunca lo he olvidado.

Me la quedé mirando fijamente, con la boca seca.

Ras Onchi se inclinó respetuosamente ante mí.

—Rezaré —añadió— para que tampoco vos lo hagáis.

De vuelta en el Cielo.

Había recuperado casi toda la compostura cuando fui a buscar los aposentos de Scimina. No se encontraban muy lejos de los míos, puesto que todos los purasangres del Cielo utilizaban el piso más elevado del palacio. Ella había ido un paso más allá y había reclamado una de las torres más grandes del castillo como dominio, lo que significaba que los ascensores no me servían de nada. Con la ayuda de un sirviente que pasaba, logré encontrar la escalera alfombrada que ascendía hasta allí. No era muy larga, unos tres pisos a lo sumo, pero cuando llegué al rellano me ardían los muslos y me preguntaba por qué habría elegido vivir en un lugar como aquél. Los purasangres que estuvieran en buena forma no tendrían dificultades para llegar y a los criados no les quedaba otra alternativa que hacerlo, pero no me imaginaba subiendo hasta allí a alguien como Dekarta. Tal vez ésa fuese la idea.

La puerta se abrió al llamar. Dentro había un pasillo abovedado, jalonado a ambos lados por estatuas, ventanales y una especie de jarrones con plantas en flor. Las estatuas no eran de nadie que yo conociera: muchachas y muchachos, desnudos, en poses artísticas. Al otro extremo, el pasillo desembocaba en una cámara circular amueblada con cojines y mesas bajas. No había sillas. Estaba claro que los invitados de Scimina debían permanecer en pie o sentarse en el suelo.

En el centro de la sala había un sillón sobre una plataforma elevada. Me pregunté si sería premeditado que el lugar se pareciera tanto a un salón del trono.

Scimina no se encontraba allí, aunque había otro pasillo justo detrás de la plataforma que, de manera ostensible conducía a sus habitaciones privadas. Resignada a tener que esperar, suspiré y miré a mi alrededor. En ese momento reparé en el hombre.

Estaba sentado con la espalda apoyada en uno de los amplios ventanales del cuarto, con una postura no tanto despreocupada como

insolente, con una piedad en alto y la cabeza ladeada. Tardé un momento en comprender que estaba desnudo, porque llevaba el cabello muy largo y le cubría el hombro y la mayor parte del torso. Tardé otro en darme cuenta, con un escalofrío irritante, que se trataba de Nahadoth.

O al menos, creí que era él. Su rostro tenía la misma belleza que siempre, pero había algo extraño en él. Entonces me di cuenta de que estaba inmóvil, que era sólo un rostro, sólo una colección de rasgos, en lugar de la incesantemente mudable mezcla que yo veía normalmente. Sus ojos eran castaños y no los dos fosos de abismal negrura que recordaba. Su piel era pálida, pero con una palidez humana como la de los amn, y no el fulgor de la luz de la luna o del brillo de las estrellas. Me observaba con expresión lánguida, sin más movimiento que un parpadeo y con una leve sonrisa en unos labios que eran ligeramente finos para mi gusto.

—Hola —dijo—. Cuánto tiempo.

Nos habíamos visto la noche antes.

—Buenas noches, señor Nahadoth —dije, utilizando la diplomacia para disimular mi intranquilidad—. ¿Os encontráis... bien?

Se movió ligeramente, lo justo para que pudiera ver el collar de plata que llevaba alrededor del cuello y la cadena que pendía de él. De pronto lo entendí. «De día soy humano», me había dicho Nahadoth. Ningún poder salvo el de Itempas el Brillante podía encadenar al Señor de la Oscuridad de noche, pero de día era débil. Y... distinto. Examiné su cara detenidamente, pero no encontré ni rastro de la locura que había visto mi primera noche en el Cielo. Lo que había en su lugar era cálculo.

—Me encuentro muy bien —dijo. Se pasó la lengua por los labios, lo que me hizo pensar en una serpiente saboreando el aire—. Normalmente, pasar la tarde con Scimina resulta agradable. Aunque me aburro con mucha facilidad. —Hizo una pausa para tomar aliento—. En la variedad está el gusto.

Era imposible malinterpretar el sentido de sus palabras. Y menos con la manera que tenían sus ojos de desnudarme. Creo que pretendía ponerme nerviosa, pero curiosamente consiguió justo lo contrario, aclararme los pensamientos.

—¿Por qué te encadena? —pregunté—. ¿Para recordarte tu debilidad?

Alzó ligeramente las cejas. No había auténtica sorpresa en su expresión, sólo un momentáneo aumento de su interés.

—¿Eso te molesta?

—No. —Pero el fugaz enarcado de sus cejas revelaba que hasta él mismo se había dado cuenta de que era mentira.

Se inclinó hacia delante con un leve tintineo de la cadena, como el sonido de unas campanas lejanas. Sus ojos, humanos, voraces y muy, muy crueles, volvieron a desnudarme, aunque esta vez no de manera sexual.

—No estás enamorada de él —me dijo, pensativo—. No eres tan estúpida. Pero lo deseas.

No me gustaba aquello, pero no tenía la menor intención de reconocerlo. Había algo en aquel Nahadoth que me recordaba a un matón, y no hay que demostrar debilidad delante de un matón.

Sin embargo, mientras pensaba en mi respuesta, su sonrisa se ensanchó.

—Puedes tenerme a mí —dijo.

Por un instante muy breve temí que la idea me resultara tentadora. No tendría que haberme preocupado. Lo único que sentí fue repulsión.

—Gracias, pero no.

Bajó los ojos en una parodia de educado azoramiento.

—Lo entiendo. Soy un cascarón humano y tú quieres algo más. No te culpo. Pero... —Y en aquel momento levantó los ojos y me miró bajo las tupidas cejas. No era un matón. Lo que se ocultaba detrás de sus ojos era maldad, pura y simple maldad. Allí estaba el brillo sádico que había disfrutado con mi terror aquella primera noche, más perturbador aún porque esta vez estaba acompañado de cordura. Aquella versión de Nahadoth convertía en ciertas las fábulas de los sacerdotes y daba razones al temor que sentían los niños por la oscuridad.

No me gustaba estar sola con él en la habitación. No me gustaba nada.

—¿Eres consciente —susurro arrastrando las palabras— de que nunca podrás tenerlo? De ese modo no. Tu carne y tu sangre, mortales y débiles, se romperían en mil pedazos como cáscaras de huevo ante la embestida de su poder. No quedaría lo bastante de ti como para enviarlo de regreso a Darr.

Crucé los brazos y dirigí una mirada muy significativa hacia el pasillo que había tras el trono-sillón de Scimina. Si me hacía esperar mucho más, me marcharía.

—En cambio, yo... —De repente se puso en pie, cruzó la habitación y se colocó mucho más cerca de lo que me habría gustado. Sobresaltada, abandoné mi pose de indiferencia y traté de volverme hacia él y retroceder al mismo tiempo. Fui demasiado lenta. Me cogió por los brazos. No me había dado cuenta hasta entonces de lo grande que era. Me sacaba más de una cabeza y era muy musculoso. En su forma nocturna apenas era consciente de su cuerpo. Ahora, en cambio, era muy, muy consciente de él y del peligro que representaba.

Y por si no me hubiera percatado de ello por mí misma, me dio la vuelta y me sujetó desde atrás. Traté de resistirme, pero sus dedos se me clavaron en los brazos hasta hacerme gritar y los ojos me lloraron de dolor. Cuando dejé de luchar, sus manos redujeron un poco la presión.

—Puedo darte a probar un poco de él —me susurró al oído. Su aliento era demasiado caliente en mi cuello. Se me puso la piel de gallina por todo el cuerpo—. Podría cabalgarte todo el día...

—Suéltame ahora mismo —musité la orden entre dientes, mientras por dentro rezaba para que funcionara.

Sus manos me soltaron, pero no se apartó. Fui yo la que se escabulló ágilmente y me detesté por haberlo hecho al volverme y verlo sonreír. Era una sonrisa fría y, de algún modo, empeoraba aún más la situación. Quería tenerme —ahora lo veía con toda claridad—, pero el sexo era lo de menos. Mi miedo y mi repulsión lo complacían, como lo había complacido mi dolor cuando me apretó los brazos.

Y lo peor de todo es que vi que gozaba del momento en que comprendí que no mentía. Me había olvidado: la noche no era sólo el territorio de los seductores, sino también de los violadores; no era sólo pasión, sino también violencia. Aquel ser era mi anticipo del Señor de la Noche. Que Itempas el Brillante me ayudara si alguna vez enloquecía tanto como para desear más.

—Naha. —La voz de Scimina hizo que diera un respingo y me revoliera. Se encontraba junto al sofá, con una mano apoyada en la cadera, sonriente. ¿Cuánto tiempo llevaba allí observándome?—. Estás siendo muy grosero con mi invitada. Lo siento, prima. Tendría que haberle recortado la cadena.

Yo sentía cualquier cosa menos deseos de mostrarme amable.

—No tengo paciencia para estos juegos, Scimina —le espeté, demasiado enfadada y, a la vez asustada, como para comportarme con tacto—. Dime lo que quieres y acabemos de una vez.

Enarcó una ceja, divertida por mi descortesía. Le sonrió a Nahadoth... No, a Naha, decidí. El nombre del dios le sentaba mal a aquel ser. Se levantó y se acercó a ella de espaldas a mí. Scimina le pasó los nudillos de una mano por el brazo más cercano y sonrió.

—Hace que se te acelere el pulso, ¿verdad? Nuestro querido Naha puede tener ese efecto sobre las mujeres inexpertas. Puedes tomarlo prestado si quieres, por cierto. Como ya has comprobado, puede ser excitante.

Ignoré este comentario... pero no se me pasó por alto el modo en que Naha la miró sin que ella se diese cuenta. Era una estúpida por meter

a aquella criatura en su cama.
Y yo otra por permanecer allí.
—Adiós, Scimina.
—Pensé que podría interesarte un rumor que he oído —dijo detrás de mí—. Tiene que ver con tu patria.
Me detuve. De repente, la advertencia de Ras Onchi repicaba en mi cabeza.
—Tu ascenso le ha creado nuevos enemigos a tu tierra, prima. Algunos de los vecinos de Darr te encuentran aún más amenazante que a Relad o a mí. Supongo que es comprensible. Nosotros nacimos aquí y no entendemos de anticuadas lealtades étnicas.
Me volví lentamente.
—Sois amn.
—Pero la superioridad de los amn es un hecho universalmente aceptado. No hay nada sorprendente en nosotros. Tú, en cambio, perteneces a una raza cuyos hijos nunca han sido otra cosa que salvajes, por muy elegantemente que os vistáis.
No podía preguntarle directamente por la petición de la guerra. Pero quizá...
—¿Qué quieres decir? ¿Que alguien podría atacar Darr simplemente porque los Arameri me han adoptado?
—No. Lo que digo es que alguien podría atacar Darr porque sigues pensando como una darre, a pesar de que ahora tienes acceso al poder de los Arameri.
Mis órdenes a los reinos que se me habían asignado, comprendí. De modo que ésa era la excusa que pretendía utilizar. Los había obligado a reabrir las relaciones comerciales con Darr. Lógicamente se vería como un acto de favoritismo... y quienes lo viesan así tendrían toda la razón del mundo. ¿Cómo no iba a ayudar a mi pueblo con la riqueza y el poder que acababa de adquirir? ¿Qué clase de persona sería si sólo pensaba en mí misma?
«Una persona Arameri», susurró una desagradable vocecilla en la parte de atrás de mi cabeza.
Naha se había movido para abrazar a Scimina desde atrás, la viva imagen del amante rendido. Scimina le acariciaba ausentemente los brazos mientras él lanzaba miradas homicidas contra su nuca.
—No te sientas mal, prima —dijo Scimina—. En realidad no importa lo que has hecho. Algunas personas te habrían odiado de cualquier modo, sólo porque no encajas en su imagen de un gobernante. Es una lástima que no heredaras nada de Kinneth, aparte de esos ojos. —Cerró los suyos y se apoyó en Naha. En aquel momento era la viva imagen de la satisfacción—. Naturalmente, el hecho de que seas darre tampoco ayuda demasiado. Pasaste por el ritual de iniciación que utilizan sus guerreros, ¿verdad? Tu madre no era darre, así que, ¿quién te apadrinó?
—Mi abuela —respondí con voz queda. No me sorprendía que Scimina conociera hasta tal punto las costumbres de darre. Cualquiera podía averiguarlas con abrir un libro.
Scimina suspiró y volvió la cabeza hacia Naha. Para mi sorpresa, él no varió la expresión de su cara, y para mi asombro, el odio puro que destilaban sus ojos la hizo sonreír.
—¿Sabes lo que pasa en las ceremonias iniciáticas de los darre? —le preguntó Scimina con tono casual—. Antes eran una raza de guerreros matriarcales. Los obligamos a dejar en paz a sus vecinos y a dejar de tratar a sus hombres como zánganos; pero, como la mayoría de las razas oscuras, se aferran a sus pequeñas tradiciones en secreto.
—Sé lo que hacían —dijo Naha—. Capturar a un joven de una tribu enemiga, circuncidarlo, cuidarlo hasta que se reponía y luego utilizarlo para su placer.
Me había entrenado durante mucho tiempo para mantenerme impassible. Scimina se rió al verlo y, mientras me observaba, se llevó un mechón de los cabellos de Naha a los labios.
—Las cosas han cambiado —dijo—. Ahora a los darre no se les permite secuestrar y mutilar muchachos. Ahora, las muchachas deben sobrevivir por sí solas en un bosque durante un mes, acabado el cual, al regresar a casa, las desflora un hombre escogido por su madrina. Sigue siendo una práctica bárbara y cuando nos enteramos de que sucede, lo impedimos, pero aun así la llevan a cabo, sobre todo las mujeres de la clase alta. Y hay un detalle que creen que no conocemos: la chica debe derrotar al hombre en combate singular público, en cuyo caso controla el encuentro, o ser derrotada por él y aprender cómo te sientes al someterte al enemigo.
—Eso me gustaría —susurró Naha. Scimina volvió a reírse y le dio una palmada juguetona en el brazo.
—Qué predecible. Ahora calla. —Sus ojos se deslizaron hasta mí y me miró de soslayo—. El ritual parece el mismo en principio, ¿no? Pero han cambiado muchas cosas. Ahora los hombres darre ya no temen a las mujeres... ni las respetan.
Era una afirmación, no una pregunta. Y yo no era tan tonta como para responder.
—Si lo piensas bien, en realidad el ritual antiguo era más civilizado. Aquél enseñaba a las jóvenes guerreras, no sólo a sobrevivir, sino también a respetar al enemigo, a cuidarlo. Muchas de ellas acababan desposando a sus cautivos, ¿no es así? Así que incluso aprendían a amar. El actual... Bueno, ¿qué te enseña? No puedo por menos que preguntártelo.
A mí me enseñó a hacer lo que fuese necesario para salirme con la mía, ramera perversa.
No respondí, y al cabo de un momento, Scimina suspiró.
—Bueno —dijo—, el caso es que se están formando nuevas alianzas en las fronteras de Darr, con el propósito de contrarrestar la nueva fuerza que se le supone. Y como, en realidad, Darr no cuenta con nuevas fuerzas, la región entera está sucumbiendo a la inestabilidad. No es fácil decir lo que podría suceder en una situación como ésa.
Mis dedos anhelaban el contacto de una piedra afilada.
—¿Es una amenaza?
—Por favor, prima. Sólo te estoy transmitiendo información. Los Arameri debemos cuidarnos unos a otros.
—Agradezco tu preocupación. —Me volví para marcharme antes de perder los estribos. Pero esta vez fue la voz de Naha la que me detuvo.
—¿Ganaste? —preguntó—. En tu iniciación, digo. ¿Venciste a tu oponente o te violó delante de la multitud?
Sabía perfectamente que no debía responder. Perfectamente. Pero lo hice de todos modos.
—Gané —dije—, más o menos.
—¿Eh?
Si cerraba los ojos, aún podía verlo. Seis años habían transcurrido desde aquella noche, pero el olor del fuego, de las pieles viejas, de la sangre y de mi propio tufo tras un mes a la intemperie, seguía fuerte en mis recuerdos.
—La mayoría de las madrinas escogen malos guerreros como rivales —dijo en voz baja—. Alguien que sea fácil de derrotar para una muchacha joven. Pero yo iba a ser *ennu* y había dudas sobre mí porque era medio amn. Medio Arameri. Así que mi abuela escogió al más fuerte de nuestros guerreros.

No esperaban que ganara. Bastaría con que mostrara resistencia para que se me considerara una guerrera. Tal como había dicho Scimina, muchas cosas habían cambiado entre nosotros. Pero para una *ennu* no era suficiente con mostrar resistencia. Nadie me seguiría si dejaba que un hombre se aprovechara de mí en público y luego anduviera alardeando de ello por toda la ciudad. Tenía que ganar.

—Te derrotó —dijo Naha. Exhaló las palabras lentamente, hambriento de mi dolor.

Lo miré y parpadeó. Me pregunto qué vio en mis ojos en ese momento.

—Di un buen espectáculo —dije—. Lo bastante para cumplir con los requisitos del ritual. Y luego lo apuñalé en la cabeza con un cuchillo de piedra que llevaba oculto en la manga.

Esto disgustó al consejo, sobre todo cuando se supo que no había quedado encinta. Ya era malo que hubiera matado a un hombre, pero que encima perdiera su semilla y la fuerza que podía engendrar futuras hijas darre... Por un tiempo, la victoria empeoró las cosas para mí. «No es una verdadera darre —susurraban—. Hay demasiada muerte en ella.»

No pretendía matarlo, de verdad. Pero al fin y a la postre éramos guerreros y los que apreciaban mi salvajismo Arameri eran más que los que dudaban de mí. Me nombraron *ennu* dos años después.

La expresión de Scimina era pensativa, evaluadora. En cambio Nada parecía sobrio de repente y en sus ojos se veía alguna emoción siniestra a la que no era capaz de poner nombre. De haber tenido que llamarla de algún modo, creo que habría sido «amargura». Pero no era sorprendente, ¿verdad? Yo no era tan darre como parecía y sí mucho más Arameri de lo que podía parecer. Algo que siempre había aborrecido de mí misma.

—Ha comenzado a mostrar un solo rostro ante ti, ¿verdad? —preguntó Naha. Supe al instante a quién se refería—. Así es como comienza. Su voz se hace más grave o sus labios se vuelven más carnosos. Sus ojos cambian de forma. Al poco es como algo extraído de tus mejores sueños, siempre dice las palabras apropiadas y siempre te toca en los sitios justos. —Pegó la cara al cabello de Scimina, como si buscara consuelo allí—. Luego es sólo cuestión de tiempo.

Me marché, impelida por el miedo, la culpa y por la acechante y odiosa sensación de que, por muy Arameri que fuese, no bastaría para sobrevivir en aquel lugar. Ni de lejos. En ese momento tomé la decisión de ir a ver a Viraine, lo que me llevó a la biblioteca y al secreto de mis dos almas y provocó que terminara aquí arriba, muerta.

Curamos a tu padre —dijo Sieh—. A cambio, tu madre nos permitió utilizar a su hija aún no nacida como recipiente para el alma de Enefa. Ése fue el precio.

Cerré los ojos.

Aspiro hondo en medio de aquel silencio.

—Nuestras almas no son distintas de las vuestras. Esperábamos que la de Enefa emprendiera el viaje al morir, como siempre sucede. Pero cuando Itempas... Cuando Itempas mató a Enefa, se guardó algo. Un fragmento de ella. —Sus palabras eran difíciles de entender, pues se atropellaba ligeramente al contarlos. Sentí un vago deseo de consolarlo—. Sin ese fragmento, toda la vida del universo habría muerto. Todo lo que había creado Enefa... Todo salvo Nahadoth y el propio Itempas. Es el último vestigio de su poder. Los mortales lo llaman la Piedra de la Tierra.

Unas imágenes se formaron tras mis cerrados párpados. Un pequeño, feo y ennegrecido carozo. Un hueso de albaricoque. El collar de plata de mi madre.

—Con la Piedra todavía en este mundo, su alma también quedó atrapada aquí. Sin un cuerpo, vagó de acá para allá, perdida. Descubrimos lo sucedido siglos más tarde. Para entonces, su alma estaba maltrecha, erosionada, como una vela abandonada en su mástil en medio de una tormenta. El único modo de restaurarla era que volviera a encarnarse. —Suspiró—. Reconozco que la idea de introducir el alma de Enefa en el cuerpo de una niña Arameri resultaba tentadora en muchos aspectos.

Asentí. Podía entenderlo.

—Si podemos curar el alma —continuó—, existe la posibilidad de que pueda liberarnos. Lo que nos mantiene en este mundo, atrapados en cuerpos de carne y sometidos a los Arameri, es la Piedra. Itempas no la conservó para preservar la vida, sino para usar el poder de Enefa contra Nahadoth: dos de los tres contra el otro. Pero no podía blandirla él mismo. Los tres son demasiado distintos entre sí. Únicamente los hijos de Enefa pueden utilizar el poder de Enefa. Uno de sus vástagos, como yo, o un mortal. En la guerra fueron ambos: algunas de mis hermanas y una de las sacerdotisas de Itempas.

—Shahar Arameri —dije.

Su asentimiento hizo que la cama se moviera ligeramente. Zhakkarn era una presencia silenciosa y vigilante a su lado. Tomé su rostro en mi mente y lo comparé con el que había visto en la biblioteca. Su estructura facial era como la de Enefa, con la misma mandíbula prominente y los mismos pómulos altos. Los tres los compartían, comprendí, a pesar de que no parecían hermanos, ni tan siquiera miembros de la misma raza. Todos los hijos de Enefa conservaban algún rasgo, un tributo a la apariencia de su madre. Kurue tenía la misma mirada franca y penetrante. Los ojos de Sieh eran del mismo color jade.

Como los míos.

—Shahar Arameri —dijo Sieh con un suspiro—. Como mortal solamente podía utilizar una fracción del verdadero poder de la Piedra. Sin embargo, fue ella la que asestó el golpe decisivo. Nahadoth habría vengado a Enefa aquel día de no haber sido por ella.

—Nahadoth dice que queréis quitarme la vida.

—¿Te ha dicho eso? —preguntó Zhakkarn con un atisbo de irritación.

Sieh respondió igualmente irritado, aunque él se dirigía a Zhakkarn:

—Sólo puede negar su naturaleza hasta cierto punto.

—¿Es verdad? —pregunté.

Sieh guardó silencio tanto tiempo que abrí mucho los ojos. Se encogió al ver mi expresión. No me importó. Estaba harta de evasivas y acertijos. No era Enefa. No tenía por qué amarlo.

Zhakkarn separó los brazos. Un sutil gesto de amenaza.

—No has accedido a aliarte con nosotros. Podrías contarle todo esto a Dekarta.

Le lancé la misma mirada que a Sieh.

—¿Y por qué razón —dije, pronunciando con lentitud cada una de las palabras— iba yo a traicionaros con él?

Los ojos de Zhakkarn volaron a Sieh. Éste esbozó una sonrisa, aunque había muy poco humor en ella.

—Le dije que responderías eso mismo. Tienes un defensor en nuestras filas, Yeine, por mucho que te cueste creerlo.

No dije nada. Zhakkarn seguía mirándome con hostilidad, y yo sabía que no debía apartar los ojos. Era una situación absurda para ambos: ella no tendría más alternativa que contármelo todo si se lo ordenaba, y yo nunca podría ganarme toda su confianza con mis palabras. Pero todo mi mundo acababa de estallar en mil pedazos, y no se me ocurría otro modo de averiguar lo que necesitaba saber.

—Mi madre me vendió a vosotros —dije, dirigiendo mis palabras sobre todo a Zhakkarn—. Estaba desesperada y puede que yo hubiera tomado la misma decisión de haber estado en su lugar, pero aun así lo hizo y no siento simpatía por ningún Arameri. Vosotros sois dioses. No me sorprende que juguéis con las vidas de los mortales como si fueran piezas de una partida de *nikkim*. Pero esperaba algo mejor de una humana.

—Os crearon a nuestra imagen y semejanza —respondió ella con frialdad.

Un argumento desagradablemente atinado.

Hay momentos para la lucha y momentos para la retirada. La presencia del alma de Enefa en mi interior lo cambiaba todo. Convertía a los Arameri en mis enemigos de un modo más fundamental aún, puesto que Enefa había sido la enemiga de Itempas y ellos eran sus servidores. Sin embargo, no convertía automáticamente a los enefadeh en mis aliados. A fin de cuentas, yo no era Enefa.

Sieh rompió el silencio con un suspiro.

—Tienes que comer algo —dijo mientras se levantaba. Salió de mi dormitorio. Oí que la puerta exterior se abría y se cerraba.

Había estado durmiendo casi tres días. La afirmación de que iba a marcharme, producto de la rabia, había sido un farol. Me temblaban las manos y no estaba segura de poder andar si lo intentaba. Me miré la mano y me dije con amargura que ya que los enefadeh me habían infectado con el alma de una diosa, al menos podían haberme dado también un cuerpo más fuerte.

—Sieh te quiere —dijo Zhakkarn.

Apoyé la mano sobre la cama para que dejara de temblar.

—Ya lo sé.

—No, no lo creo. —La intensidad de su tono me hizo levantar la mirada. Seguía enfadada y en aquel momento me di cuenta de que no tenía nada que ver con la alianza. Estaba enfadada conmigo por la manera en que había tratado a Sieh.

—¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? —pregunté—. Rodeada de secretos y preguntas de cuya respuesta dependiera tu vida...

—Habría hecho lo que has hecho tú. —Esto me sorprendió—. Utilizaría todos los recursos a mi disposición para obtener toda la información posible y no me disculparía por ello. Pero yo no soy la madre que Sieh lleva tanto tiempo recordando.

Comenzaba a darme cuenta de que acabaría muy, muy harta de que me compararan con una diosa.

—Ni yo tampoco —repliqué.

—Sieh lo sabe. Y aun así te quiere. —Zhakkarn suspiró—. Es un niño.

—Es mayor que tú, ¿no?

—La edad no significa nada para nosotros. Lo que importa es permanecer fiel a tu propia naturaleza. Sieh se ha consagrado a la senda de la infancia. Que no es una senda fácil.

Podía imaginármelo, aunque para mí no tenía sentido. Al parecer, el alma de Enefa no me proporcionaba una mejor percepción de las tribulaciones de la condición divina.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté. Me sentía muy cansada, aunque podía ser por culpa del hambre—. ¿Que lo apriete contra mi pecho cuando vuelva y le diga que todo va a salir bien? ¿Y también quieres que lo haga contigo?

—No quiero que vuelvas a hacerle daño —dijo, y se desvaneció en el aire.

Me quedé mirando largo rato el punto del espacio que había ocupado hasta entonces. Seguía mirándolo cuando volvió Sieh con una bandeja y me la puso delante.

—Aquí los sirvientes no hacen preguntas —dijo—. Es más seguro así. Así que T'vriil no ha sabido que has estado mala hasta que aparecí para pedirle comida. Ahora mismo está dando un buen rapapolvo a tus criados.

La bandeja contenía un festín darre. Pasta de *maash* y pescado enrollado en hojas de cayena, con una guarnición de pimientos dorados asados al fuego. Un cuenco poco profundo de crema de *serry* y unas finas tajadas de carne crujiente. En mi tierra, la carne habría sido la del corazón de una especie de babosa. Aquí probablemente fuese ternera. Y un verdadero tesoro: un gran plátano tostado. Mi postre preferido, aunque cómo lo había sabido T'vriil, nunca lo averiguaría.

Cogí un rollo de pescado. Mi mano no temblaba sólo de hambre.

—Dekarta no quiere que ganes la contienda —dijo Sieh en voz baja—. No te ha hecho venir por eso. Pretende que escojas entre Relad y Scimina.

Volví la mirada bruscamente hacia él, mientras recordaba la conversación entre mis dos primos que había oído en el solarío. ¿A eso se refería Scimina?

—¿Que escoja entre ellos?

—Es el ritual Arameri de la sucesión. Para convertirse en el próximo jefe de la familia, hay que transferir el sello maestro, la marca que lleva Dekarta, de su frente a la de uno de los herederos. El sello maestro es superior a todos los demás. Quien lo lleva ostenta un poder absoluto sobre nosotros, sobre el resto de la familia y sobre el mundo.

—¿Sobre el resto de la familia? —Fruqué el ceño. Habían insinuado algo así antes, cuando alteraron mi propio sello—. Así que se trata de eso. ¿Qué hacen en realidad los sellos de sangre? ¿Permiten a Dekarta leernos la mente? ¿Quemamos el cerebro si nos negamos a obedecer?

—No, no se trata de nada tan dramático. Entre los miembros de la casta superior contienen hechizos de protección para defenderlos de los asesinos y cosas así, pero en el seno de la familia simplemente garantizan la lealtad. Nadie que lleve un sello puede actuar contra los intereses del jefe de la familia. De no ser por eso, Scimina habría encontrado hace mucho tiempo el modo de derrocar o asesinar a Dekarta.

El rollo de pescado olía demasiado bien. Le di un mordisco y me obligué a masticarlo lentamente mientras pensaba en las palabras de Sieh. El pescado era extraño, alguna especie local, similar al *ui* moteado que se solía utilizar en mi tierra, aunque no idéntico. Pero muy sabroso. Estaba famélica, pero no era tan tonta como para atracarme después de varios días de ayuno.

—La Piedra de la Tierra se utiliza en el ritual de sucesión. Alguien, un Arameri, por decreto del propio Itempas, debe utilizar su poder para transmitir el sello maestro.

—Un Arameri. —Otra pieza del rompecabezas que encajaba en su sitio—. ¿Cualquiera de los habitantes del Cielo puede hacerlo? ¿Hasta el más humilde criado?

Sieh asintió lentamente. Me di cuenta de que no parpadeaba cuando estaba concentrado en algo. Un pequeño desliz por su parte.

—Cualquier Arameri, por muy alejado que esté de la Familia Central. Pues, por un momento, esa persona se convierte en uno de los Tres.

El sentido de sus palabras era obvio. Esa persona. Por un momento...

Sería como encender una cerilla, imaginé. Un brillante destello, uno o puede que dos segundos de llama intensa. Y luego...

—Y luego esa persona muere —dije.

Sieh me obsequió con su nada infantil sonrisa.

—Sí.

Mis antepasados Arameri habían sido listos, muy listos. Al obligar a todos sus parientes, por muy lejanos que fuesen, a servir allí, tenían a su disposición un ejército de personas que se podían sacrificar para que empuñaran la Piedra. Aunque cada uno de ellos la utilizara sólo por un instante, los Arameri —o al menos los purasangres, que serían los últimos en morir— podían aprovecharse del poder de una diosa durante un período considerable de tiempo.

—Y Dekarta pretende que yo sea ese mortal —dije—. ¿Por qué?

—El jefe del clan debe tener la fuerza necesaria para matar incluso a sus seres queridos. —Sieh se encogió de hombros—. Es fácil condenar a muerte a un criado, pero ¿y a un amigo? ¿O a un marido?

—Relad y Scimina apenas sabían de mi existencia antes de que Dekarta me trajera. ¿Por qué me escogió a mí?

—Eso sólo él lo sabe.

Comenzaba a enfurecerme de nuevo, pero esta vez se trataba de una furia frustrada y carente de objetivo. Había pensado que los enefadeh tenían todas las respuestas. Pero claro, no podía ser tan sencillo.

—¿Y por qué, en el nombre del Maelstrom, me escogisteis vosotros? —pregunté, enojada—. ¿No coloca eso el alma de Enefa demasiado cerca de la misma gente que la destruiría si tuviera la ocasión de hacerlo?

Sieh se frotó la nariz. De repente parecía desanimado.

—Ah... Bueno... Eso fue idea mía. Siempre es más fácil ocultar algo ante las mismas narices de alguien, ¿no? Y el amor de Dekarta por

Kinneth era bien conocido. Pensamos que así estarías más segura. Nadie esperaba que la matara... y menos después de veinte años. Eso nos pilló a todos desprevenidos.

Me obligué a dar otro bocado al rollo de pescado. Nadie esperaba la muerte de mi madre. Y sin embargo, una parte de mí, la parte que todavía estaba atribulada y furiosa, sentía que tendrían que haber contado con ello. Tendrían que haberla advertido. Tendrían que haberlo impedido.

—Pero escucha. —Sieh se inclinó hacia delante—. La Piedra es lo que queda del alma de Enefa. Como llevas en ti su alma, puedes usar el poder de la Piedra de maneras que sólo estarían al alcance de la propia Enefa. Con la Piedra, Yeine, podrás cambiar la forma del universo. Podrías liberarnos a todos como si tal cosa. —Chasqueó los dedos.

—Y luego moriré.

Bajó los ojos, su entusiasmo desvanecido de repente.

—Ése no era el plan original —dijo—. Pero sí.

Me terminé el rollo de pescado y observé el resto de la bandeja sin entusiasmo. Había perdido el apetito. Pero una rabia lenta y feroz, casi tan intensa como la que sentía por el asesinato de mi madre, comenzaba a ocupar su lugar.

—También vosotros queréis que pierda —dijo en voz queda.

—Bueno... Sí.

—¿Y qué vais a ofrecerme para que acepte esta alianza?

Se quedó muy quieto.

—Protección para tu tierra en la guerra que seguirá a nuestra liberación. Y favor eterno tras la victoria. Mantenemos nuestras promesas, Yeine, créeme.

Lo creía. Y la eterna bendición de cuatro dioses era, indudablemente, una oferta muy tentadora. Eso garantizaría la seguridad y la prosperidad de Darr, si lograba sobrevivir al conflicto. Los enefadeh conocían bien mi corazón.

Pero claro, conocían bien mi alma.

—Además de eso, quiero una cosa más —dijo—. Haré lo que me pedís, Sieh, aunque me cueste la vida. Merece la pena hacerlo para vengarme del asesino de mi madre. Cogeré la piedra, la utilizaré para liberaros y moriré. Pero no como la víctima humillada y vencida de un sacrificio. —Lo taladré con la mirada—. Quiero ganar la contienda.

Sus bellos ojos verdes se abrieron de par en par.

—Yeine —comenzó—, eso es imposible. Dekarta, Relad y Scimina... Están todos contra ti. No tienes ninguna posibilidad.

—Eres el instigador de toda esta conspiración, ¿no? Seguro que al dios de las travesuras se le ocurre algún modo.

—¡De las travesuras, no de la política!

—Ve a explicarles a los demás mis términos. —Me obligué a coger el tenedor y tomar un poco de salsa.

Sieh me miró fijamente unos instantes y al fin profirió una carcajada temblorosa.

—No me lo puedo creer. Estás aún más loca que Naha. —Se puso en pie y se pasó una mano por el pelo—. Eres... Dioses —dijo, aparentemente sin darse cuenta de lo extraña que resultaba aquella palabra en su boca—. Hablaré con ellos.

Incliné la cabeza con gesto grave.

—Estaré esperando vuestra respuesta.

Con unas palabras susurradas en su extraña lengua, convocó a su esfera amarilla y se marchó por la pared del dormitorio.

Aceptarían, claro está. Ganara o perdiera yo, tendrían la libertad que ansiaban... salvo, naturalmente, que no se la diera. Así que harían lo que fuese para conseguir mi conformidad.

Cogí otro rollo de pescado y me concentré en masticar lentamente para que mi estómago, después de tantos días de ayuno, no se rebelara. Era importante que me recuperara con rapidez. Necesitaría todas mis fuerzas en los días venideros.

Veo mi tierra debajo de mí. Pasa bajo mis pies, como si estuviera volando. Altas montañas y valles sinuosos cubiertos de niebla. Algún que otro campo sembrado y ciudades y pueblos aún más escasos. Darr es muy verde. Vi muchas tierras mientras recorría el Alto Norte y Senm en dirección al Cielo, pero ninguna de ellas era ni la mitad de verde que mi hermosa Darr. Ahora sé por qué.

Volví a dormir. Al despertar, Sieh no había regresado y aún era de noche. No esperaba que los enefadeh respondieran tan pronto. Probablemente les había molestado que me negara a ser sacrificada obedientemente. Si hubiera estado en su lugar, también me habría hecho esperar un tiempo.

Acababa de despertar cuando llamaron a mi puerta. Al abrir, había un joven criado en la puerta, muy tieso y erguido, que me dijo con mucha formalidad:

—Mi señora Yeine, os traigo un mensaje.

Todavía adormilada, me froté los ojos y le indiqué con un gesto de cabeza que continuara.

—Vuestro abuelo solicita vuestra presencia —dijo.

Esto me despertó por completo y al instante.

La sala de audiencias estaba vacía esta vez. Sólo estábamos Dekarta y yo. Me arrodillé como había hecho aquella primera tarde y dejé el cuchillo en el suelo, como exigía la costumbre. Para mi sorpresa, ni siquiera se me pasó por la cabeza la idea de utilizarlo para asesinarlo. Por mucho que lo odiara, no era su sangre lo que buscaba.

—Bueno —dijo desde su trono. Su voz sonaba menos severa que antes, aunque puede que los oídos estuvieran engañándome—. ¿Has disfrutado de tu primera semana como Arameri, nieta?

¿Sólo había sido una semana?

—No, abuelo —dije—. No he disfrutado.

Soltó una carcajada.

—Pero al menos, puede que ahora nos entiendas mejor. ¿Tú qué crees?

Eso no me lo esperaba. Lo miré desde el sitio en el que me encontraba arrodillada y me pregunté qué pretendería.

—Creo —dije lentamente— lo mismo que creía antes de venir aquí: que los Arameri son malvados. Lo único que ha cambiado es que ahora también creo que la mayoría de ellos están locos.

Sonrió, una sonrisa grande y parcialmente desdentada.

—Kinneeth me dijo casi lo mismo una vez. Sin embargo, ella se incluyó a sí misma.

Reprimí el impulso inmediato de negarlo.

—Puede que por eso se marchara. Puede que si me quedo el tiempo suficiente, me vuelva tan malvada y loca como el resto de vosotros.

—Puede —dijo con una extraña delicadeza que me desarmó. Nunca conseguía interpretar su rostro. Demasiadas arrugas.

Se hizo el silencio por espacio de varias exhalaciones. Se prolongó. Se estancó y se quebró:

—Decidme por qué matasteis a mi madre.

Su sonrisa desapareció.

—No soy uno de los enefadeh, nieta. No puedes ordenarme que te responda.

Sentí un acaloramiento por todo el cuerpo, seguido por un escalofrío. Lentamente me puse en pie.

—La amabais. Si la hubierais odiado, si la hubierais temido, podría entenderlo. Pero la amabais.

Asintió.

—La amaba.

—Estaba llorando cuando murió. Tuvimos que humedecerle los párpados para poder abrirlos...

—Guarda silencio.

El eco de su voz resonó en la vacía cámara. Su filo serró mi rabia como un cuchillo romo.

—Y aún la amáis, aborrecible y viejo gusano. —Me adelanté un paso dejando mi cuchillo en el suelo. Ya no me fiaba de mí misma. Avancé hacia el trono de mi abuelo y él se irguió, puede que de furia o puede que de miedo—. La amáis y la lloráis. Es culpa vuestra, pero la lloráis y queréis que vuelva. ¿No? Pero si ítempas nos está escuchando y si le importan el orden y la justicia o cualquier otra de las cosas que dicen los sacerdotes, le pido que no dejéis de amarla. De este modo sentiréis su pérdida como yo. Sentiréis esa agonía hasta el momento de vuestra muerte y espero que ese día tarde mucho, mucho tiempo en llegar.

A estas alturas había llegado ya frente a él, estaba encorvada, con las manos apoyadas en los brazos de su trono. Estaba tan cerca como para ver al fin el color de sus ojos, un azul tan pálido que casi no era color. Ahora era un hombre menudo y frágil, hubiese sido lo que hubiera sido en la cúspide de su vida. Si soplabla con fuerza, podría quebrarle los huesos.

Pero no lo toqué. No merecía un simple castigo físico, ni una muerte rápida.

—Cuánto odio —susurró. Y entonces, para mi asombro, sonrió. Fue como un rictus de muerto—. Quizá te parezcas más a ella de lo que pensaba.

Enderecé la espalda y me dije que no iba a echarme atrás ahora.

—Muy bien —continuó Dekarta como si, simplemente, acabáramos de mantener una agradable conversación—. Debemos hablar de negocios, nieta. Dentro de siete días, la noche del catorce, se celebrará un baile en el Cielo. Un baile en tu honor, para celebrar tu elevación a la condición de heredera, en el que nos honrarán con su presencia algunos de los hombres más importantes del mundo. ¿Hay alguien en particular a quien te gustaría invitar?

Me lo quedé mirando. En mi interior oía unas palabras totalmente distintas: «Dentro de siete días, los hombres más importantes del mundo

se reunirán aquí para verte morir.» Cada palabra a tu intuición que contenía mi cuerpo me daba que se trataba de la ceremonia de sucesión, y lo que ello implicaba.

Su pregunta flotó en el aire entre los dos, sin respuesta alguna.

—No —dije en voz baja—. Nadie.

Dekarta inclinó la cabeza.

—En ese caso puedes marcharte, nieta.

Me lo quedé mirando durante largo rato. Tal vez no volviera a tener la ocasión de hablar así con él, en privado. No me había dicho por qué había matado a mi madre, pero había otros secretos que tal vez estuviera dispuesto a revelar. Hasta puede que supiese cómo podía salvarme.

Pero en el prolongado silencio que siguió no se me ocurrió ninguna pregunta que hacerle, ningún modo de llegar hasta esos secretos. Así que finalmente recogí mi cuchillo y salí de la sala, tratando de contener la sensación de vergüenza que me embargó cuando los guardias cerraron las puertas tras de mí.

Fue el comienzo de una noche muy mala.

Al entrar en mis aposentos descubrí que tenía visita.

Kurue se había apropiado de la silla, donde se sentaba con los dedos entrelazados y una mirada dura en los ojos. Sieh, apoyado en el borde del sillón de mi salón, estaba sentado con las rodillas levantadas y los ojos bajos. Zhakkarn montaba guardia cerca de la ventana, tan impassible como de costumbre. Nahadoth...

Sentí su presencia detrás de mí un instante antes de que me atravesara el pecho con la mano.

—Dime —me susurró al oído— por qué no debería matarte.

Me quedé mirando la mano medio hundida en mi pecho. No había sangre y, hasta donde podía ver, tampoco herida. La toqué y descubrí que era inmaterial, como una sombra. Mis dedos atravesaron su carne y se movieron sobre la imagen traslúcida de su puño. No fue exactamente doloroso, pero sentí como si los hubiera metido en un arroyo congelado. Sentía un penetrante y doloroso frío entre los senos.

Podía sacar la mano y arrancarme el corazón. Podía dejarla donde estaba pero volverla tangible y matarme con tanta certeza como si hubiera perforado la carne y el hueso con el puño.

—Nahadoth —dijo Kurue en todo de advertencia.

Sieh se levantó de un salto y acudió a mi lado con los ojos abiertos de par en par y llenos de terror.

—Por favor, no la mates. Por favor.

—Es una de ellos —siseó en mi oído. Su aliento también estaba helado y me puso la carne de gallina—. Otra Arameri convencida de su propia superioridad y nada más. Nosotros la creamos, Sieh. ¿Y se atreve ahora a darnos órdenes? No tiene derecho a llevar el alma de mi hermana. —Su mano se cerró como una garra y de repente comprendí que no era mi carne lo que pretendía dañar.

«Tu cuerpo se ha acostumbrado a dos almas —había dicho Zhakkarn—. Podría no sobrevivir a tener sólo una.»

Pero al comprenderlo, para mi completa sorpresa, me eché a reír.

—Hazlo —dije. La risa apenas me dejaba respirar, aunque puede que la causa fuese la mano de Nahadoth—. Nunca pedí esa alma. ¡Si la quieres, llévatela!

—¡Yeine! —Sieh me aferró del brazo—. ¡Eso podría matarte!

—¿Y qué importa eso? Queréis matarme de todos modos. Lo mismo que Dekarta. Lo ha planeado para dentro de siete días. La única decisión que me queda es cómo morir. Y éste es un método tan bueno como cualquier otro, ¿no?

—Vamos a averiguarlo —dijo Nahadoth.

Kurue se inclinó hacia delante.

—Espera, ¿qué es lo que...?

Nahadoth sacó la mano. Pareció costarle un esfuerzo. El brazo se movió por mi carne lentamente, como si estuviera hecha de arcilla. No puedo ser más concreta porque en aquel momento estaba chillando a todo pulmón. Instintivamente me lancé hacia delante tratando de escapar del dolor, un gesto que, descubriría, empeoró las cosas. Pero no podía pensar. La agonía había sepultado mi razón. Me sentía como si me estuvieran desgarrando... Que es exactamente lo que estaba pasando.

Pero entonces sucedió algo.

Por encima, un cielo de pesadilla. No habría podido decir si era de día o de noche. Se veían tanto el sol como la luna, pero costaba decir cuál era cada uno de ellos. La luna era enorme y estaba teñida de un amarillo canceroso. El sol era una distorsión rojiza, ni remotamente redondo. Había una sola nube en el cielo y era negra. No gris oscura por la presencia de la lluvia, sino negra como un agujero móvil en el cielo. Y entonces comprobé que era realmente un agujero, porque algo cayó por ella.

Unas figuras diminutas, enzarzadas en una batalla. Una de ellas era blanca y llameante, la otra negra y humeante. Mientras caían pude ver llamas y oír truenos a su alrededor. Cayeron y cayeron hasta estrellarse en la tierra. El suelo tembló y el impacto levantó una enorme nube de polvo y piedras. Ningún ser humano podría haber sobrevivido a aquel impacto, pero yo sabía que ellos no eran humanos...

Eché a correr. A mi alrededor había cuerpos. Pero no muertos, comprendí con la certeza de los sueños, sino agonizantes. La hierba estaba seca y crujía bajo mis pies. Enefa estaba muerta. Todo estaba muriendo. A mi alrededor, las hojas caían como una densa nevada. Más adelante, entre los árboles...

—¿Es esto lo que quieres? ¿Lo es? —Una furia inhumana resonaba en aquella voz que atravesaba las sombras del bosque. Y tras ella llegó un chillido de una agonía que nunca habría imaginado posible...

Corrí entre los árboles y me detuve al borde de un cráter, donde vi...

Oh, diosa, vi...

—Yeine. —Una mano me abofeteó la cara sin demasiada fuerza—. ¡Yeine!

Tenía los ojos abiertos. Parpadeé porque estaban secos. Estaba de rodillas sobre el suelo. Sieh se encontraba en cuclillas a mi lado, con los ojos muy abiertos de preocupación. Kurue y Zhakkarn también estaban mirando. Aquella parecía preocupada y ésta mostraba la impassibilidad de un soldado.

No pensé. Me revolví y miré a Nahadoth, quien se encontraba allí de pie, con una mano —la mano que había estado dentro de mi cuerpo— todavía alzada. Bajó la mirada hacia mí y me di cuenta de que, de algún modo, sabía lo que había visto.

—No lo entiendo. —Kurue se levantó de la silla. Su mano, apoyada sobre el respaldo del asiento, se tensó—. Han pasado veinte años. A estas alturas, el alma tendría que ser capaz de sobrevivir a la extracción.

—Nadie había alojado nunca el alma de un dios dentro de un mortal —dijo Zhakkarn—. Sabíamos que existía un riesgo.

—¡No éste! —Kurue me señaló de manera casi acusadora—. ¿Servirá todavía de algo, contaminada por esa inmundicia mortal?

—¡Cállate! —le espetó Sieh mientras se volvía y la fulminaba con la mirada. Su voz se había tornado grave de repente. Volvía a ser la de un hombre joven—. ¿Cómo te atreves? Te lo he dicho muchas veces. Los mortales son creaciones de Enefa, exactamente igual que nosotros.

—Residuos —replicó Kurue—. Débiles, cobardes y demasiado estúpidos para mirar más allá de sus narices durante más de cinco minutos.

Y sin embargo, Naha y tú insistís en depositar vuestra confianza en ellos...

Sieh puso los ojos en blanco.

—Oh, por favor.... Dime, Kurue, ¿cuál de tus brillantes planes nos ha proporcionado la libertad?

Kurue desvió la mirada, sumida en un silencio resentido.

Yo apenas vi nada de esto. Nahadoth y yo seguíamos mirándonos.

—Yeine. —La mano de Sieh, pequeña y suave, me tocó la mejilla e hizo que me volviera hacia él. Su voz había vuelto a ser un trino infantil—. ¿Estás bien?

—¿Qué ha sucedido? —pregunté.

—No estamos seguros.

Suspiré y me aparté de él mientras intentaba ponerme en pie. Me sentía como si me hubieran vaciado por dentro y me hubiesen rellenado de algodón. Resbalé, volví a caer de rodillas y solté una maldición.

—Yeine...

—Si vas a mentirme de nuevo, no te molestes.

Un músculo se contrajo en su mandíbula. Miró de reojo a sus hermanos.

—Es la verdad, Yeine. No estamos seguros. Pero... por alguna razón... El alma de Enefa no se ha recuperado tanto como esperábamos en el tiempo transcurrido desde que la pusimos dentro de ti. Está entera. —Y al decir esto lanzó una mirada cargada de significado a Kurue—. O al menos lo bastante como para servir a su propósito. Pero es muy frágil. Demasiado para extraerla sin peligro.

Sin peligro para el alma, quería decir, no para mí. Sacudí la cabeza, demasiado cansada hasta para reírme.

—No hay forma de saber cuánto daño ha sufrido —murmuró Kurue mientras se volvía y comenzaba a pasear por los pequeños confines de la habitación.

—Un miembro que no se utiliza acaba por atrofiarse —dijo Zhakkarn en voz baja—. Ella tenía su propia alma y no necesitaba otra.

«Cosa que yo misma habría podido deciros con mucho gusto —pensé con amargura—, de haber podido protestar en aquel momento.»

Pero ¿qué, en el nombre del Maelstrom, significaba todo aquello para mí? ¿Que los enefadeh no volverían a tratar de extraer el alma de mi cuerpo? Eso estaba bien, porque no sentía ningún deseo de volver a sufrir esa agonía. Pero también significaba que debían ceñirse a su plan original, puesto que ya no podían sacarme esa alma de dentro de ningún otro modo.

¿Por eso estaba teniendo todos esos sueños y visiones extraños? ¿Porque el alma de la diosa había empezado a pudrirse dentro de mí? Demonios y oscuridad. Como la aguja de una brújula en busca del norte, me volví y miré a Nahadoth. Él desvió la mirada.

—¿Qué dijiste antes? —inquirió Kurue de repente—. Sobre Dekarta.

Esa preocupación en concreto parecía encontrarse a un millón de kilómetros de distancia de mí. Me obligué a volver a ella, al aquí y ahora, mientras trataba de sacarme de la cabeza aquel terrible cielo y la imagen de unas manos esplendentes que aferraban y retorcian la carne.

—Dekarta va a organizar un baile en mi honor —respondí—. Dentro de una semana. Para celebrar mi designación como posible heredera.

—Sacudí la cabeza—. ¿Quién sabe? Puede que sólo sea un baile.

Los enefadeh se miraron unos a otros.

—Qué pronto —murmuró Sieh con el ceño fruncido—. No esperaba que lo hiciese tan pronto.

Kurue asintió para sí.

—Astuto y viejo gusano... Lo más probable es que celebre la ceremonia al amanecer del día siguiente.

—¿Significará eso que ha descubierto lo que hemos hecho? —preguntó Zhakkarn.

—No —dijo Kurue, mirándome—. Si fuera así, ella estaría muerta y el alma ya estaría en manos de Itempas.

Me estremecí al pensarlo y por fin logré ponerme de nuevo en pie. Esta vez no me volví hacia Nahadoth.

—¿Habéis terminado ya de enfureceros conmigo? —pregunté mientras me alisaba las arrugas de la falda—. Porque creo que tenemos asuntos que resolver.

Los sacerdotes mencionan a veces la Guerra de los Dioses, sobre todo como advertencia sobre la herejía. Fue por culpa de Enefa, dicen. Fue por culpa de la Traidora, durante tres días la gente y los animales yacieron impotentes, al borde de la asfixia, con los corazones cada vez más lentos y los vientres hinchados por unos intestinos que habían dejado de funcionar. Las plantas se marchitaban y morían en cuestión de horas. Llanuras fértiles se transformaron en grisáceos yermos. Mientras tanto, el mar que ahora llamamos de la Penitencia hervía y, por alguna razón, las montañas más altas, todas ellas, se partían por la mitad. Los sacerdotes dicen que fue obra de los engendros de los dioses, la inmortal progenie de Enefa, que se alinearon con los dos bandos y batallaron sobre la tierra. Sus padres, los señores del cielo, lucharon ante todo aquí.

Fue por culpa de Enefa, dicen los sacerdotes. Pero no dicen por qué la asesinó.

Al finalizar la guerra, la mayor parte del mundo había muerto. Lo que quedaba de él había cambiado para siempre. En mi tierra, los cazadores cuentan historias sobre bestias que ya no existen. Las canciones de la estación de la cosecha alaban especies perdidas tiempo atrás. Los primeros Arameri hicieron mucho por los supervivientes, nunca olvidan añadir los sacerdotes. Con la magia de los dioses que habían hecho prisioneros rellenaron los océanos, sellaron las montañas y curaron la tierra. Aunque ya no se podía hacer nada por los muertos, salvaron a todos los supervivientes que pudieron.

Por un precio.

Los sacerdotes tampoco mencionan esto.

De hecho, no quedaba gran cosa por discutir. A la luz de la inminencia de la ceremonia, los enefadeh necesitaban mi cooperación más que nunca, de modo que, con palpable fastidio, Kurue accedió a mis condiciones. Todos sabíamos que había pocas probabilidades de que llegara a convertirme en la heredera de Dekarta. Todos sabíamos que los enefadeh sólo accedían para tenerme contenta. Y yo lo estaba, siempre que no lo pensara demasiado.

Luego, uno a uno, se marcharon todos, menos Nahadoth. Era el único, dijo Kurue, con el poder suficiente para llevarme a Darr y traerme de vuelta en las pocas horas que aún le quedaban a la noche. Así que, en medio del silencio que se había hecho a continuación, me volví hacia el Señor de la Noche.

—¿Cómo es posible? —preguntó. Se refería a la visión de su derrota.

—No lo sé —dije—. Pero ha sucedido otras veces. Una vez tuve un sueño sobre el antiguo Cielo. Vi cómo lo destruías. —Tragué saliva helada—. Creí que era sólo un sueño, pero si lo que vi es lo que realmente sucedió... —Recuerdos. Estaba viendo los recuerdos de Enefa. Padre Celestial, no quería pensar lo que eso significaba.

Entornó los ojos. Volvía a tener aquel rostro, el que yo temía porque era incapaz de no desearlo. Clavé los ojos en un punto situado sobre sus hombros.

—Es lo que sucedió —dijo lentamente—. Pero Enefa ya estaba muerta por entonces. Nunca vio lo que me hizo.

«Y ojalá yo tampoco lo hubiera visto.» Pero antes de que pudiera decir nada, Nahadoth dio un paso hacia mí. Retrocedí rápidamente otro y se detuvo.

—¿Ahora me tienes miedo?

—Has intentado arrancarme el alma.

—Y sin embargo, aún me deseas.

Me quedé helada. Claro, cómo no iba a notarlo. No dije nada. No quería admitir mi debilidad.

Pasó a mi lado para acercarse a la ventana. Me estremecí mientras lo hacía. Un zarcillo de su manto se había enroscado alrededor de mi muslo por un instante en una fría caricia. Me pregunté si sería consciente de ello.

—¿Qué es lo que esperas conseguir en Darr, exactamente? —preguntó.

Tragué saliva, contenta de cambiar de tema.

—Tengo que hablar con mi abuela. Había pensado en utilizar una esfera de sello, pero no entiendo de esas cosas. Es posible que exista un modo de que otros espíen nuestra conversación.

—Existe.

En esta ocasión no me alegré de tener razón.

—Entonces debo hacer mis preguntas en persona.

—¿Qué preguntas?

—Si es cierto lo que me han dicho Ras Onchi y Scimina sobre que los vecinos de Darr se están armando para la guerra. Quiero saber lo que piensa mi abuela sobre la situación. Y... me gustaría saber... —Sentí que me embargaba una inexplicable vergüenza—. Más cosas sobre mi madre. Si era como el resto de los Arameri.

—Ya te lo he dicho: lo era.

—Espero que me disculpes, mi señor Nahadoth, si no confío en ti.

Se volvió ligeramente, así que pude ver el borde de su sonrisa.

—Lo era —repitió—. Y tú también.

Las palabras, en su fría voz, fueron como una bofetada.

—Ella hizo lo mismo —continuó—. Tenía tu edad, o puede que un poco menos, cuando empezó a hacer preguntas, preguntas y más preguntas. Y cuando no podía obtenerlas de nosotros educadamente, nos ordenaba que contestáramos... como has hecho tú. Anidaba tanto odio en su joven corazón... Igual que en el tuyo.

Combatí el impulso de tragar saliva, convencida de que él se daría cuenta.

—¿Qué clase de preguntas?

—La historia de los Arameri. La guerra entre mi hermano y yo. Muchas cosas.

—¿Por qué?
—No tengo ni idea.
—¿No se lo preguntaste?
—Me daba igual.

Aspiré hondo y obligué a mis puños sudorosos a abrirse. Así era él, tuve que recordarme. No tenía ninguna necesidad de decir nada sobre mi madre. Simplemente, sabía que era el mejor modo de perturbarme. Me lo habían advertido. A Nahadoth no le gustaba matar sin más. Jugaba contigo y te hacía cosquillas hasta que perdías el control, olvidabas el peligro y te abrías a él. Conseguía que se lo pidieras.

Transcurridos unos instantes de silencio, se volvió hacia mí.

—La mitad de la noche ha pasado ya. Si quieres ir a Darr, ha de ser ahora.

—Oh. Ah, sí. —Volví a tragar saliva y miré a mi alrededor. A cualquier parte menos a él—. ¿Cómo viajaremos?

Como respuesta, extendió la mano.

Aunque no era necesario, me limpié la mía en la falda y la tomé.

La negrura que lo rodeaba se extendió como unas alas y llenó la habitación hasta su abovedado techo. Se me escapó un jadeo y habría retrocedido, pero su mano se había cerrado como un cepo sobre la mía. Al mirarlo a los ojos sentí que me mareaba: los suyos habían cambiado. Ahora eran totalmente negros, tanto el iris como la zona de alrededor. Y lo que era aún peor, las sombras más próximas a su cuerpo se habían intensificado de tal modo que lo único visible de él era su mano extendida.

Miré fijamente el abismo en el que se había convertido y no fui capaz de aproximarme.

—Si quisiera matarte —dijo, y vi que su voz también había cambiado y ahora reverberaba de manera sombría—, ya sería demasiado tarde.

Eso era cierto. Así que levanté la mirada hacia aquellos ojos terribles, hice acopio de valor y dije:

—Llévame a Arrebaia de Darr, por favor. Al templo del Sarenna-nem.

La negrura de su núcleo se expandió tan rápidamente a mi alrededor que no tuve tiempo ni de gritar. Hubo un instante de frío y presión insoportables, tanto que creí que me aplastarían. Pero entonces el dolor desapareció, seguido casi al instante por el frío. Abrí los ojos y no vi nada. Extendí las manos —incluida la que sabía que él estaba sujetando— y no sentí nada. Grité y sólo pude oír el silencio.

Entonces me encontré sobre un suelo de piedra, y mi respiración captó aromas familiares mientras sentía que una cálida humedad me empapaba la piel. Tras de mí se extendían las calles y muros de piedra de Arrebaia, cubriendo toda la planicie en la que nos encontrábamos. Me di cuenta de que la noche estaba más avanzada allí que en el Cielo porque las calles estaban casi vacías. Frente a mí ascendían unos escalones de piedra rosada, jalonados a ambos lados por grandes lámparas, al final de los cuales se encontraban las puertas del Sar-enna-nem.

Me volví hacia Nahadoth, que había recobrado la forma casi humana que utilizaba habitualmente.

—E-eres bienvenido en la casa de mi familia —dije. Aún estaba temblando por la forma en que habíamos llegado hasta allí.

—Lo sé. —Comenzó a subir los peldaños. Sorprendida, me quedé mirando su espalda durante diez peldaños antes de volver en mí y seguirlo.

Las puertas del Sar-enna-nem eran pesadas y feas, de madera y hierro. Habían reemplazado algún tiempo atrás a las originales, que eran de piedra. Hacían falta al menos cuatro mujeres para operar los mecanismos que las abrían, lo que suponía una enorme mejora respecto a los tiempos antiguos, en los que tenían que reunirse no menos de veinte acólitas para moverlas. Había llegado sin anunciarme, en las últimas horas de la noche, y sabía que nuestra aparición despertaría a la guardia entera. Hacía siglos que nadie nos atacaba, pero mi pueblo se enorgullecía igualmente de su vigilancia.

—Puede que no nos dejen entrar —murmuré al llegar junto al Señor de la Noche. Me costaba seguir su paso. Subía los peldaños de dos en dos.

Nahadoth no respondió y tampoco aminoró la marcha. Oí el ruido fuerte y resonante que hacía la gran tranca al levantarse y a continuación las puertas se abrieron... por sí solas. Me encogí al comprender lo que había hecho. Naturalmente, se oyeron gritos y pies que corrían a nuestro paso, y cuando salimos al patio cubierto de hierba que hacía las veces de entrada del Sar-ennanem, dos grupos de guardias acudieron corriendo. Uno de ellos era la compañía de la guardia de los portales, formada únicamente por hombres puesto que era un puesto poco importante, que sólo exigía fuerza bruta.

La otra compañía era la de la guardia permanente del interior del templo, compuesta por mujeres y los escasos hombres que se habían ganado el honor de ingresar en ella, distinguidos por las camisas de seda blanca que llevaban bajo la armadura. Los dirigía un rostro que me era familiar: Imyan, una mujer proveniente de la tribu de Somem, la mía. Gritó una orden en nuestra lengua al llegar al patio y la compañía se dividió a nuestro alrededor. En un instante estábamos rodeados por un círculo de lanzas y flechas que apuntaban a nuestros corazones.

No, sus armas apuntaban a mi corazón, advertí. Ni una sola de ellas amenazaba a Nahadoth.

Me coloqué delante de él para facilitarles las cosas y como señal de amistad. Por un instante me resultó extraño hablar en mi propia lengua.

—Me alegro de verte, capitana Imyan.

—No te conozco —respondió con voz seca. Estuve a punto de sonreír. De niñas habíamos hecho toda clase de travesuras juntas. Ahora era tan prisionera de su deber como yo.

—Te reíste la primera vez que me viste —dije—. Me había dejado el pelo largo, tratando de parecerme a mi madre. Dijiste que parecía un montón de musgo ensortijado.

Entornó los ojos. Ella llevaba el cabello —largo y hermosamente liso como todas las darre— recogido en una práctica trenza a la espalda.

—Si de verdad eres Yeine-*ennu*, ¿qué estás haciendo aquí?

—Sabes que ya no soy *ennu* —dije—. Los itempanos llevan toda la semana anunciándolo, tanto de palabra como por medios mágicos. Hasta en el Alto Norte han debido de enterarse a estas alturas.

La flecha de Imyan vaciló un instante más y luego, poco a poco, descendió. Al verlo, las demás armas bajaron también. Los ojos de Imyan pasaron un momento a Nahadoth, volvieron a mí y, por primera vez, percibí un atisbo de nerviosismo en su comportamiento.

—¿Y éste?

—Ya sabes quién soy —dijo Nahadoth en nuestra lengua.

Nadie se encogió al oír su voz. Los guardias darre están demasiado bien entrenados para eso. Pero vi que no pocos de ellos intercambiaban miradas de intranquilidad. El rostro de Nahadoth, advertí entonces, había comenzado a rielar de nuevo y era una sombra acuosa que mudaba con las sombras proyectadas por las antorchas. Allí había muchos mortales nuevos que seducir...

Imyan fue la primera en recuperarse.

—Señor Nahadoth —dijo al fin—. Bienvenido de nuevo.

«¿De nuevo?» Me la quedé mirando, y luego a Nahadoth. Pero entonces me saludó una voz más familiar y exhalé un suspiro de tensión que no sabía que hubiera estado conteniendo.

—Eres bienvenida, ciertamente —dijo mi abuela. Bajó un corto trecho de escalones que conducía a la zona de los alojamientos del Sar-enna-nem y los guardias le abrieron paso: una mujer ya entrada en años, más menuda de lo habitual, ataviada aún con el camisón (aunque reparé en que había tenido tiempo de ceñirse el cuchillo). A pesar de su pequeño tamaño —que yo, por fortuna, no había heredado— irradiaba un aire de fuerza y autoridad casi palpable.

Inclinó la cabeza ante mí al acercarse.

—Yeine. Te he echado de menos, pero no tanto como para desear que regresaras tan pronto. —Miró un instante a Nahadoth y luego de nuevo a mí—. Ven.

Y eso fue todo. Se volvió hacia las columnas que sustentaban la entrada y yo fui tras ella... o, al menos, lo habría hecho si Nahadoth no hubiera hablado.

—En esta parte del mundo el alba llega antes —dijo—. Tienes una hora.

Me volví, sorprendida a varios niveles.

—¿No vienes?

—No. —Y se encaminó a un lado del patio. Los guardias se apartaron de su camino con una rapidez que habría resultado graciosa en otras circunstancias.

Lo observé un momento y luego fui detrás de mi abuela.

Aquí me viene a la cabeza otro relato de mi infancia.

Se dice que el Señor de la Noche no puede llorar. Nadie sabe la razón de esto, pero entre los muchos dones que las fuerzas del Maelstrom concedieron al más oscuro de sus hijos no se encontraba la capacidad de llorar.

Ittempas el Brillante sí puede hacerlo. Dice la leyenda que sus lágrimas son la lluvia que a veces cae cuando el sol todavía está en el cielo (aunque yo nunca lo he creído, porque esto significaría que Ittempas llora con bastante frecuencia).

Enefa de la Tierra sí podía llorar. Sus lágrimas adoptaban la forma de esa lluvia amarilla y ardiente que cae sobre el mundo tras la erupción de un volcán. Esta lluvia aún sigue cayendo, mata las cosechas y envenena el agua. Pero ya no significa nada.

Nahadoth, Señor de la Noche, fue el primogénito de los Tres. Antes de que aparecieran los demás, pasó incontables eones totalmente solo en la creación. Puede que esto explique su incapacidad. Puede que, en medio de tanta soledad, las lágrimas se convirtieran en algo inútil.

El Sar-enna-nem fue una vez un templo. Su entrada principal es un salón enorme y abovedado, sustentado por columnas extraídas de una sola pieza de la tierra por mis antepasados mucho antes de que supiéramos de la existencia de innovaciones amn como la escritura o los mecanismos de relojería. Por entonces teníamos nuestras propias técnicas. Y el lugar que erigimos para honrar a los dioses era magnífico.

Tras la Guerra de los Dioses, mis antepasados hicieron lo que tenían que hacer. Los ventanales de la Luna y el Crepúsculo del Sar-enna-nem, antaño afamados por su belleza, se tapiaron, dejando únicamente el del Sol. Un nuevo templo, consagrado en exclusiva a Ittempas y no mancillado por la devoción ofrecida en otro tiempo a sus hermanos, se construyó a cierta distancia, al sur. Ése es ahora el centro religioso de la ciudad. El Sar-ennanem se transformó en un simple centro de gobierno, desde donde el Consejo de los Guerreros emitía los edictos que yo, como *ennu*, ejecutaba. Cualquier santidad que pudiera tener desapareció hace tiempo.

El salón estaba vacío debido a lo avanzado de la hora. Mi abuela me condujo hasta el plinto elevado donde, durante el día, se sentaban los miembros del consejo sobre un círculo de gruesas alfombras. Tomó asiento. Yo hice lo propio frente a ella.

—¿Has fracasado? —preguntó.

—Aún no —respondí—. Pero es sólo cuestión de tiempo.

—Explicate —dijo, así que lo hice.

He de reconocer que alteré un poco el relato. No le hablé de las horas que había pasado en los aposentos de mi madre, llorando. Ni tampoco mencioné mis peligrosos pensamientos sobre Nahadoth. Y, desde luego, no dije una sola palabra sobre mis dos almas.

Cuando terminé no dio más pruebas de consternación que un suspiro.

—Kinneth siempre creyó que el amor que Dekarta le profesaba te protegería. No puedo decir que siempre me gustara, pero con los años aprendí a confiar en su juicio. ¿Cómo pudo equivocarse tanto?

—No estoy tan segura de que fuese así —dije en voz baja. Estaba acordándome de las palabras de Nahadoth sobre Dekarta y el asesinato de mi madre: «¿Crees que fue él?»

Desde entonces había hablado con Dekarta. Había visto sus ojos al hablar de mi madre. ¿Podía un hombre como él asesinar a alguien a quien amaba tanto?

—¿Qué te contó madre, Beba? —pregunté—. Sobre sus razones para abandonar a los Arameri.

Mi abuela frunció el ceño, sorprendida por mi repentino abandono de la formalidad. Ella y yo nunca habíamos estado muy unidas. Era demasiado vieja para convertirse en *ennu* cuando mi madre murió y no había tenido hijas. Aunque mi padre había conseguido, contra toda esperanza, sucederla (y al hacerlo se había convertido en uno de los tres *ennu* varones de toda la historia), yo era lo más parecido a una hija que nunca tendría. Yo, la encarnación medio-amn del mayor error cometido por su hijo. Hacia años que había renunciado a obtener su amor.

—No era algo de lo que hablase mucho —respondió Beba lentamente—. Decía que quería a mi hijo.

—Pero seguro que eso no sería suficiente para ti —dije en voz baja.

Su mirada se endureció.

—Tu padre me dejó muy claro que tendría que serlo.

Y entonces lo entendí: nunca había creído a mi madre.

—¿Cuál crees tú que fue la razón, entonces?

—Tu madre estaba llena de rabia. Quería hacer daño a alguien y estar con mi hijo fue su modo de conseguirlo.

—¿Alguien del Cielo?

—No lo sé. ¿Por qué te preocupa eso, Yeine? Lo que importa es el presente, no lo que sucedió hace veinte años.

—Creo que aquello tiene que ver con lo que está pasando ahora —dije, para mi propia sorpresa. Pero lo que decía mi abuela era cierto, comprendí al fin. Puede que lo hubiera sabido desde el principio. Y con este preludio, preparé mi siguiente ataque—. Nahadoth ha estado aquí antes, por lo que veo.

—El señor Nahadoth, Yeine. Aquí no somos amn. Respetamos a nuestros creadores.

—Los guardias saben cómo deben tratarlo. Por desgracia, a nadie se le ocurrió enseñarme a mí a hacerlo. Me habría venido bien ese entrenamiento antes de ir al Cielo. ¿Cuándo vino por última vez, Beba?

—Antes de que nacieras. Vino a ver a Kinneth una vez. Yeine, esto no es...

—¿Fue después de que padre recuperara de la muerte ambulante? —pregunté. Lo dije en voz baja, a pesar de que la sangre me martilleaba en los oídos. Sentía deseos de alargar los brazos y zarandearla, pero me contuve—. ¿Fue la noche que me hicieron eso?

Su gesto ceñudo se hizo aún más marcado y su momentánea confusión dio paso a la alarma.

—¿Que te hicieron... el qué? ¿De qué hablas? Ni siquiera habías nacido aún. Kinneth estaba embarazada de muy poco tiempo. ¿Qué fue lo que...?

Y entonces la voz se le apagó. Vi que los pensamientos corrían veloces detrás de sus ojos, que me miraban cada vez más abiertos. Les hablé a esos pensamientos para tentarlos y tratar de extraer el conocimiento que percibía tras ellos.

—Madre trató de matarme cuando nací. —Ahora sabía por qué, pero había algo más en ello, algo que no había descubierto aún. Podía sentirlo—. No la dejaron quedarse a solas conmigo durante meses. ¿Lo recuerdas?

—Sí —susurró.

—Sé que me quería —dije—. Y sé que a veces las mujeres enloquecen durante el embarazo. Lo que fuese que la llevó a temerme en aquel momento... —estuve a punto de asfixiarme al decir esto. Nunca había sido una buena mentirosa— desapareció y después siempre fue una buena madre. Pero me imagino que te preguntarías, Beba, qué era lo que tanto miedo le daba. Y mi padre debió de preguntarse...

No terminé la frase. Había allí una verdad que no me había parado a considerar desde entonces...

—Nadie se preguntó nada.

Di un respingo y me volví. Nahadoth se encontraba a quince metros, en la entrada, enmarcado por su diseño triangular. Con la luna detrás era una simple silueta. Pero, como siempre, podía verle los ojos.

—Maté a todos los que me vieron con Kinneth aquella noche. —Las dos lo oíamos tan claramente como si se encontrara a nuestro lado—. Maté a su doncella y al niño que vino a servirnos vino, y al hombre que se sentaba junto al lecho de tu padre enfermo. Maté a los tres guardias que quisieron espiarnos siguiendo las órdenes de esta anciana. —Señaló con la cabeza a Beba, que se puso tensa—. Después de aquello, nadie se atrevió a preguntarse nada sobre ti.

«¿Así que te has decidido a hablar?», le habría preguntado, pero entonces mi abuela hizo algo tan inesperado, tan increíble, tan estúpido, que se me atragantaron las palabras en la garganta. Se puso en pie de un salto y, desenvainando su cuchillo, se colocó delante de mí.

—¿Qué le hicisteis a Yeine? —exclamó. Nunca en mi vida la había visto tan furiosa—. ¿Qué perversión te encomendaron los Arameri? ¡Es mía, nos pertenece a nosotros, no tenías derecho!

Nahadoth se echó a reír en aquel momento y el sonido contenía un latigazo de furia que me provocó un escalofrío por toda la columna vertebral. ¿Lo había tomado por un mero esclavo amargado, una criatura digna de lástima que arrastraba la carga de su culpa? Era una tonta.

—¿Crees que este templo te protege? —siseó. Sólo entonces me di cuenta de que no había llegado a cruzar el umbral—. ¿Has olvidado que tu pueblo también me veneró aquí una vez?

Dio un paso y entró.

Las alfombras bajo mis rodillas se desvanecieron. El suelo, que era de planchas de madera, se desintegró. Debajo había un mosaico de baldosas semipreciosas, piedras de todos los colores intercaladas con planchas cuadradas de oro. Exhalé un jadeo al ver que los ladrillos, con un destello, se desvanecían y entonces, de repente, aparecieron ante mis ojos los tres ventanales, no sólo el del Sol, sino también el de la Luna y el del Crepúsculo. Nunca me había dado cuenta de que estaban concebidos para verse juntos. Habíamos perdido tanto... Y a nuestro alrededor se alzaban las estatuas de unas criaturas tan perfectas, tan extrañas, tan familiares, que me entraron ganas de llorar por todos los hermanos y hermanas que había perdido Sieh, los leales hijos de Enefa, masacrados como perros por tratar de vengar el asesinato de su madre. «Os entiendo. A todos vosotros. Os entiendo perfectamente...»

Y entonces la luz de las antorchas desapareció y el aire chisporroteó y, al volverme, vi que Nahadoth también se había transformado. La oscuridad de la noche invadía ahora aquel extremo del Sar-enna-nem, pero no era como mi primera noche en el Cielo. Aquí, alimentado por el residuo de una antigua devoción, me mostró todo lo que había sido una vez: el primero entre los dioses, dulce sueño y pesadilla encarnados, todas las cosas hermosas y terribles. Más allá de un arremolinado huracán de nubluz negro-azulada, vislumbré una piel blanca como la luna y unos ojos como estrellas distantes; y luego se transformaron en algo tan inesperado que, por un momento, mi cerebro se negó a interpretarlo. Pero el grabado de la biblioteca ya me lo había revelado, ¿no? Un rostro de mujer me observó rutilante desde la oscuridad, orgulloso, poderoso y tan fascinante que la deseé tanto como lo había deseado a él, sin que me pareciese que hubiese nada extraño en ello. Y entonces, el rostro volvió a mudar y se transformó en algo que no tenía nada de humano, algo con tentáculos y colmillos, y chillé. Sólo había oscuridad donde tendría que haber estado su rostro y esto era lo más aterrador de todo.

Avanzó otro paso. Lo sentí: una vastedad imposible e invisible se movía con él. Oí crujir las paredes del Sar-enna-nem, incapaces de contener tanto poder. Ni el mundo entero habría podido hacerlo. Un trueno sacudió el cielo sobre Darr. El suelo tembló bajo mis pies. Unos dientes blancos refulgieron en la oscuridad, afilados como los de un lobo. Entonces supe que tenía que actuar, o de lo contrario el Señor de la Noche mataría a mi abuela ante mis ojos.

Ante mis...

Ante mis ojos yace, tirada, desnuda y ensangrentada.

«Esto no es carne, es todo lo que puedo comprender»

pero significa lo mismo que la carne, está muerta y violada, su forma perfecta desgarrada de maneras que no deberían ser posibles, no deberían ser y ¿quién lo ha hecho? Quién podría...

«¿Qué significó que me hiciera el amor antes de clavarme el cuchillo?»

Y entonces lo comprendo: traición. He visto su cólera antes, pero nunca imaginé... nunca soñé... Deseché los temores de ella. Creía que lo conocía. Recojo su cuerpo, lo acerco al mío y le pido a toda la creación que la haga vivir de nuevo. No estamos hechos para la muerte. Pero nada cambia, nada cambia. Había un infierno que construí hace mucho tiempo y era un lugar en el que todo permanecía igual eternamente porque no se me ocurría nada más espantoso, y ahora estoy en él.

Luego llegan otros, nuestros hijos, y todos reaccionan con el mismo espanto.

«A los ojos de un hijo, su madre es una diosa» pero yo no puedo ver nada de su pesar a través de la negra neblina de la mía. Dejo su cuerpo en el suelo, pero mis manos están cubiertas por su sangre, nuestra sangre, hermana amante pupila maestra amiga mi otro yo, y cuando levanto la cabeza y exhalo mi furia en un grito, un millón de estrellas ennegrecen y mueren. Nadie puede verlas, pero son mis lágrimas.

Parpadeé.

El Sar-enna-nem volvía a estar como antes, sombrío y silencioso, oculto de nuevo su esplendor bajo ladrillos, madera polvorienta viejas alfombras. Me encontraba delante de mi abuela, aunque no recordaba haberme levantado ni haberme movido. La máscara humana de Nahadoth volvía a estar en su lugar, su aura había menguado hasta volver a su habitual mutabilidad silenciosa y de nuevo estaba mirándome.

Me tapé los ojos con una mano.

—No puedo soportar esto mucho más.

—¿Y-Yeine? —Era mi abuela. Me puso una mano en el hombro. Apenas me di cuenta.

—Está sucediendo, ¿verdad? —Levanté los ojos hacia Nahadoth—. Lo que esperabais. Su alma está devorando la mía.

—No —respondió él en voz muy baja—. No sé lo que sucede.

Lo miré fijamente y fui incapaz de contenerme. Todo el asombro, el miedo y la rabia de los últimos días rebulleron de repente y rompí a reír. Me reí con tal fuerza que el eco de mis carcajadas resonó por los altos techos del Sar-enna-nem; durante tanto tiempo que mi abuela comenzó a mirarme con preocupación, preguntándose sin duda si me había vuelto loca. Y posiblemente fuese así, porque de repente mis risas se tornaron gritos y mi regocijo se inflamó hasta transformarse en una rabia al rojo.

—¿Cómo no vas a saberlo? —chillé a Nahadoth. Sin darme cuenta había vuelto a hablar en senmita—. ¡Eres un dios! ¿Cómo no vas a saberlo?

Su calma atizó aún más las llamas de mi furia.

—Yo creé la incertidumbre y la introduje en este universo, y Enefa la prendió en todos los seres vivos. Siempre habrá misterios que ni siquiera los dioses podremos comprender...

Me abalancé sobre él. En el interminable segundo que duró mi loca furia, vi que sus ojos parpadeaban al ver mi puño y que se abrían con algo parecido al asombro. Tenía tiempo de sobra para parar el golpe o esquivarlo. El que no lo hiciera supuso una completa sorpresa.

El eco del impacto resonó con tanta fuerza como el jadeo de incredulidad de mi abuela.

En el silencio que siguió, me sentí vacía. La rabia había desaparecido. El horror no había llegado aún. Bajé la mano. Me picaban los nudillos.

El golpe le había girado la cara a Nahadoth. Se llevó una mano al labio, que estaba sangrando, y suspiró.

—Debo esforzarme más por contenerme cuando esté cerca de ti —dijo—. Tienes un modo memorable de reprenderme.

Levantó los ojos y de repente comprendí que estaba hablando de la vez que lo había apuñalado. «Te he esperado durante tanto tiempo...», dijo entonces. Esta vez, en lugar de besarme, alargó la mano y me rozó los labios con los dedos. Sentí una humedad cálida y, en un acto reflejo, me pasé la lengua y sentí el tacto frío de la piel y el sabor a sal y metal de su sangre.

Sonrió con una expresión casi satisfecha.

—¿Te gusta el sabor?

No, el de tu sangre no.

Pero el de tu dedo...

—Yeine —dijo mi abuela, quebrando la escena. Aspiré hondo, recobré la compostura y me volví hacia ella.

—¿Se están aliando los reinos vecinos? —pregunté—. ¿Se están armando para la guerra?

Tragó saliva antes de asentir.

—Recibimos la declaración formal esta semana, pero hubo indicios antes de eso. Nuestros mercaderes y diplomáticos fueron expulsados de Menchey hace casi dos meses. Dicen que el viejo Gemd ha aprobado una ley de reclutamiento forzoso para aumentar las filas de sus ejércitos y está acelerando la instrucción del resto. El consejo cree que se pondrá en marcha dentro una semana o puede que menos.

Dos meses antes. Me habían llamado al Cielo muy poco antes. Scimina había deducido mi propósito en el mismo instante en que Dekarta me convocó.

Y tenía sentido que hubiera decidido actuar a través de Menchey. Era el mayor y más poderoso vecino de Darr, así como su mayor enemigo en el pasado. Habíamos estado en paz con los mencheyev desde la Guerra de los Dioses, pero sólo porque los Arameri no habían concedido a ninguno de los dos reinos permiso para aniquilar al otro. Sin embargo, tal como me había advertido Ras Onchi, las cosas habían cambiado.

Claro que habían enviado una declaración de guerra formal. Querían el derecho a derramar nuestra sangre.

—Espero que hayamos comenzado a preparar nuestras fuerzas desde entonces —dije. Ya no estaba en posición de dar órdenes. Ahora sólo podía sugerir.

Mi abuela suspiró.

—Lo mejor que hemos podido. El tesoro está tan vacío que apenas podemos pagar a nuestro ejército, y mucho menos entrenarlo y equiparlo. Nadie quiere prestarnos dinero. Hemos recurrido a pedir voluntarios: cualquier mujer que tenga un caballo y pueda costearse sus propias armas. Y también hombres, si aún no han sido padres.

La situación tenía que ser muy mala si el consejo había decidido reclutar a los hombres. Por tradición, los hombres eran nuestra última línea de defensa, pues su fuerza física debía emplearse únicamente en la esencial tarea de proteger nuestros hogares y a nuestros hijos. Esto quería decir que el consejo había decidido que nuestra única defensa posible era derrotar al enemigo. Cualquier otra cosa significaría el fin de Darr.

—Os daré lo que pueda —dije—. Dekarta vigila todos mis movimientos, pero ahora tengo dinero y...

—No. —Beba volvió a tocarme el hombro. No podía recordar la última vez que me había tocado sin una razón. Pero claro, tampoco la había visto nunca saltar en mi defensa. Sentí pena por tener que morir joven, sin llegar a conocerla de verdad.

—Piensa en ti —dijo—. Darr no es responsabilidad tuya, ya no.

Fruncí el ceño.

—Siempre lo será...

—Tú misma has dicho que nos utilizan para hacerte daño. Mira lo que han provocado tus esfuerzos por restablecer el comercio.

Abrí la boca para decir que aquello no era más que una excusa, pero antes de que pudiera hacerlo, la cabeza de Nahadoth se volvió bruscamente hacia el este.

—El sol se acerca —dijo. Más allá del arco de la entrada del Sar-enna-nem, el cielo estaba pálido. La noche se desvanecía con rapidez.

Maldije entre dientes.

—Haré lo que pueda. —Y entonces, obedeciendo un impulso, me adelanté un paso, la rodeé con los brazos y la abracé, como no me había atrevido a hacer en toda mi vida. La sentí tiesa contra mí durante un momento, sorprendida, pero entonces suspiró y me apoyó las manos en la espalda.

—Cuánto te pareces a tu padre... —suspiró. Y luego me apartó con delicadeza.

Los brazos de Nahadoth me rodearon, sorprendentemente delicados, y sentí la presión en mi espalda de la humana solidez de su cuerpo en

el interior de las sombras. Entonces el cuerpo desapareció, lo mismo que el Sar-enna-nem, y todo volvió a ser frío y oscuridad.

Reaparecí en mis aposentos del Cielo, frente a los ventanales. Allí el cielo era más oscuro, aunque se vislumbraba un atisbo de palidez en el lejano horizonte. Estaba sola, para mi sorpresa pero también para mi alivio. Había sido un día muy largo y muy complicado. Me tumbé sin desvestirme, pero el sueño no acudió de inmediato. Me quedé donde estaba un rato, disfrutando del silencio, dejando descansar mi mente. Como burbujas en el agua, dos cosas ascendieron a la superficie de mis pensamientos.

Mi madre había lamentado el acuerdo suscrito con los enefadeh. Me había vendido a ellos, pero no sin remordimientos. Me consolaba que hubiera tratado de asesinarme al nacer. Era una reacción muy propia de ella, tratar de destruir la carne de su carne antes de dejar que se corrompiera. Puede que sólo hubiera decidido aceptarme en sus términos, más tarde, sin que el maremoto emocional de la maternidad reciente coloreara sus sentimientos. Cuando pudiera mirarme a los ojos y ver que una de las almas que había en ellas era la mía.

El otro pensamiento era más sencillo, pero mucho menos reconfortante.

¿Lo había sabido mi padre?

Durante aquellas noches, aquellos sueños, vi a través de un millar de ojos. Panaderos, herreros, eruditos, reyes: hombres corrientes o extraordinarios. Viví sus vidas todas las noches. Pero como sucede con los sueños, ahora sólo recuerdo los más especiales.

En uno veo una habitación oscura y vacía. Casi no tiene mobiliario. Una mesa antigua. Unas sábanas arrugadas y amontonadas en un rincón. Una escultura junto a ellas. No, no es una escultura: es un globo, principalmente azul, cuya cara más próxima es un mosaico marrón y blanco. Sé de quién es la habitación.

—Shh —dice una nueva voz, y de repente hay gente en el cuarto. Una figura esbelta, sobre el regazo de otra más grande. Y más oscura—. Shhh. ¿Quieres que te cuente una historia?

—Mmmm —dice el más pequeño. Un niño—. Sí. Más mentiras hermosas, papá, por favor.

—Vamos, vamos. Los niños no son tan cínicos. Sé un niño bueno o nunca llegarás a ser grande y fuerte como yo.

—Yo nunca seré como tú, papá. Ésa es una de mis mentiras favoritas.

Veo un pelo castaño y desgredado. Una mano lo acaricia, una mano elegante y de largos dedos. ¿El padre?

—Te he visto crecer durante estas largas edades. Dentro de mil años, de cien mil...

—Y cuando me haya hecho tan grande, ¿mi padre, brillante como el sol, abrirá los brazos y me recibirá a su lado?

Un suspiro.

—Si está lo bastante solo, puede que sí.

—¡No lo quiero! —Finalmente, el niño se aparta de la mano que lo acaricia y levanta la mirada. Sus ojos reflejan la luz como los de una bestia nocturna—. Yo nunca te traicionaré, papá. ¡Nunca!

—Shh. —El padre se inclina y deposita un delicado beso sobre la frente del niño—. Lo sé.

Y entonces, el niño se pega a él y entierra el rostro en la suave oscuridad, llorando. El padre lo abraza, lo mece con suavidad y comienza a cantar. En su voz oigo el eco de todas las madres que alguna vez han reconfortado a sus hijos en las últimas horas del día y de todos los padres que alguna vez han susurrado esperanzas a los oídos de sus pequeños. No entiendo el dolor que percibo, y que los envuelve como unas cadenas, pero sí me doy cuenta de que el amor es la mejor defensa contra él.

Es un momento privado. Soy una intrusa. Abro unos dedos invisibles y dejo que el sueño pase entre ellos y se aleje.

Sentí con intensidad la falta de sueño al arrastrarme hasta la vigilia, bien avanzado el día siguiente. Era como si tuviese la cabeza llena de lodo, de una materia densa, coagulada. Me senté al borde de la cama con las rodillas en alto y, al contemplar el luminoso y despejado cielo de la mañana, al otro lado de la ventana, pensé:

«Voy a morir.»

«Voy a MORIR.»

«Dentro de siete días... No, ahora seis.»

«Morir.»

Me avergüenza admitir que esta letanía continuó durante algún tiempo. No había asimilado del todo la seriedad de mi situación hasta entonces: mi inminente muerte había quedado arrinconada frente a la amenaza de Dekarta y la conspiración celestial. Pero ahora, las extrañas manifestaciones de mi alma ya no podían distraerme y lo único en lo que podía pensar era la muerte. Aún no tenía ni veinte años. Nunca había estado enamorada. No había dominado las nueve formas del cuchillo. Nunca había... Dioses, nunca había vivido en realidad, más allá de lo que me habían legado mis padres: *ennu* y Arameri. Parecía totalmente inconcebible que estuviera condenada y, sin embargo, así era.

Porque si los Arameri no me mataban, no me hacía la menor ilusión sobre los enefadeh. Era la vaina de la espada que esperaban utilizar contra Itempas, su único medio de fuga. Si se posponía la ceremonia de sucesión o, por algún milagro, lograba convertirme en la sucesora de Dekarta, estaba segura de que los enefadeh, simplemente, acabarían conmigo. Estaba claro que, al contrario que los demás Arameri, no estaba protegida frente a ellos. Sin duda aquélla era una de las alteraciones que habían aplicado a mi sello de sangre. Y puede que matarme fuese el modo más sencillo de liberar el alma de Enefa con mínimos daños. Tal vez Sieh lamentase mi muerte, pero nadie más en todo el Cielo lo haría.

Así que me quedé en la cama, temblando y llorando, y puede que hubiera seguido haciéndolo todo el día —una sexta parte de la vida que me quedaba— si no hubieran llamado a mi puerta.

Esto me hizo volver en mí, más o menos. Aún llevaba la ropa con la que me había quedado dormida la noche antes. Tenía el pelo alborotado, el rostro hinchado y los ojos inyectados en sangre. No me había bañado. Al abrir una rendija en la puerta descubrí, con gran consternación, que era T'vri, con una bandeja de comida en una mano.

—Saludos, prima... —Hizo una pausa, me miró mejor y frunció el ceño—. ¿Qué demonios os ha pasado?

—Nada —musité mientras trataba de cerrar la puerta. Pero él alargó la mano que no tenía ocupada para abrirla y entró en el cuarto. Habría protestado, pero las palabras murieron en mi garganta al ver que me miraba con una expresión que habría hecho sentirse orgullosa a mi abuela.

—Les estáis dejando ganar, ¿no? —preguntó.

Puede que me quedara boquiabierto. Suspiró.

—Sentaos.

Cerré la boca.

—¿Cómo...?

—Estoy al tanto de casi todo lo que sucede en este lugar, Yeine. Por ejemplo, del próximo baile y de lo que sucederá después. Por lo general, no se informa a los mestizos de estas cosas, pero tengo mis contactos. —Me cogió delicadamente por los hombros—. Supongo que vos también lo habéis averiguado, razón por la que estáis ahí sentada, pudriéndoos.

En cualquier otra ocasión me habría agradado que me llamara por mi nombre. En ésta sacudí la cabeza como aturdida y me froté las sienes para tratar de espantar un dolor persistente que se había instalado allí.

—T'vri!l, no...

—Sentaos, maldita sea, antes de que perdáis el sentido y tenga que llamar a Viraine. Cosa que, por cierto, no os conviene que haga. Sus remedios son eficaces, pero sumamente desagradables. —Me cogió de la mano y me llevó a la mesa—. He venido porque me han dicho que no habíais pedido desayuno ni almuerzo y pensé que podíais estar matándoos de hambre otra vez. —Tras obligarme a tomar asiento y dejar la bandeja en la mesa, cogió un plato de fruta cortada, pinchó un trozo con un tenedor y me la puso delante de la cara, hasta que me la comí—. Parecíais una chica sensata cuando llegasteis aquí. Los dioses saben que este sitio tiene la capacidad de volver loca a la gente, pero no esperaba que sucumbierais con tanta facilidad. ¿No erais una guerrera, o algo por el estilo? Se rumorea que corríais entre los árboles medio desnuda y armada con una lanza.

Levanté hacia él una mirada de hostilidad, ofendida a pesar de mi estado.

—Es la cosa más estúpida que jamás me has dicho.

—Conque aún no estáis muerta. Bien. —Me cogió la barbilla entre los dedos y me miró a los ojos—. Y no os han derrotado. ¿Entendido?

Me aparté de él con un movimiento brusco, aferrándome a mi rabia. Era mejor que la desesperación, aunque casi igual de inútil.

—No sabes de qué estás hablando. Mi pueblo... Vine aquí a ayudarles, y en lugar de hacerlo ahora corren más peligro que antes por mi culpa.

—Sí, eso he oído. Pero sois consciente de que tanto Scimina como Relad son unos mentirosos consumados, ¿no? Nada que hayáis podido hacer ha provocado esto. Los planes de Scimina se pusieron en marcha mucho antes de que llegarais al Cielo. Así es como hace las cosas esta familia. —Acercó un trozo de queso a mi boca. Tuve que morderlo, masticarlo y tragármelo para que me quitara la mano de delante.

—Si eso es... —Me acercó otro trozo de fruta. Aparté el tenedor de un manotazo y la fruta salió despedida y se perdió en algún lugar entre mis estanterías—. ¡Si eso es cierto, entonces no puedo hacer nada! Los enemigos de Darr se preparan para atacar. Mi tierra es débil. No podemos repeler un ejército y mucho menos la cantidad de ellos que se están congregando en nuestra contra.

Asintió, sobrio, y me ofreció un nuevo trozo de fruta.

—Eso parece propio de Relad. Normalmente, Scimina es más sutil. Pero la verdad es que podría ser cualquiera de ellos. Dekarta no les ha dado mucho tiempo para trabajar y los dos se vuelven torpes bajo presión.

La fruta me sabía a sal.

—Entonces dime... —Pestañeeé para contener las lágrimas—. ¿Qué se supone que debo hacer, T'vri!l? Dices que les estoy dejando ganar, pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

Dejó el plato, me cogió las manos y se inclinó hacia delante. De repente me di cuenta de que sus ojos eran verdes, aunque de una tonalidad más oscura que la mía. Nunca me había parado a pensar en el hecho de que éramos parientes. La mayoría de los Arameri no me parecían humanos, y mucho menos familiares.

—Luchad —dijo con voz baja y penetrante. Sus manos me aferraban con tanta fuerza que me dolía—. Luchad del modo que podáis.

Puede que fuese la fuerza de sus manos, o la urgencia de su voz, pero de pronto me di cuenta de algo.

—Querías ser tú el heredero, ¿no?

Parpadeó con sorpresa y, un instante después, una sonrisa arrepentida apareció en su rostro.

—No —dijo—. En realidad no. Nadie quería ser heredero en estas condiciones. No os envidio. Pero... —Apartó la mirada hacia las ventanas y lo vi en sus ojos: una terrible frustración que debía de llevar toda la vida devorándolo. La secreta certeza de que era tan listo, tan fuerte, tan merecedor del poder, tan digno del liderazgo como Relad o Scimina.

Y si alguna vez tenía la oportunidad, lucharía por conservarlo. Por utilizarlo. Lucharía aunque no hubiera esperanza alguna de victoria, porque lo contrario era aceptar que aquella estúpida y arbitraria elección por la sangre tenía algo que ver con la lógica. Que los amn eran realmente superiores a las demás razas. Que no merecía otra cosa que ser un sirviente.

Y yo no merecía otra cosa que ser un peón. Fruncí el ceño. T'vri!l se dio cuenta.

—Eso está mejor. —Dejó el plato de fruta en mi mano y se puso en pie—. Terminad de comer y vestíos. Quiero enseñaros algo.

No me había dado cuenta de que era un día de fiesta. El Día del Fuego. Una celebración amn de la que había oído hablar pero a la que no había prestado demasiada atención. Cuando T'vri!l me sacó de la habitación, oí que los sonidos de las risas y la música senmita flotaban por los pasillos. Nunca me había gustado la música de aquel continente. Era extraña y arrítmica, llena de extraños acordes menores, la clase de cosa que, se suponía, sólo la gente de gustos refinados podía comprender o apreciar.

Suspiré, creyendo que íbamos en aquella dirección, pero T'vri!l lanzó una mirada sombría hacia allí y sacudió la cabeza.

—No. No os conviene acudir a esa fiesta, prima.

—¿Por qué no?

—Es para purasangres. Serías bien recibida, desde luego y yo, como mestizo, también podría ir, pero os sugiero que evitéis los eventos sociales con nuestros parientes de sangre más nobles si quieres pasarlo bien. Tienen... curiosas ideas de lo que resulta divertido. —Su mirada siniestra me previno contra nuevas preguntas—. Por aquí.

Me llevó en la dirección opuesta, varios pisos más abajo y en dirección al corazón del palacio. Los pasillos eran un hervidero de actividad, pero sólo vi criados, la mayoría de ellos tan atareados que apenas tenían tiempo de saludar a T'vri!l con un gesto de la cabeza. Dudo que repararan en mi presencia.

—¿Adónde van? —pregunté.

T'vri!l sonrió.

—A trabajar. He organizado turnos rotatorios para todos, así que supongo que habrán esperado hasta el último minuto para marcharse. No querían perderse la diversión.

—¿Diversión?

—Ajá. —Doblamos una esquina y nos encontramos frente a unas puertas amplias y traslúcidas—. Aquí estamos. El patio central. Como has hecho buenas migas con Sieh, supongo que la magia también te afectará; pero si no fuera así, si desaparezcó, sólo tenéis que regresar al pasillo y esperarme allí. Volveré a buscaros.

—¿Qué? —Estaba acostumbrándome a sentirme como una estúpida.

—Ya lo veréis. —Abrió las puertas.

La escena al otro lado era casi pastoril. O al menos me lo habría parecido de no haber sabido que me encontraba en medio de un palacio que flotaba a casi un kilómetro por encima de la tierra. Nos encontrábamos frente a una especie de inmenso atrio situado en su centro, donde varias hileras de pequeñas casitas bordeaban una vereda de guijarros. Con sorpresa, descubrí que las casitas no estaban hechas del material perlino del que estaba construido el resto del palacio, sino de piedra, madera y ladrillos vulgares y corrientes. Y el estilo de su construcción —los

primeros ángulos y líneas rectos que veía— también difería enormemente, tanto entre cada una de las casas como respecto al palacio. Muchos de los diseños eran extranjeros, tokken, mekatish y otros, incluida una de brillante techumbre dorada que puede que fuese irti. Al levantar la mirada me di cuenta de que el patio central se encontraba en el interior de una vasta esfera alojada en el centro del palacio. Sobre nosotros había un círculo de cielo perfectamente azul y despejado.

Pero el lugar estaba en silencio y en calma. No había nadie en las casitas ni alrededor de ellas. Ni siquiera soplaban el viento.

T'vriil me cogió de la mano, cruzamos el umbral... Y me quedé boquiabierta, pues al instante se disolvió el silencio. De repente había gente por todas partes, personas a montones que reían y exclamaban en un alborozado jaleo que no me habría sorprendido tanto de no haber aparecido de improviso. Y había música también, más grata a mis oídos que la senmita, pero igualmente distinta a la que acostumbraba a oír. Procedía de algún lugar cercano, en medio de las casitas. Había logrado distinguir una flauta y un tambor, y una babel de lenguas —entre las que sólo reconocí el kenti— cuando alguien me agarró del brazo y me hizo dar la vuelta.

—¡Shaz, has venido! Pensaba que... —El hombre amn que me había cogido se sobresaltó al verme la cara y luego palideció—. ¡Oh, demonios!

—No pasa nada —me apresuré a responder—. Un error comprensible. —Desde atrás podía pasar por tema, narshe o cualquier otra de las razas del norte... Y no se me había escapado que me había llamado por un nombre de muchacho. Pero, evidentemente, ésa no era la causa de su espanto. Sus ojos se habían clavado en mi frente y en el sello de purasangre que había allí.

—Tranquilo, Ter. —T'vriil se acercó y me puso una mano en el hombro—. Es la nueva.

Aliviado, el hombre recobró el color en las mejillas.

—Lo siento, señorita —dijo con una reverencia—. Yo sólo... En fin. —Esbozó una sonrisa atribulada—. Ya me entendéis.

Volví a tranquilizarlo, a pesar de que no estaba totalmente segura de entender. El hombre se alejó entonces, dejándome sola con T'vriil... en la medida en que se podía estar sola en medio de aquella multitud. Ahora podía ver que todos los presentes llevaban las marcas de las castas inferiores. Eran sirvientes. Debía de haber casi un millar de personas en el enorme espacio del patio central. A T'vriil se le daba tan bien mantenerlos ocupados que no me había dado cuenta de que hubiera tantos servidores en el Cielo, aunque supongo que tendría que haber deducido que debían de ser más numerosos que los miembros las castas superiores.

—No culpéis a Ter —dijo T'vriil—. Hoy es uno de los pocos días en los que podemos olvidarnos de las castas. No esperaba encontrarse con eso. —Señaló mi frente con un gesto de la cabeza.

—¿Qué es esto, T'vriil? ¿De dónde ha salido toda esta...?

—Un pequeño favor de los enefadeh. —Hizo un gesto hacia la entrada que acabábamos de atravesar y luego hacia arriba. El aire que rodeaba el patio central despedía un leve brillo, parecido al de un cristal, en el que no había reparado hasta entonces. Nos encontrábamos en el interior de una enorme y transparentes burbuja de... algo. Magia o lo que fuese—. Nadie que tenga una marca superior a la de un cuarto de sangre puede ver nada, aunque atraviese la barrera —me explicó—. Hicieron una excepción por mí y, como habéis visto, podemos traer a otros si lo deseamos. Esto quiere decir que podemos divertirnos sin que las castas superiores vengan a espiar nuestras «pintorescas costumbres plebeyas», como si fuésemos animales en un zoológico.

Al fin lo entendía. Sonreí. Probablemente fuese una de las numerosas y pequeñas rebeliones que fomentaban discretamente los servidores contra sus parientes de mayor alcurnia. Si me quedaba más tiempo en el Cielo, seguro que vería otras...

Sólo que, claro está, no iba a vivir lo bastante para eso.

Este pensamiento me enfrió el ánimo al instante, a pesar de la música y el regocijo que me rodeaban. T'vriil sonrió por un momento y me soltó la mano.

—Bueno, ya estáis aquí. Divertíos un rato, ¿queréis? —Y casi en el mismo momento en que me decía esto, una mujer lo agarró y se lo llevó hacia la muchedumbre. Vi un destello de cabello rojizo en medio de otras cabezas y luego desapareció.

Yo me quedé donde me había dejado, embargada por una extraña sensación de soledad. Los sirvientes se divertían a mi alrededor, pero yo no formaba parte de ello. Y tampoco podía relajarme en medio de tanto ruido y tanto caos, por muy alegres que fuesen. Ninguna de aquellas personas era darre. Ninguna se enfrentaba a una ejecución inminente. Ninguna llevaba en su interior el alma de un dios, contaminando todo lo que creían y sentían.

Pero T'vriil me había llevado allí para tratar de alegrarme el ánimo y habría sido una descortesía marcharse inmediatamente. Así que miré a mi alrededor en busca de algún lugar tranquilo donde pudiera sentarme y no estorbar. Mis ojos localizaron un rostro familiar. O al menos me pareció familiar al principio. Un joven me observaba desde la escalera de una de las casitas. Sonreía como si él me conociera a mí, al menos. Era un poco mayor que yo, y tenía un rostro bonito y una figura esbelta. Parecía tema, pero sus ojos verde claro no tenían absolutamente nada de tema...

Recuperé el aliento y me acerqué a él.

—¿Sieh?

Sonrió.

—Me alegro de ver que has salido.

—Has... —Me quedé boquiabierto un momento más y luego cerré la boca. Sabía desde el principio que Nahadoth no era el único enefadeh capaz de cambiar de forma—. ¿Así que esto es obra tuya? —Señalé la barrera, que ahora podía percibir con claridad sobre nosotros, como una cúpula.

Se encogió de hombros.

—La gente de T'vriil nos hace favores constantemente. Me parece justo devolvérselos. Los esclavos tenemos que ayudarnos unos a otros.

Había en su tono una amargura que no había oído antes. Resultaba extrañamente reconfortante, comparada con mi propio estado de ánimo, así que me senté en los escalones a su lado, cerca de sus piernas. Juntos contemplamos la celebración en silencio durante largo rato. Al cabo de un tiempo sentí que su mano me tocaba el pelo y lo acariciaba, lo que me reconfortó aún más. Adoptara la forma que adoptase, seguía siendo el mismo Sieh.

—Crecen y cambian tan deprisa... —dijo en voz baja, mirando un grupo de bailarines que había junto a los músicos—. A veces los detesto por ello.

Lo miré con sorpresa. Era un sentimiento insólito en él.

—Vosotros, los dioses, nos hicisteis así, ¿no?

Me miró de reojo y, durante un irritante y doloroso instante, vi confusión en su rostro. Enefa. Había hablado como si yo fuera Enefa.

Entonces, la confusión pasó y compartimos una sonrisa pequeña y triste.

—Lo siento —dijo.

No podía estar resentida con él, viendo el remordimiento de su expresión.

—Supongo que me parezco a ella.

—No es eso. —Suspiró—. Es que a veces... Bueno, parece que murió ayer.

La Guerra de los Dioses había sucedido más de dos mil años antes, según los cálculos de la mayoría de los eruditos. Aparté la mirada y suspiré yo también, abrumada por la anchura del abismo que nos separaba.

—No eres como ella —dijo—. La verdad es que no.

No quería hablar de Enefa, pero no dije nada. Levanté las rodillas y apoyé la barbilla en ellas. Sieh siguió acariciándome el pelo, como si yo fuera un gato.

—Era reservada como tú, pero ése es el único parecido. Ella era... más fría. Tardaba más en enfadarse, aunque tenía el mismo tipo de temperamento, creo, salvaje cuando finalmente se inflamaba. Siempre nos esforzábamos mucho en no hacerla enfurecer.

—Hablas como si le tuvierais miedo.

—Pues claro. ¿Cómo no íbamos a tenérselo?

Fruncí el ceño, confusa.

—Era vuestra madre.

Sieh titubeó y en ello sentí un eco de mis anteriores pensamientos sobre el abismo que nos separaba.

—Es... difícil de explicar.

Odiaba ese abismo. Quería cruzarlo, pero ni siquiera sabía si era posible. Así que dije:

—Inténtalo.

Su mano se detuvo en mi cabello y luego se echó a reír con voz dulce.

—Me alegro de que no seas una de mis adoradoras. Me volverías loco con tus peticiones.

—¿Te molestarías siquiera en responder a las plegarias que te elevara? —Sonreí sin poder evitarlo ante la idea.

—Oh, claro. Pero puede que te metiera una salamandra en la cama como respuesta.

Me eché a reír, lo que me sorprendió. Era la primera vez en todo el día que me sentía humana. No fue una carcajada muy larga, pero al terminar me sentí mejor. Siguiendo un impulso, me moví para apoyarme en sus piernas y apoyé la cabeza sobre su rodilla. Su mano no se movió de mi pelo.

—Cuando nací, no necesitaba la leche de mi madre —dijo Sieh con lentitud, pero esta vez no percibí ninguna mentira. Creo que, simplemente, le costaba encontrar las palabras justas—. No necesitaba que me protegieran del peligro o me cantaran nanas. Podía oír las canciones entre las estrellas y era más peligroso para los mundos que visitaba de lo que ellos podrían serlo nunca para mí. Y sin embargo, comparado con los Tres, era débil. Me parecía a ellos en muchos aspectos, pero obviamente era inferior. Naha fue el que la convenció de que me dejara vivir para comprobar en qué llegaba a convertirme.

Fruncí el ceño.

—¿Ella iba a... matarte?

—Sí. —Mi espanto lo hizo reír—. Estaba constantemente matando, Yeine. Era la muerte lo mismo que la vida, el crepúsculo lo mismo que el alba. Todo el mundo lo olvida.

Me volví hacia él y el gesto le hizo apartar las manos de mi pelo. Hubo algo en su reacción, algo apesadumbrado y vacilante, totalmente impropio de un dios, que me hizo enfurecer de repente. Estaba allí, en todas sus palabras. Por muy incomprensibles que pudieran ser las relaciones entre los dioses, él había sido un niño y Enefa su madre y la había amado con el abandono de un niño. Y sin embargo, ella había estado a punto de matarlo, como un criador de caballos sacrifica a un potro poco vigoroso.

O una madre asfixia a una hija peligrosa...

No. Eso había sido totalmente distinto.

—La tal Enefa está empezando a caerme mal —dije.

Sieh se sobresaltó y me miró durante un segundo largo. Luego se echó a reír. Por absurdo que pueda parecer, era una risa contagiosa: humor nacido del dolor. Sonreí yo también.

—Gracias —dijo Sieh, antes de dejar de reír del todo—. Detesto adoptar esta forma. Siempre me hace llorar.

—Pues vuelve a ser un niño. —Yo también lo prefería así.

—No puedo. —Hizo un gesto dirigido a la barrera—. Esto absorbe demasiadas de mis fuerzas.

—Ah. —De repente me pregunté cuál sería su estado normal: ¿el niño? ¿O aquel adulto resabiado que asomaba la cabeza cada vez que bajaba la guardia? ¿O algo totalmente distinto? Pero era una pregunta demasiado íntima y posiblemente dolorosa, así que no la formulé. Permanecimos sentados en silencio un rato más, observando cómo bailaban los criados.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó al fin.

Volví a apoyar la cabeza en su rodilla y no dije nada.

Sieh suspiró.

—Si supiera cómo ayudarte, lo haría. Lo sabes, ¿no?

Las palabras me animaron más de lo que esperaba. Sonreí.

—Sí. Lo sé, aunque no puedo decir que lo entienda. Sólo soy una mortal, como el resto de ellos, Sieh.

—Como el resto de ellos, no.

—Sí. —Lo miré—. Por muy... distinta que pueda parecer... —No me gustaba decirlo en voz baja. No había nadie lo bastante cerca como para oírlos, pero aun así parecía estúpido arriesgarse—. Tú mismo lo dijiste. Aunque viviera cien vidas como ésta, sólo sería un parpadeo en las vuestras. No debería significar nada para ti, lo mismo que ellos. —Señalé el gentío con la cabeza.

Se rió en voz baja. La amargura había regresado.

—Oh, Yeine. Realmente no lo entiendes. Si los mortales no significaran nada para nosotros, nuestras vidas serían mucho más sencillas. Y también las vuestras.

A esto no pude responder nada. Así que guardé silencio y él hizo lo mismo mientras, a nuestro alrededor, los criados seguían divirtiéndose.

Era casi medianoche cuando por fin abandoné el patio central. La fiesta continuaba viento en popa, pero T'vri se marchó conmigo y me acompañó a mis aposentos. Había estado bebiendo, aunque no tanto, ni de lejos, como otros que yo había visto.

—Al contrario que ellos, debo tener la cabeza despejada por la mañana —dijo cuando se lo mencioné.

Nos detuvimos al llegar a la puerta de mis habitaciones.

—Gracias —le dije con toda sinceridad.

—No os habéis divertido —respondió—. Os he visto. No habéis bailado en toda la velada. ¿Tomasteis al menos un vaso de vino?

—No. Pero me ha sido de ayuda. —Intenté dar con las palabras exactas—. No voy a negar que una parte de mí estuvo todo el rato pensando: «Estoy desperdiciando la sexta parte de lo que me queda de vida.» —Sonreí. A T´vril se le arrugó el semblante—. Pero estar rodeada de tanta alegría... me ha hecho sentir mejor.

Había mucha compasión en sus ojos. Una vez más, me encontré preguntándome por qué me ayudaba. Supongo que había en él un sentimiento de camaradería, e incluso puede que le gustase. Era conmovedor pensarlo y puede que por eso levantase la mano para acariciarle la mejilla. Parpadeó con sorpresa, pero no se apartó. Eso también me agradó, así que cedí al impulso.

—Supongo que no soy guapa para lo que estás acostumbrado a ver —me aventuré. Sentía una leve aspereza en su mejilla y recordé que a los hombres de las islas les salía barba. La idea me resultó exótica e intrigante.

Media docena de pensamientos pasaron por el rostro de T´vril en el lapso de una respiración y finalmente cristalizaron en una lenta sonrisa.

—Bueno, seguro que yo tampoco te lo parezco a ti —dijo—. He visto esos salvajes a los que los darre llamáis hombres.

Solté una risilla, repentinamente nerviosa.

—Y además somos parientes, claro...

—Esto es el Cielo, prima. —Era asombroso, pero eso lo explicaba todo.

Abrí la puerta de mi habitación, lo tomé de la mano y lo llevé dentro conmigo.

Fue extrañamente delicado... o puede que sólo me pareciera extraño porque tenía pocas experiencias con las que comparar. Me sorprendió descubrir que era aún más pálido por debajo de la ropa y que tenía los hombros cubiertos de manchitas, como las de un leopardo, pero más pequeñas y esparcidas al azar. Sentí su cuerpo tal como lo esperaba, esbelto y fuerte, y me gustaron los ruidos que hacía. Intentó darme placer, pero yo estaba demasiado tensa, era demasiado consciente de mi propia soledad y mi propio miedo, así que no hubo campanadas para mí. Tampoco me importó mucho.

No estaba acostumbrada a tener compañía en la cama, así que después dormí intranquila. Al fin, en las últimas horas de la noche, me levanté y fui al aseo con la esperanza de que un baño me ayudara a conciliar el sueño. Mientras se llenaba la bañera, fui al lavabo, me eché agua en la cara y me miré al espejo. La tensión había hecho aparecer nuevas arrugas alrededor de mis ojos, que me hacían parecer mayor. Me llevé una mano a la boca, embargada de repentina melancolía por la chica que había sido sólo unos meses antes. No era una persona inocente —ningún líder puede permitirse ese lujo—, pero sí feliz, más o menos. ¿Cuándo había sido la última vez que había sido feliz? No era capaz de recordarlo.

De repente me sentí molesta con T´vril. Al menos, el placer me habría relajado y me habría ayudado a salir de aquella espiral de tristeza y pensamientos sombríos. Al mismo tiempo, me fastidiaba sentir aquella decepción, porque me gustaba T´vril y la culpa era tan mía como suya.

Pero por detrás de este pensamiento, sin que yo lo invitara, llegó otro aún más perturbador, un pensamiento contra el que combatí durante largos segundos, atrapada entre una fascinación mórbida de emociones prohibidas y un temor supersticioso.

Sabía por qué no había encontrado satisfacción con T´vril.

«Nunca susurres su nombre en la oscuridad.»

No. Era una estupidez. No, no, no.

«A menos que quieras que responda.»

Había una terrible y enloquecida temeridad en mi interior. Se revolvía dando vueltas y chocaba contra las paredes de mi cabeza, un estrépito de cosas que no llegaban a ser pensamientos. De hecho, pude ver cómo se manifestaba al mirarme en el espejo: mis propios ojos me devolvieron la mirada, demasiado abiertos, con las pupilas demasiado dilatadas. Me pasé la lengua por los labios y, por un momento, no fueron los míos. Pertenecían a otra mujer, mucho más valiente y estúpida que yo.

El cuarto de baño no estaba a oscuras gracias a las paredes brillantes, pero la oscuridad adoptaba muchas formas. Cerré los ojos y le hablé a la negrura que había bajo mis labios.

—Nahadoth —dije.

Mis labios apenas se movieron. Sólo había insuflado a la palabra el aliento suficiente para hacerla audible y nada más. Ni siquiera me oí yo misma entre el ruido del agua corriente y los latidos de mi corazón. Pero esperé. Dos respiraciones. Tres.

No sucedió nada.

Durante un instante sentí una decepción totalmente irracional. Tras ella llegó al instante una sensación de alivio y de furia contra mí misma. ¿Qué me pasaba, por el Maelstrom? En toda mi vida había hecho algo tan estúpido. Debía haber perdido la razón.

Le di la espalda al espejo... y en ese mismo instante las paredes se oscurecieron.

—Pero qué... —comencé a decir y una boca se posó sobre la mía.

Aunque la lógica no me hubiese dicho de quién se trataba, lo habría hecho el beso. No tenía sabor, sólo humedad y fuerza, y una lengua ávida y ágil que se enroscó alrededor de la mía como una serpiente. Su boca estaba mucho más fría que la de T´vril. Pero sentí que un calor de naturaleza distinta se apoderaba de mí como respuesta y cuando unas manos comenzaron a explorar mi cuerpo, fui incapaz de impedir que mi cuerpo se retorciera para salir a su encuentro. La respiración se me aceleró al sentir que, finalmente, aquella boca reclamaba la mía y penetraba en mi garganta.

Sabía que tendría que haberlo detenido. Sabía que era su manera preferida de matar. Pero cuando unas cuerdas invisibles me levantaron en vilo y me inmovilizaron contra la pared y unos dedos se deslizaron entre mis músculos para interpretar una música sutil, pensar se hizo imposible. Aquella boca, su boca, estaba por todas partes. Debía de tener una docena de ellas. Cada vez que yo gemía o gritaba, una de ellas me besaba y se bebía el sonido como si fuese vino. Cuando podía contenerme, su cara se pegaba a mi cabello. Su aliento era suave y rápido junto a mi oído. Traté de alargar los brazos, creo que para abrazarlo, pero no había nada allí. Entonces sus dedos hicieron algo nuevo y comencé a gritar, a gritar con toda la fuerza de mis pulmones, pero volvió a taparme la boca y desapareció todo sonido, toda luz, todo movimiento. Los había engullido por completo. No había nada más que placer, un placer que parecía prolongarse por toda la eternidad. Si me hubiera matado allí mismo, habría muerto feliz.

Entonces desapareció.

Abrí los ojos.

Estaba sentada en el suelo del baño. Tenía los miembros flácidos, temblorosos. Las paredes volvían a brillar. A mi lado, la bañera estaba llena hasta el borde de agua humeante. Los grifos estaban cerrados. Me encontraba sola.

Me levanté, me bañé y volví a la cama. T´vril murmuró en sueños y me rodeó con un brazo. Me acurruqué contra él y, durante el resto de la noche, me dije que temblaba de miedo, nada más.

Hay cosas que ahora sé y que antes ignoraba.

Como ésta: en el mismo instante de su nacimiento, Itempas el Brillante atacó al Señor de la Noche. Sus naturalezas eran tan opuestas que al principio pareció un imperativo del destino, algo inevitable. Guerrearon durante incontables eternidades. De vez en cuando uno de ellos alcanzaba la victoria, pero luego caía derrotado. Sólo gradualmente llegaron a comprender que su batalla no tenía sentido. A gran escala era un empate eterno.

Sin embargo, en este proceso y totalmente por accidente, crearon muchas cosas. Al vacío sin forma en el que había nacido Nahadoth, Itempas lo dotó de gravedad, movimiento, función y tiempo. Con cada estrella que caía en el fuego cruzado, uno de los dioses utilizaba las cenizas para crear algo nuevo: otras estrellas, planetas, nubes de brillantes colores, maravillas que palpitaban y se movían en espiral. Poco a poco, entre los dos fueron dando forma al universo. Y cuando se aposentó el polvo de su batalla, los dos dioses descubrieron que aquello les complacía.

¿Cuál de ellos hizo el primer movimiento hacia la paz? Imagino que al principio fueron pasos en falso, treguas rotas y cosas así. ¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que el odio diera paso a la tolerancia, luego al respeto y la confianza y por fin a algo más? Y cuando finalmente sucedió, ¿serían tan apasionados en el amor como lo habían sido en la guerra?

Hay un romance legendario en esta historia. Y lo más fascinante para mí, lo más aterrador, es que no ha terminado aún. T'vri se marchó a trabajar al amanecer. Intercambiamos unas pocas palabras y un tácito entendimiento: lo de la noche pasada sólo había sido un momento de consuelo entre amigos. No fue tan incómodo como yo esperaba. Me dio la sensación de que no esperaba nada más. La vida en el Cielo no alentaba otras cosas.

Dormí un rato más y luego estuve tumbada en la cama, pensando.

La abuela me había dicho que los ejércitos de Menchey no tardarían en ponerse en marcha. Con tan poco tiempo, se me ocurrían pocas estrategias que tuvieran auténticas posibilidades de salvar a Darr. Lo mejor que podía hacer era retrasar el ataque. Pero ¿cómo? Tal vez pudiera buscar aliados en el Consortium. Ras Onchi hablaba por la mitad del Alto Norte. Puede que ella lo supiera... No. Había visto a mis padres y al consejo de los guerreros de Darr dedicar años a la búsqueda de aliados. De haber existido algún aliado potencial, ya tendría que haber aparecido. Lo máximo que conseguiría sería granjearme las simpatías de individuos concretos como Onchi, lo que no estaba mal pero en última instancia carecía de valor.

Así que tendría que ser otra cosa. En realidad, bastaría con ganar unos días. Si lograba retrasar el ataque hasta la ceremonia de sucesión, el trato alcanzado con los enefadeh entraría en vigor y Darr contaría con cuatro protectores divinos.

Siempre que ganaran la batalla, claro.

Un órdago, pues. Pero una probabilidad remota era mejor que nada. Lucharía por ella con todas mis fuerzas. Me levanté y fui a buscar a Viraine.

No estaba en su laboratorio. Una esbelta y joven sirvienta sí, limpiando.

—Está en las mazmorras —me dijo. Como yo no sabía dónde se encontraban, me indicó cómo podía llegar hasta allí, y partí hacia el más bajo de los pisos del Cielo. Mientras caminaba me pregunté a qué se debería la mirada de horror que había visto en el rostro de la sirvienta.

Salí del ascensor entre unos pasillos que parecían extrañamente oscuros. La luz de las paredes estaba tamizada de un modo extraño. Era menos brillante de lo que me había acostumbrado a ver, más triste. No había ventanas y, lo que resultaba aún más curioso, tampoco puertas. Al parecer, ni siquiera los criados vivían tan abajo. El eco de mis pasos llegaba hasta mí desde más adelante, así que no me sorprendió encontrarme con un espacio abierto al final del pasillo: una cámara oblonga de grandes dimensiones cuyo suelo inclinado descendía en dirección a una peculiar rejilla de metal de varios pasos de diámetro. Tampoco me sorprendió encontrarme a Viraine cerca de ella, mirándome fijamente. Lo más probable es que me hubiera oído en el momento mismo en que salí del ascensor.

—Dama Yeine. —Inclinó la cabeza. Por una vez no sonreía—. ¿No deberíais estar en el Salón?

Llevaba días sin asistir al Salón y sin revisar la documentación relativa a los reinos que me habían asignado. Teniendo en cuenta la situación, no era fácil pensar en tales quehaceres.

—Dudo que el mundo acuse mi ausencia, ahora o en los próximos cinco días.

—Ya veo. ¿Qué os trae por aquí?

—Te estaba buscando. —La abertura del suelo atrajo mi atención. Parecía una rejilla de alcantarilla increíblemente recargada y, al parecer, conducía a una especie de cámara situada bajo el suelo. En su interior había alguna fuente de luz más brillante que la que nos iluminaba a Viraine y a mí en aquella estancia, pero la extraña sensación de insipidez, de falta de color, era incluso más intensa allí. La luz que entraba bajo la cara de Viraine tendría que haber marcado los ángulos y las sombras de su expresión, pero el efecto era justamente el contrario.

—¿Qué lugar es éste? —pregunté.

—Estamos bajo el palacio propiamente dicho, en la columna de sustentación que nos mantiene sobre la ciudad.

—¿La columna está hueca?

—No. Sólo este espacio, aquí arriba. —Sus ojos me observaban tratando de decidir algo que yo era incapaz de adivinar—. Ayer no asististeis a la celebración.

No sabía si los miembros de las castas superiores conocían la fiesta de los criados y la ignoraban, o se trataba de un secreto. En previsión de esta última eventualidad dije:

—No estaba de humor para celebraciones.

—Si hubierais venido, esto os sorprendería menos —dijo mientras señalaba la rejilla que había a sus pies.

Me quedé donde estaba, dominada por un súbito temor.

—¿De qué estás hablando?

Suspiró y, de repente, me di cuenta de que tampoco él estaba de buen humor.

—Sólo del momento cumbre de la celebración del Día del Fuego. Muchas veces me piden que entretenga a los invitados. Con trucos y cosas así.

—¿Trucos? —Fruncí el ceño. Hasta donde yo sabía, el arte de los escribas era demasiado peligroso y poderoso para desperdiciarlo con trucos. Una línea mal escrita y solamente los dioses sabían lo que podía suceder.

—Trucos. El tipo de trucos que, por lo general, requieren un «voluntario» humano. —Esbozó una fina sonrisa al ver mi expresión de asombro—. No es fácil entretener a las castas superiores, ¿sabéis? Con alguna excepción, como vos. El resto... —Se encogió de hombros—. Una vida entera de caprichos satisfechos provoca paladares que únicamente se sacian con los placeres más elevados. O los más bajos.

Desde la rejilla y la cámara que había detrás llegó un gemido vacío y tenso que me heló las dos almas.

—En el nombre de los dioses, ¿qué habéis hecho? —susurré.

—Los dioses no tienen nada que ver con esto, querida mía. —Suspiró con la mirada clavada en el pozo—. ¿Para qué me estabais buscando?

Forcé a mis ojos y mi mente a apartarse de la rejilla.

—Necesito... necesito saber si hay algún modo de enviarle a alguien un mensaje desde el Cielo. En privado.

En condiciones normales, la mirada que me dirigió habría sido de desprecio, pero era evidente que lo que había en aquella mazmorra, fuera lo que fuese, le había quitado mordiente a su actitud, de ordinario sarcástica.

—¿Sois consciente de que espiar ese tipo de comunicaciones es una de mis obligaciones cotidianas?

Incliné la cabeza.

—Me lo imaginaba. Por eso te lo pregunto. Si hay algún modo de hacerlo, seguro que tú lo conoces. —Tragué saliva y luego me reprendí a mí misma en silencio por haber permitido que mi nerviosismo se manifestara—. Estoy dispuesta a compensarte por las molestias.

Bajo aquella extraña luz grisácea, hasta la sorpresa de Viraine parecía más apagada.

—Vaya, vaya. —Una sonrisa fatigada se dibujó en su rostro—. Dama Yeine, puede que sí seáis una Arameri a fin de cuentas.

—Hago lo que tengo que hacer —respondí simplemente—. Y sabes perfectamente que no tengo tiempo para ser más sutil.

Esto hizo que se le borrara la sonrisa de la cara.

—Lo sé.

—Pues entonces ayúdame.

—¿Qué mensaje queréis mandar y a quién?

—Si quisiera que se enterara medio palacio, no te preguntaría cómo se manda en privado.

—Lo pregunto, mi señora, porque el único modo de enviar un mensaje así es a través de mí.

Guardé silencio, desagradablemente sorprendida. Pero si lo pensaba un poco, tenía sentido. No conocía los detalles del funcionamiento de las esferas de comunicación pero, como cualquier magia basada en los sellos, su función se limitaba a imitar lo que cualquier escriba competente podría hacer.

Sin embargo, Viraine no terminaba de gustarme, por razones que yo misma no alcanzaba a entender del todo. Había visto la amargura en sus ojos y oído el desprecio en su voz cuando hablaba de Dekarta o de los demás miembros de la casta superior. Como los enefadeh, era un arma, y posiblemente estuviera tan esclavizado como ellos. Pero había algo en él que, simplemente, me ponía nerviosa. Sospechaba que era que no parecía tener lealtades. No estaba del lado de nadie, salvo del suyo propio. Eso significaba que podía confiar en que me guardara el secreto si conseguía que mereciera la pena para él. Pero ¿y si decidía que era más beneficioso revelárselo a Dekarta? O, aún peor, a Relad y Scimina. Nadie se podía fiar de un hombre que no servía a nadie.

Sonrió ligeramente al ver cómo lo pensaba.

—Claro está, siempre podéis pedirle a Sieh que os envíe el mensaje. O a Nahadoth. Estoy seguro de que él lo hará si conseguís motivarlo lo suficiente.

—Seguramente —respondí con voz fría.

La lengua darre tiene una palabra para la atracción que uno siente por el peligro: *esui*. El *esui* es lo que hace que los guerreros carguen en una batalla sin esperanza y mueran riendo. El *esui* es también lo que empuja a las mujeres hacia hombres que nos les convienen, hombres que serían malos padres, aliados del enemigo. La palabra senmita que más se le parece es «deseo», si se le añade el matiz de «sed de sangre» y «pasión por la vida», aunque ni siquiera así se capta la naturaleza completa del *esui*. Es la gloria y la necedad. Es todo aquello que no es sensato, ni racional, ni seguro... Pero sin el *esui*, vivir carece de sentido.

Es el *esui*, creo, lo que me empuja hacia Nahadoth. Puede que sea también lo que lo empuja a él hacia mí.

Pero me estoy desviando del tema.

—... pero entonces cualquier otro miembro de la casta superior podría ordenarle que le revelara el mensaje.

—¿De verdad creéis que me dejaría enredar en vuestros planes? ¿Después de haber vivido entre Relad y Scimina durante dos décadas? —Puso los ojos en blanco—. A mí me da igual quién acabe sucediendo a Dekarta.

—El próximo jefe de la familia podría hacerte la vida más fácil. O más difícil. —Lo dije en tono neutro. Quería que oyera una promesa o una amenaza, como más le gustara—. Yo diría que al mundo entero le importa la identidad de quién se sienta en el trono de piedra.

—Incluso Dekarta responde ante poderes superiores —dijo Viraine. Mientras me preguntaba qué demonios significaba aquello en el contexto de nuestra conversación, él volvió la mirada hacia el agujero que había al otro lado de la rejilla. La luz pálida se reflejó en sus ojos. En ese momento, su expresión se transformó en algo que me hizo ponerme en guardia inmediatamente—. Venid —dijo. Señaló la rejilla con un ademán—. Mirad.

Fruncí el ceño.

—¿Para qué?

—Siento curiosidad por algo.

—¿Por qué?

No dijo nada y esperó. Finalmente, con un suspiro, me acerqué al borde de la rejilla.

Al principio no vi nada. Entonces sonó otro de aquellos gemidos y algo se apareció arrastrándose. Tuve que recurrir a todas mis fuerzas para no salir corriendo y vomitar.

Cojamos un cuerpo humano. Retorzamos y estiremos sus miembros como si fueran de arcilla. Añadámosle otros nuevos, diseñados con los dioses saben qué fines. Saquémosle las entrañas del cuerpo, pero sin que dejen de funcionar. Cosámosle la boca y... Padre Celestial. Dios de todos los dioses.

Y lo peor de todo era esto: aún se veía inteligencia y consciencia en aquellos ojos distorsionados. Ni siquiera le habían dejado abierta la vía de escape de la locura.

No conseguí ocultar del todo mi reacción. Había una fina película de sudor sobre mi frente y mi labio inferior cuando levanté la mirada hacia los penetrantes ojos de Viraine.

—¿Y bien? —pregunté. Tuve que tragar saliva para poder continuar—. ¿Está satisfecha tu curiosidad?

Su modo de mirarme me habría perturbado aunque no me hubiera encontrado sobre la torturada y mutilada evidencia de su poder. Había en sus ojos una especie de lujuria que no tenía nada que ver con el sexo y sí en cambio con... ¿con qué? No era capaz de adivinarlo, pero me recordaba, de una manera muy desagradable, a la forma humana de Nahadoth. Como me sucedía con éste, mis dedos anhelaron el contacto de un cuchillo.

—Sí —dijo en voz baja. No había sonrisa en su rostro, pero pude ver una intensa y triunfante luz en su mirada—. Quería saber si teníais alguna oportunidad, la más mínima, antes de ayudarnos.

—¿Y tu veredicto es...? —Pero ya lo sabía.

Hizo un gesto hacia el pozo.

—Kineth podría haber mirado a esa criatura sin pestañear. Podría haberla convertido en eso ella misma y se habría divertido...

—¡Mentira!

—... o al menos habría fingido que se divertía y lo habría hecho tan bien que para el caso sería lo mismo. Ella tenía la fuerza necesaria para derrotar a Dekarta. Vos no.

—Puede que no —repliqué—. Pero al menos todavía tengo alma. ¿A cambio de qué vendiste tú la tuya?

Para mi sorpresa, su satisfacción pareció esfumarse. Bajó la mirada hacia el pozo, cuya luz grisácea hizo que sus ojos parecieran aún más apagados y ancianos que los de Dekarta.

—De muy poco —dijo antes de marcharse. Pasó a mi lado y desapareció por el pasillo en dirección al ascensor.

No lo seguí. Caminé hasta el otro extremo de la cámara, me senté contra la pared y esperé. Tras lo que me pareció una eternidad de silencio gris —interrumpido sólo por los ocasionales y tenues sonidos de dolor de la pobre alma del pozo— sentí que una trepidación ya familiar atravesaba la sustancia del palacio. Esperé aún un rato contando los minutos, hasta que decidí que la luz del sol se había desvanecido lo bastante del cielo del crepúsculo. Entonces me levanté y caminé hasta el pasillo, de espaldas a la mazmorra. La luz grisácea trazó sobre el suelo mi sombra con un contorno fino y atenuado. Me aseguré de que mi rostro estuviera entre las sombras antes de hablar.

—Nahadoth.

Las paredes se oscurecieron antes de que me volviera. Sin embargo, la sala estaba más iluminada de lo que habría debido, a causa de la luz que salía de la mazmorra. Por alguna razón, su oscuridad no le hacía efecto.

Me observó inescrutable, con su rostro aún más inhumanamente perfecto bajo aquella luz incolora.

—Ven —dije y pasé a su lado de camino a la mazmorra. El prisionero, quizá consciente de mi propósito, estaba mirándome. Esta vez no me estremecí al verlo mientras lo señalaba.

—Cúralo —dije.

Esperaba una respuesta furiosa. O divertida, o triunfante. En realidad no había manera de predecir la reacción del Señor de la Noche a la primera orden que le daba. Sin embargo, lo que no me esperaba fue lo que sucedió.

—No puedo.

Lo miré con el ceño fruncido. Contempló la mazmorra con desapasionamiento.

—¿Qué quieres decir?

—Dekarta dio la orden de hacerlo.

Y como llevaba el sello maestro, yo no podía anular ninguna de sus órdenes. Cerré los ojos y elevé una breve plegaria pidiendo perdón a... En fin. A cualquier dios que quisiera escucharme.

—De acuerdo —dije y mi voz sonó apenas en la cámara abierta. Respiré hondo—. Mávalo.

—Tampoco puedo hacer eso.

Esto sí que me sorprendió, y mucho.

—¿Por qué no, por el Maelstrom?

Nahadoth sonrió. Había algo extraño en aquella sonrisa, algo que me intranquilizó aún más de lo habitual, pero no podía permitirme el lujo de pensar demasiado en ello.

—La sucesión se producirá dentro de cuatro días —respondió—. Alguien debe enviar la Piedra de la Tierra a la cámara donde se celebra el ritual. Es la tradición.

—¿Qué? No lo...

Nahadoth señaló el pozo. No a la criatura lastimera y temblorosa que había allí, sino cerca de ella. Seguí la dirección de su dedo y vi algo en lo que no había reparado hasta entonces. El suelo de la mazmorra despedía una extraña luz grisácea, totalmente distinta a la de las paredes del palacio. El punto que señalaba Nahadoth parecía ser donde se concentraba la luz, no porque fuese más brillante, sino porque era más gris. Me lo quedé mirando y me pareció ver una sombra más oscura, encastrada en la traslúcida materia del palacio. Algo de pequeño tamaño.

Todo este tiempo había estado justo debajo de mis pies. La Piedra de la Tierra.

—El Cielo existe para contener y canalizar su poder, pero aquí, tan cerca, siempre hay alguna fuga. —El dedo de Nahadoth se desplazó ligeramente—. Ese poder es lo que lo mantiene vivo.

Se me había secado la boca.

—Y... ¿a qué te referías con lo de... enviar la Piedra a la cámara del ritual?

Esta vez señaló hacia arriba y vi que el techo de la cámara de la mazmorra tenía una abertura estrecha y redonda en el centro, como una pequeña chimenea. El angosto túnel que había más allá ascendía en línea recta, hasta donde alcanzaba la vista.

—No hay magia que pueda afectar directamente a la Piedra. No hay carne viviente que se pueda acercar a ella sin sufrir efectos perniciosos. De modo que, incluso para una tarea tan sencilla como llevar la Piedra desde aquí a la cámara superior, uno de los hijos de Enefa debe sacrificar su vida para desear que esté allí.

Al fin lo entendí. Oh, dioses, qué monstruosidad. La muerte sería una liberación para el desconocido del pozo, pero la Piedra, de algún modo, le impedía alcanzarla. Para escapar de aquella retorcida prisión de carne, tendría que colaborar en su propia ejecución.

—¿Quién es? —pregunté. Debajo, el hombre había logrado al fin sentarse, aunque con evidente incomodidad. Lo oí llorar en voz baja.

—Otro desgraciado al que sorprendieron rezando a un dios prohibido. Resulta que éste es un pariente lejano de los Arameri. Dejan libres a algunos para que aporten sangre nueva al clan. Así que estaba doblemente condenado.

—P-podría... —No podía pensar. Era monstruoso—. Podría enviar la Piedra muy lejos. Desear que estuviera en un volcán, o en algún páramo helado.

—Entonces sólo tendrían que mandar a uno de nosotros a recuperarla. Pero no se atreverá a desafiar a Dekarta. Si no hace lo que debe, su amante compartirá su misma suerte.

En el pozo, el hombre profirió un gemido especialmente fuerte, lo más parecido a un sollozo que su boca retorcida podía formar. Se me llenaron los ojos de lágrimas. La luz grisácea se volvió borrosa.

—Shhh —dijo Nahadoth. Lo miré con sorpresa, pero seguía observando el pozo—. Shhh. Ya no durará mucho. Lo siento.

Al ver mi confusión, me ofreció otra de aquellas sonrisas extrañas que yo no comprendía o no quería comprender. Pero es que estaba ciega. Seguía pensando que lo conocía.

—Siempre escucho sus plegarias —dijo el Señor de la Noche—, aunque no se me permita responder.

Nos encontrábamos al pie del Muelle, contemplando la ciudad desde casi un kilómetro de altura.

—Necesito amenazar a alguien —dije.

No había pronunciado palabra desde que saliéramos de la mazmorra. Nahadoth me había acompañado hasta el Muelle en mis vagabundeos por el Cielo (sin que los criados ni los miembros de la casta superior se atrevieran a acercársenos). No dijo nada, pero lo sentí allí, a mi lado.

—Al ministro de Mencheyev, un hombre llamado Gemd, quien probablemente dirija la alianza contra Darr. A él.

—Para amenazar hay que tener el poder de causar daño —dijo Nahadoth.

Me encogí de hombros.

—Los Arameri me han adoptado. Gemd ya ha asumido que tengo ese poder.

—Más allá del Cielo, tu derecho a damos órdenes termina. Dekarta nunca te dará permiso para hacer daño a un reino que no lo ha ofendido. No dije nada.

Nahadoth me miró de reojo, divertido.

—Ya veo. Pero un farol no contendrá demasiado tiempo a ese hombre.

—No tiene que hacerlo. —Me aparté de la barandilla y lo miré—. Sólo necesito cuatro días más. Y puedo usar tus poderes más allá del Cielo... si me dejas. ¿Lo harás?

Nahadoth se irguió y, para mi sorpresa, me acercó una mano a la cara. Me acarició la mejilla mientras deslizaba el pulgar por la curva inferior de mis labios. No voy a mentir: esto me hizo concebir ideas peligrosas.

—Esta noche me has ordenado que mate —dijo.

Tragué saliva.

—Por misericordia.

—Sí. —La perturbadora e inhumana mirada volvía a estar en sus ojos y finalmente podía darle nombre: comprensión. Una comprensión casi humana, como si durante ese instante pensara y sintiese como uno de nosotros.

—Nunca serás Enefa —dijo—. Pero posees parte de su fuerza. No quiero que te ofendas por la comparación, pequeño peón. —Me sobresalté y volví a preguntarme si podría leer mentes—. No la hago a la ligera.

Entonces retrocedió un paso. Abrió los brazos de par en par y, mientras el negro vacío de su cuerpo quedaba a la vista, esperó.

Di un paso hacia él y su oscuridad me envolvió. Puede que fuese mi imaginación, pero esta vez me pareció más cálida.

Eres insignificante. Una entre millones, ni especial ni única. Yo no pedí esta ignominia y me sentí ofendida por la comparación. Muy bien. A mí tampoco me gustas.

Aparecimos en un salón majestuoso, brillantemente iluminado, de mármol blanco y gris, jalonado por estrechos ventanales rectangulares e iluminado por una gran araña. (Si no hubiera estado nunca en el Cielo, me habría impresionado.) A ambos extremos de la sala había puertas dobles de madera pulida, de color oscuro. Supuse que estábamos mirando las que debíamos. Desde más allá de los abiertos ventanales se oían los gritos de los mercaderes, el llanto de un niño, el piafar de un caballo, las risas de las mujeres... La vida de una ciudad.

No había nadie cerca, aunque la noche era joven. Ya conocía a Nahadoth lo bastante bien como para sospechar que se trataba de algo deliberado.

Señalé la puerta con un cabeceo.

—¿Gemd está solo?

—No. Lo acompañan varios guardias, colegas y consejeros.

Claro. Para planificar una guerra hacen falta muchas personas. Fruncí el ceño, pero entonces me contuve: no podía hacer aquello enfadada. Mi objetivo era frenarlos, asegurar la paz el máximo tiempo posible. La rabia no me ayudaría.

—Trata de no matar a nadie. Te lo ruego —murmuré mientras caminábamos hacia la puerta. Nahadoth no respondió nada, pero la oscuridad en la sala se hizo más intensa y las sombras de las parpadeantes antorchas se volvieron afiladas como navajas. El aire pareció densificarse.

Esto es lo que habían aprendido mis antepasados Arameri, al precio de su sangre y de sus almas: no se puede controlar al Señor de la Noche. Sólo se le puede desencadenar. Si Gemd me obligaba a recurrir al poder de Nahadoth...

Más valía rezar para que no fuese necesario.

Avancé.

Las puertas se abrieron de par en par al acercarme a ellas y chocaron contra la pared opuesta con un estruendo resonante que atraería a la mitad de la guardia de palacio de Gemd a poco despiertos que estuvieran. Pensé que era una entrada razonablemente impresionante mientras seguía mi camino y era recibida por un coro de gritos e imprecaciones de sorpresa. Los hombres, que habían estado sentados alrededor de una mesa de gran tamaño cubierta de documentos, se pusieron precipitadamente en pie. Algunos de ellos echaron mano a las armas mientras otros me miraban con expresión de asombro. Dos de ellos llevaban capas rojas que reconocí: el atuendo de los guerreros de Tok. Así que aquél era uno de los reinos con el que se había aliado Menchey. A la cabeza de la mesa se sentaba un hombre de unos sesenta años, ataviado con riqueza, de cabello entrecano y un rostro que parecía hecho de pedernal y acero. Me recordó a Dekarta, aunque sólo en su actitud. Los Mencheyev también eran un pueblo del Alto Norte, y se parecían más a los darre que a los amn. Hizo ademán de levantarse, pero se detuvo a mitad de gesto, más furioso que sorprendido.

Clavé los ojos en él, a pesar de que sabía que en Menchey, al igual que en Darr, gobernaba el consejo y no un caudillo. En muchos aspectos, tanto él como yo éramos meros figurantes. Pero en la confrontación que se avecinaba, él sería la clave.

—Ministro —dije en senmita—. Saludos.

Entornó los ojos.

—Eres esa ramera darre.

—Una de ellas, sí.

Gemd se volvió hacia uno de sus hombres y murmuró algo. El hombre se marchó corriendo. A avisar a la guardia y averiguar cómo había podido entrar, sin duda. Luego Gemd me miró de nuevo, con expresión calculadora y cauta.

—Aquí no estás entre muchas —dijo lentamente—. ¿O sí? No puedes haber cometido la estupidez de haber venido sola.

Me contuve justo a tiempo para no mirar a mi alrededor. Lógicamente, Nahadoth había optado por no aparecer. Los enefadeh se habían comprometido a ayudarme y la presencia del Señor de la Noche detrás de mí, como una sombra gigantesca y amenazante, habría socavado la poca autoridad que tenía a los ojos de aquellos hombres.

Pero estaba allí. Podía sentirlo.

—He venido —dije—. No del todo sola. Ningún Arameri está nunca totalmente solo, ¿verdad?

Uno de ellos, vestido casi con tanta riqueza como Gemd, entornó la mirada.

—Tú no eres una Arameri —dijo—. Ni siquiera te reconocieron hasta hace pocos meses.

—¿Por eso habéis decidido formar esta alianza? —pregunté dando un paso al frente. Algunos de los hombres se pusieron tensos, pero la mayoría se quedó igual. No resultado muy impresionante—. Entonces no termino de entenderlo. Si tan poco importante soy para los Arameri, Darr no puede suponer una amenaza.

—Darr siempre supone una amenaza —gruñó un tercero—. Rameras devoradoras de hombres...

—Basta —dijo Gemd, y el hombre guardó silencio.

Bien. Así que no era un mero figurante.

—¿De modo que esto no tiene nada que ver con el hecho de que los Arameri me hayan adoptado? —Miré al hombre al que Gemd había silenciado—. Ah, ya veo, se trata de antiguas rencillas. La última guerra entre nuestros pueblos se produjo hace más generaciones de las que puede contar ninguno de nosotros. ¿Tan larga es la memoria de los mencheyev?

—Darr se apoderó de la meseta de Atir en aquella guerra —dijo Gemd en voz baja—. Sabéis que queremos recuperarla.

Lo sabía y también sabía que era una razón estúpida para comenzar una guerra. La gente que vivía en Atir ni siquiera hablaba ya la lengua mencheyev. Aquello no tenía ningún sentido y eso me hizo perder los estribos.

—¿De quién se trata? —pregunté—. ¿Cuál de mis primos es el que tira de los hilos? ¿Relad? ¿Scimina? ¿Alguna de sus marionetas? ¿A quién te has vendido, Gemd, y cuánto le has cobrado por ofrecerle la grupa?

La mandíbula de Gemd se puso tensa, pero no dijo nada. Sus hombres no estaban tan bien educados. Enfurecidos, desenvainaron las dagas. Pero no todos. Me fijé en que algunos de ellos parecían incómodos y supe que eran los peones a través de los que había trabajado Scimina o cualquier otro de mis parientes.

—No eres bien recibida aquí, Yeine-*ennu* —dijo Gemd—. O dama Yeine, debería decir. Estás interrumpiéndonos. Di lo que hayas venido a decir y luego márchate, por favor.

Incliné la cabeza.

—Cancelad vuestros planes de ataque contra Darr.

Gemd esperó un momento.

—¿Y si no?

Sacudí la cabeza.

—No hay alternativa, ministro. He aprendido mucho de mis parientes Arameri en estos últimos días, incluido el arte de manejar el poder absoluto. Nosotros no damos ultimátums. Damos órdenes y esas órdenes se obedecen.

Los hombres se miraron unos a otros con expresiones que alternaban entre la furia y la incredulidad. Dos de ellos se mantuvieron impasibles. el individuo ricamente vestido que había junto a Gemd y el propio Gemd. Pude ver una luz calculadora en su mirada.

—No tienes poder absoluto —dijo el hombre que había junto a Gemd. Mantuvo un tono neutro, señal de que estaba inseguro—. Ni siquiera te han nombrado heredera.

—Cierto —dije—. Sólo el señor Dekarta ostenta el poder absoluto sobre los Cien Mil Reinos. Si medran. Si se hunden. Si son aniquilados y caen en el olvido. —El entrecejo de Gemd se arrugó al oír estas palabras, sin terminar de fruncirse del todo—. Mi abuelo posee ese poder, pero puede optar por delegarlo en aquellos moradores del Cielo que contamos con su favor.

Dejé que se preguntaran si yo contaba con él o no. Lo cierto es que el hecho de que me hubieran convocado al Cielo y me hubieran nombrado purasangre parecía indicarlo así.

Gemd miró de soslayo al hombre que tenía a su lado antes de decir:

—Debéis comprender, dama Yeine, que hay planes en marcha que pueden ser difíciles de parar. Necesitamos tiempo para discutir vuestras... órdenes.

—Por supuesto —dije—. Tenéis diez minutos. Esperaré.

—Oh, por... —Esto lo dijo otro hombre, más joven y grande, uno de los que había identificado como herramienta de los Arameri. Me miraba como si fuese un excremento que acabase de encontrarse pegado a la suela de la bota—. ¡Ministro, no podéis estar considerando en serio esa ridícula demanda!

Gemd lo fulminó con la mirada, pero evidentemente la silenciosa reprimenda no surtió efecto. El joven se levantó de la mesa y se dirigió hacia mí con una actitud que irradiaba amenaza. A todas las mujeres darre nos enseñan a responder a este tipo de comportamiento de los hombres. Es un truco animal que utilizan, como los perros cuando erizan el pelaje y gruñen. Pero raras veces hay una auténtica amenaza detrás de ello y la fuerza de una mujer reside en discernir cuándo es así y cuándo no es más que una actuación. De momento se trataba de esto último, pero eso podía cambiar.

Se detuvo frente a mí y se volvió hacia sus compañeros mientras me señalaba.

—¡Miradla! Probablemente tuvieron que llamar a un escriba para confirmar que salió de un coño Arameri...

—¡Rish! —Gemd parecía furioso—. Siéntate.

El hombre —Rish— hizo caso omiso de la orden y se volvió hacia mí. De repente, sentí que la amenaza se hacía real. Lo vi en la postura que adoptaba, con el cuerpo en ángulo para colocar su mano derecha cerca de mi costado derecho. Iba a darme un bofetón con el dorso de la mano. Tuve un instante para decidir si debía esquivarlo o sacar el cuchillo...

Y en ese minúsculo lapso de tiempo, sentí que el poder a mi alrededor se coagulaba, duro como la malicia y cortante como el cristal.

El que se me ocurriera esta analogía debió de ser una advertencia.

Rish golpeó. Yo permanecí inmóvil, tensa para recibirlo. A seis centímetros de mi rostro, el puño pareció rebotar contra algo que nadie podía ver y al hacerlo sonó un fuerte estampido, como si dos rocas hubieran chocado.

Rish retiró la mano, sorprendido y quizá intrigado por su incapacidad para ponerme en mi sitio. Se miró el puño, en el que había aparecido una marca negra y brillante a la altura de los nudillos. Me encontraba lo bastante cerca como para ver que la carne que rodeaba la marca comenzaba a cubrirse de ampollas y perlas de humedad, como una pieza asada sobre el fuego. Sólo que no estaba ardiendo, sino congelándose. Desde mi posición pude sentir el aire frío que brotaba de ella. Sin embargo, el efecto fue el mismo y cuando la piel comenzó a descascarillarse y caer como si se hubiera carbonizado, lo que apareció por debajo no fue carne sangrante, sino piedra.

Me sorprendió que Rish tardara tanto en gritar.

Todos los hombres de la estancia reaccionaron ante su grito. Uno de ellos retrocedió y estuvo a punto de volcar una silla. Otros dos corrieron hacia Rish para ayudarlo. Gemd también hizo ademán de acudir, pero algún instinto de conservación muy poderoso debió despertar entonces en el hombre de elegantes vestiduras que había a su lado, pues lo agarró del hombro para detenerlo. Y su intervención resultó providencial, como se pudo ver cuando el primero de los hombres en llegar junto a Rish —uno de los toks— lo cogió de la muñeca para ver qué sucedía.

La mancha oscura estaba propagándose con rapidez. Casi toda la mano era ahora un reluciente muñón de cristal negro con la forma aproximada de un puño. Sólo las yemas de los dedos seguían siendo de carne, pero entonces terminaron de transformarse bajo nuestros mismos ojos. Rish, enloquecido por la agonía, luchó contra el tok, y éste agarró su puño para tratar de detenerlo. Casi al instante se apartó violentamente de él, como si la piedra estuviera demasiado fría para tocarla... y entonces también él se quedó mirando su propia palma, desde donde comenzaba a propagarse la mancha negra.

No era un simple cristal, comprendió la parte de mi mente que no estaba paralizada por el espanto. La negra materia era demasiado hermosa para ser cuarzo, demasiado perfecta y clara en su facetas. Atrapaba la luz como el diamante, pues eso era en lo que estaba convirtiéndose la carne de aquellos hombres. En un diamante negro, el más raro y valioso de todos.

El tok gritó. Y lo mismo hicieron algunos más de los presentes.

Y mientras tanto, yo permanecía inmóvil, con el rostro impasible.

No tendría que haber tratado de golpearme. Se lo merecía. No tendría que haber tratado de golpearme.

¿Y el hombre que intentó ayudarlo? ¿Qué había hecho ése?

Son mis enemigos, los enemigos de mi pueblo. No deberían... no deberían... Oh, dioses. Dioses.

No se puede controlar al Señor de la Noche, niña. Sólo se le puede desencadenar. Y le pediste que no matara.

No podía mostrar debilidad.

Así que mientras los dos hombres se retorcían y chillaban, pasé entre ellos y me acerqué a la mesa. Gemd me miró con la boca retorcida por la repugnancia y la incredulidad.

—Tomaos el tiempo que necesitéis para discutir mis órdenes —dije. Y di media vuelta para marcharme.

—E-esperad —dijo Gemd.

Me detuve sin dejar que mis ojos se volvieran hacia los dos hombres. La mitad del cuerpo de Rish ya era de diamante. La infección avanzaba reptando por su brazo y su pecho, descendía por una de sus piernas y ascendía por su cuello. Había caído al suelo y ya no gritaba, pero todavía gemía con una voz sorda y agónica. Puede que su garganta también se hubiera transformado en diamante. El otro se movía hacia sus camaradas, suplicando que le dieran una espada para cercenarse el brazo. Un joven —uno de los herederos de Gemd, a juzgar por sus facciones— desenvainó la suya y se le acercó, pero otro lo agarró por detrás y tiró de él. Una sabia decisión. La negrura caía en resplandeciente motitas, tan pequeñas como granos de arena, alrededor de los dos: restos de la piel de Rish, transformados y arrojados a su alrededor por sus sacudidas. Ante mis ojos, el tok cayó al suelo apoyándose en el brazo sano y tocó una de las motas con el dedo pulgar, que también comenzó a transformarse.

—Detén esto —murmuró Gemd.

—No fui yo quien lo empecé.

Maldijo rápidamente en su propia lengua.

—¡Detenlo, los dioses te maldigan!

Me eché a reír sin poder evitarlo. Ellos no se darían cuenta de que era una carcajada sin humor, rebosante de amargura y aversión por mí misma.

—Soy una Arameri —dije.

Uno de los hombres que teníamos detrás quedó en silencio de improviso. No el tok. Éste seguía chillando mientras la negrura iba devorando su columna vertebral. El diamante se había propagado hasta la boca de Rish y estaba consumiendo la mitad inferior de su cara. Parecía haberse detenido en su torso, aunque ahora estaba descendiendo por la pierna que le quedaba. Yo sospechaba que se detendría por completo cuando hubiera consumido las partes no vitales de su cuerpo y lo dejaría mutilado y puede que loco, pero con vida. A fin de cuentas, le había pedido a Nahadoth que no matara a nadie.

Aparté los ojos para no desenmascaramme a mí misma vomitando.

—Quiero que entendáis esto —dije. El horror de mi corazón se había transmitido a mi voz. Me prestó un timbre más profundo y una resonancia que no había poseído antes—. Si hace falta dejar morir a estos hombres para salvar a mi pueblo, morirán. —Me incliné hacia delante y apoyé las manos sobre la mesa—. Si hace falta matar a toda la gente de esta sala, a toda la gente de este palacio, para salvar a mi pueblo, quiero que sepas, Gemd, que no vacilaré. Y tú tampoco lo harías si estuvieras en mi lugar.

Mientras le decía esto, él tenía la mirada clavada en Rish. En ese momento, bruscamente, sus ojos se volvieron hacia mí y vi en ellos un destello de comprensión y aborrecimiento. ¿Y hubo también una pizca de repudio hacia sí mismo en medio de aquel odio? ¿Me había creído cuando le había dicho: «Y tú tampoco lo harías»? Porque era cierto. Nadie lo haría. No había nada que los mortales no estuviéramos dispuestos a hacer para proteger a nuestros seres queridos.

Me repetiría estas palabras durante el resto de mi vida.

—Basta. —La voz de Gemd apenas se oía sobre los gritos, pero vi que su boca se movía—. Basta. Cancelaré los ataques.

—¿Y disolverás la alianza?

—Sólo puedo hablar por Menchey. —Había algo quebrado en su tono de voz. No me miró a los ojos—. Puede que los demás decidan continuar.

—Pues entonces adviérteles, ministro Gemd. La próxima vez que me vea obligada a actuar, sufrirán doscientos y no dos. Y si no cejan, dos mil. Esta guerra la habéis provocado vosotros, no yo. No lucharé de manera justa.

Gemd me miró con odio mudo. Aguanté su mirada un rato más y luego me volví hacia los dos hombres, uno de los cuales sollozaba sobre el suelo. El otro, Rish, parecía catatónico. Me acerqué a ellos. Las brillantes y letales motas negras no me hicieron nada, salvo crujir bajo mis pisadas.

Nahadoth podía detener el proceso, estaba segura. Probablemente incluso podría devolver a los dos hombres a la normalidad... pero la seguridad de Darr dependía de mi capacidad de inspirar temor en el corazón de Gemd.

—Termina —susurré.

La negrura aceleró su avance y los consumió a ambos en cuestión de segundos. Unos vapores helados se alzaron alrededor de sus cuerpos mientras sus últimos gritos se fundían con el sonido de los crujidos de su carne y los chasquidos de sus huesos, y entonces, finalmente, todo terminó. En el sitio donde habían estado los hombres había ahora dos enormes y facetadas gemas que parecían dos figuras acurrucadas. Hermosas y muy valiosas, supuse. Al menos, sus familias vivirían como príncipes a partir de entonces. Si es que decidían vender los restos de sus seres queridos.

Pasé entre los diamantes de camino al exterior. Los guardias que habían entrado tras de nosotros se apartaron de mi camino con tal precipitación que algunos de ellos tropezaron. Las puertas se cerraron a mi paso, esta vez en silencio. Cuando terminaron de hacerlo, me detuve.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó Nahadoth. Estaba detrás de mí.

—¿A casa?

—Al Cielo.

Ah, sí. La casa de los Arameri.

—Vamos —dije.

La oscuridad me envolvió. Cuando se abrió de nuevo, volvíamos a estar en el patio central del Cielo, aunque esta vez en el Jardín de los Cien Mil, en lugar de en el Muelle. Una senda de piedras pulidas discurría entre macizos florales impecablemente recortados, cada uno de ellos de una variedad exótica diferente. En la distancia, entre las hojas, se veían el cielo estrellado y las montañas que se unían con él.

Caminé por el jardín hasta encontrar un lugar con una vista despejada, bajo un árbol de satinilia en miniatura. Mis pensamientos daban vueltas en espirales lentas y parsimoniosas. Estaba empezando a acostumbrarme a la fría sensación de la presencia de Nahadoth tras de mí.

—Mi arma —dije.

—Como tú eres la mía.

Asentí y suspiré en medio de una brisa que se prendió en mi pelo e hizo temblar las hojas de la satinilia. Al volverme para mirar a Nahadoth,

un nubarrón pasó por delante de la luna creciente. Su manto pareció inhalar en ese fugaz instante y creció de manera increíble hasta eclipsar casi el palacio con ondulantes oleadas de negrura. Entonces pasó la nube y volvió a convertirse en un manto normal.

De repente me sentí como ese manto: salvaje, fuera de control, vertiginosamente viva. Levanté los brazos y cerré los ojos al tiempo que soplabla otra brisa. Era muy agradable.

—Ojalá pudiera volar —dije.

—Podría usar mi magia para otorgarte ese don por un tiempo.

Sacudí la cabeza y, con los ojos cerrados, me balanceé con el viento.

—La magia es mala. —Ahora lo sabía. Oh, lo sabía muy bien.

No respondió a esto, cosa que me sorprendió hasta que lo pensé un poco. Tras presenciar tantas generaciones de hipocresía Arameri, puede que ya no le importase lo suficiente como para quejarse.

Pero era tentador, muy tentador, dejar de preocuparse. Mi madre, Darr, la sucesión... ¿Qué importaba todo aquello? Sería facilísimo olvidarse de todo y pasar el resto de mi vida —los cuatro días— entregada al más pequeño capricho o placer que deseara.

Salvo uno.

—Anoche... —dije, bajando los brazos al fin—. ¿Por qué no me mataste?

—Me eres más útil viva.

Me eché a reír. La cabeza me daba vueltas y me sentía temeraria.

—¿Eso significa que soy la única persona del Cielo que no tiene nada que temer de ti? —Supe que era una pregunta estúpida incluso antes de terminar de formularla, pero no creo que en aquel momento estuviera totalmente cuerda.

Por suerte, el Señor de la Noche no respondió a mis estúpidas y peligrosas palabras. Lo miré de reojo para calibrar su estado de ánimo y vi que su manto nocturno había vuelto a cambiar. Esta vez había hilvanado largos y finos jirones que flotaban por entre el jardín como bocanadas de humo de fogata. Los más cercanos a mí se retorcian hacia dentro y me rodeaban por todas partes. Me recordó a ciertas plantas de mi hogar, a las que les crecen dientes o tentáculos pegajosos para atrapar a los insectos.

Y en el corazón de aquella oscura flor, el cebo para mí: su rostro resplandeciente, sus ojos sin luz. Me acerqué más a él, me adentré en su sombra, y sonrió.

—No habrías tenido que matarme —dije en voz baja. Incliné la cabeza y lo miré bajo las pestañas, al tiempo que arqueaba el cuerpo en una invitación muda. Había visto hacer aquello mismo a mujeres más bonitas durante toda mi vida, pero nunca me había atrevido a hacerlo yo. Levanté una mano y la moví hacia su pecho. Casi esperaba no encontrar nada y ser atrapada y absorbida por la oscuridad. Pero esta vez había un cuerpo entre las sombras, un cuerpo sorprendente en su solidez. No podía verlo, ni tampoco mi propia mano allí donde lo tocaba, pero sentía la piel, suave y fría bajo las yemas de mis dedos.

Piel desnuda. Dioses.

Me pasé la lengua por los labios y lo miré a los ojos.

—Hay muchas cosas que podrías haberme hecho sin comprometer mi... utilidad.

Algo en su rostro cambió, como si una nube pasara por delante de la luna: la sombra del depredador. Cuando habló, le habían crecido los dientes.

—Lo sé.

Algo en mí cambió también. La sensación salvaje se aplacó. Esa mirada en su rostro... Una parte de mí la había estado esperando.

—¿Lo harías? —Volví a pasarme la lengua por los labios y tragué saliva. De repente sentía la garganta seca—. ¿Me matarías... si te lo pidiera?

Hubo una pausa.

Cuando el Señor de la Noche me tocó la cara, cuando las yemas de sus dedos trazaron la línea de mi mandíbula, me pareció estar imaginando cosas. Había una inconfundible ternura en el gesto. Pero entonces, con la misma ternura, la mano continuó avanzando y se cerró alrededor de mi cuello. Se inclinó hacia mí y cerré los ojos.

—¿Me lo estás pidiendo? —Sus labios me acariciaron la oreja mientras susurraba.

Abrí la boca para hablar, pero no pude hacerlo. De repente me eché a temblar. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Resbalaron por mi rostro y cayeron sobre sus muñecas. Deseaba hablar, pedirselo, lo deseaba muchísimo. Pero me quedé allí, temblando y llorando, mientras su aliento me hacía cosquillas en la oreja. Dentro y fuera. Tres veces.

Entonces me soltó el cuello y se me doblaron las rodillas. Caí hacia delante y de repente me encontré enterrada en la suave y fría oscuridad de su ser, apoyada contra un pecho que no podía ver. Me eché a llorar sobre él. Al cabo de un momento, la mano que había estado a punto de matarme se posó sobre mi nuca. Debí de estar sollozando durante una hora, aunque puede que fuese menos. No lo sé. Me abrazó todo ese tiempo.

Todo lo que queda del tiempo anterior a la Guerra de los Dioses son mitos susurrados y leyendas medio olvidadas. Los sacerdotes se apresuran a castigar a cualquiera al que sorprenden contando esas historias. No había nada antes de Itempas, dicen. Incluso en la época de los Tres, fue el primero y el más grande. Aun así, las leyendas perviven.

Por ejemplo: se dice que, antes, la gente hacía sacrificios de sangre a los Tres. Llenaban una sala entera de voluntarios. Jóvenes, viejos, mujeres, pobres, ricos, sanos, enfermos... La humanidad en todas sus variedades y matices. En alguna ocasión sagrada para los Tres —esta parte se ha perdido con el tiempo— convocaban a sus dioses y les pedían que participaran del festín.

Enefa, se decía, reclamaba a los ancianos y a los enfermos, epítome de la mortalidad. Les ofrecía una elección: la curación o una muerte apacible. Según los relatos, no pocos elegían la última opción, aunque no alcanzo a imaginar por qué.

Itempas escogía entonces a los mismos que escoge ahora: los más maduros y nobles, los más sobresalientes, los más dotados de talento. Éstos se convertían en sus sacerdotes, hombres y mujeres que valoraban el deber y la propiedad por encima de todo lo demás, que lo amaban y se sometían a él en todas las cosas.

Nahadoth prefería a los jóvenes, salvajes y despreocupados, aunque también, de vez en cuando, reclamaba algún que otro adulto. Cualquiera que estuviera dispuesto a ceder a la emoción del momento. Los seducía y se dejaba seducir por ellos. Gozaba de su falta de inhibición y se entregaba a ellos por completo.

Los itempanos temen que al hablar de aquella era, los jóvenes anhelan su regreso y se entreguen a la herejía. Creo que sobrestiman el peligro. Por mucho que lo intente, no puedo imaginarme cómo sería vivir en un mundo así y no siento ningún deseo de regresar a él. Ya tenemos problemas suficientes con un dios. ¿Por qué razón íbamos a desear vivir de nuevo con tres?

El día siguiente, la cuarta parte de la vida que me quedaba, lo desperdicié. No lo hice intencionadamente. Pero no había vuelto a mis aposentos hasta casi llegado el amanecer y llevaba dos noches seguidas casi sin dormir, así que mi cuerpo exigió una compensación. Dormí hasta después del mediodía. Soñé con un millar de caras, representantes de millones de personas, distorsionadas por la agonía, el terror o la desesperación. Olía a sangre y a carne quemada. Vi un desierto cubierto de árboles caídos, porque antes había sido un bosque. Al despertar estaba llorando. Tan grande era mi culpa.

Aquel mismo día, por la tarde, llamaron a mi puerta. Me sentía sola y abandonada —ni siquiera Sieh había venido a visitarme— y fui a abrir con la esperanza de que fuese un amigo.

Era Relad.

—En el nombre de todos los dioses inútiles, ¿qué has hecho? —inquirió.

La palestra, me había dicho Relad. Donde la casta superior jugaba a la guerra.

Allí era donde me encontraría con Scimina, quien se había enterado de mi intromisión en sus planes. Lo dijo entre maldiciones, imprecaciones y violentos ataques contra el linaje inferior de mestizos como yo, pero alcancé a entender el sentido. Qué en concreto había averiguado Scimina, Relad no parecía saberlo, lo que me daba ciertas esperanzas... aunque no demasiadas.

Temblorosa de tensión, salí del ascensor en medio de un montón de espaldas. Los que estaban cerca de la puerta habían hecho sitio, puede que después de que los empujaran desde atrás los recién llegados demasiadas veces, pero después de este espacio se levantaba una auténtica muralla humana. La mayoría eran sirvientes vestidos de blanco. Algunos, más elegantes, exhibían marcas de un cuarto o un octavo de sangre. Cuando, harta de aquello, decidí renunciar a la educación y empecé a abrirme paso a empujones, vi brocados o sedas aquí y allá. Avanzaba con lentitud porque la mayoría de ellos eran mucho más grandes que yo y porque estaban totalmente absortos en lo que estaba sucediendo en el centro de la sala.

Desde donde llegaban gritos.

Puede que nunca hubiera conseguido llegar si alguien, al mirar atrás, no me hubiera reconocido y le hubiese murmurado algo a uno de sus vecinos. El murmullo se propagó por la multitud y, de repente, me convertí en el centro de docenas de miradas silenciosas y penetrantes. Me detuve tan bruscamente que estuve a punto de tropezar, pero entonces se hicieron a un lado y se abrió un camino por delante de mí. Continué a paso vivo, pero entonces me detuve sobre mis pasos, consternada.

En el suelo había un hombre arrodillado, desnudo y rodeado por un charco de su propia sangre. El cabello blanco, largo y lacio, le caía sobre el rostro y se lo ocultaba, aunque no impedía oír cómo respiraba aceleradamente tratando de recuperar el aliento. Su piel era una intrincada tracería de laceraciones. De haber sido sólo su espalda, habría creído que lo habían flagelado, pero no era así. Las heridas estaban también en sus piernas, sus brazos, sus mejillas y su barbilla. Estaba de rodillas. Vi que tenía cortes en las plantas de los pies. Se levantó torpemente, utilizando las muñecas y vi que tenía en el dorso de cada una de ellas un agujero redondo y rojizo por el que se veían claramente el hueso y los tendones.

«¿Otro hereje?», me pregunté confusa.

—Me preguntaba cuánta sangre tendría que derramar antes de que alguien fuera corriendo a buscarte —dijo una voz salvaje detrás de mí y, al volverme, algo se precipitó sobre mi rostro. Levanté las manos instintivamente y sentí que una fina línea de calor me cruzaba las palmas. Me habían cortado.

En lugar de detenerme para evaluar los daños, retrocedí de un salto y desenvainé el cuchillo. Las manos aún me funcionaban, a pesar de la resbaladiza sangre. Adopté una postura defensiva y me agaché, lista para luchar.

Frente a mí se encontraba Scimina, vestida de satén verde. Las gotas de sangre que habían caído sobre su vestido parecían diminutos rubies. (También las había sobre su rostro, pero éstas sólo parecían lo que eran, gotas de sangre.) Llevaba en las manos algo que al principio no identifiqué como arma: una larga varita de plata, vistosamente decorada, de casi un metro de longitud. Pero en la punta había una corta cuchilla de doble hoja, tan afilada como el escalpelo de un cirujano, hecha de cristal. Demasiado corta y mal equilibrada como para ser una lanza, parecía

más bien una especie de estilo cargado. ¿Un arma amn?

Scimina sonrió al ver el arma en mi mano, pero en lugar de levantar la suya, se apartó y volvió a caminar alrededor del círculo que había formado la muchedumbre alrededor del anciano.

—Qué propio de una bárbara. No puedes usar un cuchillo contra mí, prima. Se partiría. Nuestros sellos de sangre previenen todos los ataques letales. La verdad, eres tan ignorante... ¿Qué vamos a hacer contigo?

Sin alterar mi postura ni guardar el cuchillo, pivoté sobre uno de mis pies para seguirla con la mirada. Mientras lo hacía, vi entre la gente algunos rostros conocidos. Algunos de los criados que habían estado en la fiesta del Día del Fuego. Un par de cortesanos de Dekarta. T'vriil, tieso y con los labios blancos. Sus ojos estaban clavados en mí con una expresión que parecía de advertencia. Viraine, un poco apartado de la multitud. Tenía los brazos cruzados y observaba desde cierta distancia con aire de tedio.

Zhakkarn y Kurue. ¿Por qué estaban allí? También ellas estaban observándome. La expresión de Zhakkarn era fría y dura. Nunca la había visto mostrar su furia con tanta claridad. Kurue también estaba furiosa: sus fosas nasales se distendían y tenía los puños cerrados a los costados. Su mirada expresaba que me habría azotado de haber podido. Pero era Scimina quien estaba azotando a alguien, así que opté por concentrarme en la amenaza más importante de momento.

—¡Levántate! —exclamó Scimina y el anciano se enderezó como si tiraran de él con unos hilos. Me di cuenta de que tenía menos cortes en el torso, pero en aquel momento, al pasar a su lado, Scimina hizo un movimiento rápido con la varita y otro tajo largo y profundo apareció en el abdomen del viejo. Éste volvió a gritar con voz ronca y abrió los ojos que había cerrado como respuesta al dolor. En ese momento sentí que me quedaba sin aliento, porque el hombre tenía los ojos verdes y achinados y su rostro me habría resultado familiar de haber tenido sesenta años menos. Buenos dioses, buen Padre Celestial, era Sieh.

—Ah —dijo Scimina. Había interpretado mi jadeo a la perfección—. Ya iba siendo hora. Tenías razón, T'vriil. Le tiene simpatía. ¿Has mandado a uno de tus hombres a buscarla? Dile al muy estúpido que la próxima vez se dé más prisa.

Miré a T'vriil, quien, evidentemente, no era quien me había mandado a buscar. Su rostro estaba más pálido de lo habitual, pero la extraña advertencia seguía aún en sus ojos. Confundida, estuve a punto de fruncir el ceño, pero podía sentir la mirada de Scimina como un buitre, dando vueltas alrededor de mis expresiones, lista para abalanzarse sobre las emociones que revelasen.

Así que me obligué a tranquilizarme, tal como me había enseñado mi madre. Abandoné la postura de combate, pero el cuchillo no lo envainé, me limité a bajarlo. Probablemente Scimina no lo supiera, pero entre los darre esto equivalía a una falta de respeto, la señal de que no me fiaba de que se comportara como una mujer.

—Aquí me tienes —le dije—. Di lo que quieres.

Profirió una corta y penetrante carcajada, sin dejar de caminar un instante.

—Di lo que quieres. Qué formal, ¿verdad? —Miró a su alrededor. Nadie en la multitud le respondió—. Qué fuerte. Una pequeña, bastarda y patética criaturilla como ella... ¿Qué crees tú que quiero, idiota? —Esto último lo dijo a voz en grito, con los puños cerrados a los costados y el arma de aspecto extraño temblando en la mano. Su cabello, recogido en una elaborada cofia que no le restaba un ápice de belleza, estaba deshaciéndose. Parecía exquisitamente fuera de sí.

—Creo que quieres suceder a Dekarta —dijo en voz baja—. Y que los dioses ayuden al mundo si lo consigues.

Rápida como el viento, Scimina dejó de ser una lunática furibunda y se transformó en una sonriente seductora.

—Cierto. Y pretendo comenzar por tu tierra. Quiero arrasarla tan concienzudamente que desaparezca de la faz del mundo. De hecho, habría empezado a hacerlo ya de no ser porque la alianza que con tanto cuidado había logrado forjar en aquella región está deshaciéndose. —Reanudó su caminar, mirándome de lado, mientras la varita daba vueltas delicadamente en sus manos—. Al principio pensé que la responsable podía ser esa vieja del Alto Norte con la que hablaste en el Salón. Pero lo investigué: sólo te ha dado información y la mayoría de ella sin valor. Así que has tenido que hacer otra cosa. ¿Te importaría explicarme el qué?

Sentí que se me helaba la sangre. ¿Qué le había hecho Scimina a Ras Onchi? Entonces miré a Sieh, que se había recuperado un poco, aunque aún parecía débil y aturrido por el dolor. No se estaba curando, lo que carecía de sentido. Yo había apuñalado a Nahadoth en el corazón y para él no había sido más que una pequeña molestia. Pero había tardado algún tiempo en curarse, recordé con un repentino escalofrío. Puede que si a Sieh le daban tiempo, también se recuperara. A menos que... Ítempas había atrapado a los enefadeh en forma humana para que sufrieran todos los horrores de la mortalidad. Eran eternos, poderosos... pero no invulnerables. ¿Los horrores de la mortalidad incluían la muerte? El sudor me picaba en los cortes de las manos. Había cosas que no estaba preparada para soportar.

Pero en ese instante el palacio entero se estremeció. Por un instante me pregunté si aquel temblor significaría una nueva amenaza, pero entonces me acordé del anochecer.

—Oh, demonios —murmuró Viraine en medio del silencio. Un momento después, una bocanada de aire y un frío cortante y doloroso nos derribó a todos.

Tardé un instante en incorporarme y cuando lo conseguí, mi cuchillo había desaparecido. A mi alrededor reinaba el caos. Se oían gemidos de dolor, maldiciones y gritos de alarma. Al mirar hacia el ascensor, vi varias personas apiñadas en la puerta, tratando de entrar a empujones. Pero todo esto lo olvidé al volverme hacia el centro de la sala.

No era fácil ver el rostro de Nahadoth. Estaba cerca de Sieh, con la cabeza inclinada, y la negrura de su aura era como mi primera noche en el Cielo, tan oscura que hacía daño a la mente. Decidí enfocar la mirada en el suelo, donde las cadenas que habían mantenido cautivo a Sieh yacían hechas pedazos, con las puntas recubiertas de escarcha. Al propio Sieh no se lo veía del todo. Sólo una de sus manos, flácida, sobresalía de la capa de Nahadoth, que lo envolvía en tinieblas.

—Scimina. —Su voz volvía a tener aquel tono hueco y resonante. ¿Se había apoderado la locura de él? No, aquello era pura y simple rabia.

Pero Scimina, que también había caído al suelo, se levantó sobre sus altos tacones y se recompuso.

—Nahadoth —dijo, con más calma de la que yo habría creído posible. Había perdido el arma, pero era una Arameri de pura cepa, que no temía la cólera de los dioses—. Cuánto me alegro de que hayas decidido reunirme al fin con nosotros. Déjalo en el suelo.

Nahadoth se irguió y retiró el manto. Sieh, de nuevo un joven, vestido e ileso, se encontraba a su lado, observando a Scimina con mirada desafiante. En mi interior sentí que se deshacía un nudo de tensión.

—Teníamos un acuerdo —dijo Nahadoth con aquella voz rebosante de muerte.

—En efecto —respondió Scimina y fue su sonrisa la que me aterró entonces—. Me servirás tan bien como Sieh para lo que quiero. De rodillas. —Señaló el suelo ensangrentado y las cadenas ahora rotas.

Por un instante, la sensación de poder tangible en la sala creció, como una presión en los oídos. Las paredes crujieron. Me estremecí de miedo mientras me preguntaba si sería el fin. Scimina había cometido algún error, había dejado algún resquicio a Nahadoth, y ahora éste nos aplastaría a todos como insectos.

Pero entonces, para mi completo asombro, Nahadoth se apartó de Sieh y caminó hasta el centro de la sala. Se arrodilló.

Scimina se volvió hacia mí, que aún seguía tendida sobre el suelo. Avergonzada, me puse en pie. Para mi sorpresa, aún teníamos espectadores, aunque escasos: T'vri, Viraine, un puñado de criados, unos veinte purasangres. Supongo que éstos extraían valor de la actitud de Scimina.

—Que te sirva de lección, prima —dijo con aquel tono dulce y educado que yo estaba empezando a detestar. Echó a andar una vez más, observando a Nahadoth con una expresión que era casi de avidez—. Si te hubieras criado aquí, en el Cielo, o tu madre te hubiese educado como es debido, sabrías esto... pero deja que yo te lo explique. No es fácil dañar a un enefadeh. Sus cuerpos humanos se reparan constante y rápidamente, gracias a la benevolencia de nuestro padre Itempas. Pero tienen debilidades. Sólo hay que entenderlas. Viraine...

Viraine también se había puesto en pie, aunque parecía apoyarse en el tobillo izquierdo. Miraba a Scimina con cautela.

—¿Asumiréis la responsabilidad ante Dekarta?

Ella se revolvió tan deprisa hacia él que, de haber tenido la varita todavía en la mano, Viraine podría haber recibido una herida mortal.

—Dekarta estará muerto dentro de pocos días, Viraine. No es a él a quien debes temer ahora.

Viraine no se dejó intimidar.

—Me limito a cumplir con mi deber, Scimina, y a exponeros las consecuencias. Puede que pasen semanas antes de que vuelva a ser de utilidad...

Scimina emitió un sonido de salvaje frustración.

—¿Te parece que eso me importa?

Hubo un instante en el que, mientras los dos permanecían cara a cara, pensé honradamente que Viraine tenía alguna posibilidad. Los dos eran purasangres. Pero Viraine no estaba en la línea de sucesión y Scimina sí... y, al fin y a la postre, ella tenía razón. Ya no era la voluntad de Dekarta la que importaba.

Miré a Sieh, que observaba a Nahadoth con una expresión inescrutable en un rostro demasiado adulto. Ambos eran dioses más antiguos que la vida sobre la faz de la tierra. Yo no podía ni imaginar un tiempo tan prolongado. Probablemente, un día de dolor no fuese nada para ellos... Pero para mí sí.

—Basta —dije en voz baja. Las palabras se arrastraron sobre el espacio abovedado de la palestra. Tanto Viraine como Scimina me miraron con sorpresa. Sieh también volvió la cabeza hacia mí, desconcertado. Y Nahadoth... No. A él no podía mirarlo. Me habría considerado débil.

«Débil no —me recordé a mí misma—. Humana. Al menos eso aún lo soy.»

—Basta —repetí mientras levantaba la cabeza con todo el orgullo que aún me quedaba—. No lo hagas. Te contaré lo que quieres saber.

Scimina sonrió.

—Aunque no fueses la víctima del sacrificio, prima, nunca habrías podido suceder a mi tío.

La miré con odio.

—Me tomaré eso como un halago si eres tú el ejemplo que debería seguir.

Su rostro se puso tenso y, por un momento, pensé que iba a escupirme. Pero lo que hizo fue dar media vuelta y caminar de nuevo alrededor de Nahadoth, aunque esta vez más despacio.

—¿A qué miembro de la alianza has abordado?

—Al ministro Gemd, de Menchey.

—¿Gemd? —Frunció el ceño al oírlo—. ¿Cómo lograste convencerle? Era el más predispuesto de todos.

Aspiré hondo.

—Me llevé a Nahadoth conmigo. Sus poderes de persuasión son... formidables, como estoy segura de que sabes.

Scimina soltó una carcajada... pero entonces me miró con expresión pensativa y luego a él. Nahadoth tenía la mirada perdida en algún otro lugar, como desde el mismo momento en que se pusiera de rodillas. Puede que estuviera contemplando cosas más allá del entendimiento humano o el color de los pantalones de T'vri.

—Interesante —dijo Scimina—. Como estoy segura de que nuestro tío nunca habría ordenado a los enefadeh que te ayudaran en algo así, eso quiere decir que nuestro Señor de la Noche ha decidido hacerlo por sí mismo. ¿Cómo diablos has conseguido convencerlo?

Me encogí de hombros, a pesar de que, de repente, me sentía cualquier cosa menos relajada. Estúpida, estúpida. Tendría que haberme dado cuenta de lo peligrosa que era esa línea de interrogatorio.

—Al parecer lo encontró divertido. Hubo... varias muertes. —Traté de parecer incómoda y descubrí que no me resultaba nada difícil—. No fue mi intención, pero resultó muy efectivo.

—Ya veo. —Scimina se detuvo, cruzó los brazos y tamborileó con los dedos sobre ellos. No me gustaba su mirada, a pesar de que se dirigía a Nahadoth—. ¿Y qué más hicisteis?

Fruncí el ceño.

—¿Más?

—Mantenemos la correa de los enefadeh bien tesa, prima, especialmente la de Nahadoth. Cuando abandona el palacio, Viraine se entera. Y me ha contado que lo abandonó dos veces, en dos noches distintas.

Demonios. ¿Por qué, en el nombre del Padre, no me lo habían contado los enefadeh? Condenada costumbre de guardar secretos...

—Fui a Darr, a hablar con mi abuela.

—¿Para qué?

«Para entender por qué mi madre me vendió a los enefadeh...»

Arranqué mis pensamientos de aquella senda y crucé los brazos.

—Porque la echaba de menos. Aunque no espero que tú puedas entender algo así.

Se volvió hacia mí y, al ver la sonrisa lenta y parsimoniosa que se dibujaba en sus labios, comprendí de repente que había cometido un error. Pero ¿cuál? ¿Tanto la había molestado mi insulto? No, tenía que ser otra cosa.

—No arriesgarías la cordura en un viaje con el Señor de la Noche sólo para intercambiar arrumacos con una vieja bruja —dijo—. Cuéntame para qué fuisteis en realidad.

—Para confirmar la existencia de la petición de guerra y de la alianza contra Darr.

—¿Y? ¿Eso es todo?

Pensaba lo más deprisa que podía, pero no era suficiente. O puede que fuese mi expresión intranquila la que la alertó, porque entonces dijo:

—Estás guardando secretos, prima. Y quiero que me los cuentes. ¡Viraine!

Viraine suspiró y se volvió hacia Nahadoth. Una expresión extraña, casi pensativa, pasó por un instante por su rostro.

—Si estuviera en mi mano, esto no habría sucedido.

Los ojos de Nahadoth se levantaron hacia él y permanecieron allí un momento. Había una pizca de sorpresa en su expresión.

—Debes hacer lo que te exige tu señor. —No era Dekarta. Era Itempas.

—Esto no es cosa suya —dijo Viraine con expresión ceñuda. Pero entonces pareció volver en sí, lanzó a Scimina una última mirada de hostilidad y sacudió la cabeza—. Así sea.

Metió una mano en el bolsillo de su capa, se arrodilló junto a Nahadoth y colocó sobre su muslo un pequeño papel cuadrado sobre el que había dibujado un sello divino de trazo sinuoso y fluido. De algún modo —no quise pensar demasiado en ello- supe que le faltaba una línea. A continuación, Viraine extrajo un pincel con la punta cubierta.

Sentí náuseas. Me adelanté un paso, levanté una mano ensangrentada para protestar... y entonces me detuve al encontrarme con los ojos de Nahadoth. Su rostro estaba impasible y su mirada era de pereza y desinterés, pero aun así sentí que se me secaba la boca. Sabía mejor que yo lo que iba a ocurrir. Sabía que yo podía impedirlo. Pero el único modo de hacerlo era arriesgarme a revelar el secreto del alma de Enefa.

Pero la alternativa...

Al ver nuestras miradas, Scimina se echó a reír. Y luego, para mi repulsión, se me acercó y me cogió del hombro.

—Alabo tu buen gusto, prima. Es magnífico, ¿verdad? A menudo me he preguntado si habría algún modo... Pero, claro, no lo hay.

Observé cómo Viraine dejaba el papel en el suelo, junto a Nahadoth, en uno de los pocos espacios que no había manchado la sangre de Sieh. El escriba sacó el pincel, se inclinó sobre el cuadrado de papel y, con mucho cuidado, trazó una única línea.

Una luz ardiente entró por el tejado, como si alguien hubiera abierto un enorme ventanal a mediodía. Pero no había ningún ventanal en el suelo. Era el poder de los dioses, que podía desafiar las leyes físicas del reino de los humanos y crear algo a partir de la nada. Tras la relativa palidez del brillo de las paredes del Cielo, aquello era demasiado brillante. Alcé una mano para protegerme los ojos llorosos mientras a nuestro alrededor se oían los murmullos de incomodidad del resto de los presentes.

Nahadoth estaba de rodillas en el centro de la luz, su sombra claramente delineada entre las cadenas y la sangre. Nunca la había visto antes. Al principio parecía que la luz no le hacía daño, pero en ese momento comprendí lo que había cambiado. En efecto, nunca había visto su sombra. El nimbo viviente que lo rodeaba no lo permitía, pues estaba constantemente retorciéndose, cimbreado y solapándose consigo mismo. No era su naturaleza contrastar con el entorno, sino fundirse con él. Pero ahora el nimbo se había convertido en una simple cabellera larga y negra que le cubría la espalda. Un voluminoso manto que le caía en cascada sobre los hombros.

En ese momento, emití un suave sonido, algo que ni siquiera llegaba a ser un gruñido, y el cabello y el manto comenzaron a burbujear.

—Observa bien —me susurró Scimina al oído. Se había colocado tras de mí y se apoyaba en mi hombro como una amiga querida. Su voz transpiraba satisfacción—. Mira de qué están hechos tus dioses.

Consciente de que me estaba mirando, me mantuve impasible. No reaccioné mientras la superficie de Nahadoth, con un siseante traqueteo, burbujeaba y resbalaba como alquitrán caliente. Poco a poco, su cuerpo fue venciendo hacia delante, como si la luz que recaía sobre él lo aplastara con un peso invisible. Sus manos se apoyaron sobre la sangre de Sieh y vi que también ésta burbujeaba y la piel antinaturalmente blanca, recorrida por ondas y remolinos, caía en pálidos zarcillos. (Lejanamente, me pareció oír que algún otro de los presentes vomitaba.) Ya no se veía su rostro tras la cortina de cabello hinchado y a medio fundir. Pero ¿deseaba verlo? No tenía una forma verdadera. Yo sabía que todo lo que había visto de él no era más que un cascarón. Pero, Padre amado, me gustaba ese cascarón, lo encontraba muy hermoso. No soportaba contemplar su ruina.

Entonces algo blanco asomó en su hombro. Al principio creí que era hueso y sentí que mis propias náuseas crecían. Pero no era hueso. Era piel. Una piel pálida como la de T'vriil, pero despojada de toda mancha y cambiante, estaba emergiendo de la fusión del negro.

Y entonces vi...

Y no vi.

Una forma resplandeciente (que mi mente no quería ver) se encontraba encima de una masa negra e informe (que mi mente no podía ver), sobre la que descargaba las manos en ella una y otra vez. No para desgarrarla. Para golpearla, martillearla, para darle forma empleando la violencia. La masa chillaba y se debatía desesperadamente, pero las manos brillantes no tenían piedad. Volvieron a caer sobre ella y al salir aferraban unos brazos. Aplastaron la negrura informe hasta que se transformó en unas piernitas. Se hundieron en su zona central y extrajeron un torso y, con las manos hundidas hasta las muñecas en él, le impusieron una columna vertebral. Y, por último, de su masa extrajeron una cabeza, apenas humana y calva, irreconocible. Su boca abierta chillaba y sus ojos enloquecidos transmitían una agonía que excedía lo humanamente soportable. Pero claro, no se trataba de ningún mortal.

«Esto es lo que quieres», tronó el brillante con voz salvaje, pero no se trata de palabras y no las oigo. Es conocimiento, está en mi cabeza. «La abominación creada por ella. ¿La prefieres a mí? Pues toma su “regalo”. Tómallo, tómallo y no olvides nunca que tú lo escogiste.»

El brillante está llorando, veo, mientras comete esta violación.

Y en algún lugar dentro de mí alguien estaba gritando, pero no era yo, aunque yo también estaba gritando. Y no se podía oír a ninguno de nosotros por encima de los gritos de la criatura recién nacida del suelo, cuyo sufrimiento sólo acababa de empezar...

El brazo brotó trabajosamente del interior de Nahadoth con un sonido que me recordó el ruido blando y carnoso que suena cuando arrancas una articulación. Nahadoth, a cuatro patas, se estremeció de la cabeza a los pies mientras el brazo adicional se sacudía a ciegas hasta posarse en el suelo, junto a él. En ese momento pude ver que era pálido, pero no con la palidez lunar a la que estaba acostumbrada. Éste era un blanco más humano. Era el mismísimo día, que se abría paso por la pátina divina que lo cubría de noche, en una atroz parodia de un parto.

No chilló. Después de aquel primer sonido frustrado, Nahadoth permaneció totalmente en silencio mientras otro cuerpo se abría paso desde el interior del suyo. De algún modo, esto empeoraba las cosas, porque su dolor era más que evidente. Un grito habría aliviado mi horror, si no su agonía.

A su lado, Viraine observó un momento, y luego cerró los ojos y suspiró.

—Podría tardar horas —dijo Scimina—. Iría más deprisa si la luz fuese auténtica luz solar, claro, pero eso sólo puede hacerlo el Padre Celestial. Esto no es más que una triste imitación. —Lanzó a Viraine una mirada despectiva—. Aunque más que suficiente para mis fines, como puedes ver.

Mantuve la mandíbula cerrada con fuerza. Al otro lado del círculo, a través del pilar de luz y de las tinieblas creadas por la humeante y dorada carne de Nahadoth, podía ver a Kurue. Me miró una vez, con amargura, y luego desvió los ojos. Zhakkarn no los apartó de él. Era su manera, como guerrera, de reconocer el sufrimiento y, del mismo modo, de respetarlo. No apartaría la mirada. Ni yo. Pero dioses, dioses...

Pero Sieh me miró a los ojos y no los desvió mientras avanzaba hacia el pilar de luz. Ésta no le hizo nada. No era su debilidad. Se arrodilló junto a Nahadoth, cogió su cabeza en proceso de desintegración, se la acercó al pecho y rodeó con sus brazos los hombros temblorosos, los tres. Y mientras lo hacía, no apartó de mí un instante la mirada, con una expresión que probablemente los demás interpretarían como odio. Pero

que yo sabía que era otra cosa.

«Observa —decían aquellos ojos verdes, tan parecidos a los míos pero mucho más viejos—. Mira lo que soportamos. Y luego libéranos.»

«Lo haré —respondí con toda mi alma y también la de Enefa—. Lo haré.»

Yo no lo sabía. Pasara lo que pasase, ltempas amaba a Naha. Nunca pensé que eso pudiera convertirse en odio.

¿Qué, en el nombre de los infinitos infiernos, te hace pensar que era odio?

Miré a Scimina y suspiré.

—¿Intentas conseguir que vomite para obligarme a hablar? —pregunté—. ¿Que ensucie yo también el suelo? Porque eso es lo único que vas a sacar de esta farsa.

Inclinó la espalda hacia atrás, en dirección contraria a mí, con una ceja enarcada.

—¿No hay compasión para tu aliado?

—El Señor de la Noche no es mi aliado —repliqué—. Como me ha advertido repetidamente todo el mundo en este pozo de pesadillas, es un monstruo. Pero como también los demás me queréis muerta, pensé que al menos podía aprovecharme de su poder para ayudar a los míos.

Scimina puso cara de escepticismo.

—¿Y qué ayuda te prestó? Su poder sólo te hizo falta en Menchey la noche siguiente.

—Ninguna. El amanecer llegó demasiado pronto. Pero... —Aquí titubeé al acordarme de los brazos de mi abuela y del húmedo aire de Darr aquella noche. Sí, la echaba de manos, y también Darr y toda la paz que había conocido allí. Antes del Cielo. Antes de la muerte de mi madre.

Bajé los ojos y dejé que se manifestara en mi rostro un dolor muy auténtico. Sólo eso aplacaría a Scimina.

—Hablamos de mi madre —continué en voz más baja—. Y de otras cosas, cosas personales, ninguna de las cuales tiene ninguna importancia para ti. —Al decir esto me volví hacia ella con expresión feroz—. Y aunque te pases toda la noche torturando a esa criatura, no las compartiré contigo.

Scimina me observó durante un momento prolongado. Su sonrisa había desaparecido y sus ojos estaban disecando mi rostro. Entre nosotras y más allá de nosotras, Nahadoth finalmente emitió otro sonido entre dientes, un gruñido animal. Luego hubo otros sonidos, igualmente espantosos. Conseguí que no me importaran odiando a Scimina.

Finalmente, ella suspiró y se apartó de mí.

—De acuerdo —dijo—. Ha sido una tontería, prima. Hasta tú debiste darte cuenta de que no tenías ninguna posibilidad de salirte con la tuya. Voy a ponerme en contacto con Gemd y a decirle que reanude el ataque. Se apoderarán de vuestra capital y aplastarán cualquier resistencia que encuentren, aunque les diré que, de momento, no masacren más gente de la necesaria.

Ahí estaba, claro como el día: si no cumplía con su voluntad, azuzaría a los mencheyev para borrar a mi pueblo de la faz de la tierra. Fruncí el ceño.

—¿Qué garantía tengo de que no los harás matar de todos modos?

—Ninguna. Después de esta estupidez, estoy tentada de hacerlo por puro desprecio. Pero ahora que lo pienso, prefiero dejar vivir a los darre. Sus vidas no serán agradables. La esclavitud nunca lo es... Aunque no la llamaremos así, claro. —Miró un momento a Nahadoth, regocijada—. Pero seguirán con vida, prima. Y mientras hay vida, hay esperanza. ¿No vale eso algo para ti? ¿Un mundo entero, quizá?

Asentí lentamente, aunque noté que se me hacían nuevos nudos en las entrañas. Pero no me arrastraría.

—De momento sí.

—¿De momento? —Me miró con incredulidad y luego se echó a reír—. Oh, prima, a veces me gustaría que tu madre siguiera con vida. Al menos ella me habría ofrecido un reto de verdad.

Había perdido el cuchillo, pero seguía siendo darre. Me revolví y la golpeé con tal fuerza que perdió uno de sus zapatos de tacón al caer al suelo con las piernas abiertas.

—Probablemente —dije mientras ella parpadeaba de asombro y, espero, también de aturdimiento—. Pero mi madre era civilizada.

Con los puños tan tensos que me dolían, le di la espalda a la palestra entera y salí de allí.

Casi lo había olvidado. La primera vez que llegué al Cielo, T'vriil me informó de que los miembros de la casta superior a veces se reúnen para cenar en uno de los salones más elegantes. Esto sucedió una vez durante el tiempo que estuve allí, pero decidí no asistir. Veréis, corren rumores sobre el Cielo. Algunos de ellos son exageraciones y muchos otros son ciertos, tal como había descubierto. Pero hay un rumor que esperaba no confirmar nunca.

Los amn no fueron siempre civilizados, nos recuerdan los rumores. Una vez, igual que el Alto Norte, Senm fue una tierra de bárbaros, de los cuales los amn sólo se distinguieron por su éxito. Tras la Guerra de los Dioses, impusieron sus costumbres bárbaras al mundo entero y juzgaron a los demás en función de la medida en que las adoptaban. Pero no las exportaron todas. Todas las culturas tienen sus secretos sucios. Y hubo un tiempo, aseguran los rumores, en que las élites de amn apreciaban la carne humana por encima de cualquier otra golosina.

A veces me da más miedo la sangre que corre por mis venas que las almas de mi cuerpo.

Cuando terminó la tortura de Nahadoth, las nubes reanudaron su movimiento por el cielo nocturno. Se habían detenido sobre la luna, que resplandecía con trazos de color parecidos a débiles y enfermizos arco iris. Al ver que volvían a moverse al fin, algo dentro de mí se relajó.

Estaba esperando la llamada a la puerta cuando se produjo, así que no me sobresalté. En el reflejo del cristal vi a T'vriil, parado en el umbral, sin saber qué hacer.

—Yeine —dijo tan sólo, y luego quedó en silencio.

Lo dejé esperar un momento allí antes de decir:

—Pasa.

Entró lo justo para cerrar la puerta. Luego me miró, quizá esperando que yo dijera algo. Pero no tenía nada que decirle, así que finalmente suspiró.

—Los enefadeh pueden soportar el dolor —dijo—. Han soportado cosas mucho peores a lo largo de los siglos, créeme. Pero no estaba tan seguro de ti.

—Gracias por tu confianza.

Se encogió al oír mi tono.

—Sabía que te preocupas por Sieh. Cuando Scimina comenzó a torturarlo, pensé... —Apartó la mirada y abrió las manos con impotencia—

Pensé que sería mejor que no lo vieras.

—¿Porque soy tan débil y sentimental que contaría todos mis secretos para salvarlo?

Frunció el ceño.

—Porque no eres como el resto de nosotros. Pensé que harías lo que pudieras para salvar a un amigo que estaba sufriendo, sí. Y quise ahorrártelo. Puedes odiarme por ello si quieres.

Me volví hacia él, secretamente asombrada. T'vriil aún me veía como la chica inocente y de noble corazón que se había sentido agradecida por la amabilidad que le mostró él su primer día en el Cielo. ¿Cuántos siglos habían transcurrido? Ni dos semanas.

—Yo no te odio —dije.

Exhaló y vino a mi lado junto a la ventana.

—Bueno... Scimina estaba furiosa cuando te marchaste, como ya imaginarás.

Asentí.

—¿Y Nahadoth? ¿Y Sieh?

—Zhakkam y Kurue se los llevaron. Scimina perdió interés en nosotros y se marchó poco después que tú.

—¿«Nosotros»?

Hizo una pausa de un segundo, en el que casi pude oír cómo maldecía entre dientes. Al cabo de un momento dijo:

—Su primer plan era utilizar los sirvientes para su jueguecillo.

—Ah, sí... —Sentí que mi furia volvía a aumentar—. ¿Y entonces decidiste sugerirle que lo hiciera con Sieh?

—Como ya te he dicho, Yeine —respondió con voz tensa—, los enefadeh pueden sobrevivir a los entretenimientos de Scimina. Los mortales normalmente no. No eres la única a la que tenía que proteger.

Y no es que esto lo hiciera menos malo... pero al menos era comprensible. Como tantas otras cosas en el Cielo, era malo pero comprensible. Suspiré.

—Primero me ofrecí a mí mismo.

Me sobresalté. T'vriil estaba mirando por la ventana con una expresión pesadosa en la cara.

—Como amigo de la dama Yeine, dije, y disculpa la presunción. Pero ella respondió que no era mejor que el resto de los criados. —Su sonrisa se esfumó. Vi cómo le temblaban los músculos de la mandíbula.

«Descartado de nuevo —comprendí—. Ni siquiera su dolor es suficientemente bueno para la Familia Central.» Y sin embargo, no podía quejarse demasiado. Su falta de importancia le había ahorrado grandes sufrimientos.

—Tengo que irme —dijo. Levantó una mano, titubeó y finalmente me la puso en el hombro. El gesto, y su vacilación, me recordaron a Sieh. Cubrí su mano con la mía. Iba a echarlo de menos... lo cual resultaba irónico, porque era yo la que iba a morir.

—Pues claro que eres mi amigo —susurré. Su mano se tensó un instante y luego se dirigió a la puerta para marcharse.

Antes de que pudiera hacerlo, oí que murmuraba unas palabras con tono de cierta sorpresa. La voz que respondió también me resultaba familiar. Me volví y vi que Viraine entraba al mismo tiempo que salía T'vriil.

—Mis disculpas —dijo—. ¿Puedo pasar? —Me percaté de que no cerraba la puerta por si yo le negaba la entrada.

Por un momento me quedé mirándolo fijamente, asombrado por su audacia. Estaba convencida de que había usado su magia para permitir que Scimina torturara a Sieh, igual que había hecho con Nahadoth. Aquél era su auténtico cometido allí, comprendí: hacer posibles todos los

males que pudieran ocurrírsele a nuestra familia, sobre todo los dioses. Era el guardián y el conductor de los enefadeh, el portador del látigo de los Arameri.

Pero el capataz no es el único responsable de la miseria del esclavo. Suspiré y no dije nada. Al parecer, Viraine decidió que esto constituía un sí, puesto que cerró la puerta y se me acercó. A diferencia de T´vril, no había nada que pareciera una disculpa en su expresión, sólo la cautelosa frialdad de los Arameri.

—No fue muy prudente interferir en Menchey —dijo.

—Así me lo han hecho ver.

—Si hubierais confiado en mí...

Se me abrió la boca de pura incredulidad.

—Si hubierais confiado en mí —repitió—, os habría ayudado.

Estuve a punto de echarme a reír.

—¿A qué precio?

Guardó silencio un momento y luego se me acercó y se paró casi en el mismo sitio donde había estado T´vril. Pero notaba su presencia de manera muy distinta. Más calurosa, sobre todo. Podía sentir el calor corporal que irradiaba desde donde me encontraba, a casi medio metro de distancia.

—¿Habéis elegido ya pareja para el baile?

—¿Pareja? —La pregunta me pilló totalmente por sorpresa—. Casi no he pensado en el baile. Puede que no asista.

—Debéis hacerlo. Si no, Dekarta os obligará por medios mágicos.

Por supuesto. Viraine sería el que impusiera la obligación, sin duda. Sacudí la cabeza y suspiré.

—Si mi abuelo está decidido a humillarme, no puedo hacer nada salvo someterme. Pero no veo ninguna razón para imponer esa misma humillación a una pareja.

Asintió lentamente. Aquello debió de servirme como advertencia. Viraine siempre se comportaba con vivacidad, incluso cuando estaba relajado.

—Puede que disfrutarais de la velada, al menos un poco —dijo—, si dejáis que os acompañe.

Guardé silencio tanto tiempo que se volvió para mirarme y se echó a reír.

—¿Tan poco acostumbrada estáis a que os cortejen?

—¿A que me corteje gente que no está interesada en mí? Sí.

—¿Cómo sabéis que no lo estoy?

—¿Por qué ibas a estarlo?

—¿Necesito una razón?

Crucé los brazos.

—Sí.

Viraine enarcó las cejas.

—En ese caso, me disculpo de nuevo. No me había dado cuenta de que os hubierais formado una impresión tan mala sobre mi persona en las pasadas semanas.

—Viraine... —Me froté los ojos. Estaba cansada. No física, sino emocionalmente, lo que era mucho peor—. Me has sido de gran ayuda, es cierto, pero mentiría si dijera que has sido amable o bondadoso. A veces hasta he dudado que estuvieras cuerdo. Aunque en eso no te diferencias mucho de los demás Arameri.

—Soy culpable. —Volvió a reírse. No me gustó. Parecía estar esforzándose demasiado. Pareció darse cuenta, porque de repente dejó de hacerlo.

—Vuestra madre —dijo— fue mi primera amante.

Mi mano voló por propia iniciativa en busca del cuchillo. No se percató por su posición.

Transcurrido un momento sin que hubiese reacción aparente por mi parte, pareció relajarse un poco. Bajó los ojos y contempló las luces de la ciudad lejana.

—Yo nací aquí, como la mayoría de los Arameri, pero los miembros de la casta superior me enviaron a Litaria, a la escuela de escribas, a los cuatro años, cuando se manifestó mi don para las lenguas. Tenía apenas veinte cuando volví. Era el maestro más joven que jamás hubiera aprobado los exámenes. Brillante, si se me permite decirlo, pero aun así muy joven. Un niño, en realidad.

Yo aún no había cumplido los veinte, pero claro, los bárbaros maduran más deprisa que la gente civilizada. No dije nada.

—Mi padre había muerto entre tanto —continuó—. Mi madre... —Se encogió de hombros—. Desapareció una noche. Estas cosas ocurren aquí. En fin, casi fue una suerte. Se me concedió el estatus de purasangre al volver, y ella era de una casta inferior. —Me miró de soslayo después de una pausa—. Os parecerá desalmado de mi parte.

Sacudí lentamente la cabeza.

—Ya llevo en el Cielo el tiempo suficiente.

Emitió un sonido suave, una mezcla de jolgorio y cinismo.

—A mí me costó más acostumbrarme a este sitio —dijo—. Vuestra madre me ayudó. Era... como vos en algunos sentidos. Gentil en la superficie y totalmente distinta por debajo.

Lo miré, sorprendido por esta descripción.

—Yo estaba loco por ella, claro. Su belleza, su ingenio, todo ese poder... —Se encogió de hombros—. Pero me habría contentado con admirarla desde lejos. No era tan joven. Nadie resultó más sorprendido que yo cuando me ofreció más.

—Mi madre no haría eso.

Me miró apenas un instante. Le devolví la mirada con hostilidad.

—Fue una aventura breve —dijo—. Unas semanas. Entonces conoció a vuestro padre y perdió todo interés por mí. —Sonrió débilmente—. No puedo decir que eso me alegrase.

—Te he dicho... —comencé a decir con cierto acaloramiento.

—Vos no la conocíais —dijo con suavidad. Y fue esa suavidad lo que me silenció—. Ningún niño conoce a su madre realmente.

—Tú tampoco la conocías —dije sin pararme a pensar en lo infantil que sonaba aquello.

Por un momento hubo tal tristeza en el rostro de Viraine, un dolor tan indeleble, que supe que estaba diciéndome la verdad. La había amado. Había sido su amante. Ella se había marchado para casarse con mi padre, sin dejarle más que recuerdos y melancolía. En ese momento sentí que una pena renovada me quemaba el alma, porque tenía razón: yo no había llegado a conocerla. Si era capaz de hacer algo como eso, no.

Viraine apartó la mirada.

—Bueno. Queráis conocer mis razones para ofrecirme a acompañaros. No sois la única que llora a Kinneth. —Aspiró hondo—. Si cambiáis de idea, hacédmelo saber. —Inclinó la cabeza y se encaminó a la puerta.

—Espera —dije, y se detuvo—. Te lo dije una vez: mi madre nunca hacía nada sin una razón. ¿Por qué tuvo una aventura contigo?

—¿Cómo queréis que lo sepa?

—¿Y qué piensas?

Reflexionó un instante y luego sacudió la cabeza. Volvía a sonreír, una sonrisa sin esperanza.

—Pienso que no me conviene saberlo. Y a vos tampoco.

Se marchó. Yo me quedé mirando la puerta cerrada durante largo rato.

Luego salí a buscar respuestas.

Primero fui al cuarto de mi madre, donde saqué el cofrecillo de cartas de detrás del cabecero de la cama. Al volverme con ella en las manos, mi desconocida abuela materna me miraba fijamente desde su retrato.

—Lo siento —murmuré antes de volver a marcharme.

No me costó mucho encontrar un pasillo apropiado. Sólo tuve que caminar hasta que una sensación de poder próximo y familiar comenzó a hacerme cosquillas en la consciencia. Seguí aquella sensación hasta que, delante de otra pared aparentemente normal, supe que había encontrado lo que buscaba.

La lengua de los dioses no estaba hecha para ser usada por los mortales, pero yo llevaba conmigo el alma de una diosa. De algo tenía que servirme.

—*Atadie* —susurré, y la pared se abrió delante de mí.

Atravesé dos espacios intermedios antes de encontrar el planetario de Sieh. Cuando se cerró la pared tras de mí, miré a mi alrededor y vi que el lugar parecía extrañamente vacío en comparación con la última vez que lo había visto. Varias docenas de las esferas de colores yacían en el suelo, inmóviles. Algunas de ellas tenían grietas o les faltaban fragmentos. Un puñado flotaba aún en sus sitios de costumbre. La esfera amarilla no estaba por ninguna parte.

Más allá de las esferas, Sieh yacía sobre una protuberancia levemente abombada hecha del material del palacio. Zhakkarn estaba arrodillada a su lado. Sieh había rejuvenecido desde lo ocurrido en la palestra, pero aun así seguía siendo demasiado mayor. Desgarbado y de piernas largas, debía de estar en algún momento de finales de la adolescencia. Zhakkarn, para mi sorpresa, se había quitado el pañuelo de la cabeza. Su cabellera de bucles enmarcaba su cabeza. Era parecida a la mía, sólo que de un color entre azul y blanco.

Los dos estaban mirándome. Me senté en cuclillas a su lado y dejé el cofrecillo en el suelo.

—¿Te encuentras bien? —pregunté a Sieh.

Hizo un esfuerzo para incorporarse, pero sus movimientos revelaban lo débil que estaba. Intenté ayudarlo, pero Zhakkarn estaba más cerca y le apoyó una de sus grandes manos en la espalda para hacerlo.

—Asombroso, Yeine —dijo Sieh—. ¿Has abierto las paredes tú sola? Estoy impresionado.

—¿Puedo hacer algo? —pregunté—. Para ayudarte.

—Juega conmigo.

—Que juegue... —Pero guardé silencio al ver la mirada severa que me dirigía Zhakkarn. Lo pensé un momento y luego estiré las manos con las palmas hacia arriba—. Pon tus manos sobre las mías.

Lo hizo. Las suyas eran más grandes y temblaban como las de un viejo. Estaba mal, muy mal. Pero sonrió.

—¿Crees que eres lo bastante rápida?

Volví las manos y le di una palmada en las suyas. Se movía tan lentamente que podría haber recitado un poema entre medias.

—Eso parece.

—La suerte del principiante. Veamos si puedes repetirlo. —Lo hice. Esta vez fue más rápido. Estuve a punto de fallar.

—¡Ja!

—Vale, vale, a la tercera va la vencida.

Volví a intentarlo y esta vez fallé.

Sorprendida, levanté la mirada. Sonrió, visiblemente más joven, aunque tampoco demasiado. ¿Un año, quizá?

—¿Lo ves? Te lo dije. Eres lenta.

Al entender lo que estaba pasando sonreí sin poder remediarlo.

—¿Crees que estás en condiciones de jugar al pilla-pilla?

Era medianoche. Mi cuerpo quería sueño, no juegos, lo que me volvía torpe. Eso lo ayudó, sobre todo una vez que se recuperó lo bastante como para correr. Luego me persiguió por toda la estancia, encantado de que ofreciera tan poca resistencia. Aquello lo estaba ayudando de manera tan palpable que seguí jugando hasta que finalmente pidió una pausa y ambos nos dejamos caer al suelo, jadeando. De nuevo parecía el de siempre: un niño espigado de nueve o diez años, hermoso y despreocupado. Ya no me cuestionaba por qué lo quería.

—Ha sido divertido —dijo al fin. Se levantó, y comenzó a convocar a su alrededor las esferas muertas. Rodaron por el suelo hasta él, las recogió, les dio unas cariñosas palmaditas, las levantó y finalmente las hizo girar con los movimientos de un experto antes de dejar que se alejaran flotando—. Bueno, ¿qué hay en el cofre?

Miré de reojo a Zhakkarn, quien no había participado en nuestro juego. Sospecho que los juegos de niños no casaban bien con la esencia de la batalla. Asintió con la cabeza, esta vez era un gesto de aprobación. Ruborizada, aparté la mirada.

—Cartas —respondí mientras apoyaba la mano sobre el cofrecillo de mi madre—. Son... —vacilé, embargada por una reticencia inexplicable—. Las cartas de mi padre para mi madre y algunos borradores que ella no llegó a enviarle a él. Creo... —Tragué saliva. De repente se me había hecho un nudo en la garganta y me picaban los ojos. No hay lógica en la tristeza.

Sieh me ignoró y apartó mi mano de su camino para abrir el cofre. Mientras yo recuperaba la compostura, él fue sacando las cartas una a una, las examinó detenidamente y las dejó sobre el suelo. Al cabo de un rato tuvo que levantarse para seguir ordenándolas formando un patrón. Yo ignoraba por completo lo que estaba haciendo cuando al fin dejó la última en el rincón de un gran cuadrado de cinco por cinco pasos, con un cuadrado más pequeño a un lado formado por las cartas de mi madre. Entonces se levantó, cruzó los brazos y contempló su obra.

—Faltan algunas —dijo Zhakkarn. Para mi sorpresa, se encontraba junto a mí, observando también el patrón.

—¿Cómo lo sabes?

—Ambos hablan de cartas anteriores —dijo Zhakkarn mientras señalaba algunas de ellas, desperdigadas aquí y allá.

—Y el patrón se interrumpe en demasiados sitios —añadió Sieh mientras, caminando entre ellas con paso liviano, se inclinaba y miraba

algunas con más atención—. Tus dos padres eran animales de costumbres. Se escribieron una vez a la semana, regulares como relojes, por espacio de un año entero. Pero faltan seis... no, siete semanas. Y no hay disculpas por las semanas sin cartas, sino, referencias a otras anteriores. —Volvió la cabeza hacia mí—. ¿Alguien aparte de ti sabe que este cofrecillo estaba allí? Espera, no, han sido veinte años. La mitad del palacio podría saberlo.

Sacudí la cabeza con el ceño fruncido.

—Estaban escondidas. Y el lugar parecía intacto.

—Eso podría significar únicamente que ocurrió hace tanto que el polvo tuvo tiempo de posarse. —Sieh se incorporó y se volvió hacia mí—.

¿Qué esperabas encontrar en ellas?

—Viraine... —Apreté los dientes—. Viraine dice que fue el amante de mi madre.

Sieh enarcó las cejas e intercambió una mirada con Zhakkarn.

—No sé si yo utilizaría ningún aspecto de la palabra «amor» para hablar de lo que ella le hizo.

Frente a una confirmación tan franca, no podía protestar. Me senté pesadamente.

Sieh se tumbó boca abajo a mi lado, apoyado sobre los codos.

—¿Qué pasa? La mitad del Cielo se encuentra en la cama con la otra mitad en un momento dado.

Sacudí la cabeza.

—No es nada. Sólo que... me cuesta un poco asumirlo.

—No es tu padre ni nada parecido, si es eso lo que te preocupa.

Puse los ojos en blanco y levanté una morena mano darre.

—No.

—El placer se utiliza a menudo como arma —dijo Zhakkarn—. No hay ningún amor en eso.

La miré con el ceño fruncido, sorprendida por el comentario. Seguía sin gustarme la idea de que mi madre se hubiera acostado con Viraine, pero era más fácil aceptarla si pensaba que había sido una estrategia. Pero ¿qué esperaba ganar? ¿Qué sabía Viraine, sólo él en todo el Cielo? O, más bien, ¿qué habría sido el joven y enamorado Viraine, recién llegado al Cielo, lleno de confianza, deseoso de agradar, más propenso a revelar que cualquier otro Arameri?

—Algo relacionado con la magia —murmuré para mis adentros—. Eso debía de ser lo que quería sacarle. Algo relacionado con...

¿vosotros? —Miré de reojo a Zhakkarn.

Se encogió de hombros.

—Si conocía algún secreto sobre eso, nunca lo utilizó.

—Mmm. ¿Y de qué más se encarga Viraine aquí?

—El uso de la magia —dijo Sieh, contando con los dedos—. Todo, de las cuestiones más rutinarias a... vaya, nosotros. Propagación de la información: es el enlace de Dekarta con la orden Itempa. Supervisa todas las ceremonias y rituales importantes...

Se le fue apagando la voz. Lo miré y vi sorpresa en su rostro. Me volví hacia Zhakkarn, que parecía pensativa.

Ceremonias y rituales. Sentí un hormigueo de excitación en el vientre al comprender lo que quería decir. Erguí la espalda.

—¿Cuándo fue la última ceremonia de sucesión?

—La de Dekarta se produjo hace cuarenta años —dijo Zhakkarn.

Mi madre tenía cuarenta y cinco años cuando murió.

—Sería demasiado joven para comprender lo que sucedió allí.

—Kinneth no estuvo en la ceremonia —dijo Sieh—. Aquel día, Dekarta me ordenó que jugara con ella para tenerla ocupada.

Era sorprendente. ¿Por qué habría querido Dekarta que mi madre, su heredera, no estuviera presente en la ceremonia que un día tendría que llevar a cabo ella misma? Una niña inteligente podía entender su propósito, no era imposible. ¿Era porque tenían que matar a un criado para llevarla a cabo? Pero aquello era el Cielo. Los criados morían constantemente. No podía creer que ningún Arameri, y mucho menos mi abuelo, pensara en ocultarle aquella realidad a una niña.

—¿Sucedió algo fuera de lo común en aquella ceremonia? —pregunté—. ¿Intentasteis haceros con la Piedra en aquel momento?

—No, no estábamos listos. Fue una sucesión rutinaria, como los centenares de ceremonias similares que se han producido desde nuestro cautiverio. —Suspiró Sieh—. O al menos eso me han dicho, dado que yo no estuve allí. Ninguno de nosotros estuvo, salvo Nahadoth. A él siempre lo obligan a asistir.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué sólo a él?

—Itempa asiste a la ceremonia —dijo Zhakkarn. Mientras yo la miraba con la boca abierta, tratado de hacerme a la idea de que el Padre Celestial estuviera allí, allí mismo, que fuera a acudir a aquel mismo lugar, Zhakkarn continuó—: Ofrece sus saludos en persona al nuevo señor de los Arameri. Luego le ofrece la libertad a Nahadoth, aunque sólo si acata su autoridad. Hasta ahora Nahadoth siempre se ha negado a hacerlo, pero Itempa sabe que el cambio forma parte de su naturaleza. Seguirá preguntándoselo.

Sacudí la cabeza para tratar de librarme del persistente sentido de reverencia que una vida entera de adoctrinamiento había inculcado en mí. El Padre Celestial en la ceremonia de sucesión... En todas las ceremonias de sucesión. Estaría allí para verme morir. Daría su bendición a mi muerte.

Era monstruoso. Y durante toda mi vida, yo lo había venerado.

Para distraerme de mis propios y confusos pensamientos, me pellizqué el puente de la nariz con los dedos.

—¿Y quién fue el sacrificado la última vez? ¿Otro desgraciado pariente arrastrado a la pesadilla familiar?

—No, no —dijo Sieh. Se levantó, volvió a estirarse y luego se inclinó y comenzó a caminar sobre las manos, balanceándose de manera alarmante. Continuó hablando con el aliento entrecortado—. El jefe del clan Arameri... debe estar dispuesto a matar... a todos los moradores del palacio... si Itempa lo exige así. Para probarse, normalmente... el futuro líder debe... sacrificar a alguien cercano.

Lo pensé un momento.

—Entonces, ¿me eligieron porque ni Relad ni Scimina tienen a nadie cercano?

Sieh se balanceó en exceso y cayó al suelo, pero rodó por él, se levantó al instante y se miró las uñas como si no hubiera sucedido nada.

—Supongo. Nadie sabe en realidad por qué te eligió a ti. Pero en el caso de Dekarta, la sacrificada fue Ygreth.

Sentí un cosquilleo de familiaridad en la mente al oír el nombre, pero en un primer momento fui incapaz de ponerle cara.

—¿Ygreth?

Sieh me miró con sorpresa.

—Su esposa. Tu abuela materna. ¿Kinneth no te lo dijo?

Sigues enfadada conmigo?

No

Fue rápido. La rabia carece de utilidad.

Discrepo. Creo que la rabia puede ser muy poderosa en las condiciones apropiadas. Deja que te cuente una historia para ilustrarlo. Érase una vez una niña pequeña cuyo padre asesinó a su madre.

Qué horror.

Sí, ya conoces ese tipo de traiciones. La niña pequeña era muy joven por aquel entonces, así que se le ocultó la verdad. Puede que le dijeran que su madre había abandonado a la familia. Tal vez, que su madre se había esfumado. En su mundo, ese tipo de cosas sucedían. Pero el caso es que la niña era muy inteligente y quería muchísimo a su madre. Fingió creerse sus mentiras, pero en realidad se limitó a esperar.

Cuando fue mayor y más sabia, comenzó a hacer preguntas. Pero no a su padre ni a ninguno de los que decían preocuparse por ella. Éstos no eran de fiar. Preguntó a los esclavos, que ya la odiaban. Preguntó a un joven e inocente escriba, que estaba enamorado de ella y era brillante y fácil de manipular. Preguntó a los herejes, a los que su familia llevaba generaciones persiguiendo. Ninguno de ellos tenía razones para mentirle, así que entre todos fue recomponiendo el rompecabezas de la verdad. Entonces consagró su mente, su corazón y su formidable voluntad a la venganza... porque eso es lo que hace una hija cuando han asesinado a su madre.

Ah, ya veo. Pero me pregunto: ¿la niña pequeña amaba a su padre?

Eso también me lo pregunto yo. Una vez, desde luego, debió amarle. Pero ¿y luego? ¿Puede el amor convertirse en odio tan fácil, tan completamente? ¿O lloró por dentro mientras urdía sus planes contra él? Lo ignoro. Lo que sí sé es que puso en movimiento una serie de acontecimientos que sacudirían el mundo incluso después de su muerte y descargó su venganza contra la humanidad entera, no sólo contra su padre. Porque al final, todos éramos cómplices.

¿Todos vosotros? Me parece un poco exagerado.

Sí. Sí, lo es. Pero espero que consiga lo que quería.

Ésta era, pues, la sucesión de los Arameri: el jefe de la familia elegía un sucesor. Si había sólo uno, se le pedía que convenciera a la persona a la que más amase de que muriera voluntariamente por él. Debía sostener la Piedra y transferir el sello maestro a su frente. Si había más de uno, competían por convencer al designado al sacrificio de que eligiera a uno o al otro. Mi madre había sido heredera única. ¿A quién se habría visto obligada a asesinar de no haber abdicado? Puede que hubiera escogido a Viraine como amante por más de una razón. Puede que hubiera logrado convencer a Dekarta de que muriera por ella. Puede que por eso nunca hubiese vuelto tras su matrimonio, tras mi concepción.

Muchas piezas habían encajado. Muchas más flotaban aún a mi alrededor, indefinidas. Podía sentir cómo me acercaba a entenderlo todo, pero ¿tendría tiempo? Tenía aún el resto de la noche, el día siguiente y un día y una noche más. Luego el baile, la ceremonia y el fin.

«Tiempo más que suficiente», decidí.

—No puedes —dijo Sieh con tono imperativo mientras caminaba a mi lado—. Yeine, Naha necesita tiempo para curarse, como yo. Y no puede hacerlo mientras estén dándole forma unos ojos mortales...

—Pues no lo miraré, entonces.

—¡No es tan sencillo! Cuando es débil, es más peligroso que nunca. Le cuesta controlarse. No deberías... —Su voz descendió una octava de repente y se quebró como la de un muchacho en la pubertad. Se detuvo y maldijo. Yo seguí caminando y no me sorprendió oír que daba un pisotón en el suelo y gritaba—: ¡Eres la mortal más cabezota y frustrante con la que he tratado!

—Gracias —exclamé. Había un recodo justo delante. Me detuve antes de doblarlo—. Ve a mi habitación y descansa —dije—. Cuando vuelva, te leeré un cuento.

El gruñido que emití a modo de respuesta, en su propia lengua, no necesitó traducción. Pero las paredes no se desmoronaron y no me transformé en una rana, así que tampoco podía estar tan enfadado.

Zhakkarn me había dicho dónde podía encontrar a Nahadoth. Me había mirado largo tiempo antes de decírmelo, con una expresión penetrante que expresaba la determinación de los guerreros desde el albor de los tiempos. El hecho de que me lo dijera fue un elogio... o una advertencia. La determinación podía convertirse fácilmente en obsesión. No me importó.

En el centro del más bajo de los pisos residenciales, me dijo, Nahadoth tenía unas habitaciones. Allí el palacio estaba en permanente penumbra por su propia mole y en el centro no había ventanas. Todos los enefadeh tenían estancias en aquel piso para las desagradables ocasiones en las que necesitaban dormir, comer y preocuparse por cualquier otra de las necesidades de sus cuerpos semimortales. Zhakkarn no me dijo por qué habían escogido un lugar tan desagradable, pero yo creía saberlo. Allí abajo, justo encima de la mazmorra, podían estar más cerca de la Piedra de Enefa que del cielo usurpado por Itempas. Puede que percibir lo que quedaba de su presencia fuese un consuelo, teniendo en cuenta lo mucho que habían sufrido en su nombre.

El piso estaba en silencio cuando salí del ascensor. Ningún miembro del personal humano del palacio vivía allí. Y no se los podía culpar por ello. ¿Quién querría al Señor de la Noche como vecino? Como cabía esperar, el piso parecía inusualmente sombrío. La ominosa presencia de Nahadoth impregnaba el lugar entero.

Pero al doblar la última esquina me cegó por un instante un destello de inesperada luminosidad. La imagen que quedó grabada en mi retina tras aquel destello era la de una mujer de piel bronceada y cabello plateado, casi tan alta como Zhakkarn y dotada de una severa belleza, arrodillada en el pasillo como si estuviera rezando. La luz procedía de las alas de su espalda, cubiertas de plumas resplandecientes como espejos, hechas de metales preciosos. Había visto a aquella mujer en una ocasión, en un sueño...

Entonces, mis ojos llorosos parpadearon, volvieron a mirar y descubrieron que la luz había desaparecido. En su lugar, la rotunda y sencilla Kurue me miraba sin ninguna simpatía mientras se ponía en pie con dificultades.

—Lo siento —me disculpé por haber interrumpido las meditaciones que necesitase una diosa—, pero tengo que hablar con Nahadoth.

Sólo había una puerta en aquel pasillo y Kurue se encontraba frente a ella. Cruzó los brazos.

—No.

—Dama Kurue, no sé cuándo volveré a tener la ocasión de preguntar estas cosas...

—¿Qué significa exactamente «no» en tu lengua? Está claro que no entiendes el senmita...

Pero antes de que la discusión pudiera seguir adelante, se abrió una rendija en la puerta de la habitación. No podía ver nada más allá de aquella abertura, sólo oscuridad.

—Deja que hable —dijo la profunda voz de Nahadoth desde dentro.

El gesto ceñudo de Kurue se marcó aún más.

—Naha, no. —Me sobresalté. Nunca había oído a nadie contradecirlo—. Por culpa de ella te hallas en este estado.

Me puse colorada, pero tenía razón. Sin embargo, no hubo respuesta desde el interior de la cámara. Kurue apretó los ojos y clavó una mirada muy dura en la oscuridad.

—¿Serviría de algo que me pusiera una venda en los ojos? —Flotaba en el aire algo que sugería una cólera ya antigua, más allá de aquel breve encuentro. Pero, ah, claro... Kurue odiaba a los mortales, a los que consideraba, con bastante razón, responsables de su condición de esclava. Pensaba que Nahadoth estaba portándose como un idiota conmigo. Y lo más probable es que tuviese razón, teniendo en cuenta que era una diosa de la sabiduría. No me sentí ofendida al ver que me miraba con renovado desprecio.

—No son sólo tus ojos —dijo—. Son tus expectativas, tus miedos, tus deseos. Los mortales queréis que sea un monstruo, así que se convierte en un monstruo...

—Entonces no querré nada —respondí. Sonreía al decirlo, pero empezaba a estar enfadada. Puede que hubiera sabiduría en su ciego odio a la humanidad. Si esperaba lo peor de nosotros, nunca podríamos decepcionarla. Pero ésa no era la cuestión. Estaba en mi camino, y yo tenía algo que hacer antes de morir. Si era necesario, le ordenaría que se apartara.

Me miró fijamente. Puede que estuviera leyéndome el pensamiento. Al cabo de un momento sacudió la cabeza e hizo un ademán despectivo.

—Muy bien. Eres una necia. Y tú también, Naha. Os merecéis el uno al otro. —Dicho lo cual, se alejó murmurando y desapareció detrás de un recodo. Esperé a que desapareciera el sonido de sus pasos —que no se fueron alejando, sino que simplemente se esfumaron de repente— y luego me volví hacia la puerta abierta.

—Pasa —dijo la voz de Nahadoth desde dentro.

Me aclaré la garganta, nerviosa de repente. ¿Por qué siempre conseguía aterrorizarme en los peores momentos?

—Os ruego que me perdonéis, señor Nahadoth —dije—, pero puede que sea mejor que me quede aquí fuera. Si es cierto que mis pensamientos pueden haceros daño...

—Tus pensamientos siempre me han hecho daño. Todos tus temores, tus necesidades... Son como órdenes silenciosas que me zarandean de un lado a otro...

Me puse tensa. Estaba horrorizada.

—Nunca he querido contribuir a vuestros sufrimientos.

—Mi hermana está muerta —dijo Nahadoth en voz muy baja—. Mi hermano ha enloquecido. Mis hijos, los pocos que aún siguen vivos, me detestan y me temen tanto como me reverencian.

Y entonces lo entendí: lo que le había hecho Scimina no era nada. ¿Qué importaban unos momentos de sufrimiento frente a los siglos de pesar y soledad que le había impuesto Itempas? Y ahí estaba yo, mortificándome por mi pequeña contribución.

Abrí la puerta y entré.

Dentro de la estancia la oscuridad era absoluta. Permanecí cerca de la puerta un instante, esperando a que mis ojos se acostumbraran, pero no lo hicieron. En el silencio que siguió, distinguí el sonido de una respiración lenta y regular a cierta distancia.

Alargué los brazos y comencé a avanzar a ciegas hacia él, con la esperanza de que los dioses no necesitaran muchos muebles. Ni escalones.

—Quédate donde estás —dijo Nahadoth—. No es... prudente acercarse a mí. —Y luego, en voz más baja, añadió—: Pero me alegro de que hayas venido.

Era el otro Nahadoth. No el mortal, pero tampoco la bestia enloquecida extraída de un relato de terror. Era el Nahadoth que me había besado la primera noche, al que yo parecía gustarle. El mismo contra el que tenía menos defensas.

Aspiré hondo y traté de concentrarme en la suave y vacía oscuridad.

—Kurue tiene razón. Lo siento. Es culpa mía que Scimina te haya castigado.

—Lo hizo para castigarte a ti.

Arrugué el semblante.

—Peor aún.

Se rió con suavidad y sentí que una brisa soplaba sobre mí, delicada como una cálida noche de verano.

—Para mí no.

Al grano:

—¿Puedo hacer algo para ayudarte?

Volví a sentir la brisa, y esta vez me erizó el vello de la piel. De repente apareció en mi mente una imagen de él, de pie, a mi espalda, sujetándose y respirando en la curva de mi cuello.

Hubo un sonido suave y hambriento al otro lado de la habitación y de pronto, un sentimiento de lujuria invadió el espacio a mi alrededor, potente, violento y despojado por completo de toda ternura. Oh, dioses. Volví a concentrar mis pensamientos en la oscuridad, en la nada, en la oscuridad, en mi madre. Sí.

Pareció tardar una eternidad, pero finalmente la terrible ansia se desvaneció.

—Sería mejor —dijo con perturbadora amabilidad— que no hicieras ningún esfuerzo por ayudarme.

—Lo siento...

—Eres mortal. —Eso parecía resumirlo todo. Bajé los ojos, avergonzada—. Tienes una pregunta sobre tu madre.

Sí. Aspiré hondo.

—Dekarta mató a la suya —dije—. ¿Ésa fue la razón que te dio cuando accedió a ayudaros?

—Soy un esclavo. Ningún Arameri confiaría en mí. Como ya te dije, lo único que hizo al principio fue hacer preguntas.

—¿Y a cambio, tú le pediste ayuda?

—No. Aún llevaba el sello de sangre. No podía fiarme de ella.

Sin quererle me llevé una mano a mi propia frente. Siempre me olvidaba de que tenía allí la marca. Me había olvidado de que también era un elemento a tener en cuenta en la política del Cielo.

—Entonces, ¿cómo...?

—Se acostó con Viraine. Normalmente, a los futuros herederos les cuentan cómo es la ceremonia de sucesión, pero Dekarta había ordenado que a ella se le ocultaran los detalles. Viraine, tontamente, le contó a Kinneth cómo suele desarrollarse la ceremonia. Supongo que le bastó para deducir la verdad.

Sí, sin duda le habría bastado. Ella ya sospechaba de Dekarta y, al parecer, éste tenía miedo de sus sospechas.

—¿Qué hizo al enterarse?

—Acudió a nosotros y nos preguntó cómo podía librarse de su sello. Si podía actuar contra Dekarta, dijo, estaría dispuesta a usar la Piedra para liberarnos.

Contuve el aliento, maravillada por su audacia... y su furia. Yo había llegado al Cielo decidida a vengar a mi madre y sólo la fortuna y los enefadeh lo habían hecho posible. Mi madre había creado su propia venganza. Había traicionado a su pueblo, su herencia, e incluso a su dios para asestar un golpe a un solo hombre.

Scimina tenía razón. Yo no era nada comparada con ella.

—Me dijiste que únicamente yo podía usar la Piedra para liberaros —dije—. Porque poseo el alma de Enefa.

—Sí. Así se lo explicamos a Kinneth. Pero como la oportunidad se había presentado... le dijimos que si la desheredaban, le quitarían el sello. Y le sugerimos a tu padre.

Algo dentro de mi pecho se transformó en agua. Cerré los ojos. Adiós al cuento de hadas de mis padres.

—¿Ella... accedió a tener un hijo para vosotros? —pregunté. Mi voz sonaba muy baja en mis propios oídos, pero la habitación estaba en silencio—. Mi padre y ella... ¿me engendraron para vosotros?

—No.

No conseguí dar crédito a sus palabras.

—Ella odiaba a Dekarta —continuó Nahadoth—, pero aun así era su hija predilecta. No le contamos nada sobre el alma de Enefa y nuestros planes, porque no nos fiábamos de ella.

Más que comprensible.

—Muy bien —dije mientras trataba de poner orden en mis pensamientos—. Así que conoció a mi padre, que era uno de los adoradores de Enefa. Se casó con él sabiendo que la ayudaría a conseguir su objetivo y que el matrimonio significaría que la expulsarían de la familia. De ese modo se libró de su sello.

—Sí. Y como prueba de sus intenciones, lo que nos demostró que era sincera. Consiguió lo que quería, al menos en parte. Su marcha destruyó a Dekarta. La lloró como si hubiera muerto. Y su sufrimiento la complació.

Lo comprendía. Oh, vaya si lo comprendía.

—Pero entonces... entonces Dekarta utilizó la muerte ambulante para tratar de matar a mi padre. —Lo dije lentamente. Era un rompecabezas complicado de formar—. Debía de culparlo por la marcha de su hija. Puede que se convenciera a sí mismo de que ella volvería si mi padre moría.

—Dekarta no lanzó la muerte ambulante sobre Darr.

Me puse tensa.

—¿Cómo?

—Cuando Dekarta quiere utilizar la magia, nos emplea a nosotros. Y ninguno de nosotros envió la plaga a tu tierra.

—Pero si no fuisteis vosotros...

No. Oh, no.

Había otra fuente de magia en el Cielo, aparte de los enefadeh. Otro que podía enarbolar el poder de los dioses, aunque débilmente. La muerte ambulante sólo mató a una docena de personas en Darr aquel año. Un brote menor, comparado con lo habitual. Lo mejor que podía conseguir un asesino mortal.

—Viraine —susurré. Apreté los dos puños—. Viraine.

Había interpretado tan bien el papel de mártir, el inocente utilizado y abandonado por mi maquiavélica madre... Y mientras tanto había tratado de asesinar a mi padre, sabiendo que ella culparía a Dekarta. Había esperado en los pasillos como un buitre mientras ella acudía a Dekarta para suplicar por la vida de su marido. Es posible que luego la abordara y se lamentara con ella por la negativa de su padre. ¿Estaba preparando el terreno para convencerla de que regresara con él? Sí, parecía propio de Viraine.

Pero, sin embargo, mi padre no había muerto. Mi madre no había regresado al Cielo. ¿Habría pasado Viraine sufriendo todos aquellos años, odiando a mi padre..., odiándome a mí por haber frustrado sus planes? ¿Habría sido uno de los que habían saqueado el cofrecillo de las cartas de mi madre? Puede que hubiese quemado cualquiera que contuviese referencias a él, con la esperanza de olvidar su juvenil necedad. Puede que se las hubiera quedado, dominado por la fantasía de que las cartas contenían algún vestigio de un amor que nunca se había ganado.

Lo destruiría. Vería caer su cabello rojo alrededor de su rostro como una cortina roja.

Hubo un pequeño ruido cerca de mí, como si unos guijarros repicaran sobre el duro suelo del Cielo. O las puntas de unas zarpas...

—La rabia... —susurró el Señor de la Noche con una voz hecha de profundas grietas y hielo. Y de repente sentí que estaba cerca, muy cerca. Justo detrás de mí—. Oh, sí. Dame la orden, dulce Yeine. Soy tu arma. Ordénalo y haré que el dolor que me ha causado esta noche parezca una bendición.

Mi rabia desapareció, helada. Lentamente, aspiré hondo una primera vez y luego una segunda para calmarme. Nada de odio. Nada de temor a aquello en lo que el Señor de la Noche se había transformado por culpa de mi descuido. Enfoqué mi mente en la oscuridad y el silencio y no respondí. No me atreví.

Al cabo de un rato muy largo oí un tenue suspiro de decepción. Más lejano esta vez. Había regresado al otro lado de la habitación. Poco a poco, permití que mis músculos se relajaran.

Seguir por aquella línea de preguntas en aquel momento podía ser peligroso. Había demasiados secretos por descubrir, demasiadas trampas emocionales. Haciendo un esfuerzo, saqué a Viraine de mis pensamientos.

—Mi madre quería salvar a mi padre —dije. Sí. Eso era algo bueno. Debió de acabar por amarlo, por muy extraños que fuesen los comienzos de su relación. Yo sabía que él la había amado. Recordaba haberlo visto en sus ojos.

—Sí —dijo Nahadoth. Su voz volvía a estar tan calmada como antes de mi desliz—. Su desesperación la hizo vulnerable. Cosa de la que, como es lógico, nos aprovechamos.

Estuve a punto de enfurecerme, pero me contuve a tiempo.

—Claro. Y entonces fue cuando la convencisteis para que dejara entrar en su hija el alma de Enefa. Y... —Aspiré hondo. Hice una pausa para

reunir fuerzas—, ¿mi padre lo supo?

—Lo ignoro.

Si los enefadeh no sabían lo que pensaba mi padre sobre el asunto, nadie más allí podía saberlo. Y no me atrevía a volver a Darr para preguntárselo a Beba.

Así que opté por creer que mi padre lo sabía y decidió quererme de todos modos. Que mi madre, a pesar de sus motivaciones iniciales, había terminado por quererme. Que me había ocultado los feos secretos de su familia con la errada esperanza de que disfrutaría de una sencilla y apacible vida en Darr... al menos hasta que los dioses volvieran para reclamar lo que les pertenecía.

Tenía que mantener la calma, pero no podía contenerlo todo. Cerré los ojos y me eché a reír. Tantas esperanzas descansaban sobre mis hombros...

—Y a mí no se me ha permitido conservar ninguna... —susurré.

—¿Qué pedirías? —preguntó Nahadoth.

—¿Cómo?

—Si pudieras ser libre. —Había algo en su voz que no entendí. ¿Melancolía? Sí, y algo más. ¿Amabilidad? ¿Afecto? No, eso era imposible —. ¿Qué pedirías para tí?

La pregunta hizo que me doliera la cabeza. Lo odié por formularla. Era culpa suya que mis deseos nunca pudieran cumplirse. Suya y de mis padres, y de Dekarta y de Enefa.

—Estoy cansada de ser lo que todos los demás han hecho de mí —dije—. Quiero ser yo misma.

—No seas niña.

Levanté la mirada, sorprendida y enfadada, aunque como es lógico no había nada que ver.

—¿Qué?

—Eres lo que tus creadores y tus experiencias han hecho de ti, como todos los seres de este universo. Acéptalo y sigue adelante. Estoy cansado de tus plañidos.

Si lo hubiera dicho con su habitual tono frío, puede que me hubiera marchado en aquel momento, ofendida. Pero parecía realmente cansado y yo recordaba bien el precio que había pagado por mi egoísmo.

El aire volvió a removerse, suavemente, casi como un roce. Cuando hablé, se encontraba más cerca:

—El futuro, en cambio, está en tus manos. Incluso ahora. Dime lo que quieres.

Era algo en lo que nunca me había parado a pensar, más allá de la venganza. Quería... Todas las cosas que suelen querer las mujeres jóvenes. Amigos. Familia. Felicidad para aquellos a los que amaba.

Y también...

Me estremecí, a pesar de que no hacía frío en la habitación. Lo insólito de aquel nuevo pensamiento me hacía sospechar. ¿Era un indicio de la influencia de Enefa?

«Acéptalo y sigue adelante.»

—Querría... —Cerré la boca. Tragué saliva. Volví a intentarlo—. Querría... algo diferente para el mundo. —Ah, pero el mundo sería sin duda diferente cuando Nahadoth e Itempas hubieran acabado con él. Un montón de escombros que sepultaría las ruinas rojas de la humanidad—. Algo mejor.

—¿El qué?

—No lo sé. —Apreté los puños tratando de articular lo que pensaba, sorprendida por mi propia frustración—. Ahora mismo, todo el mundo tiene... miedo. —Aquello se acercaba más. Seguí por aquel hilo de pensamiento—. Vivimos a merced de los dioses, alrededor de vuestros caprichos. Morimos hasta cuando vuestras guerras no tienen que ver con nosotros. ¿Qué pasaría si... si simplemente... os fuerais?

—Morirían más —dijo el Señor de la Noche—. Quienes nos veneran quedarían aterrorizados por nuestra ausencia. Algunos llegarían a la conclusión de que era culpa de otros, mientras que los que abrazasen el nuevo orden mirarían con suspicacia a todos los que aún creyeran en el viejo. Las guerras se prolongarían durante siglos.

Sentí en la boca del estómago la verdad que ocultaban sus palabras, y el horror me hizo sentir náuseas. Pero entonces me tocó algo: unas manos frías y livianas. Me masajearon los hombros, como si quisieran consolarme.

—Pero al final, las batallas cesarían. Cuando se extingue un incendio, crece nueva vida en el rastro que deja a su paso.

No percibía lujuria ni rabia en él, posiblemente porque tampoco él, de momento, las sentía en mí. No era como Itempas, incapaz de aceptar el cambio, un ser que debía doblegar o quebrantar a todos los que lo rodeaban para someterlos a su voluntad. Nahadoth se doblegaba a la voluntad de otros. Por un momento, la idea me provocó tristeza.

—¿Alguna vez eres tú mismo? —le pregunté—. Realmente tú mismo, no como te ven los demás.

Las manos quedaron inmóviles y luego se retiraron.

—Enefa me preguntó eso mismo una vez.

—Perdona...

—No. —Había pesar en su voz. Nunca desaparecía del todo para él. Terrible destino el de ser el dios del cambio y sufrir una tristeza incesante.

—Cuando sea libre —dijo—, elegiré a quien me dé forma.

—Pero... —Fruncí el ceño—. Eso no es libertad.

—En el alba de la realidad yo era yo mismo. No había nadie más que me influyera. Sólo el Maelstrom, del que había nacido, y él no se preocupaba por mí. Me abrí las carnes y de su interior brotó la sustancia de lo que se convertiría en vuestro reino: materia y energía hechos de mi propia sangre fría y negra. Devoré mi propia mente y gocé de la novedad del dolor.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Tragué saliva y traté de expulsarlas, pero de repente las manos reaparecieron y me levantaron la barbilla. Unos dedos me cerraron delicadamente los párpados y las limpiaron.

—Cuando sea libre, elegiré —volvió a decir entre susurros, muy cerca—. Tú debes hacer lo mismo.

—Pero yo nunca seré...

Me acalló con un beso. Había un anhelo en aquel beso, intenso y agridulce. ¿Era mi propio anhelo o el suyo? Entonces lo entendí al fin: no importaba.

Pero dioses, oh, diosa, era tan agradable... Sabía a rocío fresco. Despertó mi sed. Y justo cuando empezaba a desear más, se retiró. Luché por no sentir decepción, por miedo a lo que pudiera hacernos a ambos.

—Ve a descansar, Yeine —dijo—. Deja que las maquinaciones de tu madre se resuelvan solas. Tienes preocupaciones propias en las que pensar.

Y entonces me encontré en mis aposentos, sentada en el suelo, en el centro de un recuadro formado por la luz de la luna. Los muros estaban a oscuras, pero podía ver perfectamente porque la luna, visible a través de una pequeña ranura, flotaba a baja altura en el cielo. La medianoche había quedado ya muy atrás. Posiblemente no restara más que una o dos horas antes del alba. Aquello estaba convirtiéndose en una costumbre.

Sieh estaba en la butaca, junto a mi cama. Al verme se levantó y vino a sentarse en el suelo, a mi lado. A la luz de la luna, sus pupilas eran grandes y redondeadas como las de un gato ansioso.

No dije nada y, al cabo de un momento levantó la mano e hizo descansar mi cabeza sobre su regazo. Cerré los ojos y disfruté de la sensación de su mano en mi cabeza. Tras unos instantes comenzó a cantarme una nana que había oído en un sueño. Relajada y cómoda, me quedé dormida.

Dime lo que quieres», había dicho el Señor de la Noche.

«Algo mejor para el mundo», había respondido yo.

Pero también...

Por la mañana acudí temprano al Salón, antes de que comenzaran las sesiones del Consortium, con la esperanza de encontrar a Ras Onchi. Pero antes de llegar me encontré con Wohi Ubm, la otra aristócrata del Alto Norte, en la amplia escalinata porticada del Salón.

—Oh —dijo después de una torpe presentación y una pregunta mía. Lo supe en el mismo instante, en cuanto vi la expresión de tristeza en sus ojos—. No os habéis enterado... Ras murió mientras dormía hace dos noches. —Suspiró—. Aún no termino de creérmelo Pero bueno, era muy mayor.

Volví al Cielo.

Anduve por los pasillos un rato, pensando en la muerte.

Los sirvientes me saludaban con la cabeza al pasar y yo les devolvía el gesto. Los cortesanos —los miembros de la casta superior, como yo — o me ignoraban o me observaban con franca curiosidad. Supongo que se había corrido la voz de que estaba acabada como candidata al trono, derrotada en público por Scimina. No todas las miradas eran amables. Pero aun así, respondí con un saludo a todas ellas. Su mezquindad no era cosa mía.

En uno de los pisos inferiores sorprendí a T'vrii en un balcón, haciendo equilibrios con un portapapeles sobre un dedo mientras veía pasar una nube. Cuando lo toqué, dio un respingo tan fuerte (aunque fue lo bastante rápido como para coger el portapapeles), que deduje que había estado pensando en mí.

—El baile se celebrará mañana al anochecer —dijo. Me había colocado a su lado junto a la barandilla, desde donde podía disfrutar de la vista y del consuelo de su presencia en silencio—. Durará hasta la mañana siguiente. Es lo que manda la tradición, antes de la ceremonia de sucesión. Mañana es luna nueva, una noche que en su día era sagrada para los seguidores de Nahadoth. Les gusta utilizarla con este fin.

«Qué mezquindad la suya», pensé. O la de Itmpas.

—Inmediatamente después de que concluya el baile, se enviará la Piedra de la Tierra por el pozo central del palacio hasta la cámara del ritual, en la torre del solario.

—Ah. Te oí advertir de ello a los sirvientes la pasada semana.

T'vrii giró hábilmente el portapapeles entre sus dedos, sin mirarme.

—Sí. Se supone que una exposición fugaz no hace daño, pero... —Se encogió de hombros—. Es una cosa de los dioses. Más vale mantenerse a distancia.

No pude remediarlo: me eché a reír.

—¡Sí, estoy de acuerdo!

T'vrii me miró con una expresión extraña y una sonrisa pequeña e insegura en los labios.

—Pareces... contenta.

Me encogí de hombros.

—No soy de las que se pasan todo el tiempo lamentándose. A lo hecho, pecho.

Eran las palabras de Nahadoth.

T'vrii se removió en el sitio, incómodo, mientras se apartaba de la cara algunos mechones agitados por el viento.

—Me... me han dicho que se está reuniendo un ejército en el paso que conduce de Menchey a Darr.

Entrelacé los dedos y los miré fijamente, mientras acallaba los gritos de una voz dentro de mí. Scimina había jugado bien sus cartas. Si no era la elegida, seguro que había dejado instrucciones claras a Gemd para que llevara a cabo una carnicería. Puede que lo hiciera de todos modos cuando liberara a los enefadeh, pero yo contaba con que el mundo estuviera demasiado preocupado por sobrevivir en medio de una nueva Guerra de los Dioses. Sieh me había prometido que Darr permanecería a salvo en medio del cataclismo. No estaba totalmente convencida de que pudiera fiarme de aquella promesa, pero era mejor que nada.

Por enésima vez, o al menos así me lo pareció a mí, consideré y rechacé la idea de abordar a Relad. Los agentes de Scimina estaban sobre el terreno. Su cuchillo estaba en la garganta de Darr. Si elegía a Relad en la ceremonia, ¿tendría tiempo de actuar antes de que el cuchillo asestara el golpe fatal? No podía dejar el futuro de mi pueblo en manos de un hombre al que ni siquiera respetaba.

Sólo los dioses podían ayudarme ya.

—Relad se ha confinado en sus aposentos —me dijo T'vrii. Obviamente, sus pensamientos seguían la misma línea que los míos—. No recibe visitas y no deja entrar a nadie, ni siquiera a los sirvientes. Solamente el Padre sabe lo que está comiendo... o bebiendo. Algunos de los de la casta superior han apostado a que se matará antes del baile.

—Supongo que no hay muchas más cosas interesantes por las que apostar.

Me miró de reojo. Parecía estar pensando si debía añadir algo más.

—Otros están apostando si te matarás tú.

Me eché a reír en medio de la brisa.

—¿Y cómo están las apuestas? ¿Crees que me dejarían participar?

Se volvió hacia mí, con mirada repentinamente penetrante.

—Yeine, si te... —No dijo nada más y apartó la mirada. La voz se le había quebrado en la última palabra.

Le cogí la mano y la sostuve mientras él inclinaba la cabeza y, temblando, luchaba por mantener el control de sí mismo. Allí dirigía y protegía a los sirvientes: las lágrimas le habrían hecho sentir débil. Ésa ha sido siempre una fragilidad de los hombres.

Al cabo de unos instantes aspiró profundamente.

—¿Quieres que te acompañe al baile mañana por la noche? —dijo con una voz un poco más aguda de lo habitual.

Cuando Viraine me propuso lo mismo, lo aborrecí. En el caso de T'vriil, la oferta me hizo quererlo un poco más.

—No, T'vriil, no quiero acompañantes.

—Podría ayudarte tener un amigo allí.

—Podría. Pero nunca le pediría algo así a uno de mis pocos amigos.

—No me lo has pedido. Yo me ofrezco...

Me acerqué un paso a él y me apoyé en su brazo.

—No me pasará nada, T'vriil.

Me contempló durante un momento muy prolongado y luego sacudió lentamente la cabeza.

—No, ¿verdad? Ah, Yeine. Te voy a echar de menos.

—Deberías irte de aquí, T'vriil. Buscarte una buena mujer que cuide de ti y te tenga entre sedas y joyas.

Me miró fijamente un momento y luego se echó a reír, esta vez sin la menor tensión.

—¿Una mujer de Darr?

—No, ¿estás loco? Ya has visto cómo somos. Búscate una ken. Puede que a ellas les gusten esas bonitas manchas que tienes.

—Esas bonitas... ¡Pecas, so bárbara! Se llaman «pecas».

—Lo que sea. —Le cogí la mano, la besé en el dorso y luego lo solté—. Adiós, amigo mío.

Y allí lo dejé, todavía riéndose mientras yo me alejaba.

¿Pero?

Pero eso no era lo único que yo quería.

La conversación me ayudó a decidir mi siguiente movimiento. Fui a buscar a Viraine. Había estado pensando en abordarlo directamente desde la conversación mantenida la pasada noche con Nahadoth, sin terminar de saber si debía hacerlo. Ahora creía que había sido Viraine, y no Dekarta, el que había asesinado a mi madre. Aún no lo entendía. Si la amaba, ¿por qué asesinarla? ¿Y por qué ahora, veinte años después de que ella le partiera el corazón? Parte de mí anhelaba comprenderlo.

Al resto no le importaba por qué lo había hecho. Esta parte de mí quería sangre y sabía que si la escuchaba, puede que hiciese alguna tontería. Habría sangre de sobra cuando culminara mi venganza contra los Arameri. Todos los horrores y la muerte de una segunda Guerra de los Dioses. Tanta sangre sería suficiente para mí... aunque no estuviese viva para verlo. Así de egoístas somos los mortales.

De modo que fui a ver a Viraine.

No respondió cuando llamé a la puerta de su estudio y por un momento vacilé, sin saber si debía seguir adelante. Entonces oí un ruido tenue y amortiguado procedente del interior.

En el Cielo las puertas no se cierran. A los miembros de las cartas superiores, la posición y el poder político les proporcionan seguridad más que suficiente, puesto que sólo aquellos que son inmunes al castigo se atreven a invadir la privacidad de otros. Yo, condenada a morir en poco más de un día, era una de ellos, así que abrí una rendija de la puerta.

Al principio no vi a Viraine. Allí estaba el banco de trabajo en el que me había puesto la marca, sólo que vacío esta vez. Todos los bancos estaban vacíos, de hecho, lo que me resultó extraño. Y también lo estaban las jaulas de los animales del fondo de la cámara, lo que me resultó más extraño aún. Entonces vi a Viraine: en parte porque estaba totalmente inmóvil y en parte porque con su pelo y su indumentaria blancos, parecía una mera extensión de su prístino y estéril lugar de trabajo.

Se encontraba cerca del globo de cristal de gran tamaño que había en la parte trasera de la cámara. Al principio pensé que estaba apoyado en él para escudriñar sus traslúcidas profundidades. Puede que así espíase mis solitarias y fallidas comunicaciones con los reinos que se me habían asignado. Pero entonces vi que estaba encorvado, con una mano apoyada sobre la superficie pulida del globo y la cabeza inclinada. No podía ver su otra mano a través de los blancos cortinajes de su cabello, pero había algo en sus movimientos furtivos que provocó un hormigueo instantáneo de reconocimiento dentro de mí. Sorbió por la nariz y eso lo confirmó: sólo en su estudio, la víspera de la reafirmación del triunfo de su deidad, Viraine estaba llorando.

Fue una debilidad impropia de una mujer darre, pero esto aplacó mi furia. No sabía por qué estaba llorando. Puede que todos sus crímenes hubieran revivido los jirones de su conciencia por un momento. Puede que se hubiera pillado un dedo del pie. Pero durante el momento que pasé allí, viéndolo llorar como T'vriil había tratado de no hacer, no pude sino preguntarme: ¿y si alguna de aquellas lágrimas era por mi madre? Tan poca gente la había llorado aparte de mí...

Cerré silenciosamente la puerta y me marché.

Tonta de mí.

Sí. Incluso entonces, te resististe a la verdad.

¿Lo sé?

Ahora sí. Entonces no.

¿Y por qué...?

Estás muriéndote. Tu alma está en guerra. Y otro recuerdo te preocupa.

«Dime lo que quieres», había dicho el Señor de la Noche.

Scimina estaba en sus aposentos, preparando su vestido para el baile. Era blanco, un color que no la favorecía. No había contraste suficiente entre la tela y su piel pálida, y el resultado general la hacía parecer apagada. Sin embargo, el vestido, resaltado por los diminutos diamantes que tachonaban el corpiño y los pliegues de la falda, era precioso. Las piedras atrapaban la luz mientras ella daba vueltas sobre el estrado para los sastres.

Esperé pacientemente mientras les daba instrucciones. Al otro lado del cuarto, la versión humana de Nahadoth estaba sentada sobre el alféizar de la ventana, contemplando el sol de la primera tarde. Si me oyó entrar, ni siquiera levantó la cabeza.

—Confieso que siento curiosidad —dijo Scimina mientras, por fin, se volvía hacia mí. Experimenté un fugaz y absurdo sentimiento de placer al ver un moratón de grandes dimensiones en su mandíbula. ¿No existía magia capaz de curar rápidamente heridas pequeñas como aquélla? Qué pena—. ¿Qué te trae de visita? ¿Vienes a suplicar para tu país?

Sacudí la cabeza.

—No serviría de nada.

Sonrió casi con amabilidad.

—Es cierto. En ese caso, ¿qué quieres?

—Aceptar una oferta tuya —dije—. Si es que sigue en pie.

Otra pequeña satisfacción: la mirada vacía de su rostro.

—¿Y qué oferta es ésa, prima?

Asentí en dirección a la figura del alféizar, tras ella. Estaba vestido con camisa y pantalones negros y sencillos, y un collar de hierro, sin adornos por una vez.

—Dijiste que podía tomar prestada tu mascota alguna vez.

Detrás de Scimina, Naha se volvió hacia mí con los ojos castaños abiertos de par en par. Scimina también lo hizo, por un instante, y luego se echó a reír.

—¡Ya veo! —Cambió el peso de pie y se puso una mano en la cadera, para consternación de los sastres—. No puedo discutir tu gusto prima. Es mucho más divertido que T'vrii. Pero, y no te ofendas, pareces una criatura muy menuda. Y mi Naha es tan... fuerte. ¿Estás segura?

Sus insultos pasaron sobre mí como el roce de la brisa: apenas los noté.

—Sí.

Sacudió la cabeza, regocijada.

—Muy bien. De todos modos ahora mismo no me sirve de nada. Todavía continúa débil. Pero puede que sea el momento idóneo para ti... —

Hizo una pausa y miró un instante hacia las ventanas. Para comprobar la posición del sol—. Pero ya sabes que debes tener cuidado con el anochecer.

—Naturalmente. —Sonreí, lo que provocó un momentáneo gesto ceñudo en ella—. No siento deseos de morir antes de lo necesario.

Algo parecido a la sospecha destelló en los ojos de Scimina durante un momento y sentí una tensión en la boca del estómago. Pero finalmente se encogió de hombros.

—Vete con ella —dijo, y Nahadoth se levantó.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó él con voz neutra.

—Hasta que esté muerta. —Scimina sonrió y abrió los brazos en un gesto magnánimo—. ¿Quién soy yo para negar una última voluntad? Pero ya que estás, Naha, asegúrate de que no hace nada que la agote... o al menos nada que la deje incapacitada. La necesitamos en condiciones dentro de dos días.

La cadena de hierro estaba unida a un muro cercano. Con las últimas palabras de Scimina, se soltó. Nahadoth recogió el extremo del suelo y luego se quedó allí mirándome, con expresión imposible de interpretar.

Incliné la cabeza en dirección a Scimina. Ella me ignoró y devolvió su atención a los sastres con un gruñido de irritación. Uno de ellos había cogido mal el dobladillo. Me marché sin pararme a comprobar si Nahadoth me seguía inmediatamente o más tarde.

¿Qué querría si pudiera ser libre?

Seguridad para Darr.

Dar sentido a la muerte de mi madre.

Un cambio el mundo.

Y para mí...

Ahora lo entiendo. He elegido a quien me dará forma.

—Te ha dicho la verdad —dijo Naha una vez que estuvimos solos en mi habitación—. En este momento no sirvo de mucho. —Lo dijo sin inflexión alguna en la voz, pero aun así adiviné la amargura que lo consumía.

—Muy bien —dije—. De todos modos, tampoco estoy interesada. —Me acerqué a la ventana.

Hubo silencio tras de mí durante largo rato y luego se me acercó.

—Algo ha cambiado. —La luz no me permitía ver su reflejo, pero podía imaginarme su expresión suspicaz—. Estás distinta.

—Han pasado muchas cosas desde la última vez que nos vimos.

Me tocó el hombro. Al ver que no apartaba su mano, hizo lo mismo con el otro y me dio la vuelta con delicadeza, hasta tenerme frente a sí. Me miró fijamente a los ojos, tratando de leer en ellos, quizá tratando de intimidarme.

Pero tan de cerca era cualquier cosa menos intimidante. Unas profundas líneas de agotamiento abrían surcos desde sus ojos hundidos. Los ojos, por su parte, estaban inyectados en sangre y resultaban aún más vulgares que antes. Su postura era encorvada y extraña. De pronto lo entendí: apenas podía tenerse en pie. La tortura infligida a Nahadoth le había pasado factura también a él.

Mi rostro debió de revelar la lástima que me inspiraba, porque de repente frunció el ceño y se irguió.

—¿Para qué me has hecho venir?

—Siéntate —dije, señalando la cama. Traté de volverme hacia la ventana, pero sus dedos me apretaron los hombros. De no haberse encontrado en aquel estado, me habría hecho daño. Ahora lo entiendo. Era un esclavo, un prostituto, despojado hasta del control de su propio cuerpo. El único poder que tenía era el poco que podía ejercer sobre sus amantes, sus amas. No era mucho.

—¿Estás esperándolo? —Su manera de decir «esperándolo» contenía infinito resentimiento—. ¿Es eso?

Levanté los brazos y, con firmeza, retiré sus manos de mis hombros.

—Siéntate. Ahora mismo.

El «ahora mismo» hizo que me soltara, caminara los pocos pasos que nos separaban de la cama y se sentara. Lo hizo sin apartar de mí un instante una mirada de hostilidad. Me volví hacia la ventana y dejé que su odio se estrellara contra mi espalda sin causar daño.

—Sí —dije—. Estoy esperándolo.

Una pausa de asombro.

—Estás enamorada de él. Antes no lo estabas, pero ahora sí. ¿No es cierto?

Te resistes a la verdad.

Medité la pregunta.

—¿Enamorada de él? —Lo dije lentamente. La frase sonaba extraña cuando lo pensaba un poco, como un poema que has leído demasiado a menudo—. Enamorada de él...

Te preocupa otro recuerdo.

Me sorprendió oír auténtico miedo en la voz de Naha.

—No seas estúpida. No sabes la de veces que me he despertado junto a un cadáver. Si eres fuerte, puedes resistirte a él.

—Lo sé. Le he dicho que no otras veces.

—Entonces... —Confusión.

De repente tuve una epifanía sobre cómo habría sido su vida: la de este otro Nahadoth, al que nadie quería. Cada día, un juguete de los Arameri. Cada noche, no el sueño, sino el olvido, un olvido tan próximo a la muerte como pueden experimentar los mortales sin llegar a sufrirla. Sin paz, sin verdadero descanso. Cada mañana una aterradora sorpresa: heridas misteriosas. Amantes muertas. Y la pavorosa certeza de que no terminaría nunca jamás.

—¿Sueñas? —pregunté.

—¿Qué?

—Que si sueñas. De noche. Mientras estás... dentro de él. ¿Lo haces?

Frunció el ceño durante un largo momento, como si estuviera tratando de encontrar dónde estaba el truco en mi pregunta.

—No —respondió finalmente.

—¿Nunca?

—A veces tengo... destellos. —Hizo un gesto vago mientras apartaba la mirada de mí—. Recuerdos, quizá, no sé lo que son.

Sonreí, embargada de repente por una repentina simpatía. Era como yo. Dos almas, o al menos dos yoes, dentro de un mismo cuerpo.

Puede que de ahí hubieran sacado la idea los enefadeh.

—Pareces cansado —dije—. Deberías dormir un poco.

Frunció el ceño.

—No. Ya duermo suficiente de noche...

—Duerme ahora —dije, y se recostó de lado tan rápidamente que, de haber sido otras las circunstancias, me habría echado a reír. Me acerqué a la cama, le subí las piernas a ella, me arrodillé a su lado y le acerqué los labios al oído.

—Ten gratos sueños —le ordené. El gesto ceñudo de su rostro se alteró ligeramente y, poco a poco, se fue alisando y dulcificando.

Satisfecha, me puse en pie y regresé a la ventana para esperar.

¿Por qué no consigo recordar lo que sucedió a continuación?

Lo estás recordando...

No, ¿por qué no puedo recordarlo ahora? Al hablar de ello, los recuerdos vuelven a mí, pero sólo entonces. Sin ello solamente hay un espacio vacío. Un gran agujero negro.

Estás recordando.

En el mismo instante en que la curva del sol se hundió por debajo del horizonte, la habitación se estremeció, y con ella el palacio entero. Tan de cerca, la vibración fue tan fuerte que me hizo castañetear los dientes. Fue como si una línea se expandiera hasta englobar el cuarto desde detrás de mí. Cuando terminó de pasar, la habitación estaba más a oscuras. Esperé y cuando sentí que se me erizaba el vello de la nuca, hablé:

—Buenas noches, señor Nahadoth. ¿Os sentís mejor?

La única respuesta que recibí fue una sorda y trepidante exhalación. El cielo del atardecer estaba aún veteado de luz solar en abundancia, dorados, rojos y violetas tan intensos como joyas. Todavía no era él por completo.

Me volví. Se había incorporado en la cama. Aún parecía humano, corriente, pero podía ver cómo se agitaba su cabello a su alrededor, a pesar de que no había brisa. Mientras lo observaba se hizo más denso, más largo, más oscuro y se enroscó sobre sí mismo para hilvanar su capa de oscuridad. Fue fascinante y muy hermoso. Había apartado el rostro de la luz del sol que aún perduraba y no vio que me acercaba hasta que estuve justo a su lado. Luego levantó la mirada y alzó la mano como si quisiera protegerse. «¿De mí?», pensé, y sonreí.

Su mano comenzó a temblar mientras la observaba. La cogí, aliviada por la fría sequedad de su piel. (Su piel era más morena ahora, advertí. ¿Obra mía?) Más allá de la mano, sus ojos me observaban, negros ahora, sin parpadear. Inconscientes como los de una bestia.

Le acaricié la mejilla y le deseé cordura. Parpadeó, frunció levemente el ceño y luego, al levantarse su confusión, me miró fijamente. La mano que había cogido se quedó inmóvil.

Cuando creí llegado el momento justo, le solté la mano. Me desabroché la blusa y dejé que resbalara por mis hombros. Me abrí la falda y la dejé caer, junto con la ropa interior. Desnuda, aguardé como una ofrenda.

Y entonces... entonces...

Lo recuerdas.

No. No, no lo recuerdo.

¿De qué tienes miedo?

No lo sé.

¿Te hizo daño?

¡No lo recuerdo!

Sí lo recuerdas. Piensa, niña. Yo te hice más fuerte. ¿Cuáles eran los sonidos? ¿Los olores? ¿Cómo te hacen sentir los recuerdos?

Como... como el verano.

Sí. Húmedas y sofocantes, las noches de verano. ¿Sabías que la tierra absorbe todo el calor del día y lo devuelve en las horas de oscuridad?

Toda esa energía flota en el aire, esperando que la utilicen. Impregna la piel. Te abre la boca y se enrosca alrededor de tu lengua.

Lo recuerdo. Oh, dioses, lo recuerdo.

Sabía que lo harías.

Las sombras de la habitación parecieron alargarse cuando el Señor de la Noche se puso en pie. Se irguió sobre mí, amenazante, y por primera vez no pude ver sus ojos en la oscuridad.

—¿Por qué? —preguntó.

—Nunca respondiste a mi pregunta.

—¿Pregunta?

—Si me matarías, si llegaba a pedírtelo.

No fingiré que no tuviera miedo. Formaba parte de ello: mi corazón alborotado, la aceleración de su respiración. *Esui*, la emoción del peligro.

Pero entonces alargó los brazos, tan lentamente que temí que fuese un sueño y me recorrió el brazo con las yemas de los dedos. Con un solo roce, mi temor se convirtió en algo totalmente distinto. Dioses. Diosa.

Una dentadura blanca destelló en la oscuridad, sobresaltándome. Oh, sí, aquello iba mucho más allá del mero peligro.

—Sí —respondió—. Si me lo pidieras, te mataría.

—¿Así sin más?

—Quieres controlar tu muerte porque no puedes controlar tu vida. Lo... entiendo. —Había tanto significado contenido en aquella breve

pausa... Me pregunté, por un instante, si el Señor de la Noche habría anhelado la muerte alguna vez.

—No pensé que quisieras que controlase mi muerte.

—No, pequeño peón. —Traté de concentrarme en sus palabras mientras su mano continuaba su lento ascenso por mi brazo, pero era difícil.

Soy una mera humana—. Es ltempas el que impone su voluntad a los demás. Yo siempre he preferido sacrificios voluntarios.

En ese momento, su dedo llegó a mi clavícula y estuve a punto de apartarme, porque era tan agradable que resultaba casi insoportable. No lo hice porque había visto sus dientes. No se huye de un depredador.

—Sabía... sabía que dirías que sí. —Me temblaba la voz. Estaba balbuceando—. No sé cómo, pero lo sabía. Sabía... —*que era más que un peón para ti*. Pero no, esta parte no podía decirla.

—Debo ser lo que soy —dijo, como si las palabras tuvieran sentido—. Y ahora, ¿me lo estás pidiendo?

Me pasé los dedos por los labios, hambrienta.

—No te estoy pidiendo que me mates. Pero... a ti. Sí, te estoy pidiendo a ti.

—Tenerme a mí es morir —me advirtió, al mismo tiempo que me acariciaba los pechos con el dorso de dedos. Sus nudillos rodearon mi pezón, ya de por sí tenso, y se me escapó un jadeo. La habitación se volvió más oscura.

Pero un pensamiento se abrió paso en medio del deseo. Era la idea que me había motivado a cometer aquella locura, porque, a pesar de todo, yo no era una suicida. Quería vivir aunque fuese el escaso tiempo que me quedaba. Con la misma intensidad con la que aborrecía a los Arameri, quería entenderlos. Quería prevenir una segunda Guerra de los Dioses, pero al mismo tiempo quería liberar a los enefadeh. Quería tantas cosas, todas ellas contradictorias, todas ellas imposibles a la vez... Pero las quería de todos modos. Puede que la puerilidad de Sieh se me hubiera contagiado.

—En su tiempo tomaste muchas amantes humanas —dije. La voz me temblaba más de lo que me habría gustado. Se inclinó hacia mí e inhaló, como si quisiera absorber mi fragancia—. Hubo un tiempo en que las reclamabas por docenas, y todas vivieron para contarlo.

—Eso fue antes de que siglos de odio humano me convirtieran en un monstruo —dijo el Señor de la Noche, y por un momento su voz estuvo teñida de tristeza. Yo también había utilizado aquella misma palabra para mí. Pero me resultaba extraña e inapropiada en sus labios—. Antes de que mi hermano me robara toda la ternura que pudiera albergar mi corazón.

Y así, sin más, mi miedo se esfumó.

—No —dije.

Su mano se detuvo. Alargué la mía, la cogí y entrelacé los dedos con los suyos.

—Tu ternura no ha desaparecido, Nahadoth. La he visto. La he sentido. —Me llevé su mano a los labios. Sentí que sus dedos se estremecían, como con sorpresa—. Tenías razón sobre mí. Si he de morir, quiero hacerlo en mis propios términos. Hay muchas cosas que nunca haré. Pero esto sí puedo tenerlo. A ti. —Le besé los dedos—. ¿Quieres mostrarme esa ternura de nuevo, Señor de la Noche? Por favor.

Por el rabillo del ojo vi que se movía algo. Al volver la cabeza había líneas negras, ensortijadas de manera aleatoria, que se abrían paso como trazos por las paredes, las ventanas y el suelo. Las líneas brotaban de los pies de Nahadoth, se propagaban y se solapaban unas con otras. Por un momento vislumbré extrañas y etéreas profundidades dentro de aquellas líneas: algo que sugería nieblas flotantes y profundos e

incesantes abismos. Dejó escapar una profunda y susurrante exhalación, que se enroscó alrededor de mi lengua.

—Necesito tanto... —murmuró—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que compartí esa parte de mí, Yeine. Tengo hambre. Siempre tengo hambre. Me devora mi propia hambre. Pero Ítempas me ha traicionado y tú no eres Enefa y tengo... tengo miedo.

Las lágrimas afloraron a mis ojos. Subí los brazos, tomé su rostro entre mis manos y lo atraje hacia mí. Sus labios estaban fríos y esta vez sabían a sal. Creí sentirlo temblar.

—Te daré todo lo que pueda —dije al separarnos.

Pegó su frente a la mía. Tenía la respiración entrecortada.

—Debes decir las palabras. Intentaré ser lo que era antes, lo intentaré, pero... —Gimió suavemente y con desesperación—. ¡Di las palabras!

Cerré los ojos. ¿Cuántas de mis antepasadas Arameri habrían muerto tras decir aquellas palabras? Sonreí. Sería una muerte digna de una mujer darre, si me unía a ellas.

—Haz conmigo lo que quieras, Señor de la Noche —susurré.

Unas manos me aferraron.

No he dicho «sus» manos, porque eran demasiadas. Me agarraron de los brazos, de las caderas y se enroscaron con mi pelo. Incluso una de ellas me asió por el tobillo. La habitación estaba casi del todo a oscuras. No veía nada más que la ventana y el cielo tras ella, donde la luz del sol había terminado de desaparecer. Las estrellas giraban mientras me levantaban y me bajaban hasta que sentí la cama bajo mi espalda.

Entonces alimentamos el uno el hambre del otro. Allá donde quería que me tocaran, fuera donde fuese, él me tocó. Cuando yo lo tocaba, siempre sentía un momento de espera. Mis dedos tocaban el vacío antes de encontrar un brazo suave y musculoso. Enroscaba las piernas alrededor de la nada y de pronto encontraba unas caderas allí preparadas, tensas de presta energía. De este modo lo modelé a medida de mis fantasías. De este modo escogió ser modelado. Cuando me invadió una pesada y gruesa calidez, no habría podido decir si se trataba de un pene o de algún otro tipo de falo que sólo poseían los dioses. Sospecho que esto último, puesto que ningún pene normal podría llenar el cuerpo de una mujer como él llenó el mío. El tamaño no tenía nada que ver con ello. Esta vez me dejó gritar.

—Yeine... —A través de la neblina del calor de mi propio cuerpo, era consciente de unas pocas cosas. Las nubes, que volaban aceleradamente sobre las estrellas. La telaraña de líneas negras que cubría el techo de la habitación y que se hinchaban y ampliaban hasta formar un gran abismo anhelante. La creciente urgencia de los movimientos de Nahadoth. Sentí dolor, porque lo deseaba—. Yeine, ábrete a mí.

No sé lo que quería decir. No podía pensar. Pero me agarró del pelo, deslizó una mano por debajo de mis caderas y me empujó hacia él de un modo que me hizo volar de nuevo en espiral.

—¡Yeine!

Cuánta necesidad había en él... Qué terribles heridas, dos, en carne viva, aún abiertas, por dos amantes perdidos. Mucho más de lo que nunca podría llegar a colmar una chica mortal.

Y sin embargo, en mi locura, lo intenté. No podía. Era sólo humana. Pero en aquel momento quise ser más, dar más, porque lo amaba.

Lo amaba.

El cuerpo de Nahadoth se arqueó en dirección contraria a mí. A la luz postrera de las estrellas vislumbré por un instante un cuerpo suave, perfecto, de musculatura tensa y resplandeciente de sudor hasta el lugar en el que, más abajo, se unía al mío. Había echado el cabello hacia atrás, en un arco. Su rostro tenía los ojos cerrados con fuerza, la boca abierta y esa expresión deliciosa y casi agónica que se dibuja en el rostro de los hombres al llegar el momento. Las líneas negras se unieron y la nada nos envolvió.

Entonces caímos.

... No, no, volamos, no hacia abajo sino hacia delante, al interior de la oscuridad. Había vetas en el interior de aquella oscuridad, líneas finas y aleatorias de color blanco, dorado, rojo y azul. Alargué una mano con fascinación y la retiré al sentir un hormigueo en las yemas de los dedos. Al mirar me los encontré cubiertos por una materia titilante en la que orbitaban diminutas motas. Entonces Nahadoth gritó, su cuerpo entero se estremeció y ascendimos...

... entre estrellas incesantes, mundos incontables, capas de luz y brillantes nubes. Subimos y subimos a velocidad imposible, con un tamaño incomprensible. Dejamos la luz atrás y seguimos subiendo, entre cosas más extrañas que meros mundos. Formas geométricas que se retorcian e hinchaban. Un paisaje blanco de explosiones heladas... temblorosas líneas de intención que se volvieron para perseguirnos. Criaturas vastas y parecidas a ballenas, con ojos aterradores y los rostros de amigos perdidos tiempo atrás.

Cerré los ojos. No tuve más remedio. Pero las imágenes continuaron, porque en aquel lugar no había párpados que cerrar. Era inmensa, pero aún no había dejado de crecer. Tenía un millón de piernas, dos millones de brazos. No sé en qué me había convertido en aquel lugar al que me había llevado Nahadoth, porque hay cosas que los mortales no están hechos para hacer, ser o comprender y yo las englobaba todas en aquel momento.

Algo familiar: la oscuridad que conforma la quintaesencia de Nahadoth. Me rodeó y se apretó contra mí hasta que no me quedó más remedio que someterme a ella. Sentí que algunas cosas dentro de mí —¿la cordura?, ¿el yo?— se expandían y se tensaban de tal modo que habría bastado con un mero roce para que se rompieran. Entonces llegó el fin. No tuve miedo, ni siquiera cuando cobré consciencia de un sonido, un rugido titánico y espantoso. No puedo describirlo si no es diciendo que algo de aquel rugido estaba en la voz de Nahadoth cuando volvió a gritar. Supe en ese momento que su éxtasis nos había llevado más allá del universo y que estábamos acercándonos al Maelstrom, lugar de nacimiento de los dioses. Que iba a hacerme mil pedazos.

Y entonces, justo cuando el rugido terrible alcanzó tal furia que supe que no podría soportarlo más, nos detuvimos. Flotamos, rendidos.

Y luego volvimos a caer por aquel paraje extraño, lleno de voces incoherentes, por aquella oscuridad dividida en capas, entre aquellos remolinos de luz y globos danzarines en dirección a uno de ellos en concreto, verde, azul y muy bello. Hubo un nuevo rugido cuando penetramos como dos exhalaciones por el aire, seguidos por una estela de fuego al rojo vivo. Algo brillante y pálido se alzó como encabritado, primero minúsculo y luego enorme, todo hecho de agujas, piedra blanca y traición —*el Cielo, es el Cielo*— y al fin se nos tragó enteros.

Creo que volví a gritar cuando, desnuda, con la piel humeante, me estrellé contra la cama. La onda expansiva sacudió la habitación entera. El ruido fue como si el Maelstrom hubiera llegado a la tierra. No supe nada más.

Debería haberme matado aquella noche. Habría sido más sencillo.

Eso es muy egoísta por tu parte.

¿Cómo?

Te entregó su cuerpo. Te mostró un placer que ningún amante mortal podría igualar. Luchó contra su propia naturaleza para mantenerte con vida y dices que ojalá no se hubiera molestado.

No es eso lo que...

Sí, claro que sí. Oh, niña. ¿Crees que lo amas? ¿Crees que eres digna de su amor?

No puedo hablar por él. Pero sé lo que siento.

No seas...

Y sé lo que oigo. Los celos no te sientan bien.

¿Qué?

Por eso estás enfadada conmigo, ¿no? Eres como Itempas, No soportas compartir...

¡Silencio!

... pero es necesario, ¿no te das cuenta? Nunca ha dejado de amarte. Y nunca lo hará. Itempas y tú siempre tendréis su corazón en vuestras manos.

... Sí. Eso es cierto. Pero yo estoy muerta e Itempas está loco.

Y yo me estoy muriendo. Pobre Nahadoth.

Pobre Nahadoth y pobres de nosotros.

Desperté lentamente, consciente primero de una sensación de calidez y confort. La luz del sol recayó sobre mi mejilla, roja a través de uno de mis párpados. Una mano me acariciaba la espalda describiendo pequeños arcos.

Abrí los ojos y al principio no entendí lo que sucedía. Una superficie blanca y ondulada. Conservaba vagos recuerdos de algo parecido — explosiones congeladas—, pero en ese momento los recuerdos se sumergieron en las profundidades de mi consciencia, donde no podía alcanzarlos. Por un momento lo comprendí: era mortal y no estaba lista para determinados conocimientos. Luego incluso esto se desvaneció y volví a ser yo misma. Llevaba una bata de felpa. Estaba apoyada en el regazo de alguien. Con el ceño fruncido, levanté la cabeza.

La forma diurna de Nahadoth me devolvió la mirada con ojos francos y demasiado humanos.

Sin pensar, me aparté de su regazo medio cayendo medio rodando y luego me puse en pie. Se levantó conmigo y hubo un momento de tensión, en el que yo lo miré mientras él se limitaba a permanecer allí.

El momento pasó cuando se volvió hacia una pequeña mesita de noche sobre la que descansaba un reluciente servicio de té plateado. Llenó una taza —con un sonido, que, por razones que no entendí, provocó que me encogiera— y entonces levantó la taza y me la ofreció.

«Desnuda, aguardé como una ofrenda...»

Fue como si un pez desapareciera en un estanque.

—¿Cómo te sientes? —preguntó. Volví a encogerme, sin saber si entendía las palabras. ¿Que cómo me sentía? Cálida. A salvo. Limpia. Levanté una mano y me olí la muñeca. Olía a jabón.

—Te he bañado. Espero que me perdones por tomarme la libertad. —Empleó una voz lenta y suave, como si estuviera hablando con una yegua asustadiza. Estaba distinto a la noche anterior. Para empezar, parecía más sano, pero además estaba más moreno, como un darre—. Estabas tan profundamente dormida que ni siquiera te despertaste. La bata estaba en el armario.

Ni sabía que tenía una bata. En ese momento me di cuenta de que aún sostenía la taza de té en la mano. La acepté, más que por auténtico interés, por educación. Al probarlo descubrí con sorpresa que era tibio, de sabor intenso y contenía menta refrescante y hierbas calmantes. Lo bebí con avidez. Naha levantó la tetera y me ofreció más en silencio. Dejé que me sirviera.

—Eres una maravilla —murmuró mientras yo bebía. Ruido. Me observaba fijamente y eso me molestaba. Aparté la mirada para que se callara, mientras saboreaba el té—. Estabas helada cuando desperté, y también cubierta de suciedad. Tenías algo... Creo que era hollín, por todo el cuerpo. El baño pareció calentarte y eso también ayudó... —Sacudió la cabeza en dirección a la silla donde habíamos estado sentados—. No había ningún otro sitio, así que...

—La cama... —dije, y me encogí por tercera vez. Tenía la voz ronca y la garganta en carne viva. La menta me sentaba muy bien.

Naha hizo una pausa momentánea y en sus labios se vislumbró un atisbo de su acostumbrada crueldad.

—La cama no habría servido.

Intrigada, miré detrás de él y me quedé sin aliento. La cama estaba destrozada, vencida, sobre una estructura partida, y con las patas rotas. A la colcha parecía que le hubieran asestado varios golpes con una espada antes de prenderle fuego. Había plumas de ganso y jirones de tela chamuscada por toda la habitación.

Y no era sólo la cama. Unos de los enormes ventanales de la habitación se había agrietado. No se había partido en mil pedazos de milagro. El espejo del tocador sí que lo había hecho. Una de mis estanterías estaba en el suelo, con su contenido desperdigado pero intacto (con gran alivio, vi que el libro de mi padre estaba allí). La otra estaba convertida en astillas, junto con la mayoría de los libros que sostenía.

Naha cogió la taza vacía de mi mano antes de que pudiera caérseme.

—Vas a necesitar la ayuda de uno de tus amigos enefadeh para arreglar esto. Esta mañana he impedido que entrara la servidumbre, pero no podré hacerlo siempre.

—No... no... —Sacudí la cabeza. Gran parte de lo que había sucedido tenía una presencia onírica en mi recuerdo, más metafísico que real. Recordaba haber caído. No había ningún agujero. Pero la cama...

Naha no dijo palabra mientras yo caminaba por la habitación pisando cristales y astillas con las zapatillas. Mientras yo recogía un fragmento

del espejo y me miraba en él comentó.
—No te pareces tanto al mural de la biblioteca como creía en un primer momento.
Al oír esto me volví hacia él. Estaba sonriendo. Lo había tomado por humano, pero no. Había vivido durante demasiado tiempo y de manera demasiado extraña, sabía demasiadas cosas. Puede que fuese más bien como los demonios de antaño, medio mortal y medio otra cosa.
—¿Cuánto hace que lo sabes? —pregunté.
—Desde que nos conocimos. —Sus labios se torcieron de repente—. Aunque, para ser honestos, tampoco se puede decir que nos conociéramos en ese momento.
Se había detenido y se me había quedado mirando aquella primera tarde en el Cielo. Después lo olvidé, en el azoramiento de mi terror. Y luego, en los aposentos de Scimina...
—Eres un buen actor.
—Qué remedio. —Su sonrisa había desaparecido—. Pero ni siquiera entonces estaba seguro. No lo estuve hasta despertar y encontrarme con esto. —Hizo un gesto que englobaba la destrozada habitación entera—. Y a ti a mi lado, viva.
«Cosa que no te esperabas.» Pero lo estaba y ahora tendría que lidiar con las consecuencias.
—No soy ella —dije.
—No. Pero apuesto a que eres una parte de ella, o ella es una parte de ti. Algo sé sobre estas cosas. —Se pasó la mano por los desgredados rizos negros. Era sólo pelo, no las volutas humeantes de su yo divino, pero el sentido era igualmente evidente.
—¿Por qué no se lo has contado a nadie?
—¿Crees que yo haría eso?
—Sí.
Se echó a reír, con un deje de dureza.
—Qué bien me conoces.
—Harías cualquier cosa que te facilitara la vida...
—Ah. Pues sí que me conoces. —Se dejó caer sobre la silla, el único mueble intacto que quedaba en la habitación y apoyó una pierna sobre uno de sus brazos—. Pero si tanto sabes, señorita, sabrás también por qué nunca les contaría a los Arameri tu... especial condición.
Dejé en el suelo el fragmento del cristal y me acerqué a él.
—Explícamelo —le ordené, porque aunque puede que le tuviese lástima, nunca me gustaría.
Sacudió la cabeza, como reprendiéndome por mi impaciencia.
—Yo también quiero ser libre.
Fruñí el ceño.
—Pero si el Señor de la Noche fuera liberado... —¿Qué le sucedía a un alma mortal enterrada en el cuerpo de un dios? Se dormiría para nunca despertar. ¿Perviviría alguna parte de él, atrapada y consciente dentro de una mente ajena e incomprensible? ¿O simplemente dejaría de existir?
Al ver que asentía me di cuenta de que todos aquellos pensamientos, y muchos otros, debían haber pasado por su cabeza con el paso de los siglos.
—Ha prometido destruirme si alguna vez llega el día.
Y sería un gran día para Naha, comprendí con un escalofrío. Puede que hubiera tratado de matarse antes, para verse resucitado a la mañana siguiente, atrapado dentro de una magia concebida para atormentar a un dios.
Bueno, si todo iba según lo planeado, pronto sería libre.
Me levanté y me acerqué a la única ventana intacta que quedaba. El sol estaba en lo alto, pasado ya el mediodía. La mitad de mi último día de vida había quedado atrás. Estaba tratando de decidir lo que iba a hacer en el tiempo que me quedaba cuando sentí una nueva presencia en la habitación y me volví. Sieh estaba allí. Miró la cama, luego a Naha y después a mí.
—Pareces estar bien —dije, contenta.
Volví a parecer un verdadero niño. Tenía una mancha de hierba en una rodilla. Pero la expresión de sus ojos cuando miró a Naha distaba mucho de ser juvenil. Al ver que sus pupilas se transformaban en sendas ranuras de ferocidad —esta vez vi el cambio a tiempo— supe que tenía que intervenir. Me acerqué a él y abrí los brazos para invitarlo a acercarse al tiempo que, deliberadamente, me interponía en su campo de visión.
Me rodeó con los brazos en un gesto que tomé por una demostración de afecto hasta que me levantó en vilo, me depositó detrás de él y se volvió hacia Naha.
—¿Estás bien, Yeine? —dijo mientras encorbaba ligeramente el cuerpo hacia delante. No era una postura de luchador, sino más bien el movimiento de un animal que se preparaba para saltar. Naha le devolvió la mirada con frialdad.
Le puse una mano sobre los hombros. Estaban tensos como la cuerda de un instrumento.
—Estoy bien.
—Es peligroso, Yeine. No nos fiamos de él.
—Encantador Sieh... —dijo Naha, y volvió a oírse el tono de crueldad en su voz. Abrió los brazos en una imitación burlona de mi propio gesto—. Cuánto te he echado de menos. Ven, dale un beso a tu padre.
Sieh siseó y tuve un instante para preguntarme si tendría alguna posibilidad de sujetarlo. Pero entonces, Naha se echó a reír y volvió a sentarse en la silla. Sabía exactamente hasta dónde podía tensar la cuerda, claro.
Sieh lo miró como si aún estuviera contemplando la posibilidad de hacer algo, así que decidí tratar de distraerlo.
—Sieh. —No me miró—. Sieh. Anoche estuve con tu padre.
Se revolvió hacia mí, tan sorprendido que sus ojos recuperaron la humanidad al instante. Detrás de él, Naha se rió por lo bajo.
—Eso no es posible —dijo Sieh—. Han pasado siglos desde que... —Se detuvo y se inclinó hacia delante. Vi que sus fosas nasales se arrugaban delicadamente una, dos veces—. Por el cielo y la tierra. Pues sí que estuviste con él.
Cohibida, olí subrepticamente el cuello de la bata. Por suerte era algo que sólo los dioses podían detectar.
—Sí.
—Pero debería... debería haberte... —Sacudió la cabeza bruscamente—. Oh, Yeine, ¿sabes lo que significa eso?
—Significa que vuestro pequeño experimento ha salido mejor de lo que esperabais —dijo Naha. En las sombras de su silla sus ojos relampaguearon, lo que me recordó un poco a su otro yo—. Quizá deberías probarlo tú también, Sieh. Ya debes de estar cansado de viejos perversos.
Sieh se puso tenso y apretó los dos puños. Me maravillo que permitiera que tales puyas lo afectaran, pero puede que fuese otra de sus debilidades. Se había sometido a sí mismo a las leyes de la infancia. Puede que una de ellas fuese: «Ningún niño mantendrá la calma cuando lo

ofendan.»

Le toqué la barbilla e hice que se volviera para mirarme.

—La habitación. ¿Te importaría....?

—Oh, claro. —Tras dar la espalda ostentosamente a Naha, pasó la mirada por la habitación entera y dijo algo en su propia lengua, con voz fuerte y aguda. En un abrir y cerrar de ojos, la habitación volvió a su estado anterior, como si tal cosa.

—Qué útil —dije.

—No hay nadie que sepa limpiar estropicios mejor que yo. —Me miró con una fugaz sonrisa.

Naha se levantó e, ignorándonos de manera evidente, comenzó a curiosear entre los libros de una de las estanterías. En aquel momento me di cuenta de que se había comportado de otro modo antes de que apareciera Sieh: solícito, respetuoso y casi amable. Abrí la boca para darle las gracias, pero al final me lo pensé mejor. Sieh se había cuidado de ocultarme esa parte de sí, pero yo había visto indicios de que tenía una vena cruel. Había muchísimo resentimiento entre ellos y, por lo general, tales circunstancias no tienen un único culpable.

—Vamos a otro sitio a hablar. Tengo un mensaje para ti. —Las palabras de Sieh me sacaron de mis reflexiones. Me llevó a la pared más cercana. La atravesamos para salir al espacio intermedio del otro lado.

Después de varias estancias, Sieh suspiró, abrió la boca, la cerró y finalmente se decidió a hablar.

—El mensaje que te traigo es de Relad. Quiere hablar contigo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero no creo que debas ir.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué no?

—Piensa, Yeine. No eres la única que se enfrenta a la muerte mañana. Cuando nombres heredera a Scimina, lo primero que hará será matar a su hermanito, y él lo sabe. ¿Y si decide que matarte a ti, ahora mismo, antes de la ceremonia, es el mejor modo de prolongar su vida unos días más? Sería en vano, claro. Dekarta ya ha visto lo que ha pasado con Darr. Sólo tiene que designar a otro para el sacrificio y ordenarle que elija a Scimina. Pero los hombres desesperados no piensan siempre de manera racional.

El razonamiento de Sieh tenía sentido... pero había otra cosa que no.

—¿Relad te ha ordenado que me trajeras el mensaje?

—No, me lo ha pedido. Y ha pedido verte a ti. Me dijo: «Si la ves, recuérdale que no soy mi hermana. Nunca le he hecho daño. Sé que a ti te escucha». —Frunció el ceño. «Recuérdale», ésa fue su única orden. Y él sabe cómo debe hablarnos. Me dejó libertad de elección deliberadamente.

Me detuve. Sieh continuó caminando unos pasos antes de darse cuenta.

—¿Y por qué has decidido contármelo? —pregunté.

Una sombra de intranquilidad pasó por delante de sus ojos. Bajó la mirada.

—No debería haberlo hecho, es cierto —dijo lentamente—. Kurue no me lo habría permitido de haberlo sabido. Pero no lo sabe... —Una leve sonrisa cruzó por su rostro—. Bueno, puede que se enfade, así que habrá que procurar que no se entere.

Crucé los brazos y esperé. Aún no había respondido mi pregunta y lo sabía.

Puso cara de fastidio.

—Ya no eres divertida.

—Sieh.

—Vale, de acuerdo. —Se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros con total desparpajo, pero su voz era muy seria—. Has accedido a ayudarnos, nada más. Eso te convierte en nuestra aliada, no en nuestra herramienta. Kurue se equivoca. No deberíamos ocultarte cosas.

Asentí.

—Gracias.

—Dámelas por no mencionárselo a Kurue. Ni a Nahadoth o a Zhakkarn, ya que estamos. —Hizo una pausa y luego me sonrió con repentino contento—. Aunque parece que Nahadoth y tú tenéis vuestros propios secretos.

Sentí que se me acaloraban las mejillas.

—Fue decisión mía —balbuceé, embargada por la irracional necesidad de explicarme—. Lo cogí por sorpresa y...

—Yeine, por favor. No irás a decirme que te aprovechaste de él o algo parecido, ¿verdad?

Y como era exactamente lo que me disponía a decir, guardé silencio.

Sieh sacudió la cabeza y suspiró. Me sorprendió ver una especie de extraña tristeza en su sonrisa.

—Me alegro, Yeine, más de lo que crees. Ha estado tan solo desde la guerra...

—No está solo. Os tiene a vosotros.

—Lo consolamos, sí, e impedimos que pierda la cordura por completo. Hasta podemos ser sus amantes, aunque para nosotros la experiencia es tan... vaya, tan agotadora como lo fue para ti. —Volví a ruborizarme, aunque en parte era por la perturbadora idea de que Nahadoth se acostara con sus propios hijos. Pero, a fin de cuentas, los Tres habían sido hermanos. Los dioses no se regían por nuestras propias leyes.

Como si pudiera oír mis pensamientos, Sieh asintió.

—Lo que necesita es un igual, no las ofrendas de lástima de sus propios hijos.

—Yo no soy igual a los Tres, Sieh, lleve dentro el alma que lleve.

Su expresión se tornó solemne.

—El amor puede nivelar las diferencias entre mortales y dioses, Yeine. Eso es algo que hemos aprendido a respetar.

Sacudí la cabeza. Había algo que comprendí en el momento en que se aplacó el impulso de hacer el amor con un dios.

—Él no me ama.

Sieh puso los ojos en blanco.

—Yo te amo, Yeine, pero a veces eres tan mortal...

Desconcertada por el comentario, guardé silencio. Sieh sacudió la cabeza, convocó una de sus esferas flotantes de la nada y comenzó a moverla entre sus manos. Era verde y azul, lo que atizó de manera implacable mis recuerdos.

—Bueno, ¿qué vas a hacer con Relad?

—¿Qué...? Oh. —Era mareante, aquel constante baile entre asuntos mundanos y divinos—. Me voy a reunir con él.

—Yeine...

—No me matará. —En mi mente, volví a ver el rostro de las noches antes, enmarcado por la puerta de mi habitación. Había venido a contarme que estaban torturando a Sieh, cosa que ni siquiera T'vriil había hecho. Seguro que sabía que si Scimina me obligaba a revelar mis secretos, ella ganaría la competición. Así que, ¿por qué lo habría hecho?

Yo tenía mi propia teoría, basada en nuestro breve encuentro en el solarío. Creía que, en su fuero interno, Relad era aún menos Arameri que T'vriil... Puede que incluso menos que yo. En algún lugar, escondido entre tanta amargura y desprecio por sí mismo, oculto bajo un millar de capas protectoras, Relad Arameri tenía un buen corazón.

Algo superfluo para un heredero Arameri, de ser cierto. Más que superfluo: peligroso. Pero a causa de ello, estaba dispuesta a correr el riesgo de confiar en él.

—Aún podría escogerlo a él —dije a Sieh—, y lo sabe. No tendría sentido, porque provocaría el sufrimiento de mi pueblo. Pero podría hacerlo. Soy su última esperanza.

—Pareces muy segura —dijo Sieh con tono de duda.

Sentí el impulso repentino de despeinarlo. Puede que le hubiera gustado, dado su naturaleza, pero lo que no le habría gustado fue el pensamiento que desencadenó el impulso: Sieh era realmente un niño desde una perspectiva esencial. No entendía a los mortales. Había vivido entre nosotros durante siglos. Durante milenios. Y, sin embargo, nunca había sido uno de nosotros. No conocía el poder de la esperanza.

—Estoy totalmente segura —dije—. Pero te agradecería que vinieras conmigo.

Puso cara de sorpresa, aunque al instante me cogió de la mano.

—Naturalmente. ¿Por qué?

—Apoyo moral. Y por si resulta que estoy totalmente equivocada.

Sonrió y abrió otra pared que nos llevaría hasta allí.

El cuarto de Relad era tan grande como el de Scimina, es decir, tres veces mayor que el mío. De haber visto sus aposentos el día de mi llegada al Cielo, habría entendido de inmediato que no era una auténtica contendiente por el trono de Dekarta.

Sin embargo, la habitación estaba organizada de un modo totalmente distinto a la de Scimina: una enorme cámara abierta con una pequeña escalera cerca de la parte trasera, que conducía a un entrepiso. El piso principal lo dominaba una depresión en forma de cuadrado situada en el suelo, con un plano del mundo hecho de preciosas baldosas de cerámica. Aparte de este detalle, la cámara era sorprendentemente austera. Apenas tenía algunos muebles, una barra a un lado repleta de botellas de alcohol y una pequeña librería. Y Relad, de pie junto al plano, con aire rígido, formal e incómodamente sobrio.

—Saludos, prima —dijo cuando entré, pero entonces se detuvo y miró a Sieh con hostilidad—. Sólo he invitado a Yeine.

Puse una mano sobre el hombro de Sieh.

—Le preocupaba que pretendieras hacerme daño, primo. ¿Lo pretendes?

—¿Cómo? ¡Claro que no! —Su mirada de sorpresa me tranquilizó. De hecho, todo en la escena sugería que pretendía cautivarme, y no se cautiva a la gente prescindible—. ¿Por qué iba a hacerlo, por el Maelstrom? Muerta no me sirves de nada.

Sonreí y decidí dejar pasar ese comentario carente de todo tacto.

—Me alegro de oír eso, primo.

—Haced como si no estuviera —dijo Sieh—. Como si fuera una mosca en la pared.

Relad hizo un esfuerzo y lo ignoró.

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Té? ¿Un trago?

—Bueno, ya que lo preguntas... —comenzó a responder Sieh antes de que le estrujara el hombro. No quería ofender a Relad, aún no.

—No, gracias —dijo—. Pero te agradezco la oferta. Y también tu advertencia de anteanoche, primo. —Le acaricié el pelo a Sieh.

Relad luchó por encontrar una respuesta apropiada durante tres segundos enteros antes de musitar finalmente:

—No fue nada.

—¿Por qué me has invitado a venir?

—Tengo que hacerte una oferta. —Hizo un gesto vago en dirección al suelo.

Bajé la mirada hacia el mapa del suelo y mis ojos localizaron al instante el Alto Norte y el diminuto rincón de él que era Darr. Cuatro piedras blancas, pulidas y cuadradas lo delimitaban en sus fronteras: una por cada uno de los tres reinos que, sospechaba yo, formaban la alianza, más una segunda en Menchey. En el corazón de Darr descansaba una única piedra de mármol gris, que probablemente representase el poder de nuestras patéticas fuerzas. Pero al sur de Menchey, a lo largo del punto donde el continente se encontraba con el mar de la Penitencia, había tres piedras de color amarillo pálido. No era capaz de adivinar lo que representaban.

Levanté la mirada hacia Relad.

—Darr es lo único que me importa en este momento. Scimina me ha ofrecido las vidas de mis compatriotas. ¿Es eso lo que me ofreces?

—En potencia, más que eso. —Bajó a la depresión del mapa y se acercó a un lado del Alto Norte. Sus pies estaban en medio del Mar de la Penitencia, lo que, por un instante, me pareció hilarante—. Las blancas representan a tus enemigos, como ya habrás deducido. Los peones de Scimina. Éstas —señaló las piedras amarillas— son mías.

Fruncí el ceño, pero antes de que pudiera decir nada, Sieh resopló.

—No tienes aliados en el Alto Norte, Relad. Llevas años ignorando ese continente. El triunfo de Scimina es consecuencia de tu propia negligencia.

—Lo sé —replicó Relad secamente, pero entonces se volvió hacia mí—. Es cierto que no tengo amigos en el Alto Norte. Y aunque los tuviera, todos los reinos de la región odian tu tierra, prima. Scimina sólo les está facilitando lo que llevan generaciones deseando hacer.

Me encogí de hombros.

—El Alto Norte era una tierra de bárbaros y los darre estábamos entre los más bárbaros de ellos. Puede que los sacerdotes nos hayan civilizado desde entonces, pero nadie puede borrar el pasado.

Relad asintió sin ningún interés. Le daba igual y resultaba evidente. Realmente, la diplomacia no era lo suyo. Volvió a señalar las piedras amarillas.

—Mercenarios —dijo—. Piratas ken y min, sobre todo. Algunos guerreros del crepúsculo de Ghor y un contingente de soldados de la ciudad de Zhurem. Puedo ordenarles que luchen por ti.

Miré las piedras amarillas y volví a recordar mis anteriores pensamientos sobre los mortales y el poder de la esperanza.

Sieh bajó al mapa con él y miró las piedras amarillas como si pudiera ver de verdad las fuerzas que representaban. Silbó.

—Debes haberte arruinado para contratar tantos y conseguir que lleguen al Alto Norte a tiempo, Relad. No sabía que hubieras amasado una fortuna tan grande a lo largo de los años. —Volvió la cabeza hacia Relad y luego me miró a mí, tras él—. Pero están demasiado lejos como para

llegar a Darr mañana. Mientras que los amigos de Scimina ya están de camino.

Relad asintió sin apartar la mirada de mí.

—Mis fuerzas están lo bastante cerca para atacar la capital de Menchey esta noche e incluso lanzar un asalto sobre Toklandia al día siguiente. Están bien pertrechadas, descansadas y armadas. Sus planes los ha trazado la propia Zhakkarn. —Cruzó los brazos, ligeramente a la defensiva—. Si atacamos Menchey, la mitad de tus enemigos abandonarán la invasión de Darr. Aún tendréis que enfrentaros a los zarenne y los rebeldes atir, pero sólo os superan por dos a uno. Tendréis una oportunidad.

Le lancé una mirada penetrante. Me había medido bien... sorprendentemente bien. De algún modo, se había dado cuenta de que no era la perspectiva de la guerra lo que me aterraba. A fin de cuentas era una guerrera. Pero una guerra imposible de ganar, contra enemigos que no estaban allí para conseguir botín sino para destruir nuestro espíritu, si no nuestras mismas vidas... eso no podía afrontarlo.

Dos contra uno no era una perspectiva imposible. Difícil sí, pero no imposible.

Miré de reojo a Sieh, que asintió. El instinto me decía que la oferta de Relad era legítima, pero él lo conocía mejor y, si se trataba de una estratagema, me avisaría. Creo que a los dos nos había sorprendido que fuese capaz de trazar aquel plan.

—Deberías abstenerme de beber tan a menudo, primo —dije en voz baja.

Relad sonrió sin la menor alegría.

—No ha sido intencionado, te lo aseguro. Lo que ocurre es que la muerte inminente tiende a agriar hasta los mejores vinos.

Lo entendía a la perfección.

Hubo otro de esos silencios incómodos. Entonces, Relad dio un paso al frente y me ofreció la mano. Sorprendida, se la estreché. Teníamos un acuerdo.

Después, Sieh y yo volvimos caminando lentamente a mi cuarto. Esta vez me llevó por una nueva ruta, que discurría por lugares del Cielo que yo no había visto en las dos semanas transcurridas desde mi llegada. Entre otras maravillas, me mostró una estancia alta y estrecha, no un espacio intermedio, sino una zona cerrada y por alguna razón olvidada cuya techumbre parecía un accidente en el diseño de los dioses. El pálido material del Cielo colgaba como en estalactitas de caverna, sólo que mucho más finas y delicadas. Algunas de ellas estaban al alcance de la mano. Otras terminaban a escasos centímetros del suelo. No pude adivinar su propósito hasta que Sieh me llevó hasta un panel de la pared.

Al tocarlo, se abrió una ranura en el techo y entró por ella una repentina y fuerte bocanada de aire frío. Comencé a temblar, pero mi incomodidad pasó al olvido en el mismo instante en que las estalactitas del techo comenzaron a cantar con vibraciones producidas por el roce del viento. Era una música como ninguna otra que hubiera oído jamás, fluctuante y extraña, una cacofonía demasiado hermosa como para llamarla meramente ruido. No dejé que Sieh tocara el panel que cerraba el techo hasta que no empecé a perder sensibilidad en los dedos.

En el silencio que sobrevino, mientras yo me acurrucaba contra la pared y me echaba el aliento en las manos para calentarlas, Sieh se sentó en cuclillas delante de mí y me miró fijamente. Al principio sentía tanto frío que ni siquiera me di cuenta, pero entonces, de improviso, se inclinó sobre mí y me besó. Me quedé paralizada, pero no había nada desagradable en ello. Era el beso de un niño, espontáneo e incondicional. Sólo el hecho de que él no fuera realmente un niño me hacía sentir incómoda.

Sieh se apartó y suspiró con arrepentimiento al ver la expresión de mi cara.

—Perdona —dijo mientras se sentaba a mi lado.

—No te disculpes —le respondí—. Pero dime por qué has hecho eso. —Al darme cuenta de que había pronunciado una orden sin darme cuenta añadí—: ¿Quieres?

Sacudió la cabeza haciéndose el tímido y me pegó la cara al brazo. Me gustaba sentir su calor allí, pero no tanto su silencio. Me aparté y con mi gesto le obligué a apartarse si no quería caerse al suelo.

—¡Yeine!

—Sieh...

Suspiró, puso cara de fastidio y se sentó con las piernas cruzadas. Durante un momento pensé que se iba a quedar así, malhumorado y en silencio, pero finalmente dijo:

—Es que no creo que sea justo, nada más. Naha ha podido saborearte, pero yo no.

Esto sí que me hizo sentir incómoda.

—Ni siquiera en una tierra bárbara como la mía las mujeres toman niños como amantes.

La irritación de su expresión creció aún más.

—Ya te lo dije antes, no es eso lo que quiero de ti. Me refiero a esto. —Se puso de rodillas y se inclinó sobre mí. Me aparté ligeramente y él se detuvo, expectante. Entonces pensé que lo quería y que iba a confiarle mi misma alma. ¿No debería confiarle también un beso? Así que, después de respirar hondo, me relajé. Sieh esperó hasta que asentí de manera casi imperceptible y luego un momento más, para asegurarse. Entonces volvió a inclinarse y me besó.

Y esta vez fue distinto, porque pude saborearlo a él... No a Sieh, el niño sudoroso y ligeramente sucio, sino al Sieh que se escondía bajo la máscara humana. Es... difícil de describir. Una repentina bocanada de algo refrescante, como un melón maduro o quizá una cascada. Un torrente, una corriente. Entró en mí, me recorrió y regresó a él tan rápidamente que apenas tuve tiempo que respirar. Sal. Relámpago... Esto me dolió tanto que estuve a punto de apartarme, pero de manera distante sentí que las manos de Sieh se tensaban sobre mis brazos hasta hacerme daño. Antes de que tuviera tiempo de gritar, un viento frío me atravesó y alivió tanto la descarga como los moratones.

Entonces, Sieh se apartó. Me lo quedé mirando, pero aún tenía los ojos cerrados. Exhaló un profundo suspiro de satisfacción y volvió a sentarse a mi lado, no sin antes levantarme el brazo y rodearse a sí mismo con él como si fuese una posesión mía.

—¿Qué... qué ha sido eso? —pregunté una vez que me recobré un poco.

—Yo —dijo. Claro.

—¿Y a qué sé yo?

Suspiró mientras se acurrucaba contra mí y me rodeaba la cintura con los brazos.

—A lugares tiernos y cubiertos de niebla, llenos de bordes cortantes y colores ocultos.

No pude contenerme: solté una risilla. Me sentía un poco mareada, como si hubiera bebido en exceso el licor de Relad.

—¡Eso no es un sabor!

—Claro que sí. Probaste a Naha, ¿no? Sabe como caer al fondo del universo.

Dejé de reírme al instante, porque era cierto. Permanecemos así un rato más, sin pensar, sin hablar... al menos yo. Tras las constantes preocupaciones y maquinaciones de las dos últimas semanas, fue un momento de pura felicidad. Cuando pienso en ello, puede que fuese porque era una clase de paz distinta.

—¿Qué me sucederá? —pregunté—. Después.

Era un chico listo. Comprendió al instante lo que quería decir.

—Vagarás por un tiempo —dijo con voz muy suave—. Las almas suelen hacerlo la primera vez que quedan libres de la carne. Finalmente acaban gravitando hacia lugares donde casan bien determinados aspectos de su naturaleza. Lugares seguros para almas sin cuerpo, a diferencia de este reino.

—Los cielos y los infiernos.

Se encogió de hombros con mucha delicadeza, para no perturbarnos a ninguno de los dos.

—Así los llaman los mortales.

—¿No es lo que son?

—No lo sé. ¿Qué más da eso? —Fruñí el ceño y él suspiró—. No soy mortal, Yeine, ese tema no me obsesiona como a vosotros. Sólo son... lugares para que la vida descanse cuando ha dejado de ser vida. Hay muchos de ellos, porque Enefa sabe que necesitáis variedad. —Suspiró—. Por eso el alma de Enefa continuó vagando, creemos. Todos los lugares que había creado, aquellos que más casaban con su espíritu, desaparecieron cuando murió.

Me estremecí y creí sentir que algo más se estremecía muy dentro de mí.

—¿Y... y nuestras dos almas encontrarán un sitio, la suya y la mía? ¿O la suya volverá a vagar?

—No lo sé. —El dolor de su voz era quedo, carente de inflexión. Otra persona no se habría dado cuenta.

Le acaricié la espalda con delicadeza.

—Si puedo —dije—, si tengo algún control sobre ello... me la llevaré conmigo.

—Puede que no quiera acompañarte. Los únicos lugares que quedan son los que crearon sus hermanos. Y ella no encaja en ellos.

—Pues entonces que se quede dentro de mí, si lo prefiere. No soy el cielo, pero hemos estado bien todo este tiempo. Aunque tendremos que hablar. Las visiones y los sueños deben desaparecer. Realmente son una gran distracción.

Levantó la cabeza y me miró. Me mantuve impassible todo el tiempo que pude, que no fue demasiado. Claro está, él aguantó más que yo. Tenía varios siglos más de práctica.

Nos disolvimos en carcajadas allí sobre el suelo, abrazados, y de este modo terminó el último día de mi vida.

Volví a mis aposentos sola, aproximadamente una hora antes de anochecer. Cuando entré, Naha seguía sentado en la butaca, como si no se hubiera movido en todo el día, aunque había una bandeja de comida, vacía, sobre la cómoda. Mi aparición lo sobresaltó. Sospecho que había estado dormitando, o al menos soñando despierto.

—Ve a donde te parezca el resto del día —le dije—. Me gustaría estar sola un rato.

Se levantó sin rechistar. Había un traje sobre mi cama, un precioso vestido largo de gala, aunque de un color gris muy apagado. A su lado descansaban unos zapatos y varios accesorios a juego.

—Los criados han traído eso —dijo—. Debes llevarlo esta noche.

—Gracias.

Pasó a mi lado de camino a la salida, sin mirarme. Oí que se detenía un instante en el umbral. Puede que se volviese. Puede que abriera la boca para decir algo. Pero no dijo nada y, un momento después, oí que la puerta de la habitación se abría y volvía a cerrarse.

Me bañé, me vestí y me senté junto a las ventanas para esperar.

Veo mi tierra debajo de mí.

En el paso de montaña, las torres de vigilancia ya han caído. Las tropas darre que las protegían han muerto. Lucharon duro, aprovechando la estrechez del paso para compensar su inferioridad numérica, pero al final el enemigo era demasiado numeroso, simplemente. Pero resistieron lo bastante para encender las almenaras y enviar un mensaje: «El enemigo se acerca.»

Los bosques son la segunda línea de defensa de Darr. Muchos enemigos han vacilado allí, envenenados por las serpientes, diezmados por enfermedades o acogotados por las interminables y asfixiantes enredaderas. Mi pueblo siempre ha intentado aprovecharse de esto sembrando el bosque de brujas que saben ocultarse, golpear y volver a desaparecer en la maleza, como leopardos.

Pero los tiempos han cambiado y esta vez el enemigo ha traído consigo un arma especial, un escriba. Antes, estas cosas no se conocían en el Alto Norte. La magia es un arte amn, que la mayoría de los bárbaros considera una práctica propia de cobardes. E incluso para aquellas naciones dispuestas a utilizar la cobardía, los amn alquilaban, demasiado caros, los servicios de sus escribas. Pero claro, esto no es un problema para los Arameri.

(Estúpida, estúpida de mí. Tengo dinero. Podría haber contratado los servicios de uno para luchar por Darr. Pero al fin y a la postre, sigo siendo una bárbara. No pensé en ello y ahora es demasiado tarde.)

El escriba, algún camarada de Viraine, dibuja unos símbolos en varios papeles, los pega a algunos árboles y retrocede un paso. Una columna de fuego al rojo vivo atraviesa el bosque siguiendo una línea antinaturalmente recta. Avanza durante kilómetros y kilómetros hasta llegar a las murallas de Arrebaia, contra la que se estrella. Qué astuto. Si hubiera incendiado el bosque entero, habría ardido durante meses. De este modo ha abierto un paso estrecho. Una vez que ha ardido lo suficiente, el escriba vuelve a utilizar las palabras de los dioses para que el fuego se apague. Aparte de los árboles carbonizados y medio desmoronados y los cadáveres irreconocibles de los animales, el camino está despejado. El enemigo podrá llegar a Arrebaia en menos de un día.

Algo se agita en el borde del bosque. Alguien tropieza, cegado y medio asfixiado por el humo. ¿Una bruja? No, es un hombre... un muchacho, más bien, demasiado pequeño aún para engendrar hijas. ¿Qué está haciendo allí? Nunca hemos dejado luchar a los niños. Y entonces lo comprendo: mi pueblo está desesperado. Si queremos sobrevivir, hasta los niños deben pelear.

Los soldados enemigos caen sobre él como hormigas. No lo matan. Lo encadenan a un carromato de provisiones y se lo llevan consigo al reanudar la marcha. Pretenden exhibirlo cuando lleguen a Arrebaia para descorazonar a sus defensores. Y lo conseguirán, ya lo creo que sí. Nuestros hombres siempre han sido nuestro mayor tesoro. Puede que le rebanen el pescuezo sobre la escalinata del Sar-enna-nem sólo para echar sal sobre la herida.

Debería haber contratado a un escriba.

El salón del trono del Cielo: una monumental cámara de techo alto cuyas paredes eran de un tono aún más vívidamente madreperla que el resto del palacio, con una ligera tonalidad rosada. Tras el blanco sin concesiones del resto del palacio, aquel toque de color resultaba casi estridente. En lo alto giraban arañas de luz como un cielo estrellado. Una música flotaba en el aire, una complicada melodía amn interpretada por un sexteto de músicos en una plataforma cercana. Los suelos, para mi sorpresa, no estaban hechos del mismo material que el resto del palacio. Eran transparentes y dorados, como un ámbar pulido de color oscuro. No podía ser ámbar, puesto que no tenía juntas y para hacer todo aquel suelo habría hecho falta una pieza del tamaño de una pequeña colina. Pero eso es lo que parecía.

El majestuoso espacio estaba repleto de gente. Quedé estupefacta al ver la inmensa cantidad de personas presentes. A todas se les había concedido una dispensa espacial para estar en el Cielo aquella noche. Debía de haber un millar de personajes en la sala: pomposos miembros de la casta superior, los burócratas de mayor rango, reyes y reinas de países mucho más importantes que el mío, artistas famosos y cortesanos... Todo el que era alguien. Me había pasado los últimos días absorta en mis propios problemas, así que no me había fijado en los carruajes que iban y venían durante todo ese tiempo para traer semejante multitud hasta el Cielo. Culpa mía.

De haber sido por mí, habría entrado discretamente en la sala para fundirme con la multitud lo mejor posible. Todos vestían de blanco, el color tradicional de los acontecimientos formales en el Cielo. Solamente yo lucía otro color. Pero incluso de no ser así, no habría podido alcanzar mi propósito, porque en cuanto entré en la sala y me detuve en lo alto de la escalera, un servidor —ataviado con una extraña indumentaria formal de color blanco que nunca había visto hasta entonces— se aclaró la garganta y exclamó, con una voz lo bastante fuerte como para hacer que me encogiera:

—¡La dama Yeine Arameri, heredera designada por Dekarta, benevolente guardián de los Cien Mil Reinos! ¡Nuestra invitada de honor! Esto me obligó a detenerme en lo alto de la escalera, mientras todos los ojos de la sala se volvían hacia mí.

Nunca había estado delante de tal multitud. El pánico me embargó por un momento, junto con la total convicción de que lo sabían. ¿Cómo no iban a saberlo? Se produjo un aplauso diplomático y contenido. Vi sonrisas en muchas caras, pero ninguna afabilidad. Interés, sí, la clase de interés que se siente por un novillo que está a punto de ser sacrificado para los platos de los privilegiados. «¿Cómo sabrá? —imaginé que pensaban en su ávida y reluciente obsequiosidad—. Ojalá pudiéramos probar un poco.»

La boca se me quedó seca. Las rodillas se me bloquearon, que fue lo único que me impidió dar media vuelta sobre los tacones incómodamente altos que llevaba y salir corriendo de la sala. Esto y otra cosa de la que acababa de percatarme: que mis padres se habían conocido en un baile Arameri. Puede que en aquella misma sala. Mi madre había estado en lo alto de la misma escalinata y había hecho frente también a una multitud que sólo albergaba miedo y odio por ella detrás de sus sonrisas.

Seguro que les habría sonreído.

Así que clavé los ojos en un punto situado sobre sus cabezas, sonreí, levanté la mano en un saludo regio y educado, y les devolví todo su odio. Esto hizo remitir el miedo lo suficiente para que pudiera descender los peldaños sin tropezarme ni preocuparme por si parecía elegante.

A medio camino recorrí la sala con la mirada y vi a Dekarta en un estrado, al otro lado de la puerta. Habían traído su enorme «no-trono» de piedra desde la cámara de audiencias. Sepultado en su duro abrazo, me observaba con sus ojos descoloridos.

Incliné la cabeza. Él parpadeó. «Mañana —pensé—. Mañana.»

La multitud se abrió y se cerró a mi alrededor como unos labios.

Me abrí paso entre aduladores que intentaban granjearse mi favor dándome conversación o gente más honesta que se limitaba a dirigirme miradas frías o sarcásticas. Finalmente llegué a un espacio donde el abigarramiento humano era un poco menor, alrededor de una mesa de refrigerios. Acepté una copa de vino del sirviente, la apuré, cogí otra y en ese momento reparé en unas puertas de cristal en arco de medio punto que había a un lado. Con la esperanza de que se abrieran y no fuesen meramente decorativas, me acerqué a ellas y descubrí que daban al exterior, a un amplio patio donde se habían congregado ya algunos de los invitados para disfrutar del aire mágicamente cálido de la noche. Algunos cuchichearon al verme pasar, pero la mayoría estaban demasiado ocupados con sus secretos, sus amores, o cualesquiera otras de las actividades que se suelen reservar para rincones apartados como aquél. Me detuve en la barandilla, simplemente porque estaba allí, y pasé un rato intentando conseguir que mi mano dejara de temblar para poder tomarme el vino.

Una mano apareció desde atrás y me ayudó a estabilizar la copa cogiéndome la mía. Sabía quién era incluso antes de sentir su familiar y fría quietud contra mi espalda.

—Esta noche está diseñada para quebrantar tu espíritu —dijo el Señor de la Noche. Su aliento me acarició el cabello y la oreja, y despertó en mi piel un hormigueo cargado con media docena de recuerdos deliciosos. Cerré los ojos, agradecida a la simplicidad del deseo.

—Pues lo están consiguiendo.

—No. Kinneeth te hizo más fuerte que eso. —Me cogió la copa de la mano y se la llevó hacia atrás, como si quisiera bebérsela. Luego me la devolvió. Lo que había sido un vino blanco —una cosecha de increíble delicadeza, sin apenas color y con sabor a flores— era ahora un tinto tan oscuro que parecía negro. Incluso cuando lo levanté hacia el cielo, las estrellas eran sólo un resplandor apenas discernible a través de una lente del tono borgoña más intenso imaginable. Tomé un traguito a modo de prueba y un escalofrío me recorrió al extenderse el sabor sobre mi lengua. Dulce, pero con un atisbo de amargor casi metálico y un regusto salado, como unas lágrimas.

—Y nosotros te hemos hecho más fuerte aún —dijo. Me hablaba casi sobre el cabello. Uno de sus brazos me rodeó por detrás y me atrajo hacia él. Sin poder evitarlo, mi cuerpo se relajó contra el suyo.

Me volví en el semicírculo de su brazo y me detuve, sorprendida. El hombre que me miraba no se parecía a Nahadoth en ninguna de las encarnaciones que yo hubiera visto. Parecía humano, amn, y su cabello era de un rubio apagado y casi tan corto como el mío. Su rostro era muy hermoso, sí, pero no era ni el que utilizaba para complacerme a mí ni el que había modelado Scimina. No era más que un rostro. Y vestía de blanco. Esto, más que ninguna otra cosa, fue lo que me dejó muda de asombro.

Nahadoth —pues era él, podía sentirlo, fuera el que fuese su aspecto— puso cara de regocijo.

—El Señor de la Noche no es bienvenido en las celebraciones de los servidores de Itempas.

—Es que creí que no... —Le toqué la manga. Era simple tela, de factura delicada, parte de una casaca con un aire ligeramente militar. La acaricié, pero, para mi decepción, no se enroscó alrededor de mis dedos a modo de bienvenida.

—Yo creé la sustancia del universo. ¿Creías que no podría con un hilo blanco?

Esto me asombró y me hizo reír, lo que me sorprendió y me hizo callar al momento siguiente. Nunca le había oído bromear. ¿Qué significaba aquello?

Me llevó una mano sosegadora a la mejilla. Lo sorprendente era que, aunque estaba fingiendo ser humano, no se parecía en nada a su yo diurno. No había nada humano en él, más allá de su apariencia. Ni los movimientos, ni la velocidad con la que cambiaba de una expresión a la siguiente, sobre todo en sus ojos. Una máscara humana no bastaba para ocultar su verdadera naturaleza. Para mí era tan evidente que me maravillaba que las demás personas del balcón no huyeran gritando, aterradas por encontrarse tan cerca del Señor de la Noche.

—Mis hijos creen que estoy volviéndome loco —dijo mientras me acariciaba el rostro con la máxima delicadeza—. Kurue dice que estoy poniendo en peligro las esperanzas que hemos depositado en ti. Y tiene razón.

Fruncí el ceño, confusa.

—Mi vida sigue siendo vuestra. Acataré el acuerdo, a pesar de que he perdido la competición. Actuasteis de buena fe.

Suspiró y, para mi sorpresa, se inclinó hasta apoyar su frente en la mía.

—Incluso ahora hablas de tu vida como si fuera una mercancía, vendida por nuestra «buena fe». Lo que te hemos hecho es obsceno.

No supe qué responder a esto. Estaba demasiado aturdida. De repente se me ocurrió, en un instante de perspicacia, que aquello era lo que temía Kurue: el volátil y apasionado sentido del honor de Nahadoth. Había ido a la guerra para aliviar su tristeza por Enefa. Había aceptado la esclavitud para sus hijos y para él en lugar de perdonar a Itempas. Podría haberse enfrentado a su hermano de manera distinta, de muchas maneras que no hubieran puesto en peligro el universo entero ni costado tantísimas vidas. Pero ése era el problema: cuando el Señor de la Noche quería algo, sus decisiones se volvían irracionales y sus actos excedían toda medida.

Y estaba empezando, contra toda razón, a sentir algo por mí.

Halagador. Aterrador. No alcanzaba a imaginar lo que podía llegar a hacer en tales circunstancias. Pero lo más importante es que comprendía lo que eso significaba a corto plazo. En cuestión de pocas horas yo moriría y él volvería a estar de luto.

Qué raro que este pensamiento hiciese que me doliera el corazón.

Cogí la cara del Señor de la Noche entre mis manos y, con un suspiro, cerré los ojos para poder sentir sólo a la persona que había detrás de la máscara.

—Lo siento —dije. Y era cierto. Nunca había pretendido hacerle daño.

No se movió y yo tampoco. Era agradable estar apoyada en su solidez, poder descansar en sus brazos. Era una ilusión, pero, por primera vez en mucho tiempo, me sentía a salvo.

No sé cuánto tiempo permanecimos allí, pero cuando cambió la música, los dos lo oímos. Me erguí y miré a mi alrededor. El puñado de invitados que estaba con nosotros en el patio había vuelto a entrar. Eso significa que era medianoche, la hora del baile principal de la noche, el momento cumbre de la velada.

—¿Quieres entrar? —preguntó Nahadoth.

—No, claro que no. Aquí estoy bien.

—Bailan en honor a Itempas.

Lo miré, confusa.

—¿Y a mí qué más me da?

Su sonrisa me hizo sentir calidez por dentro.

—¿Tan completamente le has dado la espalda a la fe de tus antepasados?

—Mis antepasados te veneraban a ti.

—Y a Enefa, y a Itempas, y a nuestros hijos. Los darre eran una de las pocas razas que nos honraban a todos.

Suspiré.

—Hace mucho de aquellos tiempos. Han cambiado demasiadas cosas.

—Tú has cambiado.

Ante esto no tenía respuesta. Era cierto.

Obedeciendo un impulso, me aparté un paso de él, le cogí las manos y adopté una posición de baile.

—Por los dioses —dije—. Por todos ellos.

Fue muy gratificante sorprenderlo.

—Nunca he bailado en mi propio honor.

—Bueno, pues ahora lo vas a hacer. —Me encogí de hombros y esperé a que la música volviera a sonar antes de llevarlo conmigo—.

Siempre hay una primera vez para todo.

La situación parecía divertirlo, pero se movió con desenvoltura, a pesar de la complicación de los pasos. Todos los hijos de la nobleza aprenden estos bailes, pero a mí nunca me habían gustado demasiado. Las danzas de los amn me recordaban a los propios amn: frías, rígidas, más preocupadas por la apariencia que por el disfrute. Y sin embargo, allí, en un balcón a oscuras bajo un cielo sin luna, con un dios como pareja, sonreí sin poder evitarlo mientras dábamos vueltas y vueltas. Era fácil recordar los pasos mientras él me guiaba ejerciendo una discreta presión contra mis manos y mi espalda. Era fácil apreciar la gracia de la coordinación con una pareja que se deslizaba como el viento. Cerré los ojos, marqué los pasos y suspiré de placer mientras la música ganaba intensidad a la par que mis emociones.

Al terminar la pieza, me apoyé en él, embargada por el deseo de que la noche no terminara nunca. Y no sólo por lo que me esperaba al amanecer.

—¿Estarás conmigo mañana? —pregunté. Me refería al auténtico Nahadoth, no a su álter ego diurno.

—De día solo se me permite ser yo mismo mientras dure la ceremonia.

—Para que Itempas pueda pedirte que vuelvas con él.

Su aliento me acarició el pelo: una breve y fría carcajada.

—Y esta vez lo haré, pero no como él espera.

Asentí mientras escuchaba el lento y extraño pulso de su corazón. Parecía lejano, como un eco, como si llegara desde varias millas de distancia.

—¿Qué harás si ganas? ¿Matarlo?

Su momentáneo silencio me sirvió como aviso antes de que llegara la auténtica respuesta.

—No lo sé.

—Aún lo amas.

En lugar de responder, me acarició la espalda una vez. No me dejó engañar. No era a mí a quien pretendía tranquilizar.

—No pasa nada —dije—. Lo entiendo.

—No —dijo—. Ningún mortal podría entenderlo.

No dije nada más y él tampoco, y así pasó la larga noche.

Había soportado demasiadas noches con poco sueño. Debí de quedarme dormida allí de pie, porque de repente parpadeé y, al levantar la cabeza, el cielo era de un color distinto: un degradado desde un negro espeso al gris. La luna nueva flotaba sobre el horizonte, una mancha más oscura frente al cielo cada vez más luminoso.

Los dedos de Nahadoth me apretaron delicadamente de nuevo y comprendí que me había despertado. Estaba mirando las puertas del balcón. Viraine se encontraba allí, con Scimina y Relad. Sus blancos ropajes parecían resplandecer y dejaban sus rostros cubiertos de sombras.

—Es la hora —dijo Viraine.

Busqué en mi interior y, con satisfacción, descubrí quietud en lugar de miedo.

—Sí —dije—. Vamos.

Dentro, el baile seguía su curso, aunque había menos gente bailando ahora que antes. El trono de Dekarta se encontraba vacío al otro lado de la multitud. Puede que se hubiera marchado antes de tiempo para hacer los preparativos.

Al entrar en los silenciosos y sobrenaturalmente brillantes pasillos del Cielo, Nahadoth dejó caer su disfraz. El cabello le creció y su ropa fue cambiando de color a cada paso que daba. Su rostro recobró la palidez. Supongo que había demasiados parientes míos cerca. Subimos por un ascensor y al salir me di cuenta de que estábamos en el último piso del Cielo. Las puertas del solario estaban abiertas y más allá el bosque ajardinado estaba en silencio y cubierto de sombras. La única luz procedía de la aguja central del palacio, que sobresalía del corazón del solario, brillante como la luna. Una vereda casi imperceptible discurría entre nuestros pies y los árboles, en línea recta hacia la base de la aguja.

Pero me distrajeran las figuras que había a ambos lados de la puerta. A Kurue la reconocí al instante. No había olvidado la belleza de sus alas de oro, plata y platino. Zhakkarn también estaba soberbia en una armadura plateada recubierta de símbolos fundidos y un yelmo que resplandecía bajo la luz. La última vez que la había visto fue en un sueño.

La tercera figura, entre ellas, era al mismo tiempo menos formidable y más extraña: un esbelto gato de pelaje negro, como los leopardos de mi tierra, pero considerablemente más grande. Ningún bosque había visto nacer aquel leopardo, cuyo pelaje, agitado por un viento invisible, primero era iridiscente, luego mate y al fin de un negro imposible. Así que sí se parecía a su padre, al final.

Sonreí sin poder evitarlo. «Gracias» dibujaron mis labios. El gato mostró los dientes en un gesto que jamás habría podido malinterpretar por un gruñido y me guiñó uno de sus verdes ojos, finos como ranuras.

No me hacía ilusiones por su presencia. Zhakkarn no se había puesto la guarnición completa para impresionarnos con su resplandor. La Segunda Guerra de los Dioses estaba a punto de comenzar y ellos estaban listos. Sieh... Bueno, puede que él sí estuviera allí por mí. Y Nahadoth...

Volví el rostro hacia él. No estaba observando a sus hijos ni a mí. En su lugar, su mirada se había levantado hacia la punta de la aguja.

Viraine sacudió la cabeza. Al parecer había decidido no protestar. Miró de soslayo a Scimina, que se encogió de hombros, y a Relad, que le lanzó una mirada desinteresada, como si quisiera decir: «¿Y a mí qué me importa?»

(Nuestros ojos se encontraron, los de Relad y los míos. Estaba pálido y tenía el labio superior cubierto por una fina película de sudor, pero asintió casi imperceptiblemente. Yo le devolví el gesto.)

—Vamos allá —dijo Viraine y entramos todos en el solario, en dirección a la aguja central.

En lo alto de la aguja había una habitación, si se la puede llamar así.

El espacio estaba recubierto de cristal, como una campana gigantesca. De no haber sido por un tenue reflejo brillante, habría parecido que estábamos al aire libre, sobre una aguja que terminaba en una punta aplanada. El suelo de la sala era del mismo material que el resto del Cielo y la estancia era perfectamente circular, a diferencia de todas las que había visto en el palacio durante las dos últimas semanas. Esto indicaba que se trataba de un espacio consagrado a Itempas.

Nos encontrábamos muy por encima de la enorme mole blanca del palacio. Desde allí se podía vislumbrar el patio delantero, reconocible por la mancha verde que eran los jardines y la protuberancia del Muelle. Nunca me había dado cuenta de que el Cielo fuese circular. Más allá de eso, la tierra era una masa en penumbra que parecía curvarse a nuestro alrededor como un enorme cuenco. Círculos dentro de círculo. Un lugar sagrado, ciertamente.

Dekarta se encontraba al otro lado de la entrada en la sala. Se apoyaba pesadamente en su hermoso bastón de madera de Darr, que sin duda había necesitado para subir por la empinada escalera en espiral que llevaba hasta allí. Detrás de él y por encima, unas nubes previas al alba, apiñadas y onduladas como collares de perlas, cubrían el cielo. Eran tan grises y feas como mi vestido, salvo al este, donde habían comenzado a teñirse de amarillo y blanco.

—Deprisa —dijo Dekarta mientras señalaba diversos puntos de la sala—. Relad ahí. Scimina ahí, frente a él. Viraine, a mi lado. Yeine, aquí.

Hice lo que me ordenaban y me coloqué frente a un sencillo plinto blanco que se levantaba del suelo hasta casi la altura de mi pecho. Había en él un agujero de la anchura de una mano, aproximadamente. El pozo que ascendía desde la mazmorra. Unos centímetros sobre este pozo, sin que nada lo sujetara aparentemente flotaba en el aire, un minúsculo objeto de color oscuro. Encogido y deforme, parecía un pedazo de tierra.

¿Aquello era la Piedra de la Tierra? ¿Aquello?

Me consolé pensando que al menos la pobre alma de la mazmorra ya estaba muerta.

Dekarta hizo una pausa y miró a los enefadeh sin ninguna simpatía.

—Nahadoth, puedes tomar la posición que te corresponde. En cuanto a los demás... No he ordenado que estuvierais aquí.

Para mi sorpresa, Viraine intervino:

—Nos será útil tenerlos aquí, mi señor. Puede que al Padre Celestial le complazca ver a sus hijos, aunque sean unos traidores.

—A ningún padre le gusta ver a los hijos que le han dado la espalda. —La mirada de Dekarta fue hasta mí. Me pregunté si estaría viéndome a mí o sólo los ojos de Kinneth en mi cara.

—Yo quiero que estén —dije.

No hubo ninguna reacción, aparte del leve fruncimiento de unos labios ya de por sí finos.

—Qué buenos amigos, que acuden a verte morir...

—Esto sería más duro sin contar con su apoyo, abuelo. Dime, ¿no dejaste que Ygreth tuviera compañía cuando la asesinaste?

Se enderezó, cosa extraña en él. Por primera vez vi una sombra del hombre que había sido en otros tiempos, alto y arrogante como el amn más alto y arrogante, y tan formidable como mi abuela. Su parecido me sorprendió. Pero ahora era demasiado flaco para su estatura. Sólo servía para resaltar su enfermiza enjutez.

—No pienso justificarme ante ti, nieta.

Asentí. Por el rabillo del ojo vi que los demás nos observaban. Relad parecía ansioso; Scimina, divertida; Viraine... a él no podía interpretarlo, pero me observaba con una intensidad que me desconcertaba. Sin embargo, no tenía tiempo de pensar en eso. Posiblemente, aquélla fuese mi última oportunidad de averiguar por qué había muerto mi madre. Aún creía que el responsable había sido Viraine, aunque eso no terminaba de tener sentido. Él la amaba. Pero si había actuado obedeciendo las órdenes de Dekarta...

—No hace falta que lo hagas —respondí—. Puedo imaginármelo. Cuando eras joven, eras como esos dos. —Hice un gesto hacia Scimina y Relad—. Egoísta, hedonista y cruel. Pero no tan desalmado como ellos, ¿verdad? Te casaste con Ygreth y supongo que la querías porque, si no, tu madre no la habría designado como víctima para el sacrificio cuando llegó la hora. Pero amabas más el poder, así que aceptaste. Te convertiste en jefe del clan. Y tu hija se convirtió en tu mortal enemiga.

Los labios de Dekarta temblaron. No sé si era un indicio de emoción o uno de los ataques que lo aquejaban de vez en cuando.

—Kinneth me quería.

—Sí, te quería. —Porque así es como era mi madre. Podía amar y odiar al mismo tiempo. Podía utilizar uno de esos sentimientos para ocultar y alimentar el otro. Había sido, tal como había dicho Nahadoth, una auténtica Arameri. Sólo que sus fines habían sido distintos a los de él —. Ella te quería —dije— y creo que tú la mataste.

Esta vez estoy segura de que el dolor afloró al rostro del anciano. Esto me proporcionó un momento de satisfacción, pero nada más. La guerra estaba perdida. Aquella escaramuza no significaba nada a gran escala. Iba a morir. Y aunque mi muerte colmaría las esperanzas de muchos —mis padres, los enefadeh, yo misma—, no era capaz de afrontarla de forma tan cínica. Tenía el corazón encogido de temor.

A mi pesar, me volví y miré a los enefadeh, alineados tras de mí. Kurue no me miraba a los ojos, pero Zhakkarn sí, y me saludó con un respetuoso gesto de la cabeza. Sieh profirió una especie de maullido que no por inhumano era menos angustiado. Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas. Qué necedad. Aunque no estuviera destinada a morir aquel día, sólo sería un momento fugaz en su vida inmortal. Y aunque fuese yo la que iba a morir, lo echaba ya terriblemente de menos.

Finalmente miré a Nahadoth, que se había postrado sobre una rodilla detrás de mí, enmarcado por los nubarrones grisáceos. La postura era obligada para él, claro está, en el lugar de Itempas. Pero me miraba a mí, no al cielo cada vez más brillante del este. Pensé que estaría impasible, pero no lo estaba. Había en sus ojos vergüenza, pesar y una furia que habría destrozado planetas, junto con otras emociones demasiado inquietantes como para nombrarlas.

¿Podía confiar en lo que veía? ¿Me atrevía a hacerlo? A fin de cuentas, pronto volvería a disponer de su poder. ¿Qué le costaba fingir amor ahora para impulsarme a seguir adelante con su plan?

Bajé los ojos, dolida. Llevaba tanto tiempo en el Cielo que ya no podía ni fiarme de mí misma.

—Yo no maté a tu madre —dijo Dekarta.

Sobresaltada, me volví hacia él. Lo había dicho tan bajo que por un momento me pareció que me había confundido.

—¿Cómo?

—No la maté. Yo nunca la habría matado. De no haber sido porque me odiaba, le habría suplicado que regresara al Cielo. E incluso que te trajera consigo. —Para mi asombro, vi humedad en las mejillas de Dekarta. Estaba llorando. Y taladrándome con los ojos desde detrás de esas lágrimas—. Hasta habría intentado quererte por ella.

—Tío —dijo Scimina con un tono casi insolente. Prácticamente temblaba de impaciencia—. Aunque aprecio tu amabilidad para con nuestra prima...

—Guarda silencio —le espetó el anciano. Sus ojos de palidez diamantina se clavaron en ella con tanta intensidad que mi prima pareció encogerse—. No sabes lo cerca que estuve de matarte cuando me enteré del asesinato de Kinneth.

Scimina se puso rígida, casi en una réplica de la postura del propio Dekarta. Como cabía esperar, no cumplió la orden recibida.

—Eso habría sido privilegio vuestro, mi señor. Pero no tomé parte en la muerte de Kinneth. No le prestaba ninguna atención ni a ella ni a su hija mestiza. Ni siquiera sé por qué la escogisteis como sacrificio de hoy.

—Para comprobar si era una verdadera Arameri —dijo Dekarta en voz muy baja. Sus ojos volvieron hacia mí. Tardé tres latidos enteros en comprender lo que quería decir y cuando lo hice, sentí que se me iba toda la sangre del rostro.

—Crees que la maté yo —susurré—. Padre de todo, realmente crees que la maté yo.

—Asesinar a quienes más amamos es una antigua tradición en nuestra familia —dijo Dekarta.

Tras de nosotros, el cielo del este se había tornado muy brillante.

Balbuocé. Necesité varios intentos para hilvanar una frase coherente en medio de mi furia y cuando lo conseguí, fue en darre. De lo que sólo me di cuenta al ver que Dekarta parecía más confundido que ofendido por mis invectivas.

—¡No soy una Arameri! —dije al final, con los puños cerrados a los costados. ¡Vosotros devoráis a vuestros jóvenes y os alimentáis del sufrimiento, como monstruos sacados de un cuento antiguo! ¡Nunca seré uno de vosotros salvo en la sangre y si pudiera extraérmela de las venas, lo haría!

—Puede que no seas una de nosotros —dijo Dekarta—. Ahora veo que eres inocente y, al matarte, sólo destruyo lo que queda de ella. Hay una parte de mí que lo lamenta. Pero no voy a mentirte, nieta. Hay otra parte que se regocija. Tú me la arrebataste. Se marchó del Cielo para estar con tu padre y para criarte.

—¿Y te preguntas por qué? —Hice un gesto que abarcaba toda la cámara, dioses y parientes de sangre reunidos allí para verme morir—. Mataste a su madre. ¿Qué creías que iba a hacer, olvidarlo?

Por primera vez desde que nos conocíamos, vi un rayo de humanidad en su sonrisa de tristeza y aversión por sí mismo.

—Supongo que sí. Qué estúpido, ¿verdad?

No pude impedirlo: sonreí yo también.

—Sí, abuelo. En efecto.

Viraine le tocó en el hombro en aquel momento. Una franja dorada acababa de aparecer en el horizonte del este, brillante, una advertencia. Llegaba el alba. Había pasado la hora de las confesiones.

Dekarta asintió y me observó en silencio durante un momento prolongado antes de decir:

—Lo siento. —Lo dijo en voz muy baja. Una disculpa que cubría numerosas transgresiones—. Debemos empezar.

Ni siquiera entonces dije lo que pensaba. No señalé a Viraine y lo acusé del asesinato de mi madre. Aún había tiempo. Podría haberle pedido a Dekarta que me dejara hablar con él antes de completar la sucesión, como último tributo a la memoria de Kinneth. No sé por qué no lo hice... No, sí lo sé. Creo que, en ese momento, la venganza y las respuestas dejaron de tener sentido para mí. ¿Qué importaba saber por qué había muerto mi madre? Seguiría muerta. ¿De qué me serviría castigar a su asesino. Yo también estaría muerta. ¿Algo de eso daría significado a mi muerte o a la suya?

La muerte siempre tiene significado, niña. Pronto lo entenderás.

Viraine echó a andar lentamente alrededor de la habitación. Levantó las manos, alzó la cara y —sin dejar de caminar— comenzó a hablar:

—Padre del cielo y de la tierra debajo de él, amo y señor de toda la creación, escucha a tus servidores más amados. Suplicamos tu guía en el caos de la transición.

Se detuvo frente a Relad, cuyo rostro estaba cerúleo bajo aquella luz grisácea. No vi el gesto que hacía Viraine, pero de repente el sello de Relad comenzó a resplandecer con una luz blanca, como un sol en miniatura grabado en su frente. No se encogió ni mostró el menor indicio de dolor, pero la luz aumentó aún más su palidez. Con un discreto gesto de asentimiento, Viraine continuó con su recorrido de la habitación y pasó por detrás de mí. Lo seguí con la mirada. Por alguna razón, me molestaba no tenerlo a la vista.

—Suplicamos tu ayuda para someter a tus enemigos. —Detrás de mí, Nahadoth había apartado el rostro del amanecer. El aura negra que lo rodeaba había comenzado a disolverse en pequeñas motas, como hiciera la noche de la tortura de Scimina. Viraine le tocó la frente. Apareció un sello de la nada, también al rojo vivo, y Nahadoth siseó como si le provocara más dolor. Pero el lento desgaste de su aura se detuvo y cuando volvió a levantar la cabeza, jadeando, parecía que la luz del alba ya no lo molestaba. Viraine continuó caminando.

—Suplicamos tu bendición para tus más recientes elegidos —dijo antes de tocar la frente de Scimina. Ella sonrió al sentir que su sello se encendía. La luz blanca iluminó su rostro y lo transformó en una combinación de ángulos marcados y planos de impaciencia y ferocidad.

Viraine vino a colocarse frente a mí entonces, con el plinto entre ambos. Al pasar, mis ojos se vieron atraídos de nuevo a la Piedra de la Tierra. Nunca había pensado que pudiera ser tan poco impresionante.

El bulto se estremeció. Durante un solo instante, una semilla plateada y perfecta apareció allí flotando, antes de transformarse de nuevo en aquel carozo negro.

Si Viraine hubiera estado mirándome en aquel momento, puede que todo se hubiese perdido. Comprendí lo que había sucedido y me percaté del peligro en una sola y glacial punzada de intuición, y todo ello se manifestó en mi rostro. La Piedra era como Nahadoth, como todos los dioses encadenados en la tierra: su auténtica forma estaba escondida detrás de una máscara. La máscara la hacía parecer vulgar, poco importante. Pero para aquellos que la miraban y esperaban algo más —especialmente aquellos que conocían su verdadera naturaleza— se convertiría en algo más. Cambiaría su forma para reflejar lo que sabían.

Estaba condenada y la Piedra iba a ser la herramienta de mi ejecución. Debería haberla visto como una cosa amenazante y terrible. El

hecho de que la vieiese una hermosa promesa era una clara advertencia para cualquier Arameri de que no pretendía resignarme a morir sin más.

Por suerte, Viraine no estaba observándome. Se había vuelto hacia el cielo del este, como todos los demás en la habitación. Miré de rostro en rostro y encontré orgullo, ansiedad, expectación y amargura. El último fue Nahadoth, quien, sólo aparte de mí, no miraba el cielo. Su mirada encontró la mía y se entrelazó con ella. Puede que por eso fuéramos los únicos que no se vieron afectados cuando el sol coronó el lejano horizonte y su poder hizo que la tierra entera temblara como un espejo zarandeado.

Desde el instante en que el sol se hunde más allá de la vista de los mortales hasta que desaparece la última luz: eso es el crepúsculo. Desde el instante en que sol asoma por el horizonte hasta que deja de estar en contacto con la tierra: eso es el amanecer.

Miré a mi alrededor con sorpresa y me quedé sin aliento al ver que, ante mis ojos, florecía la Piedra.

Es el único modo en que podría describir lo que estaba sucediendo. El feo bulto se estremeció y se abrió, capa tras capa, para revelar una luz. Pero no era la luz blanca e inextinguible de Itempas, ni la temblorosa no-luz de Nahadoth. Era la extraña luminosidad que había visto en la mazmorra, gris y desagradable, una luz que, de algún modo, absorbía el color de todo cuanto había cerca. La Piedra ya no tenía forma alguna, ni siquiera la de la semilla de albaricoque plateada. Era una estrella, rutilante pero, de algún modo, carente de fuerza.

Y sin embargo, sentí su auténtico poder, irradiado hacia mí en ondas que hicieron que se me pusiera la piel de gallina y se me encogieran las tripas. Mientras retrocedía inadvertidamente, comprendí por qué T'vriil había advertido a los sirvientes de que se mantuvieran alejados. Había algo incompleto en aquel poder. Formaba parte de la Diosa de la Vida, pero ella estaba muerta. La Piedra no era más que una reliquia grotesca.

—Di a quién has escogido para que lidere a nuestra familia, nieta —dijo Dekarta.

Aparté la mirada de la Piedra, aunque su radiación hizo que sintiera un hormigueo en el lado de la cara orientado hacia ella. Mi visión se tornó borrosa por un momento. Me sentía débil. La cosa estaba matándome y ni siquiera la había tocado.

—R-Relad —dije—. Escojo a Relad.

—¿Qué? —La voz de Scimina, aturdida y ultrajada—. ¿Qué has dicho, mestiza?

Un movimiento tras de mí. Era Viraine. Se había colocado a mi lado del plinto. Sentí su mano en la espalda. Me sostuvo cuando el poder de la Piedra hizo que me tambaleara, mareada. Me apoyé en él y redoblé mis esfuerzos por mantenerme en pie. Al tiempo, Viraine se movió ligeramente y vislumbré a Kurue por un instante. Su expresión era sombría y resuelta.

Creí entender por qué.

El sol, como era su costumbre, se movía con rapidez. Ya la mitad de su mole asomaba por encima de la línea del horizonte. Pronto no sería el amanecer, sino el día.

Dekarta asintió, impasible a las repentinas protestas de Scimina.

—Coge la Piedra, pues —me ordenó—. Convierte tu elección en realidad.

Mi elección. Levanté una mano temblorosa hacia la piedra mientras me preguntaba si la muerte dolería. Mi elección.

—Hazlo —susurró Relad. Estaba inclinado hacia delante, con todo el cuerpo tenso—. Hazlo, hazlo, hazlo...

—¡No! —De nuevo Scimina, un grito. Por el rabillo del ojo vi que se abalanzaba sobre mí.

—Lo siento —susurró Viraine detrás de mí y de repente todo se detuvo.

Parpadeé, sin saber muy bien lo que había pasado. Algo me hizo bajar la mirada. Allí, algo nuevo asomaba por el corpiño de mi feo vestido: la punta de un cuchillo. Había salido de mi cuerpo, a la derecha del esternón, justo debajo del comienzo del seno. A su alrededor, la tela estaba cambiando, tiñéndose de un negro extraño y húmedo.

Sangre, comprendí. La luz de la Piedra le robaba el color incluso a ella.

Sentí que el brazo se me convertía en plomo. ¿Qué había estado haciendo? No conseguía recordarlo. Estaba muy cansada. Tenía que tumbarme.

Así que lo hice.

Y morí.

Ahora recuerdo quién soy. Me he aferrado a mí misma y no dejaré que ese conocimiento desaparezca.

Llevo la verdad conmigo, futuro y pasado, inseparables.

Voy a llegar hasta el final de esto.

En la estancia de paredes de cristal suceden muchas cosas a la vez. Me muevo entre mis antiguos compañeros, invisible, pero capaz de verlo todo.

Mi cuerpo cae al suelo, inmóvil salvo por la sangre que se propaga a su alrededor. Dekarta me mira fijamente. Puede que esté viendo otras mujeres muertas. Relad y Scimina comienzan a gritarle a Viraine, con los rostros desencajados. No oigo sus palabras. Viraine me observa con una expresión peculiarmente vacía, grita algo a su vez. Todos los enefadeh están paralizados en el sitio. Sieh tiembla, con los músculos felinos en tensión. Zhakkam también se estremece, con los enormes puños cerrados. Dos de ellos no hacen ningún esfuerzo por moverse. Kurue permanece muy erguida, con la expresión en calma, pero resignada. Una sombra de tristeza la rodea, pegada a ella como la capa que forman sus alas, pero es algo que nadie más puede ver.

Nahadoth... Ah. El asombro de su expresión da paso a la angustia al mirarme. Al mirar a la yo que está en el suelo desangrándose, no a la que lo observa. «¿Cómo puedo ser las dos?», me pregunto fugazmente, antes de desechar la pregunta. No importa.

Lo que importa es que hay auténtico dolor en los ojos de Nahadoth y no es sólo el horror de la oportunidad perdida de recuperar la libertad. Pero no es un dolor puro. También está viendo a otras mujeres muertas. ¿Derramaría una sola lágrima por mí si no llevara conmigo el alma de su hermana?

Es una pregunta injusta, que demuestra mezquindad.

Viraine se arrodilla y extrae de un tirón el cuchillo de mi cadáver. Vuelve a mancharse de sangre, pero no demasiado. Mi corazón ya se ha parado. He caído de lado, medio acurrucada, como si estuviera durmiendo. Pero yo no soy una diosa. Yo no despertaré.

—Viraine. —Alguien. Dekarta—. Expícate.

Viraine se pone en pie y mira al cielo. Dos terceras partes del sol asoman ya por encima del horizonte. Una extraña expresión cruza su semblante, un atisbo de miedo. Luego desaparece, baja la mirada al cuchillo tinto en sangre que lleva en la mano y lo deja caer al suelo. El tintineo es distante, pero mi visión enfoca su mano. Mi sangre le ha salpicado los dedos. Tiemblan ligeramente.

—Era necesario —dice medio para sí. Entonces se yergue y añade—: Era un arma, mi señor. El último golpe de Kinneth contra vos, con la connivencia de los enefadeh. Ahora no hay tiempo de explicarlo. Baste con decir que si hubiera llegado a tocar la Piedra, a formular su deseo, el mundo entero habría sufrido las consecuencias.

Sieh ha logrado enderezarse, quizá porque ha dejado de tratar de asesinar a Viraine. Su voz es más baja en esa forma felina, como una especie de gruñido.

—¿Cómo lo has sabido?

—Yo se lo dije.

Kurue.

Los demás la miran sin creerlo. Pero es una diosa. A pesar de su traición no renunciará a su dignidad.

—Os falla la memoria —dice mientras, uno tras otro, mira a cada uno de sus hermanos enefadeh—. Llevamos demasiado tiempo a merced de estas criaturas. Hubo un día en que jamás habríamos caído tan bajo como para ponernos en manos de una mortal... y menos de una descendiente de la misma mortal que nos traicionó. —Mira a mi cadáver y ve a Shahar Arameri. Llevo la carga de muchas mujeres muertas—. Antes prefiero morir que suplicarle a ella mi libertad. Prefiero matarla y usar su muerte para comprar la misericordia de Itempas.

Sus palabras provocan un instante de silencio contenido. No de asombro. De rabia.

Sieh es el primero en romperlo, con un rugido que parece una suave y amarga carcajada.

—Ya veo. Así que tú mataste a Kinneth.

Todos los humanos de la sala se sobresaltan, salvo Viraine. Dekarta suelta el bastón, porque sus manos nudosas se han cerrado, transformadas en sendos puños. Dice algo. No lo oigo.

Kurue tampoco parece oírlo. Inclina la cabeza en dirección a Sieh.

—Era el único curso de acción posible. La chica tenía que morir aquí, al amanecer. —Señala la Piedra—. El alma se quedará cerca de sus restos materiales. Y dentro de un momento, llegará Itempas, la cogerá y la destruirá para siempre.

—Y nuestras esperanzas con ella —responde Zhakkam con la mandíbula apretada.

Kurue suspira.

—Nuestra madre ha muerto, hermana. Itempas ha ganado. Lo detesto, pero ya va siendo hora de que lo aceptemos. ¿Qué pensabas que iba a suceder si ganábamos? ¿Sólo nosotros cuatro, contra el Señor Brillante y docenas de hermanos y hermanas nuestros? Y la Piedra. No tenemos a nadie que pueda utilizarla, pero Itempas tiene a sus mascotas Arameri. Terminaríamos esclavizados de nuevo o algo peor. No.

Luego se vuelve y mira a Nahadoth. ¿Cómo he podido no darme cuenta de lo que había en sus ojos? Siempre ha estado allí. Observa a Nahadoth como seguramente mi madre observó a Dekarta, con una tristeza imposible de separar del desprecio. Eso tendría que haber bastado para advertirme.

—Puedes odiarme si quieres, Naha. Pero recuerda que si te hubieras tragado tu estúpido orgullo y le hubieras dado a Itempas lo que quiere, ninguno de nosotros estaríamos aquí. Ahora tendré que ser yo la que se lo dé. Me ha prometido la libertad a cambio.

—La estúpida eres tú, Kurue —dice Nahadoth en voz muy baja—, si crees que Itempas va a aceptar algo que no sea mi capitulación.

Levanta la mirada entonces. No tengo carne en esta visión, en este sueño, pero siento deseos de echarme a temblar. Sus ojos son negros dentro del negro. La piel que los rodea está cubierta por una enloquecida trakería de líneas y grietas, como una máscara de porcelana a punto de romperse en mil pedazos. Y lo que se brilla detrás de esas grietas no es ni sangre ni carne. Es un fulgor imposiblemente negro que palpita como un corazón. Sonríe, pero no puedo ver sus dientes.

—¿No es así... hermano? —Su voz alberga ecos del vacío. Está mirando a Viraine.

Viraine, medio recortada su silueta por el sol del amanecer, se vuelve hacia Nahadoth, pero son mis ojos los que mira. Los de la yo que flota y observa. Sonríe. La tristeza y el temor de aquella sonrisa es algo que sólo yo, en toda la sala, puedo aspirar a entender. Lo sé instintivamente, aunque no comprendo por qué.

Entonces, en el instante mismo en que la curva inferior del sol se libera del horizonte, reconozco lo que he visto en él. Dos almas. Itempas, como sus dos hermanos, también tiene un segundo yo.

Viraine echa la cabeza hacia atrás y grita, y su garganta vomita una ardiente y abrasadora luz blanca. Ésta inunda la habitación en cuestión de un instante y me deja ciega. Imagino que los habitantes de la ciudad y de la campaña circundante la verán desde varios kilómetros de distancia. Pensarán que el sol ha bajado a la tierra y tendrán razón.

En medio de la luz oigo gritar a todos los Arameri, salvo a Dekarta. Únicamente él ha presenciado esto antes. Y cuando la luz palidece, mis ojos contemplan a Itempas, el Brillante Señor de los Cielos.

El retrato de la biblioteca es sorprendentemente fiel, aunque también tiene profundas diferencias. El rostro, dotado de unas líneas y una simetría que desafían la capacidad de recreación de unas líneas trazadas por manos humanas, es aún más perfecto. Sus ojos son del dorado de un sol de mediodía. Aunque blanco como el de Viraine, el cabello es más corto y más marcadamente rizado que el mío. La piel, suave, mate y carente de toda imperfección, también es más oscura. (Esto me sorprende, pero no debería. Cómo debe de mortificar a los amn.) Me basta una mirada para entender por qué lo ama Naha.

Y también hay amor en los ojos de Itempas cuando pasa alrededor de mi cuerpo y el nimbo de sangre en estado de coagulación que lo rodea.

—Nahadoth —dice mientras sonríe y extiende las manos. Incluso despojada de cuerpo como me encuentro, me estremezco. ¡Lo que hace su lengua con esas sílabas! Ha venido para seducir al dios de la seducción y ha venido preparado.

De repente, Nahadoth es libre para levantarse, cosa que hace. Pero no acepta la mano ofrecida. Deja atrás a Itempas y camina hasta mi cuerpo tendido. Mi cadáver tiene un costado entero empapado de sangre, pero aun así se arrodilla y me levanta. Me abraza con fuerza y sujeta mi cabeza para que no cuelgue, flácida, del cuello. No hay expresión en su rostro. Simplemente me mira.

Si es un gesto calculado para ofender, lo consigue. Itempas baja lentamente las manos y su sonrisa desaparece.

—Padre de todo. —Dekarta se inclina con precaria dignidad, vacilante sin su bastón—. Nos honras con tu presencia una vez más.

Unos murmullos desde el otro lado de la habitación. También Relad y Scimina ofrecen sus saludos. No me importan. Los excluyo de mi percepción.

Durante un momento pienso que Itempas no va a responder. Pero entonces dice, aunque sin apartar la mirada de la espalda de Itempas:

—Aún llevas el sello, Dekarta. Llama a un criado y completa el ritual.

—Al instante, padre, pero...

Itempas mira a Dekarta, quien deja la frase inconclusa bajo aquella mirada abrasadora como un desierto. No lo culpo. Pero Dekarta es un Arameri. Los dioses no lo amilanan mucho tiempo.

—Viraine —dice—. Eras... parte de él.

Itempas deja que balbucee hasta quedar en silencio y luego dice:

—Desde que tu hija se marchó del Cielo.

Dekarta mira a Kurue.

—¿Tú estabas al corriente de esto?

Ella inclina la cabeza con gesto regio.

—Al principio no. Pero Viraine vino a verme un día y me hizo saber que no tenía por qué estar cautiva en este infierno terrenal durante toda la eternidad. Nuestro padre aún podía perdonarnos, si le demostrábamos nuestra lealtad.—Mira a Itempas entonces, y ni siquiera su dignidad puede disimular del todo su ansiedad. Sabe lo voluble que puede llegar a ser—. Ni siquiera entonces estaba segura, aunque lo sospechaba. Fue entonces cuando me decidí a llevar a cabo mi plan.

—Pero... eso significa... —Dekarta se detiene y la comprensión, la rabia y la resignación pasan en rápida sucesión por su rostro. Puedo adivinar lo que piensa: «Itempas el Brillante organizó la muerte de Kinneth.»

Mi abuelo cierra los ojos, quizá de luto por la muerte de su fe.

—¿Por qué?

—El corazón de Viraine estaba roto. —¿Es consciente el Padre de Todo de que sus ojos se vuelven hacia Nahadoth al decir esto? ¿Es consciente de lo que revela esta mirada?—. Quería recuperar a Kinneth y me lo ofreció todo si lo ayudaba a conseguir este fin. Acepté su carne como pago.

—Qué predecible. —Vuelvo mi atención a mí misma, en los brazos de Nahadoth. Es éste quien habla sobre mí—. Lo utilizaste.

—De haber podido darle lo que quería, lo habría hecho. —Itempas responde encogiéndose de hombros en un gesto muy humano—. Pero Enefa otorgó a estas criaturas el poder de tomar sus propias decisiones. Ni siquiera nosotros podemos cambiar su voluntad una vez que se han decidido por un curso de acción. Viraine fue un estúpido al pedirlo.

La sonrisa que curva los labios de Nahadoth es de desprecio.

—No, Tempa, no es eso lo que quería decir, y tú lo sabes.

Y de algún modo, puede que porque ya no estoy viva y ya no pienso con un cerebro carnal, lo entiendo. Enefa está muerta. No importa que aún existan vestigios de su carne y de su alma: son meras sombras de lo que era ella en realidad. Viraine, en cambio, tomó para sí la esencia de un dios vivo. Me recorre un escalofrío al pensarlo: el momento de la manifestación de Itempas ha sido también el de la muerte de Viraine. ¿Sabía él lo que iba a ocurrir? Muchas cosas extrañas cobran sentido ahora, en retrospectiva.

Pero antes de eso, oculto tras la mente y el alma de Viraine, Itempas podía observar a Nahadoth como un mirón. Podía darle órdenes y solazarse en su obediencia. Podía fingir que estaba cumpliendo la voluntad de Dekarta mientras manipulaba los acontecimientos para ejercer una sutil voluntad sobre Nahadoth. Sin que éste pudiera saberlo.

La expresión de Itempas no cambia, pero de repente hay algo en él que sugiere cólera. Una sombra más brñida sobre sus ojos dorados, quizá.

—Qué melodramático eres siempre, Naha. —Se acerca un poco más, lo suficiente para que el resplandor blanco que lo rodea choque contra la humeante sombra de Nahadoth. Allí donde se rozan los dos poderes, la luz y la oscuridad se esfuman sin dejar nada.

—Te aferras a ese trozo de carne como si significara algo —dice Itempas.

—Significa algo.

—Sí, sí, un recipiente. Lo sé. Pero ya ha cumplido su propósito. Te ha comprado la libertad con su vida. ¿No quieres venir a por tu recompensa?

Con movimientos pausados, Nahadoth deja mi cuerpo en el suelo. Siento llegar su furia antes que, al parecer, nadie más. Hasta Itempas parece sorprendido cuando cierra los dos puños y los descarga sobre el suelo. Mi sangre se levanta en dos chorros. El suelo se agrieta de manera ominosa y algunas de las grietas ascienden por las paredes de cristal, aunque, por suerte, sólo forman una urdimbre que no llega a romperse. Acaso como compensación, el plinto del centro de la sala se quiebra. La Piedra cae ignominiosamente al suelo y llueven sobre todos ellos brillantes fragmentos blancos.

—Más —resuella Nahadoth. Su piel se ha agrietado aún más. A duras penas logra contenerlo la carne que es su prisión. Cuando se levanta y se da la vuelta, de sus manos gotea algo demasiado oscuro para ser sangre. La capa que lo rodea azota el aire como si estuviera hecha de tomados en miniatura—. ¡Era... mucho... más! —Apenas logra articular las palabras. Vivió incontables eras antes del lenguaje. Puede que el instinto lo impulse a abandonar totalmente el habla en momentos extremos y responder sólo con rugidos de furia—. Más que un recipiente. Era mi última esperanza. Y la tuya.

Kurue —mi visión se vuelve hacia ella en contra de mi voluntad da un paso adelante y abre la boca para protestar. Zhakkam la coge del brazo como advertencia. Es sabia, o al menos más que Kurue. Nahadoth parece totalmente enloquecido.

Pero entonces, Itempas parece sucumbir a la misma locura, al ver la rabia de Nahadoth. Hay en él una inconfundible lujuria, imposible de ocultar bajo la tensión del guerrero. Pues claro: ¿cuántos eones pasaron batallando, en los que la violencia desnuda daba paso a anhelos más extraños? O puede, simplemente, que Itempas lleve tanto tiempo sin el amor de Nahadoth que esté dispuesto a aceptar lo que sea, incluso su odio, en su lugar.

—Naha —dice con voz delicada—. Mirate. ¿Todo esto por un mortal? —Suspira y sacude la cabeza—. Yo esperaba que al dejarte aquí, entre los insectos que son el legado de nuestra hermana, comprenderías el error de tu conducta. Ahora veo que te has acostumbrado a la esclavitud.

Da un paso al frente y hace algo que cualquier otro de los presentes habría considerado un suicidio: toca a Nahadoth. Es un gesto fugaz, apenas un leve roce de los dedos contra la agrietada porcelana del rostro de Nahadoth. Hay tal anhelo en el gesto que el corazón se me encoge de dolor.

Pero ¿acaso importa ya? Itempas ha matado a Enefa. Ha matado a sus propios hijos. Me ha matado a mí. Incluso ha matado algo dentro de Nahadoth. ¿Es que no se da cuenta?

Puede que sí, porque su mirada tierna se esfuma y, un instante después, aparta la mano.

—Que así sea —dice, con la voz ahora fría—. Estoy cansado de esto. Enefa era una plaga, Nahadoth. Cogió el universo puro y perfecto que habíamos construido entre tú y yo y lo contaminó. Conservé la Piedra porque la quería, pienses lo que pienses... y porque pensé que tal vez pudiera contribuir a hacerte cambiar de idea.

Hace una pausa y baja la mirada hacia mi cadáver. La Piedra ha caído sobre mi sangre, a menos de una mano de distancia de mis hombros. A pesar del cuidado de Nahadoth al dejarme en el suelo, mi cabeza ha caído a un lado. Un brazo está doblado hacia fuera, como si quisiera acercar la Piedra. Es una imagen irónica: una mujer mortal, muerta en el acto de tratar de reclamar el poder de una diosa. Y la amante de un dios.

Imagino que Itempas me enviará a un infierno especialmente espantoso.

—Pero creo que ha llegado la hora de que nuestra hermana muera del todo —dice. No sabría decir si está mirando la Piedra o no—. Que la plaga muera con ella y nuestras vidas vuelvan a ser como eran. ¿No has añorado aquellos días?

(Me percato de que Dekarta se pone tenso al oír esto. Solo él, de los tres mortales, parece haber entendido lo que significan las palabras de Itempas.)

—No te odiaré menos, Tempa —sisea Nahadoth— cuando tú y yo seamos los únicos seres vivos de este universo.

Entonces se convierte en una furiosa tormenta negra que se precipita hacia delante para atacar, e Itempas en un chisporroteo de fuego negro que se prepara para hacerle frente. Colisionan con un impacto que destroza el cristal de la cámara del ritual. Los mortales chillan con voces que casi se pierden cuando penetra violentamente el aire para llenar el vacío. Caen al suelo mientras Nahadoth e Itempas salen de allí como dos relámpagos y remontan el vuelo... pero mi percepción vuela a Scimina por un instante. Sus ojos están clavados en el cuchillo que me ha quitado la vida, el cuchillo de Viraine, tirado no muy lejos de ella. Relad, aturdido, yace en el suelo entre fragmentos rotos de cristal y pedazos del plinto. Scimina entorna los ojos.

Sieh ruge con una voz que es un eco del grito de guerra de Nahadoth. Zhakkam se vuelve hacia Kurue y la pica aparece en su mano. Y en el centro de todo, inadvertidos, intactos, yacen inmóviles mi cuerpo y la Piedra.

Y aquí estamos.

Sí.

¿Entiendes lo que ha pasado?

He muerto.

Sí. En presencia de la Piedra, que alberga lo que queda de mi poder.

¿Por eso sigo aquí y puedo ver estas cosas?

Sí. La Piedra mata a los vivos. Tú estás muerta.

¿Quieres decir... que puedo volver a la vida? Asombroso. Qué conveniente que Viraine se volviera contra mí.

Yo prefiero pensar que es el destino.

¿Y ahora qué?

Tu cuerpo debe cambiar. Ya no podrá albergar dos almas en su interior. Ésa es una capacidad que sólo poseen los mortales. Creé a vuestra

raza así, con dones que nosotros no poseemos, pero nunca creí que os harían tan fuertes. Lo bastante fuertes como para derrotarme, a pesar de todos mis esfuerzos. Lo bastante fuertes como para ocupar mi lugar.

¿Qué? No. No quiero ocupar tu lugar. Tú eres tú. Yo soy yo. He luchado por esto.

Y has luchado bien. Pero mi esencia, todo lo que soy, es necesaria para que este mundo siga existiendo. Si no he de ser yo quien restaure esa esencia, entonces tendrás que ser tú.

Pero...

No lo lamento, hija, hermana pequeña, digna heredera. Ni tampoco debes hacerlo tú. Sólo querría...

Sé lo que querrías.

¿De verdad?

Sí. El orgullo los ciega, pero por debajo aún hay amor. Los Tres existen para estar juntos. Yo me encargaré de que sea así.

Gracias.

Gracias a ti. Y adiós.

Puedo reflexionar durante una eternidad. Estoy muerta. Tengo todo el tiempo que quiera.

Pero nunca he sido muy paciente.

En la sala del cristal, que ya no está hecha de cristal y probablemente ni siquiera se pueda considerar ya una sala, y a su alrededor, atruena la batalla.

Ittempas y Nahadoth han llevado su combate a los cielos que un día compartieron. Sobre las motas en las que se han convertido, la oscuridad vetea el degradado del alba, como si hubiera jirones de noche pegados sobre la mañana. Un ardiente rayo blanco, como el sol pero un millar de veces más brillante, las atraviesa para dispersarlas. Esto es absurdo. Ha llegado el día. Nahadoth ya estaría durmiendo en su prisión humana de no ser por la munificencia de Ittempas. E Ittempas puede revocar su deseo cuando le plazca. Debe de estar divirtiéndose.

Scimina tiene el cuchillo de Viraine. Se ha abalanzado sobre Relad, decidida a destriparlo. Él es más fuerte, pero ella cuenta con la ventaja de su impulso y de su ambición. Los ojos de Relad están abiertos de par en par y llenos de terror. Puede que siempre haya temido algo como esto.

Sieh, Zhakkam y Kurue fintan y dan vueltas en una letal danza de metal y garras. Kurue ha conjurado un par de esplendentes espadas de bronce para defenderse. También esta batalla se halla decidida de antemano. Zhakkam es la encarnación de la batalla y Sieh cuenta con toda la crueldad de la infancia. Pero Kurue posee una voluntad de acero y siente el sabor de la libertad en la boca. No morirá fácilmente.

En medio de todo esto, Dekarta se acerca a mi cuerpo. Se detiene y, con enormes esfuerzos, consigue ponerse de rodillas. Al final resbala en mi sangre y cae sobre mí, con una mueca de dolor. Entonces su expresión se endurece. Levanta la mirada hacia el cielo, donde lucha su dios, y vuelve a bajarla. Hacia la Piedra. Es la fuente del poder del clan de los Arameri. Es también la representación física de su deber. Puede que tenga la esperanza de que, si cumple con éste, le recuerde a Ittempas el valor de la fe. Puede que aún conserve un jirón de ésta. Puede que sea por lo sucedido hace cuarenta años. Dekarta asesinó a su mujer para demostrar su lealtad. Comportarse ahora de otro modo sería burlarse de su muerte.

Alarga la mano hacia la Piedra.

Pero la Piedra no está.

Estaba allí, sobre mi sangre, hace un momento. Dekarta frunce el ceño y mira a su alrededor. Un movimiento atrae sus ojos. La abertura de mi pecho, que puede ver a través de la desgarrada tela del corpiño. Los labios en carne viva de la herida están acercándose, presionando para cerrar la herida. Y mientras se cierra la línea de la cuchillada, Dekarta vislumbra un fino rayo de luz gris. Dentro de mí.

Entonces me siento arrastrada hacia delante y hacia abajo... Sí. Ya basta de esto. Es hora de volver a la vida.

Abrí los ojos y me levanté.

Dekarta, tras de mí, hizo un sonido a medio camino entre un jadeo y una exclamación. Nadie más se percató de que me hubiera puesto en pie, así que me volví hacia él.

—En nombre de todos los dioses... —lograron decir sus labios. Me miró fijamente.

—De todos no —dije. Y como, a pesar de todo, seguía siendo yo, me incliné hacia delante y le sonreí a la cara—. Sólo del mío.

Entonces cerré los ojos y me toqué el pecho. No latía nada bajo mis dedos: mi corazón había sido destruido. Sin embargo, había algo allí, algo que insuflaba vida en mi carne. Podía sentirlo. La Piedra. Una cosa de vida, nacida de la muerte, rebosante de potencial incalculable. Una semilla.

—Crece —susurré.

Como en cualquier nacimiento, hubo dolor.

Creo que grité. Creo que en ese instante sucedieron muchas cosas. Guardo el vago recuerdo de que el cielo daba vueltas sobre mi cabeza y completaba un ciclo entero de día y noche en el lapso de una respiración (y si sucedió esto, entonces lo que se movió no fue el cielo). Tengo la sensación de que, en algún lugar del universo, un número incontable de especies nuevas cobraron vida de repente, en millones de planetas. Estoy bastante segura de que cayeron lágrimas de mis ojos. Y allí donde caían, el suelo se cubría de líquenes y de moho.

No puedo estar segura de nada de esto. En algún lugar, en dimensiones para las que no existen palabras mortales, también yo estaba cambiando. Aquello ocupaba la mayor parte de mi consciencia.

Pero cuando terminaron los cambios y abrí los ojos, vi nuevos colores.

La habitación prácticamente resplandecía con ellos. La iridiscencia del material del Cielo. Reflejos dorados de los fragmentos de cristal desperdigados por toda la sala. El azul del cielo, hasta entonces una tonalidad acuosa, medio blanca, pero ahora tan brillante y vívido que al mirarlo me quedé muda de asombro. Nunca, al menos en toda mi vida, había sido tan azul.

Luego reparé en los olores. Mi cuerpo se había convertido en otra cosa, no tanto un cuerpo como una encarnación, pero su forma, al menos de momento, seguía siendo humana, lo mismo que mis sentidos. Y había también otra cosa diferente. Cuando inhalaba, podía sentir la penetrante y acre escasez del aire, soterrada bajo el aroma metálico de la sangre que cubría mi ropa. Me llevé los dedos a ella y la probé. Sal, metal, tonalidades amargas y agrias. Claro: había sido infeliz durante días, antes de mi muerte.

Nuevos colores. Nuevos aromas en el aire. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo que significaba vivir en un mundo que había perdido una tercera parte de sí mismo. La Guerra de los Dioses nos había costado mucho más que simples vidas.

«Nunca más», juré.

A mi alrededor había cesado el caos. No quería hablar ni pensar, pero el sentido de la responsabilidad me agujoneaba sin cesar por detrás de la conciencia. Finalmente suspiré y centré mi atención en lo que me rodeaba.

A mi izquierda se encontraban tres criaturas brillantes, más fuertes que las demás y de forma más maleable. Reconocí en ellas una parte de mi esencia. Me miraban fijamente, con las armas paralizadas en sus manos o en sus garras, boquiabiertas. Entonces una de ellas adoptó otra forma —la de un niño— y vino a mí. Tenía los ojos abiertos de par en par.

—¿M-Madre?

Aqué! no era mi nombre. Le habría dado la espalda, desinteresada, pero entonces se me ocurrió que aquello podría lastimarlo. ¿Y por qué me importaba eso? No lo sabía, pero era así.

Así que, en lugar de hacerlo, dije:

—No. —Obedeciendo un impulso, alargué la mano y le acaricié el pelo. Sus ojos se abrieron aún más y luego se cubrieron de lágrimas. Se apartó de mí tapándose la cara. No sabía qué pensar de aquel comportamiento, así que me volví hacia los demás.

Otras tres criaturas a mi derecha, o, más bien, dos criaturas y una tercera agonizante. También brillantes, aunque su luz estaba escondida en su interior y sus cuerpos eran más endeble y más toscos. Y finitos. La que estaba agonizando murió entonces ante mis ojos. Demasiados órganos habían sufrido daños, así no podía seguir viviendo. Sentí que su muerte era justa, pero al mismo tiempo la lamenté.

—¿Qué es esto? —exigió una de ellas. La más joven, la hembra. Su vestido y sus manos estaban manchados con la sangre de su hermano.

El otro mortal, viejo y próximo también a la muerte, no podía más que sacudir la cabeza mientras me miraba fijamente.

Entonces, de pronto, otras dos criaturas aparecieron ante mí y contuve el aliento al verlas. No pude impedirlo. Eran hermosísimas, más allá de los cascarones que llevaban para actuar en este plano. Eran parte de mí, mis parientes, pero al mismo tiempo eran muy distintas a mí. Había nacido para estar con ellas, para cubrir el abismo que las separaba y culminar su propósito. Estar ahora ante ellas... Sentí el deseo de levantar la cabeza y cantar de dicha.

Pero algo iba mal. La que parecía hecha de luz, de quietud y de estabilidad.... estaba entera y era gloriosa. Pero al mismo tiempo había algo incompleto en su corazón. Al acercarme más pude percibir una enorme y terrible soledad en su interior, que le carcomía el corazón como un gusano dentro de una manzana. Aquello me templó el ánimo y me ablandó el corazón, porque sabía cómo era una soledad semejante.

La otra criatura, aquella cuya naturaleza atraía todo lo oscuro y salvaje, sufría la misma aflicción. Pero a ésta le habían hecho algo más, algo terrible. Habían mutilado y aplastado su alma, la habían encadenado con cadenas afiladas y cortantes, y luego la habían confinado en un recipiente diminuto. Agonía constante. Había caído sobre una rodilla y me miraba con los ojos apagados y secos, y el cabello empapado de sudor. Hasta sus propios jadeos le causaban dolor.

Era una obscenidad. Pero aún más obsceno era el hecho que descubrí al seguir las cadenas hasta su fuente: que formaban parte de mí. Como otras tres correas, una de las cuales rodeaba el cuello de la criatura que me había llamado Madre.

Asqueada, me arranqué las cadenas del pecho y las hice mil pedazos con mi voluntad.

Las tres criaturas de mi izquierda jadearon y se encogieron sobre sí mismas al sentir que el poder regresaba a ellas. Sin embargo, su reacción no fue nada comparada con la del ser oscuro. Durante un instante permaneció sin moverse, simplemente observando con los ojos muy abiertos cómo caían y desaparecían las cadenas.

Entonces echó la cabeza atrás y gritó, y su grito transformó toda la existencia. En este plano, el cambio se manifestó como un único y titánico impacto de sonido y vibración. Todo cuanto se podía ver desapareció del mundo, reemplazado por una oscuridad lo bastante profunda como para haber vuelto locos a los espíritus más débiles de haber durado más de un latido. Pero pasó más deprisa aún, reemplazada por otra cosa.

Equilibrio: sentí su regreso como una articulación dislocada que vuelve a su lugar. A partir de Tres se había formado el universo. Por primera vez en una era, volvía a haber Tres.

Al retornar la quietud, vi que mi oscuro hermano volvía a estar entero. Si antes había un parpadeo de sombras inquietas tras su estela, ahora emitía una radiación imposiblemente negativa, negra como el Maelstrom. ¿Había pensado que antes era hermoso? Ah, pero ahora no había carne humana alguna que filtrara su fría majestad. Sus ojos despedían el resplandor negro y azulado de un millón de misterios aterradoros y

exquisitos. Como sonreía, el mundo entero se estremecía, y yo no era inmune.

Y sin embargo, esto me sobrecogió a un nivel totalmente distinto, porque de pronto me invadieron los recuerdos. Eran recuerdos pálidos, como de algo medio olvidado, pero tiraron de mí, exigiendo que los reconociera, hasta que hice un ruido y sacudí la cabeza, y agité los brazos en el aire a modo de protesta. Formaban parte de mí y aunque ahora entendía que los nombres eran tan efímeros como las formas para mi raza, los recuerdos insistían en poner nombre a la criatura oscura: Nahadoth.

Y a la brillante: Itempas.

Y a mí...

Fruncí el ceño, confundida. Alcé las manos delante del rostro y las miré como si nunca las hubiera visto. En cierto modo, así era. Dentro de mí estaba la luz gris que tanto había odiado antes, transformada ahora en todos los colores que me habían arrebatado de la existencia. A través de mi piel podía ver cómo bailaban aquellos colores por mis venas y mis nervios, no menos poderosos por estar ocultos. El poder no era mío. Pero la carne sí, ¿no? ¿Quién era yo?

—Yeine —dijo Nahadoth con tono de maravilla.

Un escalofrío me atravesó, la misma sensación de equilibrio que había sentido un momento antes. De repente lo entendí. Era mi carne y también mi poder. Yo era lo que la vida mortal había hecho de mí, lo que Enefa había hecho de mí, pero todo aquello estaba en el pasado. A partir de entonces podía ser lo que quisiera.

—Sí —dije mientras le sonreía—. Ése es mi nombre.

Había que hacer otros cambios.

Nahadoth y yo nos volvimos hacia Itempas, quien nos observaba con ojos duros como el topacio.

—Vaya, Naha —dijo, pero el odio de sus ojos era todo para mí—. Debo felicitarte. Es un excelente golpe de mano. Pensé que bastaría con matar a la chica. Ahora veo que debería haberla aniquilado por completo.

—Para eso habría hecho falta más poder del que posees —dije—. Su rostro se tornó ceñudo. Era tan fácil de interpretar... ¿Se daría cuenta? Seguía pensando que era una mortal, y los mortales eran insignificantes para él.

—No eres Enefa —replicó.

—No, no lo soy. —Sonreí sin poder evitarlo—. ¿Sabes por qué ha sobrevivido el alma de Enefa todos estos años? No fue a causa de la Piedra.

El fastidio endureció aún más su gesto ceñudo. Qué criatura más arrogante era. ¿Qué veía Naha en él? No, eran mis celos los que hablaban. Cuidado. No debía repetir el pasado.

—El ciclo de la vida y la muerte fluye de mí y a través de mí —dije, tocándome el pecho. En su interior, algo, que no era exactamente un corazón, palpaba de manera fuerte y regular—. Ni siquiera Enefa llegó a entender totalmente esto sobre sí misma. Puede que estuviera destinada desde el principio a morir en algún momento. Y ahora puede que yo sea la única de nosotros que nunca llegará a ser totalmente inmortal. Pero por la misma razón, tampoco puedo morir del todo. Si me destruyes, una parte de mí perdurará siempre. Mi alma, mi carne, puede que sólo mi recuerdo... pero bastará para hacerme volver.

—Entonces es que no fui lo bastante concienzudo —dijo Itempas con un tono cargado de promesas terribles—. La próxima vez no cometeré el mismo error.

Nahadoth dio un paso al frente. El nimbo oscuro que lo rodeaba emitía un débil chisporroteo cuando se movía e iba dejando tras de sí una estela como de motas blancas congeladas.

—No habrá próxima vez, Itempas —dijo con aterradora suavidad—. La Piedra ha desaparecido y soy libre. Te voy a hacer pedazos, como he soñado todas las largas noches de mi cautiverio.

El aura de Itempas se inflamó como un fuego de llamas blancas. Sus ojos relampaguearon como sendos soles gemelos.

—Ya arrojé tu corazón destrozado a la tierra una vez, hermano, y puedo volver a hacerlo.

—Basta —dije.

La respuesta de Nahadoth fue un siseo. Se agachó y, de repente, sus manos se transformaron en dos garras monstruosas. Con un movimiento demasiado rápido para la vista, Sieh apareció a su lado como una sombra felina. Kurue hizo ademán de unirse a Itempas, pero al instante la pica de Zhakkam apareció en su garganta.

Ninguno de ellos me prestaba ninguna atención. Suspiré.

El conocimiento sobre mi poder estaba dentro de mí, tan instintivo como el respirar o el pensar para un mortal. Cerré los ojos, alargué las manos hacia él y sentí que se abría, se desplegaba y se propagaba dentro de mí, listo. Ansioso.

lba a ser divertido.

La primera oleada de poder que envié por todo el palacio fue lo bastante violenta como para que todos se tambalearan, incluidos mis belicosos hermanos, que, sorprendidos, guardaron silencio. Sin prestarles atención y con los ojos cerrados, absorbí la energía y la moldeé a voluntad. ¡Era muchísima! Si no tenía cuidado, podía acabar destruyendo en lugar de creando. A cierto nivel me di cuenta de que me rodeaba una luz de colores, gris como las nubes, pero también rosada como el crepúsculo y con la claridad verde del alba. Mi cabello se bañó en ella, reluciente. El traje se me enroscaba alrededor de los tobillos. Me estorbaba. En un parpadeo, mi voluntad lo transformó en la indumentaria de una guerrera darre, una camisa ceñida y sin mangas y unos prácticos pantalones hasta las rodillas. Su color, en cambio, era un plateado flamante y nada práctico, pero... caray, era una diosa, a fin de cuentas.

Unas paredes —bastas, marrones, de corteza de árbol— aparecieron a nuestro alrededor. No envolvieron totalmente la sala. Aquí y allá había aberturas, aunque mientras observaba se cerraron ante mis ojos. Cerca de mí crecieron ramas, se bifurcaron y dieron unas hojas enroscadas. Sobre nuestras cabezas el cielo seguía siendo visible, aunque ahora velado por el dosel vegetal que había crecido encima de nosotros. Más allá de aquel dosel se alzaba el tronco de un árbol titánico que ascendía nudoso y curvo en dirección al cielo.

De hecho, sus ramas más altas perforaban el cielo. Si hubiera mirado aquel mundo desde arriba habría visto nubes blancas, mares azules, tierra marrón y un esplendoroso árbol que cortaba la suave curva del mundo. Y de haberme acercado habría visto raíces como montañas, enroscadas alrededor de la ciudad del Cielo. Habría visto ramas tan grandes como ríos. Habría visto que la gente en la superficie, sobrecogida y aterrorizada, salía arrastrándose de sus casas y levantaban miradas cargadas de asombro y reverente temor al monumental árbol que había crecido alrededor del Palacio del Cielo.

De hecho, vi todas estas cosas sin abrir los ojos. Y luego, cuando los abrí, vi que mis hermanos y mis hijos estaban mirándome.

—Basta —volvía a decir. Esta vez sí me prestaron atención—. Este reino no puede soportar otra Guerra de los Dioses. No lo permitiré.

—¿Que tú no lo permitirás...? —Itempas cerró los puños y sentí el pesado y abrasador aumento de su poder. Por un momento me invadió el miedo, y no sin razón. Había moldeado el universo a su capricho al comienzo del tiempo. Me excedía infinitamente en experiencia y sabiduría. Yo

ni siquiera sabía luchar como luchan los dioses. No me atacó porque éramos dos y él sólo uno, pero únicamente se contuvo por eso.

«Entonces es que hay esperanza», decidí.

Como si me hubiera leído los pensamientos, Nahadoth sacudió la cabeza.

—No, Yeine. —Sus ojos eran sendos agujeros negros en su cráneo, listos para tragarse mundos enteros. El hambre de venganza brotaba en finas volutas de su cuerpo como el humo de una fogata—. Asesinó a Enefa a pesar de que la amaba. No tendrá ningún escrúpulo contigo. Debemos destruirlo o seremos destruidos.

Un callejón sin salida. Yo no guardaba ningún rencor a Itempas. Había asesinado a Enefa, no a mí. Pero Nahadoth tenía milenios de dolor que purgar. Se merecía justicia. Y lo que es peor, tenía razón. Itempas estaba loco, envenenado por sus propios celos y su miedo. A los locos no se los deja libres, para que no hagan daño a los demás o a sí mismos.

Sin embargo, destruirlo era impensable. De Tres había nacido el universo. Sin Tres, todo terminaría.

—Sólo se me ocurre una solución —dije en voz baja. E incluso ésa era imperfecta. A fin de cuentas, sabía por propia experiencia el daño que podía infligir un solo mortal al mundo si se le daban tiempo y poder en cantidad suficiente. Habría que esperar que todo saliera bien.

Nahadoth frunció el ceño al comprender mis intenciones, pero parte del odio abandonó su cuerpo. Sí. Ya me imaginaba que podía estar de acuerdo. Asintió para confirmarlo.

Itempas se puso rígido. Entendía lo que pretendíamos hacer. El lenguaje había sido invención suya. En realidad, nunca habíamos necesitado palabras.

—No lo toleraré.

—Sí que lo harás —dije mientras unía mi poder al de Nahadoth. Fue una fusión fácil, una prueba más de que los Tres estábamos hechos para trabajar juntos y no unos contra otros. Algún día, cuando Itempas hubiera cumplido su penitencia, quizá volviéramos a ser Tres de nuevo. ¡Qué maravillas podríamos crear entonces! Aguardaba el momento con impaciencia y esperanza.

—Servirás —le dijo Nahadoth y en su voz fría y profunda resonaba todo el peso de la ley. Sentí que la realidad se rehacía a sí misma. Tampoco habíamos necesitado nunca una lengua diferente. Cualquiera valdría mientras uno de nosotros pronunciase las palabras—. No a una sola familia, sino al mundo entero. Vagarás entre los mortales como uno de ellos, desconocido para ellos, dueño sólo de la riqueza y el respeto que consigas reunir con tus obras y tus palabras. Únicamente podrás recurrir a tu poder en momentos de gran necesidad y solamente para ayudar a los mortales a los que tanto desprecias. Enderezarás los males cometidos en tu nombre.

Nahadoth sonrió entonces. No era una sonrisa cruel —era libre y ya no necesitaba la crueldad para nada— pero tampoco había ninguna clemencia en ella.

—Imagino que la tarea te llevará algún tiempo.

Itempas no dijo nada, porque no podía. Las palabras de Nahadoth se habían apoderado de él y con la ayuda de mi poder forjaban unas cadenas que ningún mortal podía ver o cortar. Luchó contra las cadenas y trató de lanzar su poder contra nosotros en un salvaje ataque, pero no sirvió de nada. Un solo miembro de los Tres no podía prevalecer contra los otros dos. Itempas se había aprovechado de esta aritmética durante demasiado tiempo como para no saberlo.

Pero no podíamos dejarlo así. El castigo, para ser justo, debía aspirar a redimir al culpable, no sólo a compensar a las víctimas.

—Tu sentencia podría terminar antes —dije, y también mis palabras se curvaron, se transformaron en eslabones y se endurecieron a su alrededor— si aprendes a amar de verdad.

Itempas me fulminó con la mirada. Nuestro poder no lo había puesto de rodillas, pero casi. Estaba ahora con la espalda encorvada, temblando de la cabeza a los pies, despojado de las llamas blancas de su aura y con el rostro cubierto por una película de sudor muy humana.

—Yo... nunca... te... amaré —logró decir con los dientes apretados.

Parpadeé con sorpresa.

—¿Para qué iba yo a querer tu amor? Eres un monstruo, Itempas, y destruyes todo aquello que dices amar. Veo mucha soledad en ti, mucho sufrimiento... pero es todo obra tuya.

Hizo una mueca y los ojos se le abrieron de par en par. Suspiré, sacudí la cabeza, me acerqué a él y le acaricié la mejilla. Volvió a arrugar el semblante al sentir mi contacto, pero lo acaricié hasta que se tranquilizó.

—Pero yo sólo soy uno de tus amantes —susurré—. ¿No has echado en falta al otro?

Y, tal como esperaba, Itempas miró a Nahadoth. Ah, qué necesidad había en sus ojos. Si hubiera habido alguna esperanza de que accediera, le habría pedido a Nahadoth que compartiera el momento con nosotros. Una sola palabra amable de su parte habría acelerado la curación de Itempas. Pero pasarían siglos antes de que las heridas del propio Nahadoth se hubieran cerrado lo bastante como para algo así.

Suspiré. Así debía ser. Haría lo que tuviera que hacer para facilitarles las cosas a los dos y volvería a intentarlo cuando el tiempo hubiera hecho su trabajo. A fin de cuentas, había hecho una promesa.

—Cuando estés listo para volver a estar entre nosotros —le susurré a Itempas— yo, al menos, te daré la bienvenida. —Entonces le di un beso, un beso en el que deposité todas las esperanzas que pude reunir. Pero parte de la sorpresa del momento fue mía, porque su boca era suave a pesar de la dureza de sus líneas. Por debajo de eso pude sentir el sabor de especias calientes y cálidas brisas de mar. Sentí que se me hacía la boca agua y un anhelo me recorría el cuerpo entero. Por primera vez entendí por qué lo amaba Nahadoth... y, a juzgar por cómo dejó entreabiertos los labios al retirarme yo, creo que él sintió lo mismo.

Miré a Nahadoth, que suspiró con un agotamiento muy humano.

—No va a cambiar, Yeine. No puede.

—Podrá si así lo desea —dije con firmeza.

—Eres una ingenua.

Puede que lo fuese. Pero eso no quería decir que estuviera equivocada.

Sin apartar los ojos de Itempas, me acerqué a Naha y lo tomé de la mano. Nuestro hermano nos observaba como un hombre que agoniza de sed y se encuentra con una cascada. Los tiempos que se avecinaban serían duros para él, pero era fuerte. Era uno de nosotros. Y un día, volvería a ser nuestro.

El poder lo envolvió como los pétalos de una gran flor titilante. Cuando la luz se apagó, era humano. Su cabello ya no resplandecía y sus ojos eran de un mero color castaño. Bien parecido, pero no perfecto. Sólo un hombre. Cayó al suelo, inconsciente a causa de la transformación.

Hecho esto, me volví hacia Nahadoth.

—No —dijo con el ceño fruncido.

—Se merece la misma oportunidad que tú —dije.

—Yo ya le había prometido la liberación.

—La muerte, sí. Pero yo puedo darle más. —Le acaricié la mejilla, que parpadeaba bajo mi mano. Ahora, su rostro cambiaba a cada

instante, aunque siempre hermoso. Supongo que los mortales no lo habrían creído así, puesto que algunos de sus semblantes no eran humanos. Pero yo misma había dejado de serlo. Podía aceptar todos los rostros de Nahadoth, así que ya no necesitaba uno solo de ellos.

Suspiró y cerró los ojos al sentir mi contacto, lo que me agradó y me preocupó a un tiempo. Había estado mucho tiempo solo. Debería procurar no aprovecharme ahora de esta debilidad si no quería que me odiase más adelante.

Sin embargo, aún faltaba otra cosa.

—Se merece la libertad, lo mismo que tú.

Exhaló un fuerte suspiro. Pero el suspiro adoptó la forma de unas estrellas minúsculas y negras, sorprendentemente brillantes, que parpadearon, se multiplicaron y al fin cristalizaron en una forma humana. Por un instante tuve a mi lado el negativo de la imagen del dios. Lo doté de vida y se transformó en un hombre. El yo diurno de Nahadoth. Miró a su alrededor y después contempló fijamente a la soberbia criatura que durante tanto tiempo había sido su otro yo. Nunca se habían encontrado durante todo aquel tiempo, pero lo comprendió al instante, y esta comprensión hizo que se le abrieran los ojos de par en par.

—Dioses —susurró, demasiado asombrado para percatarse de la ironía de aquella palabra.

—Yeine...

Al volverme, Sieh se encontraba allí, en su forma infantil. Estaba muy tenso y sus ojos verdes escudriñaron mi rostro.

—¿Yeine?

Alargué los brazos hacia él, pero entonces vacilé. No era mío, a pesar de mis sentimientos posesivos.

Él alargó también las manos, con la misma vacilación, y me tocó los brazos y la cara con asombro.

—¿De verdad... no eres ella?

—No. Sólo Yeine. —Bajé la mano y dejé que eligiera. Si me rechazaba, respetaría su decisión. Pero...—. ¿Era esto lo que querías?

—¿Querer? —La expresión de su rostro habría alegrado corazones más fríos que el mío. Me rodeó con los brazos y yo lo atraje hacia mí y lo abracé con fuerza—. Ah, Yeine, sigues siendo tan mortal... —murmuró contra mi pecho. Pero sentí que temblaba.

Por encima de su cabeza miré a mis otros hijos. O hijastros, quizá. Sí, era un modo más seguro de pensar en ellos. Zhakkarn inclinó la cabeza ante mí, como un soldado que saludara a su nuevo comandante. Me obedecería, que no era lo que yo quería pero tendría que bastar por el momento.

Kurue, en cambio, era otra cuestión.

Me separé con delicadeza de Sieh y me acerqué a ella. Al instante, se apoyó sobre una rodilla e inclinó la cabeza.

—No voy a suplicar tu perdón —dijo. Sólo su voz revelaba el miedo que sentía. No era el tono fuerte y claro de costumbre—. Hice lo que creí que debía hacer.

—Claro que sí —dije—. Fue lo más sabio. —Tal como había hecho con Sieh, alargué la mano y le acaricié el pelo. En aquella encarnación era largo y plateado, como metal forjado en forma de bucles. Muy hermoso.

Dejé que resbalara entre mis dedos mientras Kurue caía al suelo, muerta.

—Yeine —dijo Sieh. Parecía aturdido. De momento lo ignoré, porque mis ojos se habían encontrado con los de Zhakkarn al levantar la mirada. Volvió a inclinar la cabeza y comprendí que me había ganado parte de su respeto.

—Darr —dije.

—Yo me encargaré —respondió Zhakkarn antes de desaparecer.

La medida de mi propio alivio me sorprendió. Puede que tampoco hubiese dejado mi humanidad tan lejos, a fin de cuentas.

Hecho esto, me volví hacia todos los presentes. Una rama había empezado a crecer a lo largo de la estancia, pero la toqué y se desvió en otra dirección.

—Tú también —dije a Scimina, que palideció y retrocedió un paso.

—No —dijo Nahadoth de repente. Se volvió hacia ella y sonrió. La habitación se volvió más oscura—. Ésta es mía.

—No —susurró ella mientras retrocedía otro paso. Si no hubiera crecido una rama delante de la entrada de la escalera, estoy segura de que habría echado a correr, aunque, como es natural, no le habría servido de nada—. Márame sin más.

—Se acabaron las órdenes —dijo Nahadoth. Levantó la mano, cerró los dedos como para sujetar una correa invisible y Scimina, con un grito, salió despedida hacia él y cayó de rodillas a sus pies. Se aferró la garganta y la arañó con los dedos en busca de algún modo de liberarse, pero no había nada allí. Naha se inclinó, tomó su barbilla con los dedos y depositó un beso en sus labios que no por tierno resultó menos inquietante—. Te mataré, Scimina, no temas. Pero aún no.

No sentí pena. Otro vestigio de mi humanidad.

Lo que dejaba solo a Dekarta.

Estaba sentado en el suelo, donde lo había arrojado la aparición de mi árbol. Al acercarme a él pude percibir el palpitante dolor de su cadera, que estaba rota y el inestable palpar de su corazón. Demasiadas emociones. No había sido una buena noche para él. Pero, para mi sorpresa, cuando me arrodillé a su lado sonrió.

—Una diosa —dijo, y soltó una carcajada sorprendentemente libre de amargura—. Ah, Kinneth nunca hacía las cosas a medias, ¿verdad?

A mi pesar, compartí la sonrisa.

—Verdad.

—Bueno. —Levantó la barbilla y me observó con regia serenidad. El efecto habría sido mejor si no hubiera estado jadeando por culpa de su corazón—. ¿Qué hay de nosotros, diosa Yeine? ¿Qué hay de la raza humana?

Me rodeé las rodillas con los brazos, apoyada sobre las puntas de los pies. Me había olvidado de crear unos zapatos.

—Elegirás otro sucesor, que se aferrará a tu poder lo mejor que pueda. Lo consiga o no, Naha y yo desapareceremos e İtempas ya no os servirá de nada. Será interesante comprobar lo que podéis hacer los humanos del mundo sin nuestra constante interferencia.

Me miró con incredulidad y horror.

—Sin los dioses, todos los reinos del mundo se levantarán para destruirnos. Y luego se destruirán unos a otros.

—Puede.

—¿Puede?

—Desde luego, ocurrirá —dije— si tus descendientes son unos necios. Pero los enefadeh nunca fueron la única arma de los Arameri, abuelo. Lo sabes mejor que nadie. Tenéis más riqueza que ningún otro reino, la suficiente para contratar y equipar ejércitos enteros. Contáis con el clero de İtempas, que seguro que está más que dispuesto a difundir vuestra versión de la verdad, puesto que les va la vida en ello. Y contáis con vuestra propia crueldad, más que perfeccionada por el uso, que también os ha prestado un buen servicio todo este tiempo. —Me encogí de hombros—. Los Arameri pueden sobrevivir. Incluso es posible que consigan conservar el poder durante algunas generaciones. Y tal vez, con un poco de suerte, logren aplacar lo peor de la cólera del mundo.

—Habrá cambios —dijo Nahadoth, que había aparecido de repente detrás de mí. Dekarta se echó hacia atrás, pero no había malicia en los ojos del Señor de la Noche. La esclavitud era lo que lo había vuelto medio loco, pero ya estaba empezando a curarse—. Ha de haberlos. Los Arameri han mantenido el mundo inmóvil durante demasiado tiempo, en contra de su propia naturaleza. Ahora, eso debe corregirse con sangre.

—Pero si sois listos —añadí—, podréis conservar la mayor parte de lo que tenéis.

Dekarta sacudió lentamente la cabeza.

—Yo no. Estoy muri ndome. Y mis herederos... Tenían la fuerza necesaria para gobernar como dices, pero... —Desvi  la mirada hacia Relad, que yacía en el suelo con los ojos abiertos y un cuchillo en la garganta. Había sangrado aún más que yo.

—T o... —comenzó a decir Scimina, pero Nahadoth dio un brusco tirón a la correa para acallarla. Dekarta mir  una vez en su dirección y luego apart  los ojos.

—Tienes otro heredero, Dekarta —dije—. Es inteligente y hábil y pienso que posee la fuerza necesaria... aunque no creo que me d  las gracias por recomendarlo.

Sonreí para mis adentros mientras veía, sin usar los ojos, a través de las distintas capas del Cielo. Por dentro, el palacio no había cambiado mucho. Aquí y all , la corteza y las ramas habían reemplazado el material perlino y algunos de los espacios intermedios estaban ahora cubiertos de madera viva. Pero incluso ese sencillo cambio bastaba para aterrorizar a los moradores del Cielo, de todas las castas. En el corazón de aquel caos se encontraba T ril, dirigiendo a los servidores del palacio y organizando la evacuación.

S , lo haría de maravilla.

Dekarta abrió los ojos de par en par, pero reconocía una orden cuando la o a. Asintió y, a cambio, lo toqué y orden  que su cadera se recompusiera y su corazón recobrara la estabilidad. Esto lo mantendría con vida unos días más. Lo bastante para supervisar la transición.

—No... no lo entiendo —dijo el Naha humano, mientras su álter ego divino y yo nos poníamos en pie. Parecía profundamente asustado—.

 Para qué habéis hecho esto?  Qu  voy a hacer ahora?

Lo mir  con sorpresa

—Vivir —dije—.  Para qué otra cosa crees que os puse aquí?

Había muchas más cosas que hacer, pero lo importante era esto. Habrías disfrutado de ello, creo: enderezar los desequilibrios provocados por tu muerte, redescubrir de nuevo la existencia... Pero puede que también haya descubrimientos interesantes all  adonde te has ido.

Me sorprende reconocerlo, pero te voy a echar de menos, Enefa. Mi alma no est  acostumbrada a la soledad.

Claro que nunca estar  realmente sola, gracias a ti.

Algún tiempo después de que dejáramos el Cielo y a l mpas en el mundo de los mortales, Sieh me cogió de la mano.

—Ven con nosotros —dijo.

— Ad nde?

Nahadoth me tocó el rostro en ese momento, con toda delicadeza, y la ternura de su mirada me hizo sentir sobrecogida y un poco avergonzada.  Me había hecho merecedora de tales sentimientos? No... pero lo haría. Mientras me lo juraba, levant  el rostro para recibir su beso.

—Tienes mucho que aprender —murmur  junto a mis labios cuando nos separamos—. Tengo muchísimas maravillas que mostrarte.

Incapaz de contenerme, sonreí como una muchacha humana.

—Pues llevadme, entonces —dije—. Empecemos.

Así pasamos más allá de este universo, y ya no queda nada más que contar.

Al menos, en este cuento.

Arameri la familia gobernante de los amn. Consejeros del Consortium de los Nobles y de la Orden de Itempas.

Alto Norte el continente más septentrional. Una región atrasada.

Amn la más numerosa y poderosa de las razas senmitas.

Arrebaia capital de Darr.

Ascensor un medio de transporte mágico en el interior del Cielo. Una versión menor de las Puertas Verticales.

Brillo, el período del gobierno solitario de Itempas tras la Guerra de los Dioses. En general, un término que expresa orden, ley y rectitud.

Cielo, el la ciudad más grande del continente Senm. Asimismo, palacio de la familia Arameri.

Cielos e infiernos moradas para las almas más allá del reino de los mortales.

Cien Mil Reinos, los denominación colectiva del mundo desde su unificación bajo la autoridad de los Arameri.

Consortium de los Nobles cuerpo político ejecutivo de los Cien Mil Reinos.

Darr un país del Alto Norte.

Dekarta Arameri jefe de la familia Arameri.

Demonio hijo de la unión prohibida entre un dios o uno de sus hijos y un mortal. Extintos en la actualidad.

Dioses los hijos inmortales del Maelstrom. Los Tres.

Enefa una de los Tres. La Traidora. Muerta.

Enefadeh los que recuerdan a Enefa.

Era de los Tres tiempo anterior a la Guerra de los Dioses.

Escriba un estudioso de la lengua escrita de los dioses.

Guerra de los Dioses un conflicto apocalíptico en el que Itempas el Brillante se hizo con el control de los cielos tras derrotar a sus dos hermanos.

Hereje adorador de cualquier otro dios que no sea Itempas. Proscrito.

Irt un país isleño.

Islas, las los vastos archipiélagos que se extienden al este del Alto Norte y de Senm.

Itempano término general que define a los adoradores de Itempas. También hace referencia a los miembros de la Orden de Itempas.

Itempas uno de los Tres. El Señor Brillante, señor de los cielos y de la tierra, el Padre Celestial.

Ken el mayor de los países isleños, hogar de los pueblos ken y min.

Kinneth Arameri única hija de Dekarta Arameri

Kurue una hija de los dioses, llamada también la Sabia.

Maelstrom creador de los Tres. Incognoscible.

Magia la capacidad innata de los dioses y sus hijos de alterar los mundos materiales e inmatrimales. Los mortales pueden utilizar un remedo de este poder utilizando el lenguaje divino.

Menchey un país del Alto Norte.

Muerte ambulante una virulenta plaga que aparece con cierta frecuencia. Afecta sólo a personas de extracción humilde.

Nahadoth uno de los Tres. El Señor de la Noche.

Narshes una raza del Alto Norte cuya patria fue conquistada por los tok hace siglos.

Orden de Itempas el cuerpo sacerdotal que sirve a Itempas el Brillante. Además de ofrecer guía espiritual, es responsable de la ley, el orden, la educación y la erradicación de la herejía. Conocida también como Orden Itempana.

Piedra de la Tierra parte del legado familiar de los Arameri.

Puerta Vertical un medio mágico de transporte entre la ciudad del Cielo y el palacio del mismo nombre.

Progenie divina los hijos inmortales de uno de los Tres. También conocidos a veces como dioses.

Razas oscuras las razas que sólo adoptaron el culto a Itempas tras la Guerra de los Dioses y por imposición. Incluye a la mayoría de los pueblos isleños y del Alto Norte.

Reino de los dioses lo que hay más allá del universo.

Reino mortal el universo, creado por los Tres.

Relad Arameri sobrino-nieto de Dekarta Arameri. Hermano gemelo de Scimina.

Rosa faldialta una variedad de rosa blanca cultivada por medios especiales, muy rara y apreciada.

Salón sede del Consortium de los Nobles.

Sar-enna-nem sede del *ennu* y del consejo de los guerreros de Darr.

Sello de sangre la marca que identifica a un miembro reconocido de la familia Arameri.

Sello un ideograma de la lengua de los dioses, utilizado por los escribas para imitar la magia de éstos.

Senm el continente más grande del mundo, situado en su extremo occidental.

Senmita la lengua amn, utilizada como idioma común en los Cien Mil Reinos.

Shahar Arameri suma sacerdotisa de Itempas en tiempos de la Guerra de los Dioses. Sus descendientes son la familia Arameri.

Sieh un hijo de los dioses, conocido también como el Embaucador. El más antiguo de todos ellos.

Scimina Arameri sobrina-nieta de Dekarta Arameri y hermana gemela de Relad.

T´vril Arameri un sobrino—nieto de Dekarta.

Tema un reino senmita.

Toklandia un país del Alto Norte.

Uthr un país isleño.

Viraine Arameri primer escriba de los Arameri.

Yeine Darr nieta de Dekarta e hija de Kinneth.

Ygreth esposa de Dekarta y madre de Kinneth. Fallecida.

Zhakkarn de la Sangre una hija de los dioses.

UNA ACLARACIÓN DE TÉRMINOS¹

En el nombre de Itempas nuestro Padre Celestial, el más Brillante y pacífico.

Los Conspiradores, como deben ser en puridad conocidos², son como todos los dioses, en el sentido de que poseen un dominio total sobre el mundo material³, así como sobre la mayoría de las cosas espirituales. Aunque no eran omnipotentes —sólo los Tres, en conjunción, podían considerarse así— su poder individual, comparado con el de los mortales, es tan grande, que la distinción es meramente académica. Sin embargo, el Señor Brillante, en su sabiduría, ha considerado apropiado limitar el poder de los Conspiradores como castigo y para que puedan ser empleados como herramientas a beneficio de la raza humana.

La disparidad de su naturaleza impone limitaciones mayores, distintas en cada uno de los casos. A este hecho lo definimos como «afinidad», puesto que, al parecer, la lengua de los dioses carece de término para describirlo. Las afinidades pueden ser materiales, conceptuales o una combinación de ambas⁴. Un ejemplo de esto lo tenemos en la Conspiradora llamada Zhakkarn, que domina todas las cosas relacionadas con el combate, incluidas las armas (elemento material), la estrategia (elemento conceptual) y las artes marciales (elemento combinado). En el campo de batalla posee la capacidad única de replicarse a sí misma varios miles de veces, y así, en la práctica, llegar a convertirse en un ejército de un solo hombre⁵. Sin embargo, también se ha constatado que evita cualquier concentración de mortales con finalidad pacífica, como las celebraciones festivas. Y en efecto, la proximidad a la parafernalia religiosa provista de un simbolismo pacífico, como los anillos de jade blanco que llevan los mayores devotos de nuestra orden, le provoca gran incomodidad.

Como los Conspiradores son prisioneros de guerra y nuestra familia ejerce de carcelera, es esencial que comprendamos la naturaleza de la afinidad, puesto que representa nuestro único modo de imponerles disciplina.

Además, también debemos entender las restricciones debidas a la voluntad de nuestro Señor. La principal, así como la más importante de ellas, es la corporalidad. Se ha comprobado que el estado natural de los dioses es inmaterial⁶, estado que les permite nutrirse de recursos inmateriales (como, el movimiento de los cuerpos celestes o el crecimiento de las criaturas vivas) para obtener sustento y extraer energía vital. Sin embargo, a los Conspiradores no se les permite entrar en el estado etéreo, por lo que deben mantener una localización física en todo momento. Esto reduce su capacidad de maniobra a los límites de los sentidos humanos y restringe su poder a lo que puede albergar esta forma⁷. Esta restricción les obliga también a ingerir alimento y bebida a la manera de los mortales para mantener las fuerzas. Ciertos experimentos⁸ han demostrado que, cuando a los Conspiradores se les priva de sustento o sufren cualquier otro tipo de trauma físico, sus capacidades mágicas menguan, en gran medida o en su totalidad, hasta que recobran la salud. Sin embargo, debido al papel desempeñado en su cautiverio por la Piedra de la Tierra, poseen la capacidad de regenerar la carne envejecida o dañada y revivir de la muerte aparente, incluso después de que sus cuerpos hayan sido prácticamente destruidos. Por consiguiente, no es correcto afirmar que posean «forma mortal». Su cuerpo físico sólo es mortal de manera superficial.

En el próximo capítulo hablaremos de las peculiaridades de cada uno de los Conspiradores y los medios idóneos para controlarlos.

Fuentes históricas.

Notas de la familia Arameri, primer volumen.

De la colección de Dekarta Arameri.

(Traducida por la escriba Aram Vernm en el año 724 del Brillo, así perdure eternamente. ATENCIÓN contiene referencias heréticas, marcadas en el texto como «RH», y se utiliza con permiso de la Litaria.)

Puede que me conozcáis como Aetr, hija de Shahar, la que ahora está muerta. Éste es el relato de su muerte, para que quede constancia histórica y como tributo a la tranquilidad de mi conciencia.

No sabíamos que hubiese problemas. Mi madre era una mujer que no compartía sus pensamientos ni en los mejores momentos. Esto, que es algo necesario para cualquier sacerdotisa, lo era mucho más para la más brillante de nuestras luces. Pero la suma sacerdotisa Shahar —la llamaré de este modo en lugar de madre, porque siempre fue eso antes que una madre para mí— era una mujer singular.

Los hermanos y hermanas de mayor edad me cuentan que conoció al Padre del Día (RH) en una ocasión, de niña. Había nacido entre los «sin tribu», esos descartados que no obedecen a dios ni ley algunos. Su madre convivía con un hombre que consideraba tanto a la madre como a la niña como propiedades suyas y las trataba como a tales. Tras su enésimo tormento, Shahar decidió huir a uno de los antiguos templos de los Tres (RH), donde rezó pidiendo iluminación. El Padre del Día (RH) se le apareció y le ofreció esta iluminación en forma de cuchillo. Ella lo utilizó con su padrastro mientras dormía para extirpar esta oscuridad de su vida de una vez para siempre.

No digo esto para mancillar su recuerdo, sino para explicarlo, éste era el tipo de luz que valoraba Shahar. Severa, dura y penetrante. No me extraña que nuestro Señor la tuviese en tan alta estima, pues se le parecía mucho y, al igual que él, era muy rápida para decidir quién era merecedor de su amor y quién no (RH).

Creo que por eso volvió a aparecerse a ella aquel terrible día, cuando todo comenzó a debilitarse y a morir. De repente se manifestó en mitad del Saludo del Alba y le entregó algo encerrado en una esfera de cristal blanco. En aquel momento no sabíamos que se trataba del último vestigio de la carne de la dama Enefa (RH), perdida ahora en el crepúsculo. Sólo sabíamos que el poder de aquel cristal mantenía a raya la descomposición, aunque únicamente entre las cuatro paredes de nuestro templo. Más allá, las calles estaban a rebosar de gente que se asfixiaba; los campos de cosechas que se perdían; los pastos de ganado que no se tenía en pie.

Salvamos a todos los que pudimos. Ojalá, por la Llama del Sol, pudieran haber sido más.

Y rezamos. Así lo ordenó Shahar, y teníamos tanto miedo que la obedecimos, a pesar de que tuvimos que estar tres días de rodillas, llorando, suplicando, esperando contra toda esperanza que nuestro Señor saliera victorioso en el conflicto que estaba haciendo pedazos nuestro mundo. Hicimos turnos todos nosotros, los ordenados, los acólitos, los Custodios de la Orden y la gente corriente. Apartábamos a un lado los cuerpos exhaustos de nuestros compañeros cuando se desplomaban de agotamiento y seguíamos rezando en su lugar. Y mientras tanto, cuando nos atrevíamos a mirar al exterior, veíamos pesadillas. Criaturas negras y carcajeantes, como gatos, pero también niños monstruosos que corrían por las calles en busca de presas. En la distancia caían columnas rojas de fuego, grandes como montañas. Vimos cómo resultaba inmolada la ciudad entera de Dix. Vimos cómo caían del cielo los cuerpos resplandecientes de los hijos de los dioses, chillando, y cómo se desvanecían en el éter antes de tocar el suelo.

Mientras sucedía todo esto, mi madre permaneció en sus aposentos de la torre, contemplando sin pestañear aquel cielo de pesadilla. Cuando fui a verla —porque muchos de los nuestros habían empezado a matarse unos a otros en su desesperación—, la encontré sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y la esfera blanca en el regazo. Ya no era joven. Aquella postura debía de resultarle muy incómoda. Pero estaba esperando, me dijo. Y cuando le pregunté el qué, esbozó una sonrisa fría y blanca.

«El momento apropiado para golpear», respondió.

Supe entonces que estaba decidida a morir. Pero ¿qué podía hacer? Sólo soy una sacerdotisa y era mi superior. Los lazos familiares no significaban nada para ella. En nuestra orden es costumbre contraer matrimonio y engendrar hijos para educarlos en la fe de la luz, pero mi madre declaró que nuestro Señor era el único marido que aceptaría. Solamente se quedó encinta, de un sacerdote o de quién sabe qué hombre, para complacer a los ancianos. Mi hermano gemelo y yo éramos el resultado de aquella decisión y nunca nos profesó amor. Lo digo sin rencor. He tenido treinta años para acostumbrarme a ello. Pero a causa de esto supe que si trataba de desviarla del curso que había elegido, haría oídos sordos a mis palabras.

Así que, en lugar de tratar de disuadirla, cerré la puerta y regresé a mis plegarias. A la mañana siguiente hubo una espantosa detonación que, nos pareció, estuvo a punto de hacer mil pedazos los mismos sillares del templo del Cielo del Día. Cuando nos recuperamos de aquello, sorprendidos de encontrarnos aún con vida, mi madre estaba muerta.

Fui yo quien la encontró. Yo y el Padre del Día (RH), quien se encontraba junto a su cuerpo cuando abrí la puerta.

Caí de rodillas, claro está, y murmuré que me sentía honrada de encontrarme en su presencia. Pero la verdad es que mis ojos eran sólo para mi madre, que yacía en el suelo, tirada sobre el mismo sitio donde la había visto por última vez. La esfera blanca estaba hecha añicos a su lado y en sus manos había algo gris y de brillo trémulo. Había pesar en los ojos de mi señor Itempas cuando tocó los ojos de mi madre para cerrárselos. Me alegró ver aquel pesar, porque significaba que mi madre había alcanzado el mayor de sus deseos: complacer a su señor.

«Mi única fiel —dijo—. Todos los demás me han traicionado, salvo tú.»

Solamente después descubrí lo que quería decir: que la dama Enefa (RH) y el señor Nahadoth (RH) se habían vuelto contra él, junto con centenares de sus hijos inmortales. Solamente después me trajo el señor Itempas sus prisioneros de guerra, dioses caídos y cargados de cadenas invisibles, y me dijo que los usara para enderezar el mundo. Fue demasiado para Bentr, mi hermano. Aquella noche lo encontramos en la cámara de la cisterna con las muñecas cortadas, en un barril de agua para las abluciones. Sólo yo fui testigo de aquello, y sólo a mí me correspondió cargar con el peso, pero no derramé una sola lágrima, porque, por mi madre, ya lo había hecho un dios, sin que aquello le sirviera de nada. Aún seguía muerta.

Y así fue como pasó a mejor vida la suma sacerdotisa del Brillante, Shahar Arameri.

Por ti, madre. Continuaré viviendo, haré lo que nos ordene nuestro Señor y reconstruiré el mundo. Encontraré un marido lo bastante fuerte como para ayudarme a sobrellevar la carga y criaré a mis hijos para que sean duros, fríos e implacables, como tú. Es el legado que deseabas,

¿no? En el nombre de nuestro Señor, será tuyo.
Que los dioses nos ayuden a todos.

Tengo tanta gente a la que dar las gracias y tan poco espacio... Ante todo, gracias a mi padre, mi primer editor y maestro de escritura. Siento muchísimo haberte obligado a leer toda la basura que escribía cuando tenía quince años, papá. Espero que este libro lo compense.

También quisiera dar las gracias a las incubadoras literarias que han estado cuidando de mí a lo largo de los años: el taller Viable Paradise, la fundación Speculative Literature, la sociedad Carl Brandon, Critters.org y Altered Fluid. Nunca pensé que llegaría tan lejos y no lo habría conseguido de no ser porque me obligasteis a ponerme a trabajar a puntapiés. (Los moratones están desapareciendo rápidamente, gracias.)

Gracias a Lucienne Diver, la agente más diligente del mundo. Creíste en mí. Gracias. Y también a Devi Pillai, mi editor, quien me sorprendió totalmente al demostrarme que los editores pueden ser gente divertidísima, capaces de destripar un manuscrito con un guiño y una sonrisa. Gracias por esto y por haber escogido un título tan fantástico.

Y por último, pero no menos importante, gracias a mi madre (¡hola, mami!), a mis queridas Deirdre y Katchan y a todos los antiguos miembros de TU. Al personal y a los alumnos de todas las universidades en las que he trabajado con el paso de los años. Los trabajos que uno realiza para comer no deberían ser tan divertidos. Y gracias a título póstumo a Octavia Butler, por ser la primera y por demostrarnos a todas las demás cómo se debe hacer. Y siempre estaré agradecida a Dios por haberme metido dentro el gusanillo de la creación.

Supongo que también debería dar las gracias a mi compañera de cuarto, NukuNuku, quien me alentó con sus cabezazos, golpes en la cabeza, pelos en el teclado, incesantes aullidos y... eh... un momento, ¿por qué le estaba yo dando las gracias? Olvidémoslo.

¹Recopilación inicial por parte del Primer Escriba de la Orden de la Llama Blanca, el ordenado Sefim Arameri en el año 55º del Brillo. Revisiones posteriores a cargo de los Primeros Escribas Comman Knorn-Arameri (170), Latise Arameri (1144), Bir Get-Arameri (1721) y Viraine Derreye-Arameri (2224).

²Los aludidos no se hacían llamar a sí mismos de este modo, pero la terminología se adoptó oficialmente en la *Munae Escribana*, 7ª Revisión, año 230 del Brillo.

³Definido como «magia» en la terminología estándar de la Litaria, 1ª progresión.

⁴Véase *Sobre la magia*, vol. 12.

⁵Como se pudo constatar en la Guerra de Pells, la Revuelta Ulana y otras ocasiones.

⁶Definido a partir de aquí como «etéreo», según la terminología estándar de la Litaria, 4ª progresión.

⁷El escriba Pjors, en *Las limitaciones de la mortalidad* (*Munae Escribana*, pp 40-98) afirma que, como ningún otro mortal ha podido alcanzar un poder comparable, las capacidades de los Conspiradores superan claramente lo material. Tanto el Colegio de los Escribas como la Litaria coinciden en que esto es obra consciente de nuestro Señor, quien quería que los Conspiradores conservaran el suficiente poder divino como para ser de utilidad tras la Guerra de los Dioses.

⁸Notas familiares, varias, volúmenes 12, 15, 24 y 37.